

A watercolor illustration of Mary Wollstonecraft, a woman with dark, curly hair, wearing a blue and white dress. She is looking slightly to the right. The background is a soft, yellowish-gold wash. At the top, there are decorative golden flourishes resembling sunbursts or wings.

Mary Wollstonecraft

Vindicación de
los derechos de
la mujer

E LEJANDRIA

A watercolor illustration of a woman with long, wavy brown hair, wearing a golden crown with wings. She is looking to the right with a thoughtful expression. She is holding a large, open book. The background is a soft, yellowish-gold wash with faint silhouettes of buildings. The entire illustration is framed by a dark, textured border.

Mary Wollstonecraft

Vindicación de
los derechos de
la mujer

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

CON OBSERVACIONES SOBRE MATERIAS POLÍTICAS Y MORALES

MARY WOLLSTONECRAFT

PUBLICADO: 1792
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

DEDICATORIA

A M. Talleyrand-Périgord, antiguo obispo de Autun

Señor:

Habiendo leído con gran placer un folleto que usted ha publicado recientemente sobre la Educación Nacional, dedico este volumen a usted —la primera dedicatoria que jamás he escrito—, para inducirle a leerlo con atención; y porque creo que usted me comprenderá, cosa que no puedo suponer de muchos presumidos ingenios que tal vez ridiculicen los argumentos que son incapaces de rebatir. Pero, señor, mi respeto por su entendimiento va aún más lejos: tanto, que confío en que no arrojará a un lado mi obra para concluir precipitadamente que estoy equivocada por no haber considerado el asunto bajo la misma luz. Y perdone mi franqueza, pero debo observar que usted lo trató de manera demasiado superficial, contentándose con examinarlo como se había examinado en tiempos pasados, cuando los derechos del hombre —por no hablar de los de la mujer— eran pisoteados como quiméricos. Le exhorto, pues, a que pese ahora lo que he expuesto con respecto a los derechos de la mujer y a la educación nacional; y lo hago con la voz firme de la humanidad. Pues mis argumentos, señor, están dictados por un espíritu desinteresado: abogo por mi sexo, no por mí misma. La independencia la he considerado desde hace mucho como el gran don de la vida, el fundamento de toda virtud; y la independencia la

aseguraré siempre reduciendo mis necesidades, aunque hubiera de vivir en un páramo estéril.

Es, pues, el amor al género humano lo que hace correr mi pluma con presteza para defender lo que creo la causa de la virtud; y el mismo motivo me lleva a desear ardientemente ver a la mujer colocada en una posición desde la que avance, en lugar de retardar, el progreso de esos gloriosos principios que dan sustancia a la moral. Mi opinión, en verdad, respecto a los derechos y deberes de la mujer parece fluir con tanta naturalidad de estos sencillos principios, que me parece casi imposible que algunas de las mentes preclaras que dieron forma a su admirable Constitución no coincidan conmigo.

En Francia existe, sin duda, una difusión del conocimiento más general que en cualquier otra parte del mundo europeo, y lo atribuyo en gran medida al trato social que desde hace tiempo ha subsistido entre los sexos. Digo con libertad lo que pienso: que en Francia se ha destilado la esencia misma de la sensualidad para regalar al voluptuoso, y ha prevalecido una especie de lujuria sentimental que, junto con el sistema de doblez que toda la orientación de su gobierno político y civil inculcó, ha dado al carácter francés una sagacidad de índole siniestra, llamada con propiedad finesse, y un pulimento de modales que daña la sustancia al desterrar la sinceridad de la sociedad. Y la modestia, la más hermosa vestidura de la virtud, ha sido ultrajada en Francia con mayor grosería que incluso en Inglaterra, hasta el punto de que sus mujeres han tratado como gazmoñería esa atención al decoro que los propios animales observan por instinto.

Los modales y la moral están tan estrechamente vinculados que con frecuencia se confunden; pero aunque los primeros no deberían ser sino el reflejo natural de la segunda, cuando diversas causas han producido costumbres artificiales y corrompidas —que se adquieren muy temprano—, la moralidad se convierte en un nombre vacío. La reserva personal y el respeto sagrado por la limpieza y el decoro en la vida doméstica, que las mujeres francesas casi desprecian, son los

esbeltos pilares de la modestia; pero lejos de despreciarlos, si la llama pura del patriotismo ha llegado a sus pechos, deberían esforzarse por mejorar la moral de sus conciudadanos, enseñando a los hombres no solo a respetar la modestia en la mujer, sino a adquirirla ellos mismos, como único modo de merecer su estima.

Al defender los derechos de las mujeres, mi argumento principal se asienta en este sencillo principio: que si la mujer no es preparada mediante la educación para convertirse en compañera del hombre, detendrá el progreso del conocimiento, pues la verdad ha de ser común a todos, o carecerá de eficacia en su influencia sobre la práctica general. ¿Y cómo puede esperarse que la mujer coopere si no sabe por qué debe ser virtuosa? ¿Si la libertad no fortifica su razón hasta que comprenda su deber y vea en qué modo se relaciona con su verdadero bien? Si los hijos han de ser educados para comprender el verdadero principio del patriotismo, su madre ha de ser patriota; y el amor al género humano, del que brota un ordenado cortejo de virtudes, solo puede producirse considerando el interés moral y civil de la humanidad; pero la educación y la situación de la mujer, tal como están hoy, la excluyen de tales reflexiones.

En esta obra he aducido muchos argumentos que a mí me parecían concluyentes para demostrar que la noción predominante respecto al carácter sexual socavaba la moralidad; y he sostenido que, para que el cuerpo y la mente humanos alcancen mayor perfección, la castidad debe ser más universalmente practicada, y que la castidad nunca será respetada en el mundo masculino mientras el cuerpo de la mujer sea, por así decirlo, idolatrado cuando escasa virtud o escaso juicio lo adornan con las grandes huellas de la belleza del espíritu, o con la interesante sencillez del afecto.

Considere, señor, con serenidad estas observaciones, pues un destello de esta verdad pareció abrirse ante usted cuando observó «que ver a la mitad del género humano excluida por la otra de toda participación en el gobierno era un fenómeno político que, según los

principios abstractos, resultaba imposible de explicar». Si así es, ¿sobre qué descansa su Constitución? Si los derechos abstractos del hombre admiten debate y explicación, los de la mujer, por idéntica lógica, no rehuirán la misma prueba; aunque en este país prevalezca una opinión distinta, fundada en los mismos argumentos que usted emplea para justificar la opresión de la mujer: la prescripción.

Considere usted, a quien me dirijo como legislador, si cuando los hombres luchan por su libertad y por el derecho a juzgar por sí mismos acerca de su propia felicidad, no resulta inconsecuente e injusto someter a las mujeres, aunque crea firmemente que actúa del modo más adecuado para promover su dicha. ¿Quién hizo del hombre el juez exclusivo, si la mujer participa con él del don de la razón?

Con este estilo argumentan los tiranos de toda laya, desde el débil rey hasta el débil padre de familia; todos se afanan por aplastar la razón, pero siempre afirman que usurpan su trono únicamente para ser útiles. ¿Acaso no hace usted algo semejante cuando obliga a todas las mujeres, negándoles los derechos civiles y políticos, a permanecer encerradas en sus hogares tanteando en la oscuridad? Pues sin duda, señor, no afirmará que un deber pueda ser vinculante si no está fundado en la razón. Si este es en verdad su destino, pueden extraerse argumentos de la razón; y, así apoyadas augustamente, cuanto mayor sea el entendimiento que adquieran las mujeres, tanto más se sentirán vinculadas a su deber al comprenderlo; porque a menos que lo comprendan, a menos que su moral esté fijada en los mismos principios inmutables que la del hombre, ninguna autoridad podrá hacerles cumplirlo de manera virtuosa. Podrán ser esclavos cómodos, pero la esclavitud tendrá su efecto constante: degradar al amo y al dependiente abyecto.

Pero si las mujeres han de ser excluidas, sin voz, de la participación en los derechos naturales del género humano, demuéstrese primero —para desviar la acusación de injusticia e incoherencia— que carecen de razón; de lo contrario, esta falla en su nueva Constitución, la primera fundada en la razón, evidenciará

para siempre que el hombre ha de actuar, de algún modo, como tirano; y la tiranía, en cualquier parte de la sociedad en que alce su frente de bronce, socavará siempre la moralidad.

He afirmado repetidamente, y aducido lo que me parecían argumentos irrefutables sacados de los hechos, que las mujeres no pueden ser confinadas por la fuerza a las tareas domésticas; pues por ignorantes que sean se inmiscuirán en asuntos de mayor peso, descuidando las obligaciones privadas únicamente para perturbar, con artimañas, los planes ordenados de la razón que están por encima de su comprensión.

Además, mientras solo se les haga adquirir gracias personales, los hombres buscarán el placer en la variedad, y los maridos infieles harán esposas infieles; tales seres ignorantes serán, en verdad, muy disculpables cuando, sin que se les haya enseñado a respetar el bien público ni se les haya concedido ningún derecho civil, intenten hacerse justicia por su propia mano.

Abierta así en la sociedad esta caja de males, ¿qué preservará la virtud privada, única garantía de la libertad pública y de la felicidad universal?

Que no se establezca, pues, ninguna coacción en la sociedad, y con la ley común de la gravedad imperando, los sexos ocuparán naturalmente su lugar. Y ahora que leyes más equitativas están formando a sus ciudadanos, el matrimonio podrá volverse más sagrado; sus jóvenes podrán elegir esposas movidos por el afecto, y sus doncellas dejar que el amor arranque de raíz la vanidad.

El padre de familia no debilitará entonces su constitución ni envilecerá sus sentimientos frecuentando a la prostituta, ni olvidará, al obedecer los llamados del apetito, el fin para el que fue implantado; y la madre no descuidará a sus hijos por practicar las artes de la coquetería cuando el juicio y la modestia le aseguren la amistad de su marido.

Pero hasta que los hombres no presten atención al deber de padre, es vano esperar que las mujeres dediquen a la crianza de sus

hijos el tiempo que ellas, «sabias a su manera», prefieren pasar ante el espejo; pues este ejercicio de la astucia no es sino un instinto de la naturaleza que les permite obtener indirectamente una pequeña parte de ese poder que se les niega injustamente; porque si no se permite a las mujeres disfrutar de derechos legítimos, harán viciosos tanto a los hombres como a sí mismas para obtener privilegios ilícitos.

Deseo, señor, poner en marcha en Francia algunas investigaciones de esta índole; y si ellas llevan a la confirmación de mis principios, cuando su Constitución sea revisada, podrán respetarse los derechos de la mujer, si se demuestra plenamente que la razón reclama ese respeto y exige en voz alta justicia para la mitad del género humano.

Soy, señor,

Su respetuosa servidora,

M. W.

INTRODUCCIÓN

Tras examinar las páginas de la historia y contemplar el mundo vivo con angustiada solicitud, las emociones más melancólicas de una indignación dolorosa han abatido mi ánimo, y he suspirado al verme obligada a confesar que, o bien la naturaleza ha establecido una gran diferencia entre el hombre y el hombre, o bien la civilización que hasta ahora ha tenido lugar en el mundo ha sido muy parcial. He repasado numerosos libros escritos sobre el tema de la educación y he observado con paciencia la conducta de los padres y el gobierno de las escuelas; pero ¿cuál ha sido el resultado? Una profunda convicción de que la descuidada educación de mis semejantes es la gran fuente de la miseria que deploro; y de que las mujeres en particular son tornadas débiles y desgraciadas por una variedad de causas concurrentes, todas originadas en una conclusión precipitada. La conducta y los modales de las mujeres demuestran, en efecto, que sus mentes no se encuentran en un estado saludable; pues, como las flores plantadas en un suelo demasiado rico, la fortaleza y la utilidad se sacrifican a la belleza; y las hojas vistosas, tras haber complacido un ojo exigente, se marchitan olvidadas en el tallo, mucho antes de que llegue la estación en que debieran haber alcanzado su madurez. Uno de los motivos de esta floración estéril lo atribuyo a un falso sistema de educación, extraído de los libros sobre esta materia escritos por hombres que, considerando a las mujeres más como hembras que como criaturas humanas, se han afanado más en hacerlas amantes seductoras que esposas racionales; y el

entendimiento del sexo ha sido tan embaucado por este especioso homenaje, que las mujeres cultivadas del presente siglo —con escasas excepciones— solo se afanan por inspirar amor cuando deberían albergar una ambición más noble y, mediante sus capacidades y virtudes, exigir respeto.

En un tratado sobre los derechos y los modales femeninos, no pueden pasarse por alto las obras escritas expresamente para su mejora; sobre todo cuando se afirma, en términos directos, que las mentes de las mujeres son debilitadas por una refinación falsa; que los libros de instrucción escritos por hombres de talento han tenido la misma tendencia que las producciones más frívolas; y que, al modo genuino del mahometanismo, se las considera únicamente como hembras y no como parte de la especie humana, en un tiempo en que la razón perfectible se acepta como la distinción digna que eleva al hombre por encima de la creación bruta y pone un cetro natural en una mano débil.

Sin embargo, por ser mujer, no quisiera hacer creer a mis lectores que me propongo agitar violentamente la controvertida cuestión de la igualdad o inferioridad del sexo; pero como el asunto se me impone y no puedo pasarlo por alto sin exponer la tendencia principal de mi razonamiento a interpretaciones erróneas, me detendré un momento a exponer en pocas palabras mi opinión. En el gobierno del mundo físico, se observa que la hembra es, en general, inferior al macho. El macho persigue, la hembra cede: esta es la ley de la naturaleza, y no parece que haya sido suspendida ni abrogada en favor de la mujer. Esta superioridad física no puede negarse —y es una noble prerrogativa! Pero, no contentos con esta preeminencia natural, los hombres se empeñan en hundirnos aún más abajo, únicamente para convertinos en objetos seductores por un instante; y las mujeres, embriagadas por la adoración que los hombres, bajo el influjo de sus sentidos, les tributan, no buscan obtener un interés duradero en sus corazones ni convertirse en amigas de los semejantes que encuentran solaz en su compañía.

Soy consciente de una inferencia obvia: de todas partes he escuchado exclamaciones contra las mujeres masculinas; pero ¿dónde se las encuentra? Si con esta denominación los hombres pretenden censurar su ardor en la caza, el tiro y el juego, me uniré de todo corazón al clamor; pero si se dirige contra la imitación de las virtudes varoniles, o, con más propiedad, contra la adquisición de los talentos y virtudes cuyo ejercicio ennoblece el carácter humano y eleva a las mujeres en la escala de los seres, cuando se las designa en conjunto con el término humanidad, todos los que las contemplan con ojo filosófico deben desear, creo, junto conmigo, que cada día se vuelvan más y más masculinas.

Esta disquisición divide naturalmente el tema. Consideraré en primer lugar a las mujeres bajo la gran luz de las criaturas humanas que, al igual que los hombres, han sido puestas en esta tierra para desarrollar sus facultades; y después señalaré con mayor particularidad su designación propia.

Deseo asimismo evitar un error en que han incurrido muchos escritores respetables; pues la instrucción que hasta ahora se ha dirigido a las mujeres ha sido más bien aplicable a las damas — excepción hecha del poco consejo indirecto diseminado por Sandford y Merton—; pero al dirigirme a mi sexo con un tono más firme, presto especial atención a las de la clase media, porque me parecen hallarse en el estado más natural. Quizá las semillas de la refinación falsa, la inmoralidad y la vanidad las hayan sembrado siempre los grandes. Seres débiles y artificiosos, elevados por encima de las necesidades y afecciones comunes de su raza de manera prematura y antinatural, socavan los cimientos mismos de la virtud y extienden la corrupción por toda la masa de la sociedad. Como clase de la humanidad tienen el mayor derecho a la compasión; la educación de los ricos tiende a volverlos vanidosos e inútiles, y la mente que se despliega no se fortalece con la práctica de esos deberes que dignifican el carácter humano. Solo viven para divertirse, y por esa misma ley que en la naturaleza produce invariablemente determinados efectos, pronto no son capaces sino de proporcionar un entretenimiento estéril.

Pero como me propongo hacer un examen por separado de los distintos estamentos de la sociedad y del carácter moral de las mujeres en cada uno de ellos, esta indicación es, por el momento, suficiente; y solo he aludido al tema porque me parece que lo esencial de una introducción es ofrecer un sumario del contenido de la obra que presenta.

Mi propio sexo, espero, me perdonará que lo trate como criaturas racionales, en lugar de halagar sus hechizantes encantos y contemplarlo como si se hallara en un estado de infancia perpetua, incapaz de sostenerse por sí mismo. Deseo ardientemente señalar en qué consisten la verdadera dignidad y la verdadera felicidad humana; deseo persuadir a las mujeres de que procuren adquirir fortaleza, tanto de espíritu como de cuerpo, y convencerlas de que las frases melosas, la susceptibilidad de corazón, la delicadeza de sentimientos y el refinamiento del gusto son casi sinónimos de epítetos de debilidad, y de que los seres que solo son objetos de lástima y de esa clase de amor que se ha llamado su hermana pronto se convertirán en objetos de desprecio.

Dejando, pues, a un lado esas lindas frases femeninas que los hombres usan condescendentemente para dulcificar nuestra servilesca dependencia, y desdeñando esa débil elegancia de espíritu, esa exquisita sensibilidad y esa dulce docilidad de modales que se suponen las características sexuales del sexo más débil, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la virtud, que el primer objeto de la ambición laudable es alcanzar un carácter de ser humano, con independencia de la distinción de sexo, y que las consideraciones secundarias han de cotejarse con esta sencilla piedra de toque.

Este es el bosquejo de mi plan; y si expreso mis convicciones con la energía de las emociones que siento cada vez que pienso en el tema, los dictados de la experiencia y la reflexión serán percibidos por algunos de mis lectores. Animada por este importante propósito, no me rebajaré a escoger mis frases ni a pulir mi estilo: aspiro a ser útil, y la sinceridad me hará sencilla; pues, deseando persuadir más

por la fuerza de mis argumentos que deslumbrar por la elegancia de mi lenguaje, no malgastaré el tiempo redondeando períodos ni fabricando la ampulosa palabrería de sentimientos artificiales que, procediendo de la cabeza, nunca llegan al corazón. ¡Me ocuparé de las cosas, no de las palabras! Y, ansiosa por hacer de mi sexo miembros más respetables de la sociedad, procuraré evitar ese lenguaje florido que se ha deslizado de los ensayos a las novelas, y de las novelas a las cartas y a la conversación cotidiana.

Estas lindas naderías, estas caricaturas de la verdadera belleza de la sensibilidad, que resbalan con fluidez de la lengua, corrompen el gusto y crean una especie de delicadeza enfermiza que se aparta de la verdad simple y sin adorno; y un torrente de sentimientos falsos y emociones exageradas, que ahogan las emociones naturales del corazón, vuelven insípidos los placeres domésticos que deberían endulzar el ejercicio de esos severos deberes que educan a un ser racional e inmortal para un campo de acción más noble.

La educación de las mujeres ha sido, en los últimos tiempos, más atendida que en el pasado; sin embargo, todavía se las tiene por un sexo frívolo, y los escritores que se esfuerzan por mejorarlas mediante la sátira o la instrucción las ridiculizan o las compadecen. Se reconoce que pasan muchos de los primeros años de su vida adquiriendo un barniz de habilidades: mientras tanto, la fortaleza de cuerpo y espíritu se sacrifica a nociones libertinas de belleza y al deseo de asentarse en la vida del único modo en que una mujer puede ascender en el mundo: mediante el matrimonio. Y este deseo, que las reduce a meros animales, hace que, cuando se casan, actúen como puede esperarse que actúen tales criaturas: se visten, se pintan y ponen apodos a las criaturas de Dios. ¡Sin duda, estos seres débiles solo sirven para el serrallo! ¿Pueden gobernar una familia o cuidar a los pobres hijos que traen al mundo?

Si puede deducirse con justicia de la conducta actual del sexo, de la afición predominante al placer que usurpa el lugar de la ambición y de las pasiones más nobles que abren y ensanchan el alma, que la instrucción que han recibido las mujeres solo ha tendido, junto con

la constitución de la sociedad civil, a convertirlas en insignificantes objetos del deseo, en meras propagadoras de necios; si puede demostrarse que, al querer cultivarlas sin desarrollar su entendimiento, se las saca de su esfera de deberes y se las vuelve ridículas e inútiles cuando pasa la efímera flor de la belleza, confío en que los hombres racionales me perdonarán el intentar persuadirlas de que se vuelvan más masculinas y respetables.

En verdad, la palabra masculino es solo un espantajo: hay poco motivo para temer que las mujeres adquieran demasiado valor o entereza; pues su inferioridad aparente en cuanto a la fuerza corporal ha de hacerlas, en alguna medida, dependientes de los hombres en las diversas relaciones de la vida; pero ¿por qué habría de acrecentarse esa dependencia a causa de prejuicios que atribuyen sexo a la virtud y confunden verdades sencillas con ensoñaciones sensuales?

Las mujeres están, en realidad, tan degradadas por nociones erróneas de la excelencia femenina, que no creo añadir una paradoja al afirmar que esta debilidad artificial engendra una propensión a tiranizar y da a luz a la astucia, la rival natural de la fortaleza, que las lleva a practicar esos despreciables aires infantiles que minan el respeto al mismo tiempo que excitan el deseo. No fomentéis estos prejuicios, y ellas ocuparán naturalmente su lugar subordinado, aunque respetable, en la vida.

Parece innecesario advertir que ahora hablo del sexo en general. Muchas personas tienen más sensatez que sus parientes varones; y, como nada predomina allí donde existe una lucha constante por el equilibrio sin que algo tenga naturalmente más peso, algunas mujeres gobiernan a sus maridos sin degradarse a sí mismas, porque el intelecto siempre gobernará.

I

LOS DERECHOS Y LOS DEBERES QUE DE ELLOS SE DERIVAN, CONSIDERADOS EN EL GÉNERO HUMANO.

En el estado presente de la sociedad parece necesario remontarse a los primeros principios en busca de las verdades más simples, y disputar palmo a palmo el terreno con algún prejuicio dominante. Para despejar mi camino, he de permitirme formular algunas preguntas llanas, y las respuestas serán probablemente tan inequívocas como los axiomas sobre los que se edifica el razonamiento; aunque cuando se enredan con los variados motivos de la acción, son formalmente contradichas, ya sea de palabra o de obra, por los hombres.

¿En qué consiste la preeminencia del hombre sobre la creación bruta? La respuesta es tan clara como que la mitad es menor que el todo: en la Razón.

¿Qué cualidad eleva a un ser por encima de otro? La Virtud, respondemos de manera espontánea.

¿Con qué propósito fueron implantadas las pasiones? Para que el hombre, luchando contra ellas, alcanzase un grado de conocimiento negado a los brutos: así lo susurra la Experiencia.

Por consiguiente, la perfección de nuestra naturaleza y la capacidad de ser felices han de medirse por el grado de razón, virtud y conocimiento que distingue al individuo y rige las leyes que vinculan a la sociedad; y que del ejercicio de la razón fluyen naturalmente el conocimiento y la virtud es igualmente innegable si se considera a la humanidad en su conjunto.

Simplificados así los derechos y deberes del hombre, casi parece impertinente intentar ilustrar verdades que se presentan tan incontrovertibles; sin embargo, prejuicios tan profundamente arraigados han enturbiado la razón, y cualidades tan espurias han usurpado el nombre de virtudes, que es necesario seguir el curso de la razón tal como ha sido embrollado y envuelto en el error por circunstancias diversas y adventicias, cotejando el axioma simple con las desviaciones casuales.

Los hombres, en general, parecen emplear su razón para justificar los prejuicios que han absorbido —sin saber bien cómo— antes que para desarraigarlos. Ha de ser robusta la mente que forja sus propios principios con resolución, pues prevalece una especie de cobardía intelectual que lleva a muchos hombres a rehuir la tarea, o a acometerla solo a medias. Con todo, las conclusiones imperfectas así obtenidas son frecuentemente muy plausibles, porque se fundan en una experiencia parcial, en visiones justas aunque estrechas.

Cuando se vuelve a los primeros principios, el vicio se oculta con toda su deformidad nativa ante el escrutinio riguroso; pero un grupo de razonadores superficiales no cesa de exclamar que estos argumentos prueban demasiado, y que una medida podrida en su centro puede ser conveniente. Así se contrapone sin cesar la conveniencia a los principios simples, hasta que la verdad se pierde en una niebla de palabras, la virtud en las formas, y el conocimiento queda reducido a una resonante nada por los especiosos prejuicios que se arrogan su nombre.

Que la sociedad cuya constitución se funda en la naturaleza del hombre es la mejor organizada impresiona, en abstracto, a todo ser pensante con tal fuerza que parece presuntuoso pretender aportar pruebas; aunque las pruebas han de aducirse, pues de no ser así la fortaleza de la prescripción nunca será tomada por asalto con la razón; sin embargo, invocar la prescripción como argumento para justificar el despojo de los derechos naturales de los hombres —o de las mujeres— es uno de los absurdos sofismas que a diario insultan el sentido común.

La civilización de la gran masa del pueblo europeo es muy parcial; más aún: puede plantearse la pregunta de si ha adquirido virtud alguna a cambio de la inocencia, que sea equivalente a la miseria producida por los vicios encalados sobre una ignorancia repugnante, y a la libertad que ha sido trocada por una espléndida esclavitud. El afán de deslumbrar con riquezas —la preeminencia más segura que puede alcanzar el hombre—, el placer de mandar a aduladores serviles y otros muchos cálculos bajos y complicados de un amor propio senil han contribuido todos a abrumar a la masa de la humanidad y a convertir la libertad en un cómodo pretexto para el patriotismo de pacotilla. Pues mientras el rango y los títulos se tengan en la más alta estima, ante los cuales el Genio «ha de inclinar su frente disminuida», resulta, con escasas excepciones, muy desafortunado para una nación que un hombre de talento, sin rango ni fortuna, se abra paso hasta la notoriedad. ¡Ay! ¡Cuánta inaudita miseria han padecido miles de personas para comprar un capelo cardenalicio a algún intrigante aventurero oscuro que ansiaba codearse con príncipes o señorear sobre ellos arrebatando la tiara!

Tal ha sido, en efecto, la miseria que ha brotado de los honores hereditarios, las riquezas y la monarquía, que hombres de viva sensibilidad han estado a punto de incurrir en blasfemia para justificar los designios de la providencia. Se ha presentado al hombre como independiente del poder de quien lo creó, o como un planeta errante que abandona su órbita para robar el fuego celeste de la razón; y la venganza del cielo, acechante en la llama sutil,

castigó su temeridad con suficiente rigor introduciendo el mal en el mundo.

Impresionado por esta visión de la miseria y el desorden que pervadía la sociedad, y fatigado de tropezar a cada paso con necios artificiales, Rousseau se enamoró de la soledad, y siendo al mismo tiempo optimista, se afana con elocuencia insólita en demostrar que el hombre era por naturaleza un animal solitario. Extraviado por su respeto a la bondad de Dios —que sin duda, pues ¿qué hombre sensato y sensible puede dudarlo?, dio la vida únicamente para comunicar la felicidad—, considera el mal como algo positivo y obra del hombre, sin advertir que exaltaba un atributo a expensas de otro igualmente necesario para la perfección divina.

Asentados sobre una hipótesis falsa, sus argumentos en favor de un estado de naturaleza son plausibles, pero insólidos. Digo insólidos, porque afirmar que un estado de naturaleza es preferible a la civilización en toda su posible perfección equivale, en otros términos, a poner en tela de juicio la sabiduría suprema; y la paradójica exclamación de que Dios lo hizo todo bien y de que el mal fue introducido por la criatura que él formó, sabiendo lo que formaba, es tan poco filosófica como impía.

Cuando aquel Ser sabio que nos creó y aquí nos colocó contempló la hermosa idea, quiso —permitiendo que así fuera— que las pasiones desplegaran nuestra razón, porque podía prever que el mal presente produciría el bien futuro. ¿Pudo acaso la criatura desvalida que llamó de la nada desasirse de su providencia y atreverse a conocer el bien practicando el mal sin su permiso? No. ¿Cómo pudo argumentar tan inconsecuentemente ese ardiente defensor de la inmortalidad? Si la humanidad hubiera permanecido por siempre en el brutal estado de naturaleza —que ni siquiera su pluma mágica puede pintar como un estado en el que arraigara una sola virtud—, habría quedado claro, aunque no para el errante sensible e irreflexivo, que el hombre nació para recorrer el ciclo de la vida y la muerte y adornar el jardín de Dios con algún propósito que difícilmente podría conciliarse con sus atributos.

Pero si, para coronarlo todo, había de producirse criaturas racionales a las que se permitiera elevarse en la excelencia mediante el ejercicio de las facultades implantadas para ese fin; si la propia benignidad juzgó conveniente llamar a la existencia a una criatura superior a los brutos, capaz de pensar y de perfeccionarse a sí misma, ¿por qué habría de llamarse, en términos directos, maldición a ese inapreciable don —don era, si el hombre fue creado de tal modo que tuviera capacidad para elevarse por encima del estado en que la sensación producía un bienestar brutal—? Maldición podría considerarse si toda nuestra existencia se limitara a nuestra permanencia en este mundo; pues ¿por qué habría de darnos la gracia de la fuente de la vida pasiones y la capacidad de reflexionar únicamente para amargar nuestros días e inspirarnos nociones equivocadas de dignidad? ¿Por qué habría de conducirnos del amor a nosotros mismos a las emociones sublimes que suscita el descubrimiento de su sabiduría y bondad, si esos sentimientos no estuvieran destinados a mejorar nuestra naturaleza, de la que forman parte, y a hacernos capaces de gozar de una porción de felicidad más digna de Dios? Firmemente persuadida de que no existe mal alguno en el mundo que Dios no hubiera dispuesto que ocurriera, fundo mi fe en la perfección de Dios.

Rousseau se esfuerza por demostrar que todo era correcto en el origen; una muchedumbre de autores, que todo es correcto ahora; y yo, que todo será correcto.

Pero fiel a su primera posición, Rousseau celebra a continuación la barbarie, y, apostrofando la sombra de Fabricio, olvida que al conquistar el mundo los romanos nunca soñaron con asentar su propia libertad sobre base firme ni con extender el reinado de la virtud. Ansioso por apuntalar su sistema, estigmatiza como viciosos todos los esfuerzos del genio; y entonando la apoteosis de las virtudes salvajes, eleva a semidioses a quienes apenas eran humanos: los brutales espartanos que, en afrenta a la justicia y a la gratitud, sacrificaron a sangre fría a los esclavos que se habían mostrado hombres rescatando a sus opresores.

Hastiado de los modales y las virtudes artificiales, el ciudadano de Ginebra, en lugar de tamizar debidamente el asunto, tiró el trigo junto con la paja sin detenerse a indagar si los males ante los que su alma ardiente se revolvía con indignación eran consecuencia de la civilización o vestigios de la barbarie. Vio el vicio pisotear la virtud y la apariencia del bien suplantar a la realidad; vio el talento doblegado por el poder para fines siniestros, y nunca pensó en remontar la monstruosa calamidad hasta el poder arbitrario, hasta las distinciones hereditarias que chocan con la superioridad mental que eleva naturalmente a un hombre por encima de sus semejantes. No advirtió que el poder regio, en pocas generaciones, introduce la idiotez en el tronco noble y tiende trampas que vuelven ociosos y viciosos a miles de personas.

Nada puede poner el carácter regio bajo una luz más despreciable que los variados crímenes que han elevado a los hombres a la suprema dignidad. Viles intrigas, crímenes contra natura y todos los vicios que degradan nuestra condición han sido los peldaños de esa eminencia distinguida; y, sin embargo, millones de hombres han permitido supinamente que los relajados miembros de la descendencia de tales rapaces se asienten plácidamente sobre sus tronos ensangrentados.

¿Qué sino un vapor pestilencial puede cernirse sobre la sociedad cuando su principal rector solo está instruido en el arte de idear crímenes o en la rutina estúpida de ceremoniales pueriles? ¿Nunca serán sabios los hombres? ¿Nunca dejarán de esperar trigo de la cizaña y higos de los cardos?

Es imposible para cualquier hombre, aun cuando concurren las circunstancias más favorables, adquirir el conocimiento y la fortaleza de espíritu suficientes para cumplir los deberes de un rey investido de poder sin límites; ¿cuánto más serán entonces vulnerados cuando su propia elevación constituye una barrera insuperable para alcanzar tanto la sabiduría como la virtud; cuando todos los sentimientos de un hombre son sofocados por la adulación y la reflexión excluida por el placer! Sin duda es una locura hacer depender la suerte de miles

de personas del capricho de una débil criatura cuya propia posición la rebaja necesariamente por debajo del más humilde de sus súbditos. Pero no ha de derribarse un poder para encumbrar otro, pues todo poder embriaga al hombre débil; y su abuso demuestra que cuanto más igualdad se establezca entre los hombres, más virtud y felicidad reinarán en la sociedad. Pero esto, y cualquier máxima similar deducida de la razón simple, levanta un clamor —la Iglesia o el Estado pelagra si no se acepta ciegamente la sabiduría de la antigüedad—, y quienes, movidos por el espectáculo de la calamidad humana, osan atacar la autoridad humana son vilipendiados como despreciadores de Dios y enemigos del hombre. Son calumnias amargas, y sin embargo alcanzaron a uno de los mejores de los hombres, cuyas cenizas siguen predicando la paz y cuya memoria exige una pausa respetuosa cuando se debaten asuntos que tanto le llegaron al corazón.

Tras haber atacado la sagrada majestad de los reyes, apenas sorprenderá que añada mi firme convicción de que toda profesión en que una gran subordinación de rango constituya su poder es altamente perjudicial para la moralidad.

Un ejército permanente, por ejemplo, es incompatible con la libertad, porque la subordinación y el rigor son los propios nervios de la disciplina militar, y el despotismo es necesario para dar vigor a las empresas que una sola voluntad dirige. Un espíritu inspirado por nociones románticas del honor, una especie de moral fundada en la moda de cada época, solo puede ser sentido por unos pocos oficiales, mientras que la tropa ha de ser movida por el mando como las olas del mar; pues el fuerte viento de la autoridad empuja hacia delante a la multitud de subalternos —apenas saben ni les importa por qué— con ciega impetuosidad.

Además, nada puede ser tan pernicioso para la moral de los habitantes de las ciudades de provincias como la residencia ocasional de un grupo de jóvenes ociosos y superficiales cuya única ocupación es el galanteo y cuyos pulidos modales hacen al vicio más peligroso al ocultar su deformidad bajo una vistosa ropaje

ornamental. Un aire de distinción —que no es sino una insignia de servidumbre y prueba que el alma carece de un carácter individual fuerte— intimida a la sencilla gente del campo y la induce a imitar los vicios cuando no puede asimilar las escurridizas gracias de la cortesía. Todo cuerpo militar es una cadena de déspotas que, sometiéndose y tiranizando sin ejercer la razón, se convierten en pesos muertos de vicio y necesidad sobre la comunidad. Un hombre de rango o fortuna, seguro de ascender por el favor, no tiene más que entregarse a algún extravagante capricho; mientras que el gentilhombre menesterozo que ha de ascender —como reza la expresión— por sus méritos se convierte en un parásito servil o en un ruin alcahuete.

Los marineros, los caballeros de la Armada, entran en la misma descripción, solo que sus vicios adoptan un carácter diferente y más grosero. Son más positivamente indolentes cuando no están cumpliendo las ceremonias de su rango, mientras que el insignificante ajeteo de los militares podría llamarse ociosidad activa. Más confinados a la compañía de hombres, los primeros adquieren afición al humor y a las bromas pesadas, mientras que los segundos, al mezclarse frecuentemente con mujeres de buena crianza, adoptan una jerga sentimental. Pero la mente queda igualmente al margen, ya sea que se entreguen a la carcajada grosera o a la sonrisa afectada.

¿Me será permitido extender la comparación a una profesión donde indudablemente se encuentra más espíritu, pues el clero tiene superiores oportunidades de mejora, aunque la subordinación coarte casi por igual sus facultades? La ciega sumisión impuesta en los colegios a los artículos de fe sirve de noviciado al cura que acata con la mayor obsequiosidad la opinión de su rector o patrono si aspira a medrar en su profesión. Acaso no pueda hallarse contraste más expresivo que entre el andar servil y dependiente de un pobre cura y el porte cortesano de un obispo. Y el respeto y el desprecio que inspiran hacen igualmente inútil el ejercicio de sus funciones respectivas.

Es de gran importancia observar que el carácter de todo hombre está formado, en cierta medida, por su profesión. El hombre sensato puede tener solo un cierto giro del semblante que desaparece cuando se rastrea su individualidad, mientras que el hombre débil y vulgar apenas posee carácter alguno que no pertenezca al tipo; al menos, todas sus opiniones han sido tan empapadas en la tina consagrada por la autoridad que el tenue espíritu que rinde la uva de su propia vid no puede distinguirse.

La sociedad, pues, a medida que se ilustra, debe tener muy presente que no ha de crear estamentos de hombres que, por la propia constitución de su profesión, hayan de volverse necios o viciosos.

En los albores de la sociedad, cuando los hombres apenas comenzaban a emerger de la barbarie, los caudillos y los sacerdotes, al pulsar los resortes más poderosos de la conducta salvaje —la esperanza y el temor—, debieron de ejercer un dominio ilimitado. Una aristocracia es, por supuesto, naturalmente la primera forma de gobierno. Pero al perder sus intereses en conflicto el equilibrio, una monarquía y una jerarquía eclesiástica brotan de la confusión de las luchas ambiciosas, y el fundamento de ambas queda asegurado por los vínculos feudales. Este parece ser el origen del poder monárquico y sacerdotal, y el alba de la civilización. Pero tales materiales inflamables no pueden contenerse largo tiempo; y al hacer erupción en guerras exteriores e insurrecciones intestinas, el pueblo adquiere algún poder en el tumulto, lo que obliga a sus gobernantes a disfrazar su opresión con apariencias de derecho. Así, a medida que las guerras, la agricultura, el comercio y la literatura ensanchan el espíritu, los déspotas se ven obligados a hacer que la corrupción encubierta mantenga el poder que antes se arrebatava por la fuerza abierta. Y esta gangrenosa pestilencia que se disimula se propaga con mayor rapidez gracias al lujo y a la superstición, posos seguros de la ambición. El títere indolente de una corte se convierte primero en un monstruo voluptuoso o en un sensualista quisquilloso, y luego convierte en instrumento de tiranía el contagio que propaga su estado antinatural.

Es la púrpura pestífera la que hace del progreso de la civilización una maldición y tuerce el entendimiento hasta que hombres de sensibilidad dudan de si la expansión del intelecto produce una mayor porción de felicidad o de miseria. Pero la naturaleza del veneno señala el antídoto; y si Rousseau hubiera ascendido un peldaño más en su investigación, o si su mirada hubiera podido traspasar la atmósfera neblinosa que casi desdeñaba respirar, su mente activa se habría lanzado hacia adelante para contemplar la perfección del hombre en el establecimiento de la verdadera civilización, en lugar de emprender su vuelo feroz de regreso a la noche de la ignorancia sensual.

II

DISCUSIÓN DE LA OPINIÓN DOMINANTE SOBRE EL CARÁCTER SEXUAL.

Para justificar y disculpar la tiranía del hombre, se han esgrimido muchos ingeniosos argumentos con el fin de demostrar que los dos sexos, en la adquisición de la virtud, han de aspirar a alcanzar un carácter muy diferente; o, para decirlo con claridad, que no se permite a las mujeres tener suficiente fortaleza de espíritu para adquirir lo que merece verdaderamente el nombre de virtud. Con todo, parece que, si se les concede que tienen alma, no hay más que un camino dispuesto por la providencia para conducir a la humanidad tanto a la virtud como a la felicidad.

Si, pues, las mujeres no son un enjambre de criaturas frívolas y efímeras, ¿por qué han de mantenerse en la ignorancia bajo el especioso nombre de inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de las necedades y los caprichos de nuestro sexo, cuando no satirizan acerbamente nuestras pasiones desenfrenadas y nuestros viles vicios. Contemplad, respondería yo, el efecto natural de la ignorancia. La mente que solo tiene prejuicios en los que apoyarse

será siempre inestable, y la corriente correrá con furia destructiva cuando no hay diques que quebranten su fuerza. Desde la infancia se dice a las mujeres, y se les enseña con el ejemplo de sus madres, que un poco de conocimiento de la debilidad humana —llamado con justicia astucia—, la suavidad de temperamento, la obediencia exterior y una atención escrupulosa a una clase pueril de decoro les granjeará la protección del hombre; y si resultan hermosas, todo lo demás es superfluo durante al menos veinte años de su vida.

Así describe Milton a nuestra primera y frágil madre; aunque cuando nos dice que las mujeres están formadas para la suavidad y el atractivo gracioso y dulce, no alcanzo a comprender su significado, a no ser que, al verdadero estilo mahometano, pretendiese privarnos de alma e insinuar que fuimos seres diseñados únicamente por su gracioso y dulce atractivo y por una ciega y dócil obediencia para satisfacer los sentidos del hombre cuando este ya no puede remontarse en alas de la contemplación.

¡Con qué grosería nos insultan quienes así nos aconsejan que únicamente procuremos volvernos mansos brutos domésticos! Por ejemplo, la complaciente suavidad tan calurosamente y tan a menudo recomendada, esa que gobierna obedeciendo. ¡Qué expresiones pueriles, y qué insignificante es el ser —¿puede ser inmortal?— que se rebajará a gobernar por tan torcidos métodos! «Ciertamente —dice Lord Bacon—, el hombre es pariente de los brutos por su cuerpo; y si no lo es de Dios por su espíritu, es una criatura baja e innoble». Los hombres, en verdad, me parecen actuar de manera muy poco filosófica cuando intentan asegurar la buena conducta de las mujeres procurando mantenerlas siempre en un estado de infancia. Rousseau fue más consecuente cuando deseó frenar el progreso de la razón en ambos sexos; pues si los hombres comen del árbol del conocimiento, las mujeres también probarán de él; pero, del cultivo imperfecto que ahora recibe su entendimiento, solo alcanzan un conocimiento del mal.

Los niños, lo admito, deben ser inocentes; pero cuando el epíteto se aplica a los hombres o a las mujeres, es tan solo un término

cortés para designar la debilidad. Pues si se admite que las mujeres estaban destinadas por la Providencia a adquirir las virtudes humanas y, mediante el ejercicio de su entendimiento, esa estabilidad de carácter que es el fundamento más firme sobre el que asentar nuestras esperanzas futuras, ha de permitírseles volverse hacia la fuente de la luz, y no obligarlas a orientar su camino por el centelleo de un mero satélite. Milton, lo reconozco, era de muy diferente opinión, pues solo se inclina ante el derecho indefectible de la belleza; aunque sería difícil conciliar dos pasajes que ahora me propongo contrastar; pero en semejantes incoherencias caen a menudo los grandes hombres arrastrados por sus sentidos:

«A quien así Eva respondió con perfecta hermosura adornada: Mi autor y disponedor, lo que mandas sin réplica obedezco; así lo ordena Dios; Dios es tu ley, tú la mía; no saber más es el más feliz saber de la mujer y su alabanza.»

Estos son exactamente los argumentos que yo empleo con los niños; pero he añadido: «Tu razón se va fortaleciendo, y hasta que llegue a cierto grado de madurez, has de buscar en mí consejo; entonces deberás pensar y solo apoyarte en Dios.»

Sin embargo, en los versos siguientes Milton parece coincidir conmigo cuando hace que Adán así interpele a su Creador:

«¿No me has puesto aquí como tu sustituto, y colocado a estos muy por debajo de mí? Entre desiguales, ¿qué compañía puede surgir, qué armonía o deleite? Que han de ser mutuos, en la debida proporción, dados y recibidos; pero en la disparidad, el uno intenso, el otro siempre remiso, no pueden convenirse bien el uno al otro, y pronto resultan igualmente tediosos: de compañerismo hablo, tal que pueda participar de todo deleite racional.»

Al tratar, pues, de los modales de las mujeres, dejemos de lado los argumentos sensuales y rastreemos lo que deberíamos procurar hacer de ellas para cooperar —si la expresión no es demasiado atrevida— con el Ser Supremo.

Por educación individual entiendo —pues el sentido de la palabra no está precisamente definido— tal atención a un niño como la que aguzará lentamente los sentidos, formará el temperamento, regulará las pasiones a medida que comiencen a fermentar, y pondrá a trabajar el entendimiento antes de que el cuerpo llegue a la madurez; de suerte que el hombre solo haya de proseguir, no de comenzar, la importante tarea de aprender a pensar y razonar.

Para evitar cualquier malentendido, debo añadir que no creo que una educación privada pueda obrar los prodigios que algunos escritores optimistas le han atribuido. Los hombres y las mujeres han de ser educados, en gran medida, por las opiniones y los modales de la sociedad en que viven. En todas las épocas ha habido una corriente de opinión popular que lo ha arrastrado todo y ha dado, por así decirlo, un carácter de familia al siglo. Puede concluirse con justicia, por tanto, que mientras la sociedad no esté constituida de otro modo, poco puede esperarse de la educación. No obstante, es suficiente para mi propósito presente afirmar que, cualesquiera que sean los efectos de las circunstancias sobre las capacidades, todo ser puede volverse virtuoso mediante el ejercicio de su propia razón; pues si un solo ser hubiera sido creado con inclinaciones viciosas —es decir, positivamente malo—, ¿qué podría salvarnos del ateísmo? ¿O si adoramos a un Dios, no sería ese Dios un demonio?

Por consiguiente, la educación más perfecta, en mi opinión, es aquel ejercicio del entendimiento mejor calculado para fortalecer el cuerpo y formar el corazón; o, en otros términos, para capacitar al individuo a adquirir tales hábitos de virtud que lo hagan independiente. En efecto, es una farsa llamar virtuoso a cualquier ser cuyas virtudes no procedan del ejercicio de su propia razón. Esta era la opinión de Rousseau respecto a los hombres: yo la extiendo a las mujeres, y afirmo con toda confianza que han sido sacadas de su esfera por una refinación falsa, y no por el empeño en adquirir cualidades masculinas. Con todo, el homenaje regio que reciben es tan embriagador que, mientras los modales de la época no cambien y se formen sobre principios más racionales, quizá sea imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que obtienen degradándose

es una maldición, y de que han de volver a la naturaleza y a la igualdad si desean asegurarse la plácida satisfacción que proporcionan los afectos no adulterados. Pero para esa época hemos de esperar —esperar, quizás, hasta que reyes y nobles, ilustrados por la razón y prefiriendo la verdadera dignidad del hombre al boato infantil, se desprendan de sus vistosos oropeles hereditarios—; y si entonces las mujeres no renuncian al poder arbitrario de la belleza, demostrarán que tienen menos espíritu que el hombre.

Puede acusármese de arrogancia; pero debo declarar lo que firmemente creo: que todos los escritores que han escrito sobre la educación y los modales femeninos, de Rousseau al doctor Gregory, han contribuido a hacer de las mujeres caracteres más artificiales y más débiles de lo que serían de otro modo; y, por consiguiente, miembros menos útiles de la sociedad. Podría haber expresado esta convicción en un tono más bajo; pero me temo que habría sido el lamento de la afectación y no la expresión fiel de mis sentimientos, del claro resultado al que la experiencia y la reflexión me han llevado. Cuando llegue a esa división del tema, señalaré los pasajes que me merecen mayor desaprobación en las obras de los autores a que acabo de aludir; pero primero es necesario observar que mi objeción alcanza al propósito entero de esos libros, que tienden, a mi juicio, a degradar a la mitad del género humano y a hacer a las mujeres agradables a expensas de toda virtud sólida.

Aunque si se razona en el terreno de Rousseau, dado que el hombre alcanza un grado de perfección espiritual cuando su cuerpo llega a la madurez, podría ser conveniente, a fin de hacer del hombre y su esposa una sola cosa, que ella se apoyara enteramente en el entendimiento de él; y la graciosa hiedra, ciñéndose al roble que la sustenta, formaría un todo en que la fortaleza y la belleza serían igualmente conspicuas. Pero, ¡ay!, los maridos, al igual que sus compañeras, son a menudo simples niños crecidos; más aún: gracias a los excesos tempranos, apenas hombres en su apariencia exterior; y si el ciego conduce al ciego, no es preciso bajar del cielo para decirnos las consecuencias.

Muchas son las causas que, en el corrompido estado actual de la sociedad, contribuyen a esclavizar a las mujeres entorpeciendo su entendimiento y aguzando sus sentidos. Una de ellas, que acaso silenciosamente causa más daño que todas las demás, es su descuido del orden.

Hacer todo con orden es un precepto de la mayor importancia que las mujeres, quienes en términos generales no reciben sino una educación desordenada, rara vez observan con el grado de exactitud que los hombres —iniciados en el método desde la infancia— practican. Este negligente modo de tantear —pues ¿qué otro epíteto puede aplicarse a los esfuerzos azarosos de una especie de sentido común instintivo, nunca puesto a prueba de la razón?— les impide generalizar los hechos, de suerte que hacen hoy lo que hicieron ayer simplemente porque lo hicieron ayer.

Este desprecio del entendimiento en los primeros años tiene consecuencias más funestas de lo que comúnmente se supone; pues el escaso conocimiento que alcanzan las mujeres de espíritu robusto es, por diversas circunstancias, de índole más dispersa que el conocimiento de los hombres, y se adquiere más por la mera observación de la vida real que cotejando lo observado individualmente con los resultados de la experiencia generalizada por la especulación. Conducidas por su situación dependiente y por sus quehaceres domésticos con mayor frecuencia a la vida en sociedad, aprenden más bien a retazos; y como el saber es para ellas, en general, solo algo secundario, no persiguen ninguna rama con el ardor perseverante necesario para dar vigor a las facultades y claridad al juicio. En el estado actual de la sociedad, un poco de saber se exige para sostener el carácter de un caballero, y los jóvenes se ven obligados a someterse a algunos años de disciplina. Pero en la educación de las mujeres el cultivo del entendimiento está siempre subordinado a la adquisición de algún logro corporal; incluso mientras el cuerpo es debilitado por el encierro y por falsas nociones de modestia, se le impide alcanzar la gracia y la belleza que unos miembros relajados y medio formados nunca exhiben. Además, en la juventud no se desarrollan sus facultades mediante la emulación; y

al no tener ningún estudio científico serio, si poseen sagacidad natural, esta se vuelca demasiado pronto sobre la vida y los modales. Se detienen en los efectos y las modificaciones sin remontarlos a sus causas; y unas complicadas reglas para ajustar la conducta son un sustituto endeble de los principios simples.

Como prueba de que la educación confiere esta apariencia de debilidad a las mujeres, podemos citar el ejemplo de los militares, que, igual que ellas, son lanzados al mundo antes de que sus mentes hayan sido enriquecidas con conocimientos o fortalecidas por principios. Las consecuencias son similares: los soldados adquieren un barniz superficial de conocimiento arrebatado a la corriente turbia de la conversación, y al mezclarse continuamente con la sociedad, ganan lo que se denomina conocimiento del mundo; y esta familiaridad con los modales y las costumbres se ha confundido frecuentemente con el conocimiento del corazón humano. Pero ¿merece tal distinción el fruto crudo de la observación casual, nunca sometido a la prueba del juicio formado por el cotejo entre la especulación y la experiencia? Los soldados, lo mismo que las mujeres, practican las virtudes menores con puntillosa cortesía. ¿Dónde está entonces la diferencia sexual cuando la educación ha sido la misma? La única diferencia que alcanzo a discernir procede de la ventaja superior de la libertad que permite a los primeros ver más de la vida.

Quizá me aparte de mi asunto presente al hacer una observación política; pero como surgió naturalmente del hilo de mis reflexiones, no la pasaré en silencio.

Los ejércitos permanentes nunca pueden componerse de hombres resueltos y robustos; pueden ser máquinas bien disciplinadas, pero rara vez contendrán hombres bajo el influjo de pasiones fuertes o de facultades muy vigorosas. Y en cuanto a cualquier profundidad de entendimiento, me atrevo a afirmar que es tan raramente hallada en el ejército como entre las mujeres; y la causa, sostengo, es la misma. Puede observarse además que los oficiales son también particularmente atentos a su persona, aficionados al baile, a los

salones concurridos, a las aventuras y a la burla. Como el bello sexo, el negocio de su vida es el galanteo. Se les enseñó a agradar, y solo viven para agradar. Sin embargo, no pierden su rango en la distinción de los sexos, pues se les sigue considerando superiores a las mujeres, aunque en qué consiste esa superioridad, más allá de lo que acabo de mencionar, es difícil de descubrir.

La gran desgracia es esta: que ambos adquieren modales antes que moral, y conocimiento de la vida antes de tener, por la reflexión, noción alguna del gran ideal de la naturaleza humana. La consecuencia es natural: satisfechos con la naturaleza común, se convierten en presa de los prejuicios y, aceptando todas sus opiniones a crédito, se someten ciegamente a la autoridad. De suerte que si tienen algún juicio, es una especie de mirada instintiva que capta las proporciones y decide en lo tocante a los modales, pero que falla cuando los argumentos han de seguirse más allá de la superficie o cuando las opiniones han de ser analizadas.

¿No puede aplicarse la misma observación a las mujeres? Es más, el argumento puede llevarse más lejos aún, pues ambos son apartados de una posición útil por las distinciones antinaturales establecidas en la vida civilizada. Las riquezas y los honores hereditarios han convertido a las mujeres en cifras para dar valor a la figura numérica; y la ociosidad ha producido en la sociedad una mezcla de galantería y despotismo que lleva a los mismos hombres esclavos de sus amantes a tiranizar sobre sus hermanas, esposas e hijas. Solo las mantiene en filas, es verdad. Fortaleced la mente femenina ensanchándola, y se pondrá fin a la obediencia ciega; pero como la obediencia ciega es siempre lo que el poder busca, los tiranos y los sensuales tienen razón en procurar mantener a las mujeres en la oscuridad, porque los primeros solo quieren esclavos y los segundos un juguete. El sensualista, en efecto, ha sido el más peligroso de los tiranos, y las mujeres han sido engañadas por sus amantes como los príncipes por sus ministros, creyendo que reinaban sobre ellos.

Aludo ahora principalmente a Rousseau, pues su retrato de Sofía es sin duda seductor, aunque me parece profundamente antinatural; no es, sin embargo, la superestructura, sino los cimientos de su carácter —los principios sobre los que se edificó su educación— lo que me propongo atacar; más aún, por mucho que admire el genio de ese hábil escritor, cuyas opiniones tendré frecuentemente ocasión de citar, la indignación sustituye siempre a la admiración y el ceño severo de la virtud ultrajada borra la sonrisa de complacencia que sus elocuentes períodos suelen suscitar, cuando leo sus voluptuosos delirios. ¿Es este el hombre que, en su ardor por la virtud, desterraría todas las suaves artes de la paz y casi nos llevaría de vuelta a la disciplina espartana? ¿Es este el hombre que se deleita pintando las luchas útiles de la pasión, los triunfos de las buenas disposiciones y los vuelos heroicos que arrebatan al alma ardiente fuera de sí misma? ¡Cuánto se rebajan estos magnos sentimientos cuando describe el gracioso pie y los engatusadores modales de su pequeña favorita! Pero, por ahora, dejo el tema a un lado; y en lugar de reprochar severamente las efusiones transitorias de una sensibilidad exagerada, solo observaré que quien haya posado una mirada benévola sobre la sociedad habrá sido a menudo gratificado por el espectáculo del amor mutuo y humilde, no dignificado por el sentimiento ni fortalecido por una unión en los empeños intelectuales. Las trivialidades domésticas del día han proporcionado materia para una conversación alegre, y las caricias inocentes han suavizado fatigas que no requerían gran ejercicio del espíritu ni tensión del pensamiento; y sin embargo, ¿no ha suscitado la contemplación de esta felicidad moderada más ternura que respeto? Una emoción similar a la que sentimos cuando los niños juegan o los animales retozan, mientras que la contemplación de las nobles luchas del mérito que sufre ha suscitado admiración y ha llevado nuestros pensamientos a aquel mundo donde la sensación cederá el lugar a la razón.

Las mujeres han de ser consideradas, por tanto, o bien como seres morales, o bien como seres tan débiles que han de estar enteramente sometidos a las facultades superiores de los hombres.

Examinemos esta cuestión. Rousseau declara que una mujer no debe sentirse independiente ni un solo instante; que debe ser gobernada por el miedo para ejercer su astucia natural, y convertida en esclava coqueta a fin de hacerla un objeto de deseo más seductor, una compañera más dulce para el hombre cuando este quiera relajarse. Lleva los argumentos que pretende extraer de las indicaciones de la naturaleza aún más lejos, e insinúa que la verdad y la fortaleza —piedras angulares de toda virtud humana— han de cultivarse con ciertas restricciones, porque, con respecto al carácter femenino, la obediencia es la gran lección que debe imprimirse con implacable rigor.

¡Qué disparate! ¿Cuándo surgirá un gran hombre con suficiente fortaleza de espíritu para disipar de un soplo las brumas que el orgullo y la sensualidad han extendido así sobre el asunto? Si las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres, sus virtudes han de ser de la misma clase, aunque no del mismo grado, o la virtud es una idea relativa; por consiguiente, su conducta ha de fundarse en los mismos principios y tener el mismo fin.

En su relación con el hombre como hijas, esposas y madres, su carácter moral puede medirse por la manera de cumplir esos sencillos deberes; pero el fin —el gran fin de sus esfuerzos— ha de ser desplegar sus propias facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Pueden procurar que su camino sea agradable, pero nunca han de olvidar —en común con el hombre— que la vida no depara la felicidad capaz de saciar un alma inmortal. No pretendo insinuar que ninguno de los dos sexos deba perderse en reflexiones abstractas o en miras lejanas hasta el punto de olvidar los afectos y los deberes que tiene delante y que son, en verdad, los medios designados para producir el fruto de la vida; por el contrario, los recomendaría calurosamente, incluso afirmando que proporcionan mayor satisfacción cuando se consideran bajo su verdadera luz subordinada.

Probablemente la opinión dominante de que la mujer fue creada para el hombre haya tenido su origen en el relato poético de Moisés;

pero como muy pocos —es de suponer— de cuantos han reflexionado seriamente sobre el asunto han creído jamás que Eva era, en sentido literal, una costilla de Adán, ha de reconocerse que la deducción cae por su propio peso; o solo admitirse en la medida en que demuestra que el hombre, desde la más remota antigüedad, halló conveniente ejercer su fuerza para someter a su compañera, y su ingenio para mostrar que ella debía doblar el cuello bajo el yugo, porque fue creada —al igual que la creación bruta— para servirle de placer.

Que no se concluya que deseo invertir el orden de las cosas; ya he reconocido que, por la constitución de sus cuerpos, los hombres parecen destinados por la Providencia a alcanzar un mayor grado de virtud. Hablo colectivamente del conjunto del sexo; pero no veo sombra de razón para concluir que sus virtudes deban diferir en cuanto a su naturaleza. En efecto, ¿cómo podrían, si la virtud tiene un único patrón eterno? He de sostener, pues, con la misma firmeza con que afirmo que hay un Dios, que tienen la misma dirección simple.

Se sigue, pues, que la astucia no ha de oponerse a la sabiduría; las pequeñas ocupaciones, a los grandes esfuerzos; ni la insípida blandura barnizada con el nombre de gentileza, a esa fortaleza que solo las grandes miras pueden inspirar.

Se me dirá que la mujer perdería entonces muchas de sus gracias peculiares, y podría citarse la opinión de un poeta conocido para refutar mis afirmaciones sin paliativos. Pues Pope dijo, en nombre de todo el sexo masculino:

«Y sin embargo, nunca más seguros de encender nuestras pasiones que cuando roza el límite de todo lo que aborrecemos.»

Bajo qué luz coloca esta salida a los hombres y a las mujeres lo dejaré a los sensatos para que lo determinen; entre tanto me contentaré con observar que no alcanzo a descubrir por qué, a no ser que sean mortales, las mujeres han de ser siempre degradadas siendo reducidas a ser objeto del amor o del lujuria.

Hablar con poco respeto del amor es, lo sé, alta traición contra el sentimiento y los sentimientos refinados; pero deseo hablar el lenguaje llano de la verdad y dirigirme a la cabeza antes que al corazón. Pretender razonar el amor fuera del mundo sería superar al Quijote de Cervantes e ir igualmente contra el sentido común; pero empeñarse en refrenar esa pasión tumultuosa y demostrar que no ha de permitírsele destronar las facultades superiores ni usurpar el cetro que el entendimiento ha de empuñar siempre con frialdad, parece menos desatinado.

La juventud es la estación del amor en ambos sexos; pero en esos días de despreocupado goce ha de proveerse para los años más importantes de la vida, cuando la reflexión sustituye a la sensación. Pero Rousseau, y la mayor parte de los escritores varones que siguieron sus pasos, han inculcado ardientemente que toda la tendencia de la educación femenina ha de dirigirse a un solo punto: hacer a las mujeres agradables.

Déjenme razonar con los defensores de esta opinión que tengan algún conocimiento de la naturaleza humana: ¿imaginan acaso que el matrimonio puede erradicar los hábitos de toda una vida? La mujer que solo ha sido enseñada a agradar pronto encontrará que sus encantos son como rayos de sol oblicuos, y que no pueden ejercer mucho efecto sobre el corazón de su marido cuando se ven todos los días, cuando el verano ha pasado. ¿Tendrá entonces suficiente energía natural para volver la mirada hacia sí misma en busca de consuelo y cultivar sus facultades dormidas? ¿O no es más racional esperar que intente agradar a otros hombres y, en las emociones suscitadas por la expectativa de nuevas conquistas, procure olvidar la mortificación que ha recibido su amor o su orgullo? Cuando el marido deje de ser un amante —y ese momento llegará inevitablemente—, el deseo de agradar se volverá lánguido o se convertirá en un manantial de amargura; y el amor, quizá la más efímera de todas las pasiones, cederá el lugar a los celos o a la vanidad.

Hablo ahora de mujeres que están retenidas por el principio o el prejuicio; tales mujeres, aunque rehuirían una aventura con verdadero horror, desean sin embargo ser convencidas por el homenaje del galanteo de que sus maridos las descuidan cruelmente; o se pasan días y semanas soñando con la felicidad gozada por las almas afines, hasta que la salud se quebranta y el ánimo se abate por el descontento. ¿Cómo puede entonces el gran arte de agradar ser un estudio tan necesario? Solo es útil a una querida; la esposa casta y la madre seria solo deben considerar su poder de agradar como el pulimento de sus virtudes, y el afecto de su marido como uno de los consuelos que hacen su tarea menos ardua y su vida más feliz. Pero, sea amada o descuidada, su primer deseo ha de ser hacerse respetable y no cifrar toda su felicidad en un ser sujeto a las mismas flaquezas que ella.

El amable doctor Gregory incurrió en un error semejante. Respeto su corazón, pero desapruébo enteramente su célebre Legado a sus hijas.

Les aconseja cultivar la afición al atavío porque, afirma, la afición al atavío es natural en ellas. Soy incapaz de comprender lo que él o Rousseau quieren decir cuando usan frecuentemente este término indefinido. Si nos dijeran que en un estado de preexistencia el alma era aficionada al atavío y trajo esta inclinación consigo al entrar en un nuevo cuerpo, los escucharía con una media sonrisa, como suelo hacerlo cuando oigo una diatriba sobre la elegancia innata. Pero si solo quería decir que el ejercicio de las facultades producirá esa afición, lo niego. No es natural, sino que surge —como la falsa ambición en los hombres— del amor al poder.

El doctor Gregory va mucho más lejos; llega a recomendar la disimulación y aconseja a una muchacha inocente que desmienta sus sentimientos y que no baile con entusiasmo cuando la alegría del corazón haría sus pies elocuentes sin hacer sus gestos indecentes. ¡En nombre de la verdad y del sentido común, por qué no ha de reconocer una mujer que puede hacer más ejercicio que otra! ¿O, en otros términos, que tiene una constitución sana? ¿Y por qué, para

sofocar una vivacidad inocente, se le ha de decir en voz baja que los hombres sacarán conclusiones en las que ella no está pensando? Que el libertino saque las conclusiones que le plazca; pero confío en que ninguna madre sensata coartará la franqueza natural de la juventud inculcando semejantes indecentes cautelas. De la abundancia del corazón habla la boca; y uno más sabio que Salomón ha dicho que el corazón debe ser purificado, y no que han de observarse triviales ceremonias que no es muy difícil cumplir con escrupulosa exactitud cuando el vicio reina en el corazón.

Las mujeres deben esforzarse por purificar sus corazones; pero ¿pueden hacerlo cuando su entendimiento inculto las hace enteramente dependientes de sus sentidos para ocupación y entretenimiento, cuando ningún noble empeño las eleva por encima de las pequeñas vanidades del día ni les permite refrenar las emociones desbocadas que sacuden a una caña sobre la que ejerce poder toda brisa que pasa? ¿Es necesaria la afectación para ganarse el afecto de un hombre virtuoso?

La naturaleza ha dado a la mujer una constitución más débil que al hombre; pero, para asegurarse el afecto de su marido, ¿ha de condescender una esposa —que mediante el ejercicio del espíritu y del cuerpo, mientras cumplía los deberes de hija, esposa y madre, ha permitido que su constitución conserve su vigor natural y sus nervios un tono saludable— a usar el artificio y a fingir una delicadeza enfermiza con el fin de asegurarse el afecto de su marido? La debilidad puede suscitar ternura y lisonjear el orgullo arrogante del hombre; pero las caricias señoriales de un protector no satisfarán a una mente noble que anhela merecer respeto y lo merece. ¡El cariño es un pobre sustituto de la amistad!

En un serrallo, lo reconozco, todas esas artes son necesarias; al epicúreo ha de estimulársele el paladar o se sumirá en la apatía; pero ¿tienen tan poca ambición las mujeres que se contentan con tal condición? ¿Pueden soñar supinamente la vida entera en el regazo del placer o en el languidez del fastidio, antes que reclamar su derecho a perseguir placeres razonables y a hacerse destacar

practicando las virtudes que ennoblecen a la humanidad? Sin duda no tiene un alma inmortal quien puede haraganear la vida, únicamente empleada en adornar su persona para entretener las horas de languidez y suavizar los cuidados de una criatura semejante que está dispuesta a animarse con sus sonrisas y sus gracias cuando los graves asuntos de la vida han concluido.

Además, la mujer que fortifica su cuerpo y ejercita su espíritu se convertirá, al gobernar su familia y practicar diversas virtudes, en la amiga, y no en la dependiente humilde, de su marido; y si merece su estima poseyendo tales cualidades sólidas, no encontrará necesario disimular su afecto ni fingir una frialdad antinatural de temperamento para excitar las pasiones de su marido. En efecto, si recurrimos a la historia, encontraremos que las mujeres que se han distinguido no han sido las más hermosas ni las más dóciles de su sexo.

La naturaleza, o para hablar con estricta propiedad, Dios, ha hecho todas las cosas bien; pero el hombre ha buscado muchas invenciones para estropear la obra. Aludo ahora a aquella parte del tratado del doctor Gregory donde aconseja a una esposa que nunca deje que su marido conozca la magnitud de su sensibilidad o de su afecto. ¡Consejo voluptuoso! tan ineficaz como absurdo. El amor, por su propia naturaleza, ha de ser transitorio. Buscar el secreto que lo haría constante sería tan vana búsqueda como la de la piedra filosofal o la panacea universal; y el descubrimiento sería igualmente inútil, o más bien pernicioso para la humanidad. El vínculo más sagrado de la sociedad es la amistad. Ha dicho bien un agudo satirista que «si raro es el verdadero amor, más rara es aún la verdadera amistad».

Esta es una verdad evidente, y la causa, al no ser profunda, no eludirá una somera mirada.

El amor, la pasión común en la que el azar y la sensación ocupan el lugar de la elección y la razón, es sentido en cierto grado por la mayoría de la humanidad; pues no es necesario hablar ahora de las emociones que se elevan por encima o descienden por debajo del

amor. Esta pasión, aumentada naturalmente por la incertidumbre y las dificultades, saca a la mente de su estado habitual y exalta los afectos; pero la seguridad del matrimonio, al dejar que la fiebre del amor se calme, hace que una temperatura saludable parezca insulsa solo a quienes no tienen suficiente espíritu para sustituir la tranquila ternura de la amistad y la confianza del respeto en lugar de la admiración ciega y las emociones sensuales de la ternura.

Este es, debe ser, el curso de la naturaleza: la amistad o la indiferencia suceden inevitablemente al amor. Y esta constitución parece armonizar perfectamente con el sistema de gobierno que prevalece en el mundo moral. Las pasiones son acicates de la acción y abren la mente; pero se degradan en meros apetitos y se convierten en una satisfacción personal y momentánea cuando se alcanza el objeto, y la mente satisfecha reposa en el goce. El hombre que tuvo alguna virtud mientras luchaba por una corona a menudo se convierte en un tirano voluptuoso cuando esta ciñe su frente; y cuando el amante no se pierde en el marido, el caduco, presa de caprichos pueriles y de celillos, descuida los graves deberes de la vida y prodiga las caricias que deberían inspirar confianza a sus hijos en el hijo crecido que es su esposa.

Para cumplir los deberes de la vida y poder consagrarse con vigor a los diversos empeños que forman el carácter moral, un amo y una ama de familia no han de continuar amándose con pasión. Quiero decir que no deben entregarse a las emociones que perturban el orden de la sociedad y absorben los pensamientos que deberían emplearse de otro modo. La mente que nunca ha sido absorbida por un objeto carece de vigor; si puede serlo durante largo tiempo, es débil.

Una educación equivocada, una mente estrecha e inculta y muchos prejuicios sexuales tienden a hacer a las mujeres más constantes que a los hombres; pero por ahora no tocaré esta rama del tema. Iré más lejos aún y afirmaré, sin soñar con ninguna paradoja, que un matrimonio desgraciado es a menudo muy ventajoso para una familia, y que la esposa descuidada es, en

general, la mejor madre. Y esto sería casi siempre consecuencia si la mente femenina estuviera más desarrollada; pues parece ser la dispensación común de la Providencia que lo que ganamos en goce presente sea deducido del tesoro de la vida, que es la experiencia; y que cuando estamos cogiendo las flores del día y revolcándonos en el placer, no se cojan al mismo tiempo los sólidos frutos del trabajo y de la sabiduría. El camino está ante nosotros: hemos de torcer a la derecha o a la izquierda; y quien se pase la vida saltando de un placer a otro no ha de quejarse si no adquiere ni sabiduría ni respetabilidad de carácter.

Suponiendo por un momento que el alma no sea inmortal y que el hombre fue creado únicamente para la escena presente, creo que tendríamos motivo para quejarnos de que el amor, el cariño infantil, llegue a volverse insípido y a hartar los sentidos. Comamos, bebamos y amemos, pues mañana moriremos: eso sería de hecho el lenguaje de la razón, la moral de la vida; y ¿quién sino un necio renunciaría a una realidad por una sombra fugaz? Pero si, sobrecogidos por las facultades perfectibles de la mente, desdeñamos limitar nuestros deseos o pensamientos a un campo de acción tan comparativamente mezquino —que solo parece grande e importante en cuanto se conecta con una perspectiva sin límites y con esperanzas sublimes—, ¿qué necesidad hay de la falsedad en la conducta? ¿Y por qué ha de violarse la sagrada majestad de la verdad para retener un bien engañoso que socava los cimientos mismos de la virtud? ¿Por qué ha de corromperse la mente femenina con artes coquetas para complacer al sensualista e impedir que el amor se degrade en amistad o en ternura compasiva cuando no hay cualidades sobre las que pueda construirse la amistad? Que el corazón honrado se muestre, y la razón enseñe a la pasión a someterse a la necesidad; o que la persecución digna de la virtud y el conocimiento eleve la mente por encima de las emociones que más amargan que endulzan la copa de la vida cuando no se mantienen dentro de sus justos límites.

No aludo a la pasión romántica que es el compañero del genio. ¿Quién puede cortar sus alas? Pero esa gran pasión,

desproporcionada a los mezquinos goces de la vida, solo es fiel al sentimiento y se alimenta de sí misma. Las pasiones que han sido celebradas por su duración fueron siempre desgraciadas. Han adquirido fuerza gracias a la ausencia y a la melancolía constitucional. La fantasía ha sobrevolado una forma de belleza entrevista vagamente; pero la familiaridad podría haber convertido la admiración en repugnancia; o al menos en indiferencia, y habría dado a la imaginación espacio para iniciar nueva caza. Con perfecta propiedad, desde este punto de vista, hace Rousseau que la señora de su alma, Eloísa, ame a Saint-Preux cuando la vida se marchita ante ella; pero esto no es prueba de la inmortalidad de la pasión.

De la misma índole es el consejo del doctor Gregory respecto a la delicadeza de sentimientos, que aconseja a una mujer que no adquiera si ha decidido casarse. Esta determinación, sin embargo, perfectamente congruente con su anterior consejo, la llama indelicada y exhorta ardientemente a sus hijas a ocultarla, aunque pueda regir su conducta; como si fuera indelicado tener los apetitos comunes de la naturaleza humana.

¡Noble moral! Congruente con la cauta prudencia de un alma pequeña que no puede extender sus miras más allá de la presente fracción minúscula de la existencia. Si todas las facultades de la mente de la mujer han de cultivarse solo en cuanto atañen a su dependencia del hombre; si, cuando consigue marido, ha llegado a su meta y, miserablemente orgullosa, se contenta con una corona tan ruin, que se arrastre satisfecha, apenas elevada por sus ocupaciones por encima del reino animal; pero si está luchando por el premio de su alta vocación, que cultive su entendimiento sin detenerse a considerar qué carácter tendrá el marido con que está destinada a casarse. Que se limite a decidir, sin demasiada ansiedad por la felicidad presente, adquirir las cualidades que ennoblecen a un ser racional; y un marido tosco e inelegante puede herir su gusto sin destruir su paz de espíritu. No modelará su alma para adaptarse a las flaquezas de su compañero, sino para soportarlas: su carácter podrá ser una prueba, pero no un impedimento para la virtud.

Si el doctor Gregory limitaba su observación a las expectativas románticas de amor constante y sentimientos afines, debió haber recordado que la experiencia desterrará lo que el consejo nunca puede hacernos dejar de desear, cuando la imaginación se mantiene viva a expensas de la razón.

Reconozco que ocurre con frecuencia que mujeres que han cultivado una delicadeza de sentimiento romántica y antinatural malgastan su vida imaginando cuán felices habrían sido con un marido que pudiera amarlas con un afecto ferviente y creciente cada día y a todas horas. Pero tanto podrían languidece casadas como solteras, y no serían un ápice más infelices con un mal marido que anhelando uno bueno. Que una educación adecuada —o, para hablar con mayor precisión, una mente bien provista— capacitaría a una mujer para sobrellevar con dignidad la vida de soltera, lo concedo; pero que ha de evitar cultivar su gusto para que su marido no lo hiera de vez en cuando es renunciar a la sustancia por la sombra. A decir verdad, no sé de qué sirve un gusto cultivado si el individuo no se vuelve más independiente de los avatares de la vida; si no se abren nuevas fuentes de goce que solo dependan de las operaciones solitarias de la mente. Las personas de gusto, casadas o solteras, sin distinción, se sentirán siempre disgustadas por diversas cosas que no afectan a mentes menos observadoras. Sobre esta conclusión no ha de descansar el argumento; pero en el balance total del goce, ¿ha de llamarse al gusto una bendición?

La pregunta es si procura más dolor que placer. La respuesta decidirá la propiedad del consejo del doctor Gregory y mostrará cuán absurdo y tiránico es establecer así un sistema de esclavitud; o intentar educar a seres morales por otras reglas que las deducidas de la razón pura, que se aplican a toda la especie.

La suavidad de modales, la indulgencia y la paciencia son cualidades tan amables y dignas de Dios que en sublimes versos poéticos la Divinidad ha sido revestida de ellas; y quizá ninguna representación de su bondad se afirma tan firmemente en los afectos humanos como la que lo presenta pródigo en misericordia y

propicio al perdón. La suavidad, considerada desde este punto de vista, lleva en su frente todos los caracteres de la grandeza combinados con las gracias cautivadoras de la condescendencia; pero ¡qué aspecto tan diferente adopta cuando es el ademán sumiso de la dependencia, el apoyo de la debilidad que ama porque necesita protección, y es indulgente porque ha de sufrir los agravios en silencio, sonriendo bajo el látigo que no osa mordisquear! Por abyecto que parezca este cuadro, es el retrato de una mujer perfecta según la opinión recibida de la excelencia femenina, separada por especiosos razonadores de la excelencia humana. O bien restituyen, bondadosamente, la costilla y hacen de un hombre y una mujer un solo ser moral; sin olvidar darle todos los «encantos sumisos».

Cómo han de existir las mujeres en ese estado en que no habrá matrimonio ni entrega en matrimonio, no se nos dice. Pues aunque los moralistas han convenido en que el tenor de la vida parece probar que el hombre es preparado por diversas circunstancias para un estado futuro, coinciden constantemente en aconsejar a la mujer que solo provea para el presente. La suavidad, la docilidad y un afecto perruno son, sobre esta base, recomendadas coherentemente como las virtudes cardinales del sexo; y, haciendo caso omiso de la arbitraria economía de la naturaleza, un escritor ha declarado que es masculino en una mujer el estar melancólica. Fue creada para ser el juguete del hombre, su sonajero, y ha de sonar en sus oídos siempre que este, desechando la razón, quiera entretenerse.

Recomendar la suavidad, en verdad, sobre una base amplia es estrictamente filosófico. Un ser frágil ha de esforzarse por ser suave. Pero cuando la indulgencia confunde el bien y el mal, deja de ser virtud; y, por conveniente que pueda resultar en una compañera, esa compañera siempre será considerada inferior y solo inspirará una ternura insípida que fácilmente degenera en desprecio. Con todo, si el consejo pudiera realmente hacer suave a un ser cuya disposición natural no admitiera tan bello pulimento, algo se adelantaría en el camino del orden; pero si, como podría demostrarse rápidamente, este consejo indiscriminado no produce

sino afectación, poniendo un tropiezo en el camino del mejoramiento gradual y de la verdadera melioration del temperamento, el sexo no gana mucho sacrificando virtudes sólidas a la adquisición de gracias superficiales, aunque por pocos años puedan procurarle a la individua su dominio regio.

Como filósofa, leo con indignación los epítetos especiosos que los hombres emplean para suavizar sus insultos; y como moralista, pregunto qué se quiere decir con tan heterogéneas asociaciones como «defectos encantadores», «debilidades amables», etc. Si no hay más que un criterio de moral, un solo arquetipo para el hombre, las mujeres parecen estar suspendidas por el destino —según la vulgar leyenda del ataúd de Mahoma— sin el instinto infalible de los brutos ni el derecho a fijar los ojos de la razón en un modelo perfecto. Fueron hechas para ser amadas, y no han de aspirar al respeto, no sea que sean expulsadas de la sociedad como masculinas.

Pero consideremos el asunto desde otro punto de vista. ¿Son las mejores esposas las mujeres pasivas e indolentes? Limitando nuestra discusión al momento presente de la existencia, veamos cómo desempeñan su papel tales criaturas débiles. ¿Las mujeres que, mediante la adquisición de algunas habilidades superficiales, han reforzado el prejuicio dominante, contribuyen simplemente a la felicidad de sus maridos? ¿Exhiben sus encantos únicamente para divertirlos? ¿Y tienen las mujeres que desde temprano han asimilado nociones de obediencia pasiva, carácter suficiente para gobernar una familia o educar a los hijos? Muy lejos de ello: tras examinar la historia de la mujer, no puedo sino coincidir con el más severo satirista, considerando al sexo como la mitad más débil, además de la más oprimida, de la especie. ¿Qué revela la historia sino huellas de inferioridad, y qué pocas mujeres se han emancipado del yugo ominoso del hombre soberano? Tan pocas, que las excepciones me recuerdan una ingeniosa conjetura acerca de Newton: que era probablemente un ser de orden superior accidentalmente enjaulado en un cuerpo humano. En el mismo sentido me ha llevado a imaginar que las pocas mujeres extraordinarias que han irrumpido

en direcciones excéntricas fuera de la órbita prescrita a su sexo eran espíritus masculinos confinados por error en un cuerpo femenino. Pero si no es filosófico pensar en el sexo cuando se habla del alma, la inferioridad ha de depender de los órganos; o el fuego celestial destinado a hacer fermentar la arcilla no se reparte en porciones iguales.

Pero evitando, como he hecho hasta ahora, toda comparación directa entre los dos sexos en su conjunto, o reconociendo francamente la inferioridad de la mujer según las apariencias actuales, solo insistiré en que los hombres han acrecentado esa inferioridad hasta que las mujeres están casi hundidas por debajo del nivel de las criaturas racionales. Déjese que sus facultades tengan espacio para desplegarse y sus virtudes para fortalecerse, y entonces determínese cuál ha de ser el puesto del conjunto del sexo en la escala intelectual. Con todo, recuérdese que no reclamo un lugar para un pequeño número de mujeres distinguidas.

Es difícil para nosotros, mortales de corta vista, decir a qué altura pueden llegar los descubrimientos y progresos humanos cuando se disipe la tiniebla del despotismo que nos hace tropezar a cada paso; pero cuando la moralidad esté asentada sobre una base más sólida, entonces, sin necesidad de don profético, me atreveré a predecir que la mujer será la amiga o la esclava del hombre. No dudaremos, como ahora, de si es un agente moral o el eslabón que une al hombre con los brutos. Pero si entonces pareciera que, como los brutos, fueron creadas principalmente para uso del hombre, él les permitirá morder pacientemente el freno, y no se burlará de ellas con elogios vacíos; o si su racionalidad queda demostrada, no impedirá su mejora únicamente para satisfacer sus apetitos sensuales. No les aconsejará, con todas las gracias de la retórica, que sometan implícitamente su entendimiento a la tutela del hombre. No, al tratar de la educación de las mujeres, afirmará que nunca han de hacer uso libre de la razón, ni recomendará la astucia y la disimulación a seres que están adquiriendo, del mismo modo que él, las virtudes de la humanidad.

Sin duda no puede haber más que una regla de lo justo, si la moralidad tiene un fundamento eterno, y quien sacrifica la virtud — estrictamente hablando— a la conveniencia presente, o cuyo deber es actuar de tal manera, solo vive para el día que pasa y no puede ser una criatura responsable.

El poeta debería entonces haber suprimido su sarcasmo cuando dice:

«Si las débiles mujeres se extravían, más culpa tienen las estrellas que ellas.»

Pues que están encadenadas por la cadena adamantina del destino es lo más cierto, si se prueba que nunca han de ejercer su propia razón, nunca han de ser independientes, nunca han de elevarse por encima de la opinión ni sentir la dignidad de una voluntad racional que solo se inclina ante Dios, y que a menudo olvida que el universo contiene otro ser fuera de sí misma y del modelo de perfección hacia el que se vuelve su mirada ardiente para adorar atributos que, suavizados en virtudes, pueden imitarse en especie, aunque el grado abruma la mente arrebatada.

Si —digo, pues no quisiera impresionar con la declamación cuando la razón ofrece su luz sobria—, si son realmente capaces de actuar como criaturas racionales, no se las trate como esclavas; ni como los brutos que son dependientes de la razón del hombre cuando se asocian con él; sino que se cultiven sus mentes, se les dé el saludable y sublime freno del principio, y se les permita alcanzar la dignidad consciente sintiéndose únicamente dependientes de Dios. Enséñeseles, en común con el hombre, a someterse a la necesidad, en lugar de dar, para hacerlas más agradables, un sexo a la moral.

Además, si la experiencia demostrara que no pueden alcanzar el mismo grado de fortaleza de espíritu, perseverancia y entereza, que sus virtudes sean de la misma especie, aunque luchen en vano por el mismo grado; y la superioridad del hombre será igualmente clara, si no más; y la verdad, por ser un principio simple que no admite modificación, será común a ambos. Es más, el orden de la sociedad,

tal como está actualmente regulado, no se invertiría, pues la mujer tendría entonces solo el rango que la razón le asignara, y no podrían practicarse artes para equilibrar la balanza, mucho menos para inclinarla.

Esto puede llamarse sueños utópicos. Gracias al Ser que los imprimió en mi alma y me dio suficiente fortaleza de espíritu para atreverme a ejercer mi propia razón hasta llegar a ser dependiente únicamente de Él para el sustento de mi virtud; contemplo con indignación las nociones equivocadas que esclavizan a mi sexo.

Amo al hombre como a mi semejante; pero su cetro, real o usurpado, no se extiende sobre mí a menos que la razón de un individuo exija mi homenaje; y aun entonces la sumisión es a la razón, no al hombre. En efecto, la conducta de un ser responsable ha de regirse por las operaciones de su propia razón; o ¿sobre qué fundamento reposa el trono de Dios?

Me parece necesario insistir en estas verdades evidentes porque las mujeres han sido insultadas, por así decirlo; y mientras se las ha despojado de las virtudes que deberían revestir a la humanidad, han sido adornadas con gracias artificiales que les permiten ejercer una tiranía de corta duración. El amor, apoderándose en sus pechos del lugar de toda pasión más noble, su única ambición es ser hermosas, suscitar emociones en lugar de inspirar respeto; y este ignoble deseo, como la servilidad en las monarquías absolutas, destruye toda fortaleza de carácter. La libertad es la madre de la virtud, y si las mujeres son, por su propia constitución, esclavas, y no se les permite respirar el aire agudo y vigorizante de la libertad, han de languidecer para siempre como plantas exóticas y ser tenidas por hermosas imperfecciones de la naturaleza; recuérdese también que son la única imperfección.

En cuanto al argumento de la sujeción en que el sexo ha sido siempre mantenido, se vuelve contra el hombre. Los muchos han sido siempre encadenados por los pocos; y monstruos que apenas han mostrado discernimiento alguno de la excelencia humana han tiranizado sobre miles de sus semejantes. ¿Por qué han se sometido

a semejante degradación hombres de dotes superiores? Pues ¿no se reconoce universalmente que los reyes, considerados en conjunto, han sido siempre inferiores en capacidades y virtud al mismo número de hombres tomado de la masa común de la humanidad? Y, sin embargo, ¿no han sido y no son tratados aún con un grado de reverencia que es un insulto a la razón? China no es el único país donde se ha deificado a un hombre vivo. Los hombres se han sometido a la fuerza superior para gozar impunemente del placer del momento; las mujeres han hecho lo mismo, y por tanto, mientras no se demuestre que el cortesano que resigna servilmente el patrimonio de hombre no es un agente moral, no podrá demostrarse que la mujer es esencialmente inferior al hombre porque siempre haya sido subyugada.

La fuerza bruta ha gobernado el mundo hasta ahora, y que la ciencia de la política se halla en su infancia es evidente por el hecho de que los filósofos vacilan en dar al conocimiento más útil para el hombre esa distinción determinante.

No seguiré este argumento más allá de lo necesario para establecer una inferencia obvia: que a medida que una sana política difunda la libertad, la humanidad, incluida la mujer, se volverá más sabia y virtuosa.

III

EL MISMO TEMA, CONTINUADO.

La fortaleza corporal, que fue en su día la distinción de los héroes, ha caído hoy en un desprecio tan inmerecido que tanto los hombres como las mujeres parecen considerarla innecesaria: las últimas, porque menoscaba sus gracias femeninas y esa amable debilidad que es la fuente de su poder indebido; y los primeros, porque se les antoja incompatible con el carácter de un caballero.

Que ambos, al apartarse de un extremo, han caído en el otro puede demostrarse fácilmente; pero conviene observar antes que un error vulgar ha adquirido un grado de crédito que ha dado fuerza a una conclusión falsa en la que se ha confundido un efecto con una causa.

Las personas de genio han deteriorado con frecuencia su constitución mediante el estudio o el descuido de la salud, y al guardar sus pasiones proporción con el vigor de su intelecto, el hecho de que la espada destruya la vaina se ha convertido en proverbio; y observadores superficiales han deducido de ahí que los hombres de genio suelen tener constituciones débiles, o, para usar

una expresión más de moda, delicadas. Sin embargo, lo contrario, creo, es lo que se verá en los hechos; pues tras una indagación diligente encuentro que la fortaleza de espíritu ha ido acompañada, en la mayoría de los casos, de una superior fortaleza corporal, de una solidez natural de constitución —no ese tono robusto de nervios y vigor muscular que proviene del trabajo físico cuando la mente está en reposo o solo guía las manos.

El doctor Priestley ha observado, en el prefacio a su cuadro biográfico, que la mayoría de los grandes hombres han vivido más allá de los cuarenta y cinco años. Y considerando el modo irreflexivo en que derrocharon sus fuerzas al investigar una ciencia favorita, consumiendo el aceite de la vida olvidados de la medianoche; o bien, perdidos en sueños poéticos, poblada la escena por la fantasía y perturbada el alma hasta sacudir la constitución a causa de las pasiones que la meditación había despertado —pasiones cuyo objeto, la insustancial fábrica de una visión, se desvanecía ante los ojos exhaustos—, es preciso reconocer que tenían una complexión de hierro. Shakespeare nunca asió el puñal etéreo con una mano sin pulso, ni Milton tembló cuando conducía a Satanás lejos de los confines de su lúgubre prisión. No eran esas las divagaciones de la imbecilidad, las enfermizas efusiones de cerebros perturbados, sino la exuberancia de una fantasía que, errando «en arrebatado frenesí», no era continuamente recordada de sus trabas materiales.

Soy consciente de que este argumento me llevaría más lejos de lo que quizá se suponga que deseo ir; pero sigo la verdad, y aferrada aún a mi primera posición, admitiré que la fortaleza corporal parece conferir al hombre una superioridad natural sobre la mujer; y este es el único fundamento sólido sobre el que puede edificarse la superioridad del sexo. Pero sigo insistiendo en que no solo la virtud, sino también el conocimiento de los dos sexos deben ser de la misma naturaleza, aunque no del mismo grado, y en que las mujeres, consideradas no solo como seres morales sino como seres racionales, deben esforzarse por adquirir las virtudes —o perfecciones— humanas por los mismos medios que los hombres, en

lugar de ser educadas como una especie caprichosa de semiseres, una de las quimeras salvajes de Rousseau.

Pero si la fortaleza corporal es, con alguna apariencia de razón, el orgullo de los hombres, ¿por qué están las mujeres tan encandiladas como para enorgullecerse de un defecto? Rousseau les ha suministrado una excusa plausible que solo podría habersele ocurrido a un hombre cuya imaginación se había acostumbrado a desbocarse y a refinar las impresiones producidas por sentidos exquisitos: que pudieran tener, vaya, un pretexto para ceder a un apetito natural sin violar una especie romántica de modestia que halaga el orgullo y el libertinaje del hombre.

Las mujeres, seducidas por estos sentimientos, hacen a veces gala de su debilidad, obteniendo con astucia poder al jugar con la debilidad de los hombres; y bien pueden gloriarse de su dominio ilícito, pues, como los bajaes turcos, tienen más poder real que sus señores; pero la virtud se sacrifica a las gratificaciones pasajeras y la respetabilidad de la vida al triunfo de una hora.

Las mujeres, al igual que los déspotas, tienen quizá hoy más poder del que tendrían si el mundo, dividido y subdividido en reinos y familias, estuviera gobernado por leyes deducidas del ejercicio de la razón; pero al obtenerlo —para continuar la comparación— su carácter se degrada y el libertinaje se extiende por toda la sociedad. Los muchos se convierten en pedestal de los pocos. Me atrevo, pues, a afirmar que mientras las mujeres no reciban una educación más racional, el progreso de la virtud humana y el avance del conocimiento recibirán continuos frenos. Y si se admite que la mujer no fue creada meramente para satisfacer el apetito del hombre, ni para ser la criada principal que le prepara las comidas y cuida su ropa blanca, se sigue que el primer cuidado de esas madres o padres que realmente se ocupan de la educación de las mujeres debe ser, si no fortalecer el cuerpo, al menos no arruinar la constitución con nociones equivocadas de belleza y excelencia femenina; ni ha de permitirse jamás que las niñas asimilen la perniciosa idea de que un defecto pueda, mediante algún proceso

químico de razonamiento, convertirse en una excelencia. A este respecto, me alegra encontrar que el autor de uno de los libros más instructivos que nuestro país ha producido para niños coincide conmigo en esta opinión; citaré sus pertinentes observaciones para dar a la razón la fuerza de su respetable autoridad.¹

Pero aunque se demostrara que la mujer es naturalmente más débil que el hombre, ¿de dónde se sigue que le es natural esforzarse por volverse aún más débil de lo que la naturaleza la hizo? Argumentos de esta índole son un insulto al sentido común y tienen sabor de pasión. El derecho divino de los maridos, como el derecho divino de los reyes, puede, cabe esperar, en esta época ilustrada, ser impugnado sin peligro; y aunque la convicción no haga callar a muchos disputadores ruidosos, cuando se ataca algún prejuicio dominante los sabios reflexionarán, mientras dejan que los de mente estrecha vociferen con irreflexiva vehemencia contra la novedad.

La madre que desea conferir a su hija una verdadera dignidad de carácter debe, sin hacer caso de los desprecios de la ignorancia, proceder según un plan diametralmente opuesto al que Rousseau ha recomendado con todos los encantos seductores de la elocuencia y la sofística filosófica; pues su elocuencia hace plausibles los absurdos, y sus conclusiones dogmáticas desconciertan sin convencer a quienes no tienen capacidad para refutarlas.

En todo el reino animal, las criaturas jóvenes necesitan ejercicio casi continuo, y la infancia de los niños, conforme a este indicio, debería transcurrir en juegos inocentes que ejerciten los pies y las manos sin requerir dirección muy minuciosa de la cabeza ni la atención constante de una niñera. En efecto, el cuidado necesario para la autoconservación es el primer ejercicio natural del entendimiento, así como los pequeños ingenios para entretenerse en el momento despliegan la imaginación. Pero estos sabios designios de la naturaleza son contrarrestados por el cariño equivocado o el celo ciego. Al niño no se le deja ni un momento a su propia dirección —especialmente a la niña—, y así se lo vuelve dependiente; a esa dependencia se la llama natural.

Para conservar la belleza personal, ¡gloria de la mujer!, los miembros y las facultades son encorsetados con ligaduras peores que las chinas, y la vida sedentaria a la que están condenadas a llevar —mientras los niños retozan al aire libre— debilita los músculos y relaja los nervios. En cuanto a las observaciones de Rousseau —repetidas después en eco por varios escritores— de que tienen de manera natural, es decir, desde su nacimiento, e independientemente de la educación, afición a las muñecas, al atavío y a la charla, son tan pueriles que no merecen una refutación seria. Que una niña, condenada a sentarse durante horas escuchando la cháchara ociosa de niñeras necias o asistiendo al tocador de su madre, procure unirse a la conversación es, en efecto, muy natural; y que imite a su madre o a sus tías y se divierta adornando a su inanimada muñeca del mismo modo en que ellas la visten a ella, ¡pobre criatura inocente!, es sin duda la consecuencia más natural del mundo. Pues ni siquiera los hombres de mayores dotes han tenido siempre suficiente fortaleza para elevarse por encima de la atmósfera circundante; y si la página del genio ha sido siempre emborronada por los prejuicios de la época, alguna indulgencia ha de concederse a un sexo que, como los reyes, ve siempre las cosas a través de un prisma falso.

De este modo puede explicarse fácilmente la afición al atavío, tan visible en las mujeres, sin suponer que sea resultado de un deseo de agradar al sexo del que dependen. El absurdo, en suma, de suponer que una niña es naturalmente coqueta, y que un deseo vinculado al impulso de la naturaleza de propagar la especie pueda manifestarse incluso antes de que una educación inadecuada lo haya despertado prematuramente caldeando la imaginación, es tan poco filosófico que un observador tan sagaz como Rousseau no lo habría adoptado si no hubiera tenido la costumbre de ceder la razón a su afán de singularidad y la verdad a una paradoja favorita.

Con todo, atribuir así un sexo a la mente no era muy congruente con los principios de un hombre que argumentó tan ardiente y tan bien en favor de la inmortalidad del alma. Pero ¡qué débil barrera es la verdad cuando se interpone en el camino de una hipótesis!

Rousseau respetaba —casi adoraba— la virtud, y sin embargo se permitía amar con ternura sensual. Su imaginación preparaba constantemente combustible inflamable para sus sentidos inflamables; pero, a fin de reconciliar su respeto por la abnegación, la entereza y las virtudes heroicas que una mente como la suya no podía admirar fríamente, se afana en invertir la ley de la naturaleza y lanza una doctrina preñada de perjuicios y denigratoria para el carácter de la suprema sabiduría.

Sus historias ridículas, que tienden a demostrar que las niñas son naturalmente atentas a su persona sin hacer hincapié alguno en el ejemplo cotidiano, están por debajo del desprecio. Y que una pequeña señorita tuviera un gusto tan fino como para dejar de lado el placer de trazar oes simplemente porque percibiera que era una actitud poco grácil merece ser clasificada entre las anécdotas del cerdo docto.

Probablemente he tenido ocasión de observar a más niñas en su infancia que J. J. Rousseau. Puedo recordar mis propios sentimientos y he mirado con atención a mi alrededor; y, sin embargo, lejos de coincidir con él en su opinión respecto a los primeros albores del carácter femenino, me atrevo a afirmar que una niña cuya vivacidad no haya sido amortiguada por la inactividad ni su inocencia contaminada por una falsa vergüenza será siempre una zaganete, y la muñeca nunca despertará su atención a menos que el encierro no le deje otra alternativa. Las niñas y los niños, en suma, jugarían juntos inocentemente si la distinción de sexo no se inculcase mucho antes de que la naturaleza establezca diferencia alguna. Iré más lejos y afirmaré, como hecho indiscutible, que la mayoría de las mujeres que he podido observar, y que han actuado como criaturas racionales o mostrado algún vigor intelectual, han tenido por azar la posibilidad de crecer en libertad, como insinuarían algunos elegantes formadores del bello sexo.

Las consecuencias funestas que se derivan del descuido de la salud durante la infancia y la juventud van más lejos de lo que se supone; la dependencia del cuerpo produce naturalmente

dependencia de la mente; y ¿cómo puede ser buena esposa o buena madre aquella gran parte de cuyo tiempo se emplea en precaverse contra la enfermedad o en soportarla? Ni puede esperarse que una mujer se esfuerce resueltamente en fortalecer su constitución y abstenerse de indulgencias enervantes si nociones artificiales de belleza y falsas descripciones de sensibilidad se han entrelazado desde temprano con sus motivos de acción. La mayoría de los hombres se ven obligados a veces a soportar incomodidades físicas y a aguantar ocasionalmente las inclemencias de los elementos; pero las damas de distinción son, hablando literalmente, esclavas de sus cuerpos y se glorían en su sujeción.

Conocí en cierta ocasión a una frágil mujer de mundo que estaba más que ordinariamente orgullosa de su delicadeza y sensibilidad. Consideraba un gusto refinado y un apetito menguado el colmo de la perfección humana, y así actuaba en consecuencia. He visto a este ser débil y sofisticado descuidar todos los deberes de la vida y, sin embargo, reclinarsse con autocomplacencia en un sofá presumiendo de inapetencia como prueba de una delicadeza que se extendía a, o quizás procedía de, su exquisita sensibilidad; pues es difícil dar sentido a semejante jerga ridícula. Y sin embargo, en ese mismo momento la he visto insultar a una respetable anciana a quien desgracias imprevistas habían hecho dependiente de su ostentosa generosidad, y que en tiempos mejores había tenido derechos a su gratitud. ¿Es posible que una criatura humana haya llegado a ser tan débil y depravada si, como los sibaritas, disueltos en el lujo, no se hubiera ido desgastando en ella todo rastro de virtud, o esta no hubiera sido jamás impresa por el precepto —pobre sustituto del cultivo de la mente, aunque sirva como valla contra el vicio?

Semejante mujer no es un monstruo más irracional que algunos emperadores romanos, depravados por el poder sin límites. Y, sin embargo, desde que los reyes están más sujetos al freno de la ley y al freno, por débil que sea, del honor, los anales de la historia no están ya llenos de tan antinaturales ejemplos de locura y crueldad, ni el despotismo que mata la virtud y el genio en su brote se cierne

sobre Europa con la misma ráfaga destructora que desolara Turquía y volviera estériles a los hombres, así como al suelo.

Las mujeres se hallan por doquier en este deplorable estado; pues, para preservar su inocencia —que cortésmente se denomina ignorancia—, se les oculta la verdad y se las obliga a adoptar un carácter artificial antes de que sus facultades hayan adquirido fortaleza alguna. Enseñadas desde la infancia a que la belleza es el cetro de la mujer, la mente se amolda al cuerpo y, errando por su dorada jaula, solo busca adornar su prisión. Los hombres tienen múltiples ocupaciones y empeños que acaparan su atención y dan carácter a la mente en formación; pero las mujeres, confinadas a uno solo y con los pensamientos dirigidos constantemente a la parte más insignificante de sí mismas, rara vez extienden sus miras más allá del triunfo de la hora. Pero si su entendimiento fuera una vez emancipado de la esclavitud a que el orgullo y la sensualidad del hombre, y su corto de miras deseo —como el de dominio de los tiranos— del ascendiente presente, los ha sometido, probablemente leeríamos sus debilidades con asombro. Debo permitirme proseguir el argumento un poco más.

Quizá, si se admitiera la existencia de un ser maligno que, en el lenguaje alegórico de las Escrituras, anduviera buscando a quien devorar, no podría degradar de modo más efectivo el carácter humano que concediéndole a un hombre poder absoluto.

Este argumento se ramifica en diversas direcciones. El nacimiento, las riquezas y todas las ventajas externas que elevan a un hombre por encima de sus semejantes sin esfuerzo mental alguno lo rebajan en realidad por debajo de ellos. En proporción a su debilidad, es maniobrado por hombres intrigantes hasta que el monstruo hinchado ha perdido todo rastro de humanidad. Y que tribus de hombres, como rebaños de ovejas, sigan dócilmente a tal caudillo es un contrasentido que solo puede explicar el deseo del goce presente y la estrechez de espíritu. Educados en servil dependencia y enervados por el lujo y la indolencia, ¿dónde encontraremos hombres que se alcen a afirmar los derechos del hombre o a

reclamar el privilegio de los seres morales, que no deberían tener más que un camino hacia la excelencia? La esclavitud a los monarcas y a los ministros, de la que el mundo tardará mucho en liberarse, y cuyo mortal abrazo detiene el progreso de la mente humana, no ha sido aún abolida.

Que los hombres, pues, en el orgullo del poder, no usen los mismos argumentos que los reyes tiránicos y los ministros venales han usado, ni afirmen falsamente que la mujer debe estar sometida porque siempre lo ha estado. Pero cuando el hombre, gobernado por leyes razonables, goce de su libertad natural, que desprecie a la mujer si ella no la comparte con él; y hasta que llegue ese glorioso período, al disertar sobre las necesidades del sexo, que no pierda de vista las suyas propias.

Las mujeres, es cierto, al obtener poder por medios injustos — practicando o fomentando el vicio— pierden evidentemente el rango que la razón les asignaría, y se vuelven o esclavas abyectas o tiranas caprichosas. Pierden toda sencillez, toda dignidad de espíritu al adquirir poder, y actúan como se observa que actúan los hombres cuando han sido encumbrados por los mismos medios.

Es hora de efectuar una revolución en los modales femeninos; hora de devolverles su dignidad perdida y hacerlas laborar, como parte de la especie humana, reformándose a sí mismas para reformar el mundo. Es hora de separar la moral inmutable de los usos locales. Si los hombres son semidioses, ¡que los sirvamos! Y si la dignidad del alma femenina es tan discutible como la de los animales, si su razón no proporciona luz suficiente para dirigir su conducta mientras se les niega el instinto infalible, son sin duda, de entre todas las criaturas, las más desdichadas y, dobladas bajo la mano de hierro del destino, deben resignarse a ser un hermoso defecto en la creación. Pero justificar los caminos de la providencia respecto a ellas señalando alguna razón irrefutable para que tan gran porción de la humanidad sea y no sea responsable de sí misma dejaría perplejo al más sutil casuista.

El único fundamento sólido de la moral parece ser el carácter del Ser Supremo, cuya armonía nace del equilibrio de sus atributos; y, hablando con reverencia, un atributo parece implicar la necesidad de otro. Ha de ser justo porque es sabio; ha de ser bueno porque es omnipotente. Pues exaltar un atributo a expensas de otro igualmente noble y necesario lleva el sello de la razón torcida del hombre, el homenaje de la pasión. El hombre, acostumbrado a inclinarse ante el poder en su estado salvaje, rara vez puede desprenderse de este bárbaro prejuicio incluso cuando la civilización le muestra hasta qué punto la fortaleza mental es superior a la física; y su razón queda enturbiada por estas crudas opiniones incluso cuando piensa en la Divinidad. Se hace que su omnipotencia absorba o presida sobre sus demás atributos, y se supone que limitan irreverentemente su poder quienes piensan que ha de estar regulado por su sabiduría.

Rechazo esa especie de humildad que, después de investigar la naturaleza, se detiene ante el Autor. El Alto y Excelso que habita la eternidad posee sin duda muchos atributos de los que no podemos formarnos noción alguna; pero la razón me dice que no pueden entrar en conflicto con los que adoro, y me veo obligada a escuchar su voz.

Parece natural que el hombre busque la excelencia, y que o bien la rastree en el objeto que venera, o bien lo revista ciegamente de perfección como de un manto. Pero ¿qué efecto benéfico puede tener este último modo de adoración sobre la conducta moral de un ser racional? Se inclina ante el poder; adora una nube oscura que puede abrirle una perspectiva luminosa o descargar sobre su devota cabeza con rabiosa e ilícita furia —no sabe por qué. Y suponiendo que la Divinidad actúa desde el vago impulso de una voluntad sin dirección, el hombre ha de seguir también la suya, o actuar según reglas deducidas de principios que rechaza como irreverentes. En este dilema han caído tanto los entusiastas como los pensadores más fríos cuando se han afanado por librar a los hombres de las saludables restricciones que una concepción justa del carácter de Dios impone.

No es impío examinar así los atributos del Todopoderoso; en efecto, ¿quién puede evitarlo ejerciendo sus facultades? Pues amar a Dios como fuente de sabiduría, bondad y poder parece ser el único culto útil a un ser que desea adquirir virtud o conocimiento. Un afecto ciego e inestable puede, como las pasiones humanas, ocupar la mente y calentar el corazón mientras se olvida hacer justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con nuestro Dios. Seguiré este tema más adelante, cuando trate la religión bajo una luz opuesta a la recomendada por el doctor Gregory, quien la trata como una cuestión de sentimiento o de gusto.

Volviendo de esta aparente digresión: sería de desear que las mujeres cultivaran por sus maridos un afecto fundado en el mismo principio en que ha de descansar la devoción. No existe bajo el cielo otro fundamento firme; que se guarden del engañoso resplandor del sentimiento, demasiado a menudo empleado como eufemismo de la sensualidad. Se sigue, pues, a mi parecer, que desde su infancia las mujeres han de ser, o bien encerradas como príncipes orientales, o bien educadas de tal modo que puedan pensar y actuar por sí mismas.

¿Por qué vacilan los hombres entre dos opiniones y esperan imposibilidades? ¿Por qué esperan virtud de una esclava, o de un ser al que la constitución de la sociedad civil ha hecho débil, cuando no vicioso?

Sé, con todo, que se necesitará un tiempo considerable para desarraigar los prejuicios profundamente enraizados que los sensuales han plantado; también se necesitará algún tiempo para convencer a las mujeres de que actúan contra su verdadero interés en sentido amplio cuando cultivan o afectan la debilidad con el nombre de delicadeza; y para convencer al mundo de que la fuente envenenada de los vicios y las necedades femeninas —si es necesario, en deferencia a la costumbre, usar términos sinónimos en sentido laxo— ha sido el homenaje sensual rendido a la belleza: a la belleza de facciones; pues ha sido agudamente observado por un escritor alemán que una mujer bonita, como objeto de deseo, suele

ser reconocida como tal por hombres de toda clase; mientras que una mujer hermosa, que inspira emociones más sublimes exhibiendo la belleza intelectual, puede pasar inadvertida o ser observada con indiferencia por quienes cifran su felicidad en la satisfacción de sus apetitos. Preveo una réplica obvia: mientras el hombre siga siendo tan imperfecto como hasta ahora ha parecido, será, en mayor o menor grado, esclavo de sus apetitos; y como las mujeres que satisfacen el apetito dominante obtienen más poder, el sexo es degradado por una necesidad física, si no moral.

Esta objeción tiene, lo reconozco, alguna fuerza; pero existiendo tal sublime precepto como «sed puros como vuestro Padre celestial es puro», parecería que las virtudes del hombre no están limitadas por el Ser que únicamente puede limitarlas, y que puede avanzar sin considerar si se sale de su esfera al abrigar una ambición tan noble. A las olas salvajes se les ha dicho: «Hasta aquí llegaréis y no más allá, y aquí se detendrán vuestras orgullosas olas.» En vano, pues, golpean y espuman, retenidas por el poder que confina a los planetas en sus órbitas; la materia cede al gran Espíritu rector. Pero un alma inmortal, no sujeta a leyes mecánicas y que lucha por liberarse de las trabas de la materia, contribuye al orden de la creación en lugar de perturbarlo, cuando, cooperando con el Padre de los espíritus, intenta gobernarse por la regla invariable que, en un grado ante el que nuestra imaginación se desvanece, rige el universo.

Además, si las mujeres son educadas para la dependencia —es decir, para actuar según la voluntad de otro ser falible y someterse, acertada o equivocadamente, al poder— ¿hasta dónde hemos de llegar? ¿Han de ser consideradas como vicarregentes, autorizadas a reinar sobre un pequeño dominio y a responder de su conducta ante un tribunal superior sujeto a error?

No será difícil demostrar que tales delegadas actuarán como hombres sujetos por el miedo, haciendo a sus hijos y criados soportar su opresión tiránica. Como se someten sin razón, no teniendo reglas fijas por las que guiar su conducta, serán benévolas

o crueles según el capricho del momento; y no ha de sorprendernos que a veces, irritadas por su pesado yugo, encuentren un placer maligno en descargarlo sobre hombros más débiles.

Pero supongamos que una mujer criada en la obediencia se case con un hombre sensato que dirija su juicio sin hacerla sentir la servidumbre de su sujeción, de modo que actúe con tanta propiedad por esta luz refleja como puede esperarse cuando se toma la razón de segunda mano; aun así, no puede asegurar la vida de su protector; él puede morir y dejarla con una familia numerosa.

Recae sobre ella un deber doble: educar a sus hijos ejerciendo a la vez de padre y de madre, formar sus principios y asegurar su patrimonio. Pero, ¡ay!, ella nunca ha pensado, mucho menos actuado, por sí misma. Solo ha aprendido a agradar a los hombres, a depender de ellos con gracia; y sin embargo, cargada de hijos, ¿cómo ha de obtener otro protector, un marido que supla el lugar de la razón? Un hombre racional —pues no pisamos terreno romántico—, aunque la considere una criatura agradable y dócil, no querrá casarse con toda una familia por amor cuando el mundo contiene muchas otras criaturas igualmente atractivas. ¿Qué será entonces de ella? O cae presa fácil de algún mezquino cazafortunas que defrauda a sus hijos de su herencia paterna y la hace desgraciada; o se convierte en víctima del descontento y la indulgencia ciega. Incapaz de educar a sus hijos varones o de infundirles respeto —pues no es un juego de palabras afirmar que nadie es respetado, por elevado que sea su cargo, si no es respetable—, languidece bajo la angustia de un arrepentimiento impotente y estéril. El diente de la serpiente penetra hasta lo más hondo de su alma, y los vicios de una juventud licenciosa la llevan, con dolor, si no también con miseria, a la tumba.

Este no es un cuadro exagerado; al contrario, es un caso muy posible, y algo semejante ha caído bajo los ojos de todo observador atento.

He dado por sentado, sin embargo, que era bien dispuesta, aunque la experiencia muestra que los ciegos pueden ser conducidos al hoyo tan fácilmente como por el camino trillado. Pero suponiendo

—conjetura no muy improbable— que un ser educado únicamente para agrandar siga encontrando su felicidad en agrandar: ¡qué ejemplo de necedad, por no decir de vicio, dará a sus inocentes hijas! La madre quedará oculta en la coqueta, y en lugar de hacer amigas de sus hijas, las mirará con ojos torcidos, pues son rivales —rivales más crueles que cualquier otra, porque invitan a la comparación y la desalojan del trono de la belleza a quien nunca ha pensado en ocupar el banco de la razón.

No se necesita un pincel de mano fácil, ni el trazo discriminatorio de una caricatura, para esbozar las miserias domésticas y los pequeños vicios que difunde una semejante ama de casa. Con todo, ella solo actúa como debe actuar una mujer criada según el sistema de Rousseau. Nunca podrá ser reprochada de masculina ni de salirse de su esfera; más aún, puede observar otra de sus grandes reglas, y, guardando cuidadosamente su reputación libre de toda mancha, ser tenida por una buena esposa. Sin embargo, ¿en qué sentido puede llamársela buena? Se abstiene, es verdad, sin gran esfuerzo, de cometer crímenes groseros; pero ¿cómo cumple sus deberes? ¡Sus deberes! En verdad, tiene bastante en que pensar con adornar su cuerpo y cuidar una constitución delicada.

En cuanto a la religión, nunca se presumió de juzgar por sí misma; sino que se conformó, como corresponde a una criatura dependiente, con las ceremonias de la iglesia en que fue criada, creyendo piadosamente que cabezas más sabias que la suya han resuelto ese asunto; y no dudar es su punto de perfección. Paga pues el diezmo de la menta y del comino, y da gracias a Dios por no ser como las demás mujeres. ¡He aquí los benditos frutos de una buena educación! ¡He aquí las virtudes de la auxiliadora del hombre!

Necesito aliviarme trazando un cuadro diferente.

Que la fantasía nos presente ahora a una mujer de entendimiento tolerable —pues no deseo abandonar la línea de la mediocridad—, cuya constitución, fortalecida por el ejercicio, ha permitido que su cuerpo adquiriera su pleno vigor; su mente, al mismo tiempo, se va ensanchando gradualmente para comprender los deberes morales de

la vida y en qué consisten la virtud y la dignidad humanas. Formada así por los deberes relativos a su condición, se casa por afecto sin perder de vista la prudencia, y mirando más allá de la felicidad conyugal, se asegura el respeto de su marido antes de que sea preciso recurrir a mezquinos artificios para agradarle y avivar una llama agonizante que la naturaleza destinó a extinguirse cuando el objeto se volviese familiar, cuando la amistad y la indulgencia recíproca sustituyan a un afecto más ardiente. Esta es la muerte natural del amor, y la paz doméstica no se destruye con los esfuerzos por impedir su extinción. Supongo también al marido virtuoso, pues de lo contrario ella tiene aún mayor necesidad de principios independientes.

El destino, sin embargo, rompe ese vínculo. Queda viuda, quizás sin provisión suficiente; pero no está desolada. Siente el dolor de la naturaleza; pero después de que el tiempo ha suavizado el dolor en melancólica resignación, su corazón se vuelve hacia sus hijos con redoblado cariño, y ansiosa por proveer a sus necesidades, el amor maternal da a sus deberes maternales un cariz sagrado y heroico. Piensa que no solo el ojo que ve sus esfuerzos virtuosos —de quien ha de venir ahora todo su consuelo y cuya aprobación es vida— la contempla; sino que su imaginación, un tanto abstraída y exaltada por el dolor, se demora en la ferviente esperanza de que los ojos que su temblorosa mano cerró puedan ver aún cómo somete toda pasión torcida para cumplir el doble deber de ser padre y madre de sus hijos a la vez. Elevada al heroísmo por las desgracias, reprime el primer débil alba de una inclinación natural antes de que madure en amor, y en la flor de la vida olvida su sexo —olvida el placer de una pasión naciente que podría haber sido de nuevo inspirada y correspondida. Ya no piensa en agradar, y la dignidad consciente le impide enorgullecerse de los elogios que su conducta merece. Sus hijos tienen su amor, y sus más vivas esperanzas están más allá de la tumba, donde su imaginación vaga con frecuencia.

Me parece verla rodeada de sus hijos, cosechando el fruto de sus cuidados. Los ojos inteligentes se encuentran con los suyos mientras la salud y la inocencia sonrían en sus mejillas rollizas, y a medida

que crecen las cargas de la vida se alivian gracias a su atención agradecida. Vive para ver que las virtudes que procuró plantar sobre principios se han fijado en hábitos; vive para ver que sus hijos han alcanzado una fortaleza de carácter suficiente para soportar la adversidad sin olvidar el ejemplo de su madre.

Cumplida así la tarea de la vida, aguarda tranquilamente el sueño de la muerte, y levantándose del sepulcro puede decir: he aquí que me diste un talento, y aquí hay cinco talentos.

Deseo resumir lo que he dicho en pocas palabras, pues aquí arrojo mi guante y niego la existencia de virtudes sexuales, sin excluir la modestia. Para el hombre y la mujer, la verdad —si entiendo el significado de la palabra— ha de ser la misma; y sin embargo, el caprichoso carácter femenino, tan primorosamente trazado por poetas y novelistas, al exigir el sacrificio de la verdad y la sinceridad, hace la virtud una idea relativa, sin otro fundamento que la utilidad, cuya apreciación se arrogan los hombres arbitrariamente amoldándola a su conveniencia.

Las mujeres, lo admito, pueden tener deberes diferentes que cumplir; pero son deberes humanos, y los principios que han de regir su cumplimiento, mantengo con firmeza, han de ser los mismos.

Para volverse respetables, es necesario el ejercicio de su entendimiento; no hay otro fundamento para la independencia de carácter. Digo explícitamente que han de inclinarse únicamente ante la autoridad de la razón, en lugar de ser las modestas esclavas de la opinión.

¡Con cuánta rareza encontramos en las clases superiores de la vida a un hombre de dotes sobresalientes, o incluso de conocimientos ordinarios! La razón me parece clara: el estado en que nacieron era antinatural. El carácter humano se ha formado siempre por las ocupaciones que el individuo o la clase persigue; y si las facultades no son aguzadas por la necesidad, han de permanecer embotadas. El argumento puede extenderse con justicia a las

mujeres; pues rara vez ocupadas por asuntos serios, la persecución del placer da a su carácter esa insignificancia que hace tan insípida la sociedad de los grandes. La misma falta de firmeza, producida por una causa similar, obliga a los unos y a las otras a huir de sí mismos hacia placeres ruidosos y pasiones artificiales, hasta que la vanidad ocupa el lugar de todo afecto social y apenas pueden distinguirse los caracteres de la humanidad. Tales son las bendiciones de los gobiernos civiles tal como están actualmente organizados: que las riquezas y la blandura femenina tienden igualmente a degradar a la humanidad y son producidas por la misma causa; pero si se admite que las mujeres son criaturas racionales, deberían ser estimuladas a adquirir virtudes que puedan llamar suyas, pues ¿cómo puede ennoblecerse un ser racional por algo que no ha obtenido mediante sus propios esfuerzos?

IV

OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE DEGRADACIÓN AL QUE LA MUJER ES REDUCIDA POR DIVERSAS CAUSAS.

Que la mujer es naturalmente débil, o degradada por un concurso de circunstancias, me parece claro. Pero contrapondré esta posición simplemente con una conclusión que con frecuencia he oído pronunciar a hombres sensatos en favor de una aristocracia: que la masa de la humanidad no puede ser otra cosa, pues de lo contrario los esclavos obsequiosos que pacientemente se dejan encerrar sentirían su propia valía y sacudirían sus cadenas. Los hombres, observan además, se someten en todas partes a la opresión cuando no tendrían más que alzar la cabeza para sacudirse el yugo; y sin embargo, en lugar de hacer valer su derecho de nacimiento, lamen tranquilamente el polvo y dicen: comamos y bebamos, que mañana moriremos. Las mujeres, argumento por analogía, son degradadas por la misma propensión a gozar del momento presente; y acaban

por despreciar la libertad que no tienen suficiente virtud para esforzarse en alcanzar. Pero debo ser más explícita.

Respecto al cultivo del corazón, se admite unánimemente que el sexo no viene al caso; pero la línea de subordinación en las facultades mentales no ha de sobrepasarse jamás. Solo «absolutas en su hermosura», la porción de racionalidad concedida a la mujer es, en efecto, muy escasa; pues, al negarle el genio y el juicio, es difícil adivinar qué queda para caracterizar al intelecto.

El germen de la inmortalidad —si se me permite la expresión— es la perfectibilidad de la razón humana; pues si el hombre hubiera sido creado perfecto, o si una inundación de conocimiento hubiera irrumpido en él cuando llegó a la madurez, excluyendo el error, dudaría de que su existencia se prolongara tras la disolución del cuerpo. Pero en el estado presente de las cosas, toda dificultad moral que escapa a la discusión humana y desafía igualmente a la investigación del pensamiento profundo y al relámpago del genio es un argumento sobre el que fundo mi creencia en la inmortalidad del alma. La razón es, por consiguiente, el simple poder del mejoramiento; o, con más propiedad, el poder de discernir la verdad. En este sentido, cada individuo es un mundo en sí mismo. En un ser puede ser más o menos visible que en otro; pero la naturaleza de la razón ha de ser la misma en todos, si es una emanación de la divinidad, el vínculo que une a la criatura con el Creador; pues ¿puede estar sellada con la imagen celestial el alma que no se perfecciona mediante el ejercicio de su propia razón? Sin embargo, adornada exteriormente con esmerado cuidado y tan engalanada para deleitar al hombre «para que pueda amarla honradamente», al alma de la mujer no se le permite ostentar esa distinción, y el hombre, siempre interpuesto entre ella y la razón, es representada siempre como creada para ver solo a través de un grosero medio y para aceptar las cosas por fe. Pero, descartando estas fantasiosas teorías y considerando a la mujer como un todo — sea lo que fuere— en lugar de como una parte del hombre, la cuestión es si tiene razón o no. Si la tiene —lo que por un momento

daré por sentado—, no fue creada meramente para ser el solaz del hombre, y lo sexual no debería destruir lo humano.

En este error han caído probablemente los hombres al contemplar la educación bajo una luz falsa: no como el primer paso para formar a un ser que avanza gradualmente hacia la perfección, sino solo como una preparación para la vida. Sobre este error sensual —pues así he de llamarlo— se ha erigido el falso sistema de los modales femeninos, que roba al conjunto del sexo su dignidad y clasifica a morenas y rubias con las flores sonrientes que solo adornan el campo. Este ha sido siempre el lenguaje de los hombres, y el temor de apartarse de un supuesto carácter sexual ha llevado incluso a mujeres de talento superior a adoptar los mismos sentimientos. Así, el entendimiento —en sentido estricto— ha sido negado a la mujer; y el instinto, sublimado en ingenio y astucia para los fines de la vida, ha sido puesto en su lugar.

El poder de generalizar ideas, de extraer conclusiones amplias de observaciones individuales, es la única adquisición para un ser inmortal que merece verdaderamente el nombre de conocimiento. La mera observación, sin esforzarse por dar cuenta de nada, puede servir —de manera muy incompleta— como el sentido común de la vida; pero ¿dónde está el tesoro acumulado con que ha de vestirse el alma cuando abandone el cuerpo?

Este poder no solo ha sido negado a las mujeres; los escritores han insistido en que es incompatible —con escasas excepciones— con su carácter sexual. Que los hombres demuestren esto, y concederé que la mujer solo existe para el hombre. Debo, sin embargo, observar antes que el poder de generalizar ideas en cualquier grado apreciable no es muy común ni entre los hombres ni entre las mujeres. Pero este ejercicio es el verdadero cultivo del entendimiento; y todo conspira para hacer el cultivo del entendimiento más difícil en el mundo femenino que en el masculino.

Esta afirmación me conduce naturalmente al tema principal del presente capítulo, e intentaré ahora señalar algunas de las causas

que degradan al sexo e impiden a las mujeres generalizar sus observaciones.

No me remontaré a los remotos anales de la antigüedad para trazar la historia de la mujer; basta con señalar que siempre ha sido o esclava o déspota, y observar que cada una de estas situaciones retarda igualmente el progreso de la razón. La gran fuente de la necedad y el vicio femeninos me ha parecido siempre que procede de la estrechez de espíritu; y la propia constitución de los gobiernos civiles ha puesto obstáculos casi insuperables en el camino del cultivo del entendimiento femenino; ¡y sin embargo la virtud no puede edificarse sobre ningún otro fundamento! Los mismos obstáculos se ponen en el camino de los ricos, con las mismas consecuencias.

La necesidad ha sido proverbialmente llamada madre de la invención; el aforismo puede extenderse a la virtud. Es una adquisición, y una adquisición a la que hay que sacrificar el placer: ¿y quién sacrifica el placer cuando está al alcance de la mano, si su mente no ha sido abierta y fortalecida por la adversidad o la persecución del conocimiento agujoneada por la necesidad? ¡Dichosos los que tienen los afanes de la vida con que luchar, pues esas luchas les impiden ser presa de los vicios enervantes que provienen simplemente de la ociosidad! Pero si desde su nacimiento se sitúa a hombres y mujeres en una zona tórrida con el sol de mediodía del placer dando directamente sobre ellos, ¿cómo pueden fortalecer suficientemente sus mentes para cumplir los deberes de la vida, o incluso para saborear los afectos que los sacan de sí mismos?

El placer es el negocio de la vida de la mujer según la presente conformación de la sociedad, y mientras continúe siéndolo, poco puede esperarse de tales seres débiles. Heredando, en línea directa del primer hermoso defecto en la naturaleza, la soberanía de la belleza, han renunciado —para mantener su poder— a sus derechos naturales, que el ejercicio de la razón podría haberles proporcionado, y han preferido ser reinas de corta vida a trabajar por alcanzar los sobrios placeres que brotan de la igualdad. Exaltadas por su

inferioridad —lo que suena a contradicción—, reclaman constantemente homenaje como mujeres, aunque la experiencia debería enseñarles que los hombres que se precian de rendir este respeto arbitrario e insolente al sexo con la más escrupulosa exactitud son los más inclinados a tiranizar y a despreciar la misma debilidad que fomentan. Con frecuencia repiten los sentimientos del señor Hume cuando, comparando el carácter francés y el ateniense, alude a las mujeres: «Pero lo que es más singular en esta caprichosa nación, digo a los atenienses, es que una broma vuestra durante las Saturnales, cuando los esclavos son servidos por sus amos, es seriamente continuada por ellos durante todo el año y a lo largo de toda su vida; acompañada además de algunas circunstancias que acrecientan aún más el absurdo y el ridículo. Vuestra broma solo eleva por unos días a quienes la fortuna ha postrado, y a quienes ella también, en broma, puede elevar de verdad para siempre por encima de vosotros. Pero esta nación exalta gravemente a quienes la naturaleza les ha sometido, y cuya inferioridad e imperfecciones son absolutamente incurables. Las mujeres, aunque sin virtud, son sus señoras y soberanas.»

¡Ah! ¿Por qué condescienden las mujeres —lo escribo con solícita ternura— a recibir de los extraños un grado de atención y respeto diferente de esa reciprocidad de cortesía que los dictados de la humanidad y la urbanidad de la civilización autorizan entre hombre y hombre? ¿Y por qué no descubren, «en el mediodía del poder de la belleza», que son tratadas como reinas solo para ser engañadas por un respeto hueco, hasta que son inducidas a renunciar, o a no asumir, sus prerrogativas naturales? Encerradas entonces en jaulas, como los pájaros, no tienen más que aderezarse y caminar con postiza majestad de percha en percha. Es verdad que se les provee de alimento y vestido por lo que ni trabajan ni hilan; pero la salud, la libertad y la virtud se dan a cambio. Pero ¿dónde se ha encontrado entre los seres humanos suficiente fortaleza de espíritu para permitir a alguien renunciar a estas prerrogativas adventicias; a alguien que, alzándose con la serena dignidad de la razón por encima de la opinión, se atreviese a enorgullecerse de los privilegios inherentes al

hombre? Y es vano esperararlo mientras el poder hereditario ahogue los afectos y corte en flor la razón.

Las pasiones de los hombres han colocado así a las mujeres en tronos; y hasta que la humanidad se vuelva más racional, es de temer que las mujeres se valgan del poder que obtienen con el menor esfuerzo, y que es el más indiscutible. Sonreirán; sí, sonreirán, aunque se les diga que:

«En el imperio de la belleza no hay término medio, y la mujer, o esclava o reina, es prontamente despreciada cuando no es adorada.»

Pero la adoración viene primero, y el desprecio no se anticipa.

Luis XIV en particular difundió modales artificiales y atrapó, de manera especiosa, a toda la nación en sus redes; pues estableciendo una artificiosa cadena de despotismo, hizo que resultara conveniente a cada uno del pueblo en general respetar su posición y sostener su poder. Y las mujeres, a quienes halagaba con una atención pueril al sexo en su conjunto, obtuvieron en su reinado esa distinción principesca tan funesta para la razón y la virtud.

Un rey es siempre un rey, y una mujer siempre una mujer: su autoridad y su sexo se interponen siempre entre ellos y el trato racional. Con un amante, lo admito, debe ser así, y su sensibilidad la llevará naturalmente a procurar despertar emoción, no para satisfacer su vanidad sino su corazón. Esto no lo llamo coquetería; es el impulso espontáneo de la naturaleza. Solo me quejo del deseo sexual de conquista cuando el corazón no está en juego.

Este deseo no se limita a las mujeres. «He procurado», dice Lord Chesterfield, «ganar los corazones de veinte mujeres por cuyas personas no habría dado nada.» El libertino que en un arrebató de pasión se aprovecha de la ternura desprevenida es un santo comparado con este sinvergüenza de corazón frío —que me gusta usar palabras significativas. Y sin embargo, enseñadas únicamente a agradar, las mujeres están siempre al acecho de agradar, y con verdadero ardor heroico se empeñan en conquistar corazones solo

para abandonarlos o despreciarlos cuando la victoria está decidida y es notoria.

Debo descender a los pormenores del tema.

Deploro que las mujeres sean sistemáticamente degradadas recibiendo las triviales atenciones que los hombres creen viril tributar al sexo, cuando en realidad están afirmando insultantemente su propia superioridad. Inclinarsse ante un inferior no es condescendencia. Tan ridículas me parecen, en efecto, estas ceremonias que apenas puedo controlar los músculos de la cara cuando veo a un hombre abalanzarse con ansiosa y grave solicitud a recoger un pañuelo o a cerrar una puerta cuando la dama podría haberlo hecho perfectamente sola con solo dar un par de pasos.

Un deseo extravagante acaba de volar de mi corazón a mi cabeza, y no lo sofocaré aunque pueda provocar una carcajada. Deseo sinceramente ver borrada la distinción de sexo en la sociedad, salvo donde el amor anime la conducta. Pues esta distinción es, estoy firmemente persuadida, el fundamento de la debilidad de carácter atribuida a la mujer; es la causa de que se descuide el entendimiento mientras se adquieren con solicitud diligente los adornos; y la misma causa explica su preferencia por las virtudes graciosas sobre las heroicas.

La humanidad en su conjunto desea ser amada y respetada por algo; y el vulgo tomará siempre el camino más corto hacia el logro de sus deseos. El respeto tributado a la riqueza y a la belleza es el más seguro e inequívoco; y, naturalmente, siempre atraerá la mirada vulgar de las mentes comunes. Las capacidades y las virtudes son absolutamente necesarias para sacar a los hombres del estrato medio de la vida y llevarlos a la notoriedad; y la consecuencia natural es notoria: el estrato medio contiene la mayor virtud y las mayores capacidades. Los hombres tienen así, al menos en un estrato, la oportunidad de esforzarse con dignidad y de elevarse mediante los esfuerzos que realmente mejoran a una criatura racional; pero todo el sexo femenino, hasta que su carácter se forma, se halla en la misma condición que los ricos: pues nacen —

hablo ahora de un estado de civilización— con ciertos privilegios sexuales, y mientras se les otorgan gratuitamente, pocas pensarán jamás en obras de supererogación para obtener la estima de un pequeño número de personas superiores.

¿Cuándo oímos hablar de mujeres que, emergiendo de la oscuridad, reivindicquen audazmente el respeto a causa de sus grandes dotes o sus valerosas virtudes? ¿Dónde se las encuentra? «Ser observadas, ser atendidas, ser advertidas con simpatía, complacencia y aprobación son todas las ventajas que buscan.» ¡Verdad!, exclamarán probablemente mis lectores varones; pero que reflexionen, antes de sacar ninguna conclusión, que esto no fue escrito originalmente como descripción de las mujeres, sino de los ricos. En la Teoría de los sentimientos morales del doctor Smith he encontrado una descripción general de las personas de rango y fortuna que a mi juicio podría aplicarse con suma propiedad al sexo femenino. Remito al sagaz lector a la comparación en su totalidad; pero debo permitirme citar un pasaje para reforzar un argumento que me propongo insistir como el más concluyente contra un carácter sexual. Pues si, exceptuando los guerreros, ningún gran hombre de ninguna categoría ha aparecido jamás entre la nobleza, ¿no puede inferirse con justicia que su situación local se tragó al hombre y produjo un carácter semejante al de las mujeres, que están localizadas —si se me permite la palabra— por el rango que la cortesía les asigna? Las mujeres, comúnmente llamadas damas, no han de ser contradichas en sociedad, no se les permite ejercer ninguna fuerza física; y de ellas solo se esperan las virtudes negativas, cuando se esperan algunas: paciencia, docilidad, buen humor y flexibilidad; virtudes incompatibles con cualquier ejercicio vigoroso del intelecto. Además, al vivir más las unas con las otras y rara vez estando solas, están más bajo el influjo de los sentimientos que de las pasiones. La soledad y la reflexión son necesarias para dar a los deseos la fuerza de las pasiones y para que la imaginación amplíe el objeto y lo haga más deseable. Lo mismo puede decirse de los ricos; no tratan suficientemente en ideas generales, obtenidas mediante el pensamiento impasible o la investigación serena, como

para adquirir esa fortaleza de carácter sobre la que se construyen las grandes resoluciones. Pero escuchen lo que dice un observador perspicaz de los grandes:

«¿Acaso los grandes parecen insensibles al precio fácil con que pueden adquirir la admiración pública? ¿O parecen imaginar que para ellos, como para otros hombres, ha de ser comprada al precio del sudor o de la sangre? ¿Mediante qué importantes logros se instruye al joven noble para sostener la dignidad de su rango y hacerse digno de esa superioridad sobre sus conciudadanos a que la virtud de sus antepasados los elevó? ¿Es mediante el saber, la industria, la paciencia, la abnegación o la virtud de cualquier especie? Como todas sus palabras, todos sus movimientos son observados, aprende una atención habitual a cada circunstancia del comportamiento ordinario y estudia realizar todos esos pequeños deberes con la más exacta propiedad. Consciente de cuánto se le observa y de cuánto están dispuestos los hombres a favorecer todas sus inclinaciones, actúa, en las ocasiones más indiferentes, con esa libertad y elevación que naturalmente inspira ese pensamiento. Su aire, sus modales, su porte, todo denota ese elegante y gracioso sentido de su propia superioridad al que quienes han nacido en una condición inferior difícilmente pueden llegar. Estas son las artes por las que se propone hacer que los hombres se sometan más fácilmente a su autoridad y gobiernen sus inclinaciones según su propio placer: y en esto rara vez se ve defraudado. Estas artes, apoyadas por el rango y la preeminencia, son, en las ocasiones ordinarias, suficientes para gobernar el mundo. Luis XIV, durante la mayor parte de su reinado, fue considerado, no solo en Francia sino en toda Europa, como el modelo más perfecto de un gran príncipe. Pero ¿cuáles eran los talentos y las virtudes mediante los que adquirió esta gran reputación? ¿Era por la rigurosa e inflexible justicia de todos sus designios, por los inmensos peligros y dificultades con que iban acompañados, o por la incansable e implacable aplicación con que los persiguió? ¿Era por sus vastos conocimientos, su exquisito juicio o su valor heroico? No era por ninguna de estas cualidades. Pero era, en primer lugar, el príncipe

más poderoso de Europa y, por consiguiente, ocupaba el rango más elevado entre los reyes; y entonces, dice su historiador: "superaba a todos sus cortesanos por la gracia de su figura y la majestuosa belleza de sus rasgos. El sonido de su voz, noble y conmovedor, ganaba los corazones que su presencia intimidaba. Tenía un paso y un porte que solo podían convenirle a él y a su rango, y que habrían resultado ridículos en cualquier otra persona. El embarazo que ocasionaba a quienes le hablaban halagaba esa secreta satisfacción con la que sentía su propia superioridad." Estos frívolos logros, apoyados por su rango y, sin duda también, por un grado de otros talentos y virtudes que sin embargo no parece haber estado muy por encima de la mediocridad, establecieron a este príncipe en la estima de su época y han arrancado de la posteridad un buen grado de respeto por su memoria. Comparados con estos, en su propio tiempo y en su propia presencia, ninguna otra virtud, al parecer, tenía mérito alguno. El saber, la industria, el valor y la beneficencia, temblando, quedaron abochornados y perdieron toda dignidad ante ellos.»

La mujer también, «completa en sí misma» de este modo, al poseer todos estos frívolos logros, transforma de tal modo la naturaleza de las cosas:

«Que lo que quiere hacer o decir parece lo más sabio, lo más virtuoso, lo más discreto, lo mejor; todo conocimiento superior en su presencia cae degradado. La Sabiduría en conversación con ella pierde el semblante y muestra como necedad; la Autoridad y la Razón la sirven de escuderas.»

¡Y todo esto se funda en su hermosura!

En el estrato medio de la vida, para continuar la comparación, los hombres en su juventud se preparan para profesiones, y el matrimonio no se considera el rasgo principal de sus vidas; mientras que las mujeres, por el contrario, no tienen ningún otro esquema para aguzar sus facultades. No es el trabajo, los vastos proyectos ni ninguno de los vuelos excéntricos de la ambición lo que acapara su atención; sus pensamientos no se emplean en levantar tan nobles

estructuras. Para ascender en el mundo y tener la libertad de correr de placer en placer, han de casarse ventajosamente, y a este objetivo se sacrifica su tiempo y sus personas son frecuentemente prostituidas legalmente. El hombre que entra en cualquier profesión tiene la mirada fija en alguna ventaja futura —y la mente gana gran fortaleza cuando todos sus esfuerzos están dirigidos a un solo punto—, y absorto en su trabajo, el placer es considerado mero descanso; mientras que las mujeres buscan el placer como el principal propósito de la existencia. En efecto, por la educación que reciben de la sociedad, puede decirse que el amor al placer las gobierna a todas; pero ¿demuestra esto que hay sexo en las almas? Sería tan razonable declarar que los cortesanos en Francia, cuando un sistema destructor de despotismo había formado su carácter, no eran hombres porque la libertad, la virtud y la humanidad habían sido sacrificadas al placer y la vanidad. ¡Pasiones fatales que han dominado siempre a toda la raza!

El mismo amor al placer, fomentado por toda la tendencia de su educación, da un giro frívolo a la conducta de las mujeres en la mayoría de las circunstancias: por ejemplo, se afanan siempre en cosas secundarias y están al acecho de aventuras en lugar de ocuparse en sus deberes.

Un hombre que emprende un viaje tiene, en general, el destino a la vista; una mujer piensa más en los incidentes fortuitos, en los sucesos extraños que puedan ocurrir en el camino; en la impresión que podrá causar a sus compañeros de viaje; y sobre todo está ansiosamente pendiente del cuidado de los adornos que lleva, que son más que nunca parte de sí misma cuando va a figurar en una nueva escena; cuando, usando un adecuado giro de expresión francés, va a producir una sensación. ¿Puede existir dignidad de espíritu con tan triviales preocupaciones?

En suma, las mujeres en general, al igual que los ricos de ambos sexos, han adquirido todos los vicios y necedades de la civilización y han dejado escapar el fruto útil. No es siempre necesario que advierta que hablo de la condición del sexo en su conjunto, dejando

aparte las excepciones. Sus sentidos están exaltados y su entendimiento descuidado; por consiguiente, se convierten en presa de sus sentidos, delicadamente denominados sensibilidad, y son sacudidas por todas las ráfagas pasajeras del sentimiento. Se hallan, pues, en una condición mucho peor de la que estarían si se hallaran en un estado más próximo a la naturaleza. Siempre inquietas y ansiosas, su sensibilidad sobreexcitada no solo las hace incómodas a sí mismas, sino molestas —por usar una expresión suave— para los demás. Todos sus pensamientos giran en torno a cosas calculadas para despertar emociones; y al sentir cuando deberían razonar, su conducta es inestable y sus opiniones vacilantes —no la vacilación producida por la deliberación o las visiones progresivas, sino por emociones contradictorias. Por arranques y rebatos se apasionan por múltiples empeños; sin embargo, este calor, que nunca se concentra en perseverancia, pronto se agota, evaporado por su propio ardor o encontrándose con alguna otra pasión fugaz a la que la razón no ha dado nunca ningún peso específico, y sobreviene la neutralidad. ¡Verdaderamente miserable ha de ser el ser cuyo cultivo de la mente solo ha servido para inflamar sus pasiones! Ha de hacerse una distinción entre inflamarlas y fortalecerlas. Las pasiones así mimadas mientras el juicio queda sin formar, ¿qué puede esperarse que produzcan? Sin duda, ¡una mezcla de locura y necedad!

Esta observación no debería limitarse al bello sexo; no obstante, por el momento solo me propongo aplicarla a él.

Las novelas, la música, la poesía y el galanteo tienden todos a hacer de las mujeres criaturas de la sensación, y su carácter se forma de este modo durante el tiempo en que adquieren adornos — la única mejora a la que las estimula su situación en la sociedad. Esta sensibilidad exacerbada relaja naturalmente las demás facultades de la mente e impide al intelecto alcanzar esa soberanía que debe alcanzar para hacer de una criatura racional algo útil a los demás y satisfecha con su propia situación; pues el ejercicio del entendimiento, a medida que la vida avanza, es el único método señalado por la naturaleza para calmar las pasiones.

La saciedad produce un efecto muy diferente, y con frecuencia me ha impresionado vivamente una descripción enfática de la condenación en que el espíritu es representado como revoloteando continuamente con hambrienta ansiedad alrededor del cuerpo corrompido, incapaz de gozar de nada sin los órganos de los sentidos. Sin embargo, a sus sentidos son reducidas las mujeres a la esclavitud, porque es mediante su sensibilidad como obtienen el poder presente.

¿Y pretenderán los moralistas afirmar que esta es la condición en que ha de alentarse a la mitad del género humano a permanecer con lánguida inactividad y estúpida aquiescencia? ¡Benévolos instructores! ¿Para qué fuimos creadas? Para permanecer, puede decirse, inocentes: quieren decir en estado de infancia. Podríamos no haber nacido nunca, a menos que fuera necesario que fuéramos creadas para permitir al hombre adquirir el noble privilegio de la razón, el poder de discernir el bien del mal, mientras nosotras yacemos en el polvo del que fuimos tomadas, para no levantarnos jamás.

Sería una tarea interminable rastrear la variedad de vilezas, preocupaciones y pesadumbres en que las mujeres son sumidas por la opinión dominante de que fueron creadas para sentir más que para razonar, y de que todo el poder que obtienen ha de ser obtenido por sus encantos y su debilidad:

«¡Hermosas por sus defectos y amablemente débiles!»

Y, hechas por esta amable debilidad enteramente dependientes — excepto lo que obtienen por influjo ilícito— del hombre, no solo para la protección sino para el consejo, ¿es de extrañar que, descuidando los deberes que solo la razón señala y rehuyendo las pruebas calculadas para fortalecer sus mentes, solo se esfuercen en dar a sus defectos un envoltorio gracioso que pueda servir para realzar sus encantos a los ojos del voluptuoso, aunque las rebaje por debajo del nivel de la excelencia moral?

Frágiles en todo sentido de la palabra, se ven obligadas a mirar al hombre en busca de todo consuelo. En los peligros más insignificantes se aferran a su apoyo con tenacidad parasitaria, reclamando socorro con piedad; y su natural protector extiende el brazo o alza la voz para proteger a la adorable temblorosa... ¿de qué? Quizás del ceño de una vaca vieja, o del salto de un ratón; una rata sería un peligro serio. En nombre de la razón, y del sentido común incluso, ¿qué puede salvar a semejantes seres del desprecio, aunque sean tiernas y hermosas?

Estos temores, cuando no son fingidos, pueden ser muy bonitos; pero revelan un grado de imbecilidad que degrada a una criatura racional de un modo del que las mujeres no son conscientes —pues el amor y la estima son cosas muy distintas.

Estoy plenamente persuadida de que no oiríamos hablar de ninguno de estos aires infantiles si se permitiera a las niñas hacer suficiente ejercicio y no se las confinara en habitaciones cerradas hasta que sus músculos se relajan y sus facultades digestivas quedan destruidas. Para llevar la observación aún más lejos: si el miedo en las niñas, en lugar de ser fomentado —y quizá creado—, fuera tratado del mismo modo que la cobardía en los niños, veríamos pronto a las mujeres con aspectos más dignos. Es verdad que no podrían entonces con igual propiedad ser llamadas las dulces flores que sonríen en el camino del hombre; pero serían miembros más respetables de la sociedad y cumplirían los importantes deberes de la vida a la luz de su propia razón. «Educad a las mujeres como a los hombres», dice Rousseau, «y cuanto más se asemejen a nuestro sexo, menos poder tendrán sobre nosotros.» Este es exactamente el punto al que apunto. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.

En el mismo sentido he oído argumentar a los hombres contra la instrucción de los pobres; pues la aristocracia reviste muchas formas. «Enseñadles a leer y a escribir», dicen, «y los sacaréis de la condición que la naturaleza les ha asignado.» Un elocuente francés les ha respondido; tomaré prestados sus sentimientos. Pero no

saben que, al convertir al hombre en bruto, pueden esperar verlo transformado en todo momento en una bestia feroz. ¡Sin conocimiento no puede haber moral!

¡La ignorancia es una base frágil para la virtud! Y sin embargo, que esa es la condición para la que la mujer fue organizada lo han insistido los escritores que más vehementemente han argumentado en favor de la superioridad del hombre; una superioridad no de grado, sino de esencia; aunque, para suavizar el argumento, se han afanado en demostrar, con generosidad caballeresca, que los sexos no deben ser comparados; el hombre fue hecho para razonar, la mujer para sentir: y que juntos, carne y espíritu, forman el todo más perfecto, mezclando felizmente la razón y la sensibilidad en un carácter.

¿Y qué es la sensibilidad? «Rapidez de sensación; rapidez de percepción; delicadeza.» Así la define el doctor Johnson; y la definición no me da otra idea que la del instinto más exquisitamente pulimentado. No distingo en la sensación ni en la materia ningún rastro de la imagen de Dios. Refinadas setenta veces siete, siguen siendo materiales; el intelecto no reside ahí, ni el fuego convertirá jamás el plomo en oro!

Vuelvo a mi viejo argumento: si se admite que la mujer tiene un alma inmortal, ha de tener, como ocupación de la vida, un entendimiento que mejorar. Y cuando, para hacer más completo el estado presente —aunque todo demuestra que no es sino una fracción de una suma poderosa—, es incitada por la gratificación presente a olvidar su gran destino, la naturaleza es contrariada, o bien nació solo para procrear y pudrirse. O bien, concediendo a los brutos de toda especie un alma, aunque no racional, el ejercicio del instinto y la sensibilidad puede ser el escalón que han de dar, en esta vida, hacia el alcance de la razón en la próxima; de suerte que a través de toda la eternidad irán a la zaga del hombre, que —no se sabe bien por qué— recibió el poder de alcanzar la razón en su primer modo de existencia.

Cuando trate de los deberes peculiares de las mujeres, como trataría de los deberes peculiares de un ciudadano o un padre, se encontrará que no pretendo insinuar que deban ser arrancadas de sus familias —hablo de la mayoría—. «El que tiene esposa e hijos», dice Lord Bacon, «ha dado rehenes a la fortuna; pues son impedimentos para las grandes empresas, tanto de virtud como de daño. Ciertamente las mejores obras, y las de mayor mérito para el público, han procedido de hombres célibes o sin hijos.» Lo mismo digo de las mujeres. Pero el bienestar de la sociedad no se asienta en esfuerzos extraordinarios; y si estuviera más razonablemente organizada, habría aún menos necesidad de grandes dotes o de virtudes heroicas.

Para gobernar una familia, para educar a los hijos, se requiere especialmente entendimiento en un sentido genuino: fortaleza tanto del cuerpo como de la mente; y sin embargo, los hombres que con sus escritos más ardientemente han laborado por domesticar a las mujeres han procurado, mediante argumentos dictados por un apetito grosero al que la saciedad había vuelto exigente, debilitar sus cuerpos y encoger sus mentes. Pero si incluso mediante estos métodos siniestros persuadiesen realmente a las mujeres, actuando sobre sus sentimientos, a quedarse en casa y cumplir los deberes de madre y ama de casa, me opondría cautelosamente a las opiniones que llevan a las mujeres a una conducta correcta induciéndolas a hacer del cumplimiento de un deber el negocio de la vida, aunque la razón fuera insultada. Y sin embargo —y apelo a la experiencia—, si por descuidar el entendimiento están tanto —o más— alejadas de esos deberes domésticos de lo que podrían estarlo por el empeño intelectual más serio, aunque pueda observarse que la masa de la humanidad no perseguirá nunca con vigor ningún objeto intelectual, me es permitido inferir que la razón es absolutamente necesaria para que una mujer cumpla debidamente cualquier deber, y debo repetir una vez más que la sensibilidad no es razón.

La comparación con los ricos se me ocurre de nuevo; pues cuando los hombres descuidan los deberes de la humanidad, las mujeres harán lo mismo; una corriente común los arrastra a todos con

irreflexiva velocidad. Las riquezas y los honores impiden a un hombre ensanchar su entendimiento y enervan todas sus fuerzas al invertir el orden de la naturaleza, que siempre ha hecho del verdadero placer la recompensa del trabajo. El placer enervante está igualmente al alcance de la mujer sin haberlo ganado. Pero mientras las posesiones hereditarias no se repartan más ampliamente, ¿cómo podemos esperar que los hombres se enorgullecen de la virtud? Y hasta que lo hagan, las mujeres los gobernarán por los medios más directos, descuidando sus aburridos deberes domésticos para atrapar el placer que vuela con el tiempo.

«El poder de las mujeres», dice algún autor, «es su sensibilidad»; y los hombres, sin darse cuenta de las consecuencias, hacen todo lo posible por hacer que este poder se trague a todos los demás. Quienes emplean constantemente su sensibilidad tendrán más: por ejemplo, los poetas, los pintores y los compositores. Sin embargo, cuando la sensibilidad se acrecienta a expensas de la razón, y aun de la imaginación, ¿por qué se quejan los hombres filosóficos de su inconstancia? La atención sexual del hombre actúa particularmente sobre la sensibilidad femenina, y esta simpatía ha sido ejercitada desde su juventud. Un marido no puede pagar durante largo tiempo esas atenciones con la pasión necesaria para despertar emociones vivas, y el corazón, acostumbrado a emociones vivas, se vuelve hacia un nuevo amante o languidece en secreto, presa de la virtud o de la prudencia. Cuando el corazón ha sido realmente vuelta sensible y el gusto formado, quiero decir; pues me inclino a concluir, por lo que he visto en la vida mundana, que la vanidad se fomenta con más frecuencia que la sensibilidad por el modo de educación y por el trato entre los sexos que he censurado; y que la coquetería procede más frecuentemente de la vanidad que de esa inconstancia que la sensibilidad exacerbada produce naturalmente.

Otro argumento que ha tenido mucho peso para mí ha de tener, creo, alguna fuerza para todo corazón considerado y benévolo. Las niñas que han recibido así una educación débil son con frecuencia dejadas cruelmente por sus padres sin ninguna provisión; y, por supuesto, son dependientes no solo de la razón sino de la

generosidad de sus hermanos. Estos hermanos son, por ver el lado más favorable de la cuestión, buenas personas y dan como favor lo que los hijos de los mismos padres tenían igual derecho a recibir. En esta situación equívoca y humillante, una mujer dócil puede permanecer algún tiempo con un grado tolerable de comodidad. Pero cuando el hermano se casa —circunstancia probable—, de ser considerada como la señora de la casa pasa a ser vista con mirada esquivada como un intruso, una carga innecesaria sobre la benevolencia del amo de la casa y de su nueva compañera.

¿Quién puede contar la miseria que sufren en semejantes situaciones muchos seres desgraciados, cuya mente y cuyo cuerpo son igualmente débiles, incapaces de trabajar y avergonzados de mendigar? La esposa, una mujer de corazón frío y mente estrecha —y esta no es una suposición injusta, pues el modo actual de educación no tiende a ensanchar el corazón más que el entendimiento—, tiene celos del poco cariño que su marido muestra a sus parientes; y su sensibilidad, sin elevarse hasta la humanidad, se disgusta al ver el patrimonio de sus hijos dilapidado en una hermana desvalida.

Estos son hechos que han caído repetidamente bajo mis ojos. La consecuencia es obvia: la esposa recurre a la astucia para minar el afecto habitual que teme contradecir abiertamente; y no se perdonan ni lágrimas ni caricias hasta que la espía es expulsada de su hogar y arrojada al mundo sin preparación para sus dificultades; o enviada —como gran esfuerzo de generosidad, o por alguna consideración al decoro— con una pequeña asignación y la mente inculta a una soledad sin alegría.

Estas dos mujeres pueden estar muy al mismo nivel en cuanto a razón y humanidad; e intercambiando situaciones, podrían haber actuado exactamente el mismo papel egoísta; pero si hubieran recibido una educación diferente, el caso también habría sido muy diferente. La esposa no habría tenido esa sensibilidad cuyo centro es el yo, y la razón podría haberle enseñado a no esperar, y ni siquiera a sentirse halagada por el afecto de su marido si este le llevaba a

violiar deberes anteriores. Desearía amarle no simplemente porque la amase, sino a causa de sus virtudes; y la hermana podría haber sido capaz de luchar por sí misma en lugar de comer el amargo pan de la dependencia.

Estoy, en efecto, persuadida de que el corazón, al igual que el entendimiento, se abre mediante el cultivo; y que, aunque quizás no parezca tan claro, se fortalece mediante el robustecimiento de los órganos; no estoy hablando ahora de destellos momentáneos de sensibilidad, sino de afectos. Y quizás en la educación de ambos sexos la tarea más difícil consiste en ajustar la instrucción de modo que no estreche el entendimiento mientras el corazón se calienta con los generosos jugos primaverales, apenas despertados por la fermentación eléctrica de la estación; ni secar los sentimientos empleando la mente en investigaciones alejadas de la vida.

Respecto a las mujeres, cuando reciben una educación esmerada, son hechas o bien damas finas, rebosantes de sensibilidad y preñadas de caprichos fantásticos; o simplemente mujeres hacendosas. Estas últimas son a menudo criaturas afables y honestas, y tienen una especie de buen sentido agudo unido a una prudencia mundana que a menudo las hace miembros más útiles de la sociedad que la fina dama sentimental, aunque no poseen ni grandeza de espíritu ni gusto. El mundo intelectual les está vedado; sácalas de su familia o vecindad y se quedan inmóviles; la mente no encuentra ocupación, pues la literatura ofrece un fondo de entretenimiento que nunca han buscado saborear, sino con frecuencia despreciar. Los sentimientos y el gusto de las mentes más cultivadas les parecen ridículos, incluso en quienes el azar y los vínculos familiares las han llevado a amar; y en los simples conocidos lo atribuyen todo a la afectación.

Un hombre sensato solo puede amar a semejante mujer por su sexo, y respetarla porque es una criada de confianza. La deja —para conservar su propia paz— regañar a los criados e ir a la iglesia con ropa del mejor paño. Un hombre de su misma talla intelectual quizás no congeniaría tan bien con ella, pues podría querer invadir sus

prerrogativas y encargarse él mismo de algunos asuntos domésticos. Y sin embargo, las mujeres cuyas mentes no han sido ensanchadas por el cultivo, o cuyo egoísmo natural de la sensibilidad no ha sido expandido por la reflexión, son muy poco aptas para gobernar una familia; pues mediante un ejercicio desmesurado del poder tiranizan continuamente para sostener una superioridad que solo descansa en la distinción arbitraria de la fortuna. El mal es a veces más grave, y a los domésticos se les priva de inocentes indulgencias y se les hace trabajar más allá de sus fuerzas para que la mujer hacendosa pueda ofrecer mejor mesa y superar a sus vecinas en lujo y ostentación. Si se ocupa de sus hijos, es en general para vestirlos con riqueza; y ya proceda esta atención de la vanidad o del cariño, es igualmente perniciosa.

Además, ¿cuántas mujeres de esta descripción pasan sus días —o al menos sus tardes— en el descontento? Sus maridos reconocen que son buenas administradoras y esposas castas; pero salen de casa en busca de una sociedad más agradable —¿me está permitido usar la significativa palabra francesa piquante?—; y la paciente esclava que cumple su tarea como un caballo ciego en un molino es defraudada de su justa recompensa, pues los salarios que le son debidos son las caricias de su marido; y las mujeres que tienen tan pocos recursos en sí mismas no soportan con gran paciencia esta privación de un derecho natural.

Una dama fina, por el contrario, ha sido enseñada a mirar con desprecio las ocupaciones vulgares de la vida, aunque solo ha sido incitada a adquirir adornos que están un grado por encima del sentido; pues ni siquiera los logros corporales pueden adquirirse con precisión a menos que el entendimiento haya sido fortalecido por el ejercicio. Sin un fundamento de principios, el gusto es superficial; y la gracia ha de brotar de algo más profundo que la imitación. La imaginación, sin embargo, se calienta, y los sentimientos se vuelven exigentes, si no sofisticados; o un contrapeso de juicio no es adquirido cuando el corazón sigue siendo espontáneo, aunque se vuelve demasiado tierno.

Estas mujeres son a menudo amables; y sus corazones son realmente más sensibles a la benevolencia general, más vivos a los sentimientos que civilizan la vida, que el ama de casa de codos cuadrados; pero al carecer de la debida proporción de reflexión y autodomínio, solo inspiran amor; son las amantes de sus maridos mientras les queda algún ascendiente sobre ellos, y las amigas platónicas de los conocidos varones de estos. Estas son las hermosas imperfecciones de la naturaleza: las mujeres que parecen creadas no para gozar del compañerismo del hombre, sino para salvarle de hundirse en la brutalidad absoluta, desbastando los ángulos toscos de su carácter, y para dar mediante juguetones devaneos cierta dignidad al apetito que le atrae hacia ellas. ¡Creador benignísimo de toda la raza humana! ¿Has creado a la mujer, que puede rastrear tu sabiduría en tus obras y sentir que solo Tú, por tu naturaleza, estás por encima de ella, con ningún otro propósito? ¿Puede creer que fue hecha solo para someterse al hombre, su igual, un ser que, como ella, fue enviado al mundo a adquirir virtud? ¿Puede resignarse a no estar ocupada más que en agradarle, a adornar la tierra cuando su alma es capaz de elevarse hacia Ti? ¿Y puede reposar supinamente dependiente del hombre para la razón, cuando debería ascender con él por las arduas cuestas del conocimiento?

Sin embargo, si el amor es el bien supremo, que las mujeres sean educadas únicamente para inspirarlo, y que cada encanto sea pulimentado para embriagar los sentidos; pero si son seres morales, que tengan la oportunidad de volverse inteligentes; y que el amor al hombre sea solo una parte de esa llama ardiente del amor universal que, después de ceñir a la humanidad, asciende en incienso agradecido hacia Dios.

Para cumplir los deberes domésticos se necesita mucha resolución y una perseverancia seria que requiere un apoyo más firme que las emociones, por vivas y fieles a la naturaleza que sean. Para dar ejemplo de orden —el alma de la virtud—, ha de adoptarse cierta austeridad de conducta que difícilmente puede esperarse de un ser que desde su infancia ha sido el veleta de sus propias sensaciones.

Quien racionalmente quiere ser útil debe tener un plan de conducta; y en el cumplimiento del deber más sencillo, nos vemos a menudo obligados a actuar contra el impulso presente de la ternura o la compasión. La severidad es frecuentemente la prueba más cierta, así como la más sublime, del afecto; y la carencia de este dominio sobre los sentimientos y de ese amor noble y digno que lleva a una persona a preferir el bien futuro del ser amado a la gratificación presente es la razón por la que tantas madres afectuosas miman a sus hijos, y ha hecho cuestionable si el descuido o la indulgencia es más dañino; pero me inclino a pensar que la última ha hecho más mal.

La humanidad parece convenir en que los niños deben quedar bajo la tutela de las mujeres durante la infancia. Pues bien, por todas las observaciones que he podido hacer, las mujeres de sensibilidad son las menos aptas para esta tarea, porque inevitablemente, arrastradas por sus sentimientos, miman el carácter del niño. La gestión del carácter —la primera y más importante rama de la educación— requiere la serena y firme mirada de la razón; un plan de conducta igualmente distante de la tiranía y de la indulgencia; y sin embargo estos son los extremos en que las personas de sensibilidad caen alternativamente, siempre sobrepasando el objetivo. He seguido este hilo de razonamiento mucho más adelante, hasta concluir que una persona de genio es la más impropia para ser empleada en la educación, pública o privada. Las mentes de esta especie rara ven las cosas con excesiva amplitud, y rara vez, o nunca, tienen buen genio. Ese buen humor habitual, llamado jovialidad, está quizás tan raramente unido a grandes dotes mentales como a sentimientos fuertes. Y las personas que siguen con interés y admiración los vuelos del genio, o con aprobación más fría absorben la instrucción elaborada para ellas por el pensador profundo, no deben sentirse indignadas si encuentran al primero colérico y al segundo huraño; porque la vivacidad de la fantasía y la comprensión tenaz de la mente son difícilmente compatibles con esa urbanidad flexible que lleva a un hombre al

menos a ceder a las opiniones y prejuicios de los demás en lugar de afrontarlos bruscamente.

Pero al tratar de educación o de modales, las mentes de clase superior no han de ser consideradas; pueden quedar libradas al azar; es la multitud de capacidades moderadas quienes necesitan instrucción y absorben el color de la atmósfera que respiran. Esta respetable concurrencia, sostengo, hombres y mujeres, no debe tener sus sensaciones exaltadas en el invernadero de la indolencia voluptuosa a expensas de su entendimiento; pues a menos que haya un lastre de entendimiento, nunca llegarán a ser ni virtuosos ni libres; una aristocracia, fundada en la propiedad o en los talentos genuinos, barrerá siempre por delante de ella a los esclavos alternativamente tímidos y feroces del sentimiento.

Numerosos son los argumentos —desde otro ángulo del asunto— esgrimidos con apariencia de razón, por suponer que se deducen de la naturaleza, que los hombres han usado moral y físicamente para degradar al sexo. Debo señalar algunos.

Con frecuencia se ha hablado con desprecio del entendimiento femenino diciendo que llega a la madurez antes que el masculino. No responderé a este argumento aludiendo a las tempranas pruebas de razón —al igual que de genio— en Cowley, Milton y Pope, sino que solo apelaré a la experiencia para decidir si los jóvenes que son introducidos tempranamente en sociedad —y los ejemplos abundan hoy— no adquieren la misma precocidad. Tan notorio es este hecho que con solo mencionarlo se traerá a la mente de cuantos frecuentan el mundo la imagen de una serie de micos de hombres cuyo entendimiento se estrecha al ser introducidos en sociedad de adultos cuando deberían haber estado haciendo girar una peonza o lanzando un aro.

También se ha afirmado por algunos naturalistas que los hombres no alcanzan su pleno crecimiento y vigor hasta los treinta, mientras que las mujeres llegan a la madurez a los veinte. Me parece que razonan sobre un terreno falso, extraviados por el prejuicio masculino que considera la belleza la perfección de la mujer —mera

belleza de rasgos y de tez, la aceptación vulgar de la palabra—, mientras que se permite que la belleza masculina tenga alguna conexión con la mente. La fortaleza corporal y ese carácter del semblante que los franceses llaman *physionomie*, las mujeres no lo adquieren antes de los treinta, como tampoco los hombres. Las pequeñas y espontáneas gracias de la infancia son, es verdad, particularmente encantadoras y atractivas; sin embargo, cuando la fresca lozanía de la juventud se va marchitando, esas gracias espontáneas se convierten en aires estudiados y disgustan a toda persona de gusto. En el rostro de las jóvenes solo buscamos vivacidad y modesta timidez; pero, pasada la primavera de la vida, buscamos en el semblante un sentido más sobrio, y huellas de pasión en lugar de los hoyuelos de los vivos instintos; esperando ver la individualidad del carácter, el único lazo firme de los afectos. Deseamos entonces conversar, no mimar; dar rienda a la imaginación, así como a las sensaciones del corazón.

A los veinte años la belleza de ambos sexos es igual; pero el libertinaje del hombre le lleva a establecer la distinción, y las coquetas de edad avanzada son comúnmente de la misma opinión; pues cuando ya no pueden inspirar amor, pagan por el vigor y la vivacidad de la juventud. Los franceses, que admiten más espíritu en sus nociones de belleza, dan la preferencia a las mujeres de treinta años. Quiero decir que admiten que las mujeres se hallan en su estado más perfecto cuando la vivacidad cede el lugar a la razón y a esa majestuosa seriedad de carácter que marca la madurez: o sea, el punto de reposo. En la juventud, hasta los veinte, el cuerpo crece; hasta los treinta, los sólidos van adquiriendo densidad; y los músculos flexibles, haciéndose diariamente más rígidos, dan carácter al semblante; es decir, trazan las operaciones de la mente con el hierro de tinta del destino y nos dicen no solo qué fuerzas hay dentro, sino cómo han sido empleadas.

Cabe observar debidamente que los animales que llegan lentamente a la madurez son los de más larga vida y de especie más noble. Los hombres no pueden, sin embargo, reivindicar ninguna

superioridad natural por la grandeza de la longevidad; pues en este respecto la naturaleza no ha distinguido al macho.

La poligamia es otra degradación física; y un argumento plausible para una costumbre que destruye toda virtud doméstica se extrae del hecho bien atestiguado de que en los países en que está establecida nacen más mujeres que hombres. Esto parece ser una indicación de la naturaleza, y a las especulaciones aparentemente razonables ha de cederse ante la naturaleza. Una conclusión ulterior se presenta de modo obvio: si la poligamia es necesaria, la mujer ha de ser inferior al hombre y estar hecha para él.

Respecto a la formación del feto en el vientre materno somos muy ignorantes; pero me parece probable que una causa física accidental pueda explicar este fenómeno y demostrar que no es una ley de la naturaleza. He encontrado algunas observaciones pertinentes sobre el tema en la Relación de las islas del mar del Sur de Forster, que ilustrarán lo que quiero decir. Tras observar que de los dos sexos entre los animales, la constitución más vigorosa y ardiente prevalece siempre y produce su especie, añade: «Si esto se aplica a los habitantes de África, es evidente que los hombres de allí, acostumbrados a la poligamia, son enervados por el uso de tantas mujeres y, por tanto, menos vigorosos; las mujeres, por el contrario, son de constitución más ardiente, no solo a causa de sus nervios más irritables, su organización más sensible y su fantasía más viva, sino también porque se ven privadas en el matrimonio de la parte de amor físico que en régimen de monogamia les correspondería íntegramente; y así, por las razones expuestas, la generalidad de los hijos nacen mujeres.»

«En la mayor parte de Europa ha quedado demostrado por las listas de mortalidad más exactas que la proporción de hombres respecto a mujeres es aproximadamente igual; o, si existe alguna diferencia, los varones nacidos son más numerosos en la proporción de 105 a 100.»

La necesidad de la poligamia no parece, pues, evidente; sin embargo, cuando un hombre seduce a una mujer, debería llamarse,

creo, matrimonio de mano izquierda, y el hombre debería estar legalmente obligado a mantener a la mujer y a sus hijos, a menos que el adulterio —divorcio natural— aboliera la ley. Y esta ley debería mantenerse en vigor mientras la debilidad de las mujeres hiciera que la palabra seducción se usara como excusa para su fragilidad y falta de principios; más aún, mientras dependan del hombre para subsistir, en lugar de ganarse la vida mediante el ejercicio de sus propias manos o su propia mente. Pero estas mujeres no deben llamarse esposas en el pleno sentido de la relación, pues se subvertiría el propio objeto del matrimonio, y todos esos entrañables lazos que brotan de la fidelidad personal y dan santidad al vínculo cuando ni el amor ni la amistad unen los corazones se disolverían en egoísmo. La mujer que es fiel al padre de sus hijos merece respeto y no debe ser tratada como una prostituta; aunque reconozco de buen grado que si es necesario que un hombre y una mujer vivan juntos para criar a su descendencia, la naturaleza nunca quiso que un hombre tuviera más de una esposa.

Con todo, por mucho que respete el matrimonio como el fundamento de casi toda virtud social, no puedo evitar sentir la más viva compasión por esas desgraciadas mujeres que son separadas de la sociedad y, por un solo error, arrancadas de todos esos afectos y relaciones que mejoran el corazón y la mente. Con frecuencia no merece ni siquiera el nombre de error; pues muchas niñas inocentes son víctimas de un corazón sincero y afectuoso, y aún más son —si puede decirse con énfasis— arruinadas antes de saber la diferencia entre la virtud y el vicio; y preparadas así por su educación para la infamia, llegan a ser infames. Los asilos y las Magdalenas no son los remedios adecuados para estos abusos. ¡Es justicia, no caridad, lo que falta en el mundo!

Una mujer que ha perdido su honor imagina que no puede caer más bajo, y en cuanto a recuperar su antigua condición, es imposible; ningún esfuerzo puede borrar esta mancha. Perdido así todo acicate y sin otro medio de sustento, la prostitución se convierte en su único refugio, y el carácter queda rápidamente depravado por circunstancias sobre las que la pobre desgraciada

tiene escaso poder, a menos que posea una porción insólita de juicio y elevación de espíritu. La necesidad nunca hace de la prostitución el negocio de la vida de los hombres; aunque son innumerables las mujeres que son así sistemáticamente envilecidas. Esto, sin embargo, procede en gran medida del estado de ociosidad en que son educadas las mujeres, a quienes se enseña siempre a mirar al hombre para su manutención y a considerar su persona como la justa retribución de los esfuerzos de él para sostenerlas. Los aires meretrices y toda la ciencia de la lascivia tienen entonces un estímulo más poderoso que el apetito o la vanidad; y esta observación refuerza la opinión dominante de que con la castidad se pierde todo lo respetable en la mujer. Su carácter depende de la observancia de una sola virtud, aunque la única pasión cultivada en su corazón sea el amor. Es más: el honor de una mujer no depende ni siquiera de su voluntad.

Cuando Richardson hace que Clarissa diga a Lovelace que le ha robado el honor, debía tener extrañas nociones de honor y virtud. Pues imiserablísima, más allá de toda denominación de miseria, es la condición de un ser que puede ser degradado sin su propio consentimiento! He oído defender este exceso de rigor como un error saludable. Responderé con las palabras de Leibniz: «Los errores son con frecuencia útiles; pero comúnmente lo son para remediar otros errores.»

La mayoría de los males de la vida brotan de un deseo de goce presente que se desboca. La obediencia exigida a las mujeres en el estado conyugal entra en esta descripción; la mente, naturalmente debilitada al depender de la autoridad, no ejerce nunca sus propias fuerzas, y la esposa obediente queda así convertida en una madre débil e indolente. O bien, suponiendo que esto no sea siempre consecuencia, la consideración de un estado futuro de existencia apenas entra en el cálculo cuando solo se cultivan virtudes negativas. Pues al tratar de la moral —particularmente cuando se alude a las mujeres—, los escritores han considerado con demasiada frecuencia la virtud en un sentido muy limitado, haciendo de la utilidad mundana su único fundamento; más aún, se ha dado una

base aún más frágil a este edificio ingente, y los sentimientos volubles y fluctuantes de los hombres han sido tomados como norma de la virtud. Sí, la virtud, al igual que la religión, ha sido sometida a las decisiones del gusto.

Casi provocaría una sonrisa de desprecio, si las vanas absurdidades del hombre no nos golpearan por todos lados, observar con qué afán se empeñan los hombres en degradar al sexo del que pretenden recibir el principal placer de la vida; y con plena convicción he devuelto frecuentemente el sarcasmo de Pope a los hombres; o, para decirlo explícitamente, me ha parecido aplicable a toda la raza humana. Un amor al placer o al dominio parece dividir a la humanidad, y el marido que reina en su pequeño harén no piensa sino en su placer o su conveniencia. Hasta tal punto lleva un amor intemperante del placer a algunos hombres prudentes, o libertinos agotados que se casan para tener una compañera segura, que seducen a sus propias esposas. Himeneo destierra la modestia, y el amor casto emprende la huida.

El amor, considerado como apetito animal, no puede alimentarse de sí mismo durante largo tiempo sin extinguirse. Y esta extinción en su propia llama puede llamarse la muerte violenta del amor. Pero la esposa que ha sido así vuelta licenciosa procurará probablemente llenar el vacío dejado por la pérdida de las atenciones de su marido; pues no puede contentarse con convertirse simplemente en una criada principal después de haber sido tratada como una diosa. Sigue siendo hermosa, y en lugar de trasladar su cariño a sus hijos, solo sueña con gozar del sol de la vida. Además, hay muchos maridos tan faltos de sentido y de afecto paternal que durante la primera efervescencia de su ternura voluptuosa se niegan a dejar que sus esposas críen a sus hijos. Solo han de vestirse y vivir para agradarles: y el amor, incluso el amor inocente, pronto se degenera en lascivia cuando el ejercicio de un deber se sacrifica a su entrega.

El apego personal es un fundamento muy feliz para la amistad; sin embargo, cuando dos jóvenes virtuosos se casan, quizás sería feliz que alguna circunstancia refrenara su pasión; que el recuerdo de

algún apego anterior o de un afecto malogrado hiciera que, al menos por una de las partes, fuera más bien un matrimonio fundado en la estima. En ese caso mirarían más allá del momento presente e intentarían hacer respetable el conjunto de la vida formando un plan para regular una amistad que solo la muerte debería disolver.

La amistad es un afecto serio; el más sublime de todos los afectos porque está fundado en el principio y cimentado por el tiempo. Lo contrario puede decirse del amor. En gran medida, el amor y la amistad no pueden coexistir en el mismo pecho; incluso cuando son inspirados por objetos diferentes se debilitan o destruyen mutuamente, y por el mismo objeto solo pueden sentirse en sucesión. Los vanos temores y los celillos tiernos, los vientos que avivan la llama del amor cuando se templan con juicio o artificio, son ambos incompatibles con la confianza tierna y el respeto sincero de la amistad.

El amor tal como la pluma ardiente del genio lo ha trazado no existe en la tierra, o solo reside en esas imaginaciones exaltadas y fervientes que han esbozado tales cuadros peligrosos. Peligrosos, porque no solo proporcionan una excusa plausible al voluptuoso, que disfraza la mera sensualidad bajo un velo sentimental, sino porque difunden la afectación y menoscaban la dignidad de la virtud. La virtud, como lo indica la propia palabra, debe tener apariencia de seriedad, si no de austeridad; y procurar revestirla de los atavíos del placer porque el epíteto ha sido usado como otro nombre de la belleza es alzarla sobre arena movediza; el intento más insidioso de precipitar su caída so capa de respeto. La virtud y el placer no están, en efecto, tan estrechamente aliados en esta vida como algunos elocuentes escritores se han afanado en demostrar. El placer prepara la guirnalda que se marchita y mezcla el cáliz embriagador; pero el fruto que da la virtud es la recompensa del trabajo: y, visto gradualmente a medida que madura, solo proporciona una satisfacción tranquila; más aún, pareciendo ser el resultado de la tendencia natural de las cosas, apenas se observa. El pan, el alimento común de la vida, rara vez pensado como una bendición, sustenta la constitución y preserva la salud; sin embargo los festines

deleitan el corazón del hombre, aunque la enfermedad e incluso la muerte acechan en el vaso o el manjar que exalta los ánimos o halaga el paladar. La imaginación viva y acalorada, del mismo modo, pinta el amor —como pinta todo otro cuadro— con esos colores ardientes que la mano audaz tomará del arco iris, guiada por una mente condenada, en un mundo como este, a probar su noble origen anhelando una perfección inalcanzable; persiguiendo siempre lo que reconoce ser un sueño fugitivo. Una imaginación de este temple vigoroso puede dar existencia a formas insubstanciales y estabilidad a los ensueños sombríos en que la mente cae naturalmente cuando las realidades se revelan vanas. Puede entonces pintar el amor con encantos celestiales y deleitarse en el ideal grandioso del objeto; puede imaginar un grado de afecto mutuo que haya de refinar el alma y no extinguirse cuando ha servido de «escala para lo celestial»; y que, como la devoción, absorba todo afecto y deseo más mezquino. En brazos el uno del otro, como en un templo cuya cúspide se pierde en las nubes, el mundo ha de quedar excluido, y todo pensamiento y deseo que no nutran el afecto puro y la virtud permanente. ¡Virtud permanente! ¡Ay! Rousseau, irrespetable visionario!, tu paraíso sería pronto violado por la entrada de algún huésped inesperado. Como el de Milton, solo contendría ángeles, u hombres hundidos por debajo de la dignidad de criaturas racionales. La felicidad no es material; no puede verse ni tocarse! Y sin embargo, la ansiosa persecución del bien que cada uno da forma a su fantasía proclama al hombre señor de este mundo inferior y una criatura inteligente que no ha de recibir sino adquirir la felicidad. Quienes, pues, se quejan de las ilusiones de la pasión no recuerdan que están exclamando contra una prueba sólida de la inmortalidad del alma.

Pero, dejando que las mentes superiores se corrijan a sí mismas y paguen caro por su experiencia, es necesario observar que no es contra las pasiones fuertes y perseverantes, sino contra los sentimientos románticos y vacilantes contra los que deseo fortalecer el corazón femenino ejercitando el entendimiento; pues estos

ensueños paradisiacos son con más frecuencia el efecto de la ociosidad que de una fantasía viva.

Las mujeres rara vez tienen ocupación seria suficiente para acallar sus sentimientos; una ronda de pequeños quehaceres o de vanas aficiones, que va mellando toda fortaleza de espíritu y de órganos, las convierte naturalmente en meros objetos de los sentidos. En suma, toda la tendencia de la educación femenina —la educación de la sociedad— tiende a hacer a las mejores dispuestas románticas e inconstantes; y al resto, vanas y mezquinas. En el estado actual de la sociedad, este mal apenas puede remediarse, temo, en el menor grado; si alguna vez gana terreno una ambición más laudable, podrán acercarse más a la naturaleza y a la razón, y volverse más virtuosas y útiles a medida que se vuelvan más respetables.

Pero me atrevo a afirmar que su razón nunca adquirirá fortaleza suficiente para regular su conducta mientras hacer una buena apariencia en el mundo sea el primer deseo de la mayoría de la humanidad. A este débil deseo se sacrifican los afectos naturales y las virtudes más útiles. Las niñas se casan simplemente para mejorar de posición —tomando prestada una expresión vulgar significativa— y tienen un dominio tan perfecto sobre su corazón que no se permiten enamorarse hasta que se presenta un hombre de fortuna superior. Sobre este tema me propongo extenderme en un capítulo futuro; solo es necesario apuntarlo por el momento, porque las mujeres son con tanta frecuencia degradadas cuando la prudencia egoísta de la edad adulta enfría el ardor de la juventud.

De la misma fuente fluye la opinión de que las niñas deberían dedicar gran parte de su tiempo a la costura; y sin embargo, esta ocupación estrecha sus facultades más que cualquier otra que pudiera haberse elegido para ellas, al confinar sus pensamientos en su persona. Los hombres encargan que les hagan la ropa y asunto concluido; las mujeres se hacen su propia ropa, necesaria u ornamental, y hablan de ella continuamente; y sus pensamientos siguen a sus manos. No es, en efecto, la confección de las cosas necesarias lo que debilita la mente, sino la frivolidad del atavío. Pues

cuando una mujer de clase baja confecciona la ropa de su marido y sus hijos, cumple con su deber; eso forma parte de su trabajo; pero cuando las mujeres cosen solo para vestir mejor de lo que de otro modo podrían permitirse, es peor que pura pérdida de tiempo. Para hacer virtuosos a los pobres, han de tener ocupación; y las mujeres de la clase media, si no imitaran las modas de la nobleza sin participar de su despreocupación, podrían emplearlas, mientras ellas mismas administraban sus familias, instruían a sus hijos y ejercitaban sus propias mentes. La jardinería, la filosofía experimental y la literatura les darían temas sobre los que pensar y materia de conversación que, en cierta medida, ejercitaría su entendimiento. La conversación de las mujeres francesas, que no están tan rígidamente clavadas a sus sillas haciendo trencillas y anudando lazos, es frecuentemente superficial; pero sostengo que no es ni la mitad de insípida que la de esas mujeres inglesas cuyo tiempo se pasa confeccionando cofias, sombreros y toda clase de adornos, sin mencionar el ir de compras, la caza de gangas, etc., etc.; y son las mujeres decentes y prudentes las más degradadas por estas prácticas, pues su único motivo es simplemente la vanidad. La licenciada que ejercita su gusto para hacer su persona seductora tiene algo más en mira.

Estas observaciones se ramifican todas a partir de una general que ya he hecho y que no puede insistirse demasiado; pues hablando de hombres, mujeres o profesiones, se encontrará que la ocupación de los pensamientos da forma al carácter tanto en general como individualmente. Los pensamientos de las mujeres giran siempre en torno a sus personas: ¿y es de extrañar que sus personas sean las más valoradas? Sin embargo, cierto grado de libertad de espíritu es necesario incluso para formar la persona; y esta puede ser una de las razones por las que algunas esposas dóciles tienen tan pocos atractivos además de los del sexo. Añádase a esto que las ocupaciones sedentarias vuelven enfermizas a la mayoría de las mujeres, y que las falsas nociones de la excelencia femenina las hacen enorgullecerse de esa delicadeza, aunque sea

otro grillete que, al reclamar continuamente la atención sobre el cuerpo, coarta la actividad de la mente.

Las mujeres de clase alta rara vez hacen ninguna de las partes manuales de su atavío; por consiguiente, solo su gusto es ejercitado, y adquieren, pensando menos en los adornos cuando el negocio de su tocador ha concluido, esa soltura que rara vez aparece en el porte de las mujeres que se visten simplemente por el placer de vestirse. En efecto, la observación respecto a la clase media —la única en que los talentos prosperan mejor— no se aplica a las mujeres; pues las de la clase superior, al asimilar aunque sea un barniz de literatura y conversar más con los hombres sobre temas generales, adquieren más conocimiento que las mujeres que imitan sus modas y sus defectos sin compartir sus ventajas. En cuanto a la virtud —usando la palabra en sentido amplio—, la he encontrado más entre las clases bajas. Muchas mujeres pobres mantienen a sus hijos con el sudor de su frente y mantienen unidas familias que los vicios de los padres habrían dispersado; pero las señoras son demasiado indolentes para ser activamente virtuosas y están suavizadas más que refinadas por la civilización. En efecto, el buen sentido que he encontrado en mujeres pobres con escasas ventajas educativas que, sin embargo, han actuado heroicamente, me ha confirmado sólidamente en la opinión de que las ocupaciones frívolas han hecho de la mujer un ser frívolo. Los hombres, tomando su cuerpo, la mente queda para que se oxide²; de suerte que mientras el amor físico enerva al hombre —siendo su recreo favorito—, se esforzará por esclavizar a la mujer; y ¿quién puede decir cuántas generaciones serán necesarias para dar vigor a la virtud y a los talentos de la descendencia libre de esclavos abyectos?

Al rastrear las causas que, en mi opinión, han degradado a la mujer, he ceñido mis observaciones a las que actúan universalmente sobre la moral y los modales del conjunto del sexo; y me parece claro que todas brotan de la falta de entendimiento. Si esto nace de una debilidad física o accidental de las facultades, solo el tiempo puede determinarlo; pues no daré gran importancia al ejemplo de unas pocas mujeres que, habiendo recibido una educación

masculina, han adquirido valor y resolución; solo afirmo que los hombres que han sido colocados en situaciones similares han adquirido un carácter similar; hablo de grupos de hombres; y que hombres de genio y talentos han emergido de una clase en la que las mujeres aún no han sido colocadas jamás.

V

ANIMADVERSIONES SOBRE ALGUNOS ESCRITORES QUE HAN CONVERTIDO A LAS MUJERES EN OBJETOS DE LÁSTIMA QUE ROZAN EL DESPRECIO.

Las opiniones especiosamente sostenidas en algunas publicaciones modernas sobre el carácter y la educación femeninos —que han dado el tono a la mayoría de las observaciones hechas, de manera más superficial, sobre el sexo— están ahora por ser examinadas.

SECCIÓN 5.1

Comenzaré por Rousseau y esbozaré el carácter de las mujeres con sus propias palabras, intercalando comentarios y reflexiones. Mis comentarios, es verdad, brotarán todos de unos pocos principios simples y podrían haberse deducido de lo que ya he dicho; pero el edificio artificial ha sido levantado con tanta ingeniosidad que parece necesario atacarlo de manera más circunstanciada y hacer yo misma la aplicación.

Sofía, dice Rousseau, debe ser tan perfecta mujer como Emilio es hombre, y para conseguirlo es necesario examinar el carácter que la naturaleza ha dado al sexo.

A continuación procede a demostrar que las mujeres deben ser débiles y pasivas porque tienen menos fortaleza corporal que el hombre; y de ahí infiere que fue formada para agradar y estar sujeta a él, y que es su deber hacerse agradable a su señor: este sería el gran fin de su existencia.

Suponiendo que las mujeres hayan sido formadas únicamente para agradar y estar sujetas al hombre, la conclusión es justa: debe sacrificar toda otra consideración para hacerse agradable a él; y que este brutal deseo de autoconservación sea el gran resorte de todas sus acciones, una vez demostrado que es el lecho de hierro del destino al que su carácter debe estirarse o comprimirse, sin reparar en distinciones morales ni físicas. Pero si, como creo demostrable, los fines incluso de esta vida, considerada en su conjunto, son subvertidos por reglas prácticas edificadas sobre esta base innoble, bien puedo dudar de si la mujer fue creada para el hombre; y aunque se levante contra mí el grito de irreligión o incluso de ateísmo, declararé sencillamente que si un ángel del cielo me dijera que la bella y poética cosmogonía de Moisés y el relato de la caída del hombre son literalmente verdaderos, no podría creer lo que mi razón me dice que es denigratorio para el carácter del Ser Supremo; y, no teniendo ante los ojos ningún temor al demonio, me atrevo a llamar a esto una sugerencia de la razón, en lugar de apoyar mi debilidad sobre los anchos hombros del primer seductor de mi frágil sexo.

«Demostrado que el hombre y la mujer no son, ni deben ser, constituidos de igual modo en temperamento y carácter», continúa Rousseau, «se sigue naturalmente que no deben ser educados del mismo modo. En el seguimiento de las indicaciones de la naturaleza, deben actuar de concierto; pero no deben consagrarse a los mismos empeños: el fin de sus respectivas metas debe ser el mismo, pero los medios que han de tomar para alcanzarlas, y, en consecuencia, sus gustos e inclinaciones, deben ser diferentes.»

«Las niñas son, desde su más tierna infancia, aficionadas al atavío. No contentas con ser bonitas, desean parecerlo; por todos sus pequeños modales se ve que este pensamiento ocupa su atención; y apenas son capaces de comprender lo que se les dice cuando ya han de ser gobernadas hablándoles de lo que la gente pensará de su comportamiento. El mismo motivo, sin embargo, empleado indiscretamente con los niños, no produce el mismo efecto: con tal de que se les deje seguir sus diversiones a su gusto, les importa muy poco lo que la gente piense de ellos. El tiempo y el esfuerzo son necesarios para sujetar a los niños a este motivo.

»De donde quiera que las niñas reciban esta primera lección, es una muy buena. Como el cuerpo nace, en cierto modo, antes que el alma, nuestra primera preocupación debe ser cultivar el primero; este orden es común a ambos sexos, pero el objeto de ese cultivo es diferente. En un sexo es el desarrollo de las fuerzas corporales; en el otro, el de los atractivos personales: no porque la fortaleza o la belleza deban confinarse exclusivamente a un sexo, sino porque el orden del cultivo de ambos está en ese sentido invertido. Las mujeres ciertamente necesitan tanta fortaleza como para moverse y actuar con gracia, y los hombres tanta destreza como para actuar con soltura.»

«Los niños y las niñas tienen muchas diversiones en común, y así debe ser; ¿no las tienen también de tales cuando son mayores? Cada sexo tiene también su gusto peculiar que distinguir en esto. Los niños aman los juegos ruidosos y activos: golpear el tambor, hacer bailar la peonza, arrastrar sus pequeños carros; las niñas, por

el contrario, son más aficionadas a las cosas de adorno y ostentación: espejos, baratijas y muñecas; la muñeca es la diversión peculiar de las niñas; por lo que vemos claramente su gusto adaptado a su destino. La parte física del arte de agradar reside en el atavío; y esto es todo lo que los niños son capaces de cultivar de ese arte.»

«Aquí tenemos, pues, una propensión primaria firmemente establecida, que no hay sino que seguir y regular. La pequeña criatura sin duda deseará vivamente saber cómo adornar a su muñeca, hacerle los nudos de las mangas, los volantes, el tocado, etc.; se ve tan obligada a recurrir a las personas que la rodean en busca de ayuda para estos artículos, que le sería mucho más grato deberlos todos a su propia industria. De ahí tenemos una buena razón para las primeras lecciones que suelen darse a estas pequeñas: en las que no parece que se les imponga una tarea, sino que se les obsequia instruyéndolas en lo que les es inmediatamente útil. Y, en efecto, casi todas ellas aprenden a leer y a escribir con desgana; pero se aplican muy de buena gana al uso de la aguja. Se imaginan ya crecidas, y piensan con placer que tales habilidades les permitirán adornarse.»

Esto es ciertamente solo una educación del cuerpo; pero Rousseau no es el único hombre que ha dicho indirectamente que la mera persona de una joven, sin mente alguna, a menos que los instintos animales entren bajo esa descripción, es muy agradable. Para volverla débil y lo que algunos pueden llamar bella, se descuida el entendimiento y se obliga a las niñas a sentarse quietas, jugar con muñecas y escuchar conversaciones necias; el efecto del hábito se insiste en presentar como indicación indudable de la naturaleza. Sé que era opinión de Rousseau que los primeros años de la juventud debían emplearse en formar el cuerpo —aunque al educar a Emilio se aparta de este plan—; sin embargo, la diferencia entre fortalecer el cuerpo —de lo que en gran medida depende la fortaleza de la mente— y simplemente darle un movimiento fácil es muy grande.

Las observaciones de Rousseau, conviene advertir, fueron hechas en un país donde el arte de agradar estaba refinado solo para extraer la grosería del vicio. No se remontó a la naturaleza, o su pasión dominante perturbó las operaciones de la razón; de otro modo no habría sacado esas crudas inferencias.

En Francia, los niños y las niñas —sobre todo estas últimas— son educados solo para agradar, para manejar su persona y regular su comportamiento exterior; y sus mentes están corrompidas desde muy temprana edad por las advertencias mundanas y piadosas que reciben para preservarlas de la inmodestia. Hablo de tiempos pasados. Las propias confesiones que se obliga a hacer a meros niños, y las preguntas que formulan los hombres santos —afirmo estos hechos sobre buena autoridad— eran suficientes para imprimir un carácter sexual; y la educación de la sociedad era una escuela de coquetería y artificio. A los diez u once años —y a veces mucho antes— las niñas comenzaban a coquetear y hablaban sin reprobación de asentarse en el mundo mediante el matrimonio.

En suma, eran convertidas en mujeres casi desde su nacimiento, y los piropos eran escuchados en lugar de la instrucción. Esto, al debilitar la mente, se suponía que la naturaleza había actuado como una madrastra cuando formó este pensamiento tardío de la creación.

Sin concederles entendimiento, sin embargo, era consecuente someterlas a la autoridad, con independencia de la razón; y para prepararlas para esta sujeción, da el siguiente consejo:

«Las niñas deben ser activas y diligentes; y no solo eso: deben también ser sometidas desde temprano al freno. Esta desgracia —si realmente lo es— es inseparable de su sexo; y nunca se desprenden de ella sino para sufrir males más crueles. Han de estar sujetas toda la vida al freno más constante y severo, que es el del decoro: es, por tanto, necesario acostumarlas desde temprano a tal confinamiento, para que no les cueste demasiado caro después; y a la supresión de sus caprichos, para que con mayor facilidad se sometan a la voluntad de los demás. Si, en efecto, son aficionadas a estar siempre ocupadas, deberá obligárselas a veces a abandonar su

trabajo. La disipación, la ligereza y la inconstancia son defectos que fácilmente brotan de sus primeras propensiones cuando estas son corrompidas o pervertidas por demasiada indulgencia. Para prevenir este abuso, hay que enseñarles, ante todo, a imponerse un freno adecuado. La vida de una mujer modesta queda reducida, por nuestras absurdas instituciones, a un perpetuo conflicto consigo misma; pero no deja de ser justo que este sexo participe de los sufrimientos que nacen de los males que nos ha ocasionado.»

¿Y por qué es la vida de una mujer modesta un perpetuo conflicto? Respondería yo que ese mismo sistema de educación lo hace así. La modestia, la templanza y la abnegación son la sobria descendencia de la razón; pero cuando la sensibilidad se fomenta a expensas del entendimiento, tales seres débiles han de ser refrenados por medios arbitrarios y sujetos a conflictos continuos; dásele en cambio a su actividad mental un campo más amplio, y pasiones y motivos más nobles gobernarán sus apetitos y sentimientos.

«El afecto común y el cariño de una madre, y hasta el simple hábito, harán que sea amada por sus hijos si no hace nada para ganarse su odio. Incluso el freno que les impone, si está bien dirigido, acrecentará su afecto en lugar de disminuirlo, porque estando el estado de dependencia en la naturaleza del sexo, perciben que fueron formadas para la obediencia.»

Esto es dar por supuesto lo que se discute; pues la servidumbre no solo envilece al individuo, sino que sus efectos parecen transmitirse a la posteridad. Teniendo en cuenta el tiempo que llevan las mujeres siendo dependientes, ¿es de extrañar que algunas abracen sus cadenas y adules como el perro faldero? «Estos perros», observa un naturalista, «tenían al principio las orejas erguidas; pero la costumbre ha suplantado a la naturaleza, y lo que era señal de miedo se ha convertido en adorno.»

«Por la misma razón», añade Rousseau, «las mujeres tienen, o deben tener, poca libertad; son propensas a entregarse con exceso a

lo que se les permite. Dadas en todo a los extremos, se divierten incluso más que los niños.»

La respuesta a esto es muy sencilla. Los esclavos y las turbas siempre se han entregado a los mismos excesos cuando se han liberado de la autoridad. El arco tensado recobra con violencia cuando la mano que lo forzaba se relaja de golpe; y la sensibilidad, juguete de las circunstancias externas, ha de estar sujeta a la autoridad o moderada por la razón.

«De esta habitual restricción», continúa, «resulta una docilidad que las mujeres necesitan durante toda su vida, ya que permanecen constantemente, o bien sujetas a los hombres, o bien a la opinión de la humanidad; y nunca se les permite ponerse por encima de esas opiniones. La primera y más importante cualidad en una mujer es la bondad de natural o dulzura de temperamento; formada para obedecer a un ser tan imperfecto como el hombre, lleno a menudo de vicios y siempre de defectos, debe aprender desde temprano incluso a sufrir la injusticia y a soportar los insultos de un marido sin quejarse; no es por él, sino por ella misma, por lo que debe tener un temperamento suave. La perversidad y el mal humor de las mujeres no hacen sino agravar sus propias desgracias y la mala conducta de sus maridos; bien podrían advertir que no son esas las armas con que alcanzan la superioridad.»

Formadas para vivir con un ser tan imperfecto como el hombre, deben aprender, mediante el ejercicio de sus propias facultades, la necesidad de la tolerancia; pero todos los sagrados derechos de la humanidad son violados al insistir en la obediencia ciega; o bien los derechos más sagrados pertenecen solo al hombre.

El ser que soporta pacientemente la injusticia y aguanta los insultos en silencio pronto se volverá injusto, o incapaz de discernir el bien del mal. Además, niego el hecho: este no es el verdadero modo de formar o mejorar el temperamento; pues, como sexo, los hombres tienen mejor temperamento que las mujeres porque se ocupan en empeños que interesan tanto a la cabeza como al corazón; y la firmeza de la cabeza da un tono saludable al corazón.

Las personas de sensibilidad rara vez tienen buen temperamento. La formación del carácter es la obra serena de la razón cuando, a medida que avanza la vida, mezcla con feliz arte los elementos discordantes. Nunca he conocido a una persona débil o ignorante con buen temperamento, aunque ese buen humor constitucional y esa docilidad que el miedo imprime en el comportamiento obtiene frecuentemente ese nombre. Digo comportamiento; pues la mansedumbre genuina nunca llega al corazón ni a la mente a menos que sea efecto de la reflexión; y que esa simple represión produce gran número de humores peccantes en la vida doméstica lo admitirán muchos hombres sensatos, que encuentran que algunas de estas criaturas suaves e irritables son compañeras muy molestas.

«Cada sexo», argumenta además, «debe conservar su tono y modales peculiares: un marido demasiado suave puede hacer impertinente a su esposa; pero la suavidad de temperamento por parte de la mujer siempre acabará por devolver la razón al hombre, al menos si no es un bruto absoluto, y tarde o temprano triunfará sobre él.» Verdad —la suavidad de la razón; pero el miedo abyecto inspira siempre desprecio; y las lágrimas solo son elocuentes cuando corren por mejillas hermosas.

¿De qué materiales puede estar compuesto el corazón que se derrite cuando es insultado y, en lugar de rebelarse ante la injusticia, besa la vara? ¿No es justo inferir que su virtud se asienta sobre miras estrechas y egoísmo, quien puede acariciar a un hombre, con toda la suavidad femenina, en el preciso momento en que la trata tiránicamente? La naturaleza nunca dictó semejante insinceridad; y aunque a esa especie de prudencia se la llame virtud, la moral se vuelve vaga cuando se supone que alguna parte de ella descansa en la falsedad. Estos son meros expedientes; y los expedientes solo son útiles para el momento.

Que el marido se guarde de confiar demasiado ciegamente en esta obediencia servil; pues si su esposa puede acariciarle con dulce encanto cuando está airado, y cuando debería estar ella airada —a menos que el desprecio haya sofocado una efervescencia natural—,

puede hacer lo mismo tras separarse de un amante. Todos estos son preparativos para el adulterio; o bien, si el temor al mundo o al infierno refrena su deseo de agradar a otros hombres cuando ya no puede agradar a su marido, ¿qué sustituto puede encontrar un ser formado por la naturaleza y el artificio únicamente para agradar al hombre? ¿Qué puede compensarla de esta privación, o dónde ha de buscar una nueva ocupación? ¿Dónde encontrar suficiente fortaleza de espíritu para decidirse a comenzar la búsqueda cuando sus hábitos están fijados y la vanidad ha gobernado durante largo tiempo su mente caótica?

Pero este moralista parcial recomienda la astucia sistemática y especiosamente.

«Las hijas deben ser siempre sumisas; pero sus madres no deben ser inexorables. Para hacer a una joven dócil, no debe hacérsela desgraciada; para hacerla modesta, no debe volverse estúpida. Por el contrario, no me disgustaría que se le permitiera usar cierta astucia, no para eludir el castigo en caso de desobediencia, sino para eximirse de la necesidad de obedecer. No es preciso hacer onerosa su dependencia, basta con hacérsela sentir. La sutileza es un talento natural en el sexo; y como estoy persuadido de que todas nuestras inclinaciones naturales son buenas y rectas en sí mismas, opino que esta debe cultivarse como las demás; solo hay que prevenir su abuso.»

«Todo lo que existe está bien», prosigue triunfalmente con esa inferencia. Concedido; y sin embargo, quizás ningún aforismo ha encerrado nunca una afirmación más paradójica. Es una verdad solemne respecto a Dios. Él —lo digo con reverencia— ve el todo de una vez y vio sus justas proporciones en el seno del tiempo; pero el hombre, que solo puede inspeccionar partes inconexas, encuentra muchas cosas mal; y es parte del sistema —y por tanto está bien— que se esfuerce en alterar lo que le parece que está así, incluso mientras se inclina ante la sabiduría de su Creador y respeta la oscuridad que se afana en disipar.

La inferencia que sigue es justa, suponiendo que el principio sea sólido: «La superioridad de tacto, peculiar al sexo femenino, es una indemnización muy equitativa de su inferioridad en fuerza: sin ella, la mujer no sería la compañera del hombre, sino su esclava; es mediante su superior arte e ingenio como preserva su igualdad y lo gobierna mientras finge obedecerle. Todo está contra la mujer, tanto nuestros defectos como su propia timidez y debilidad; nada tiene en su favor, salvo su sutileza y su belleza. ¿No es, por tanto, muy razonable que cultive ambas?» La grandeza de espíritu nunca puede coexistir con la astucia o el artificio; pues no me andaré con rodeos sobre las palabras cuando su significado directo es insinceridad y falsedad; me contentaré con observar que si alguna clase de seres humanos ha sido creada de tal modo que necesariamente ha de ser educada según reglas no deducibles estrictamente de la verdad, la virtud es una cuestión de convención. ¿Cómo se atrevió Rousseau a afirmar, tras dar este consejo, que en el gran fin de la existencia el objeto de ambos sexos debería ser el mismo, cuando bien sabía que la mente formada por sus empeños se ensancha al absorber en las grandes miras las pequeñas, o que ella misma se vuelve pequeña?

Los hombres tienen superior fortaleza corporal; pero si no fuera por las nociones equivocadas de la belleza, las mujeres adquirirían suficiente para poder ganarse la vida por sí mismas —la verdadera definición de la independencia—, y para soportar esas incomodidades y exigencias físicas que son necesarias para fortalecer la mente.

Permitámonos, pues, hacer el mismo ejercicio que los niños —no solo durante la infancia sino durante la juventud— y alcancemos la perfección del cuerpo, para que podamos conocer hasta dónde se extiende la superioridad natural del hombre. ¿Qué razón o virtud puede esperarse de una criatura cuando se descuida el tiempo de sembrar en la vida? Ninguna —a no ser que los vientos del cielo esparzan casualmente semillas útiles en el terreno en barbecho.

«La belleza no puede adquirirse mediante el atavío, y la coquetería es un arte no tan temprana ni fácilmente logrado.

Cuando las niñas son todavía jóvenes, sin embargo, pueden estudiar el gesto agradable, la modulación placentera de la voz, el porte y el comportamiento fácil; así como aprender a adaptar con gracia sus miradas y actitudes al tiempo, al lugar y a la ocasión. Su aplicación, por tanto, no debe limitarse únicamente a las artes laboriosas y a la aguja, cuando llegan a desplegar otros talentos cuya utilidad es ya manifiesta.»

«Por mi parte, quisiera que una joven inglesa cultivara sus talentos agradables para agradar a su futuro marido con el mismo esmero y asiduidad que una joven circasiana cultiva los suyos para estar dispuesta para el harén de un bajá oriental.»

Para convertir a las mujeres en seres absolutamente insignificantes, añade: «Las mujeres tienen la lengua muy suelta; hablan antes, con más facilidad y más agradablemente que los hombres; se les acusa también de hablar mucho más: pero así debe ser, y estaría muy dispuesto a convertir este reproche en elogio; sus labios y sus ojos tienen la misma actividad y por la misma razón. Un hombre habla de lo que sabe, una mujer de lo que le agrada; uno necesita conocimiento, la otra gusto; el principal objeto del discurso del hombre debe ser lo útil, el de la mujer lo agradable. No debe haber nada en común en sus respectivas conversaciones salvo la verdad.»

«No debemos, por tanto, reprimir el parloteo de las niñas del mismo modo que el de los niños, con esa severa pregunta: "¿A qué propósito habláis?", sino con otra no menos difícil de responder: "¿Cómo será recibido vuestro discurso?" En la infancia, mientras son incapaces de distinguir el bien del mal, deben observarla como una ley: no decir nunca nada desagradable a quienes les estén hablando; lo que hará más difícil la práctica de esta regla es que debe estar siempre subordinada a la anterior: no hablar nunca con falsedad ni decir mentiras.» Gobernar la lengua de este modo requiere ciertamente mucho arte; y está demasiado practicado tanto por hombres como por mujeres. De la abundancia del corazón ¡qué pocos hablan! Tan pocos, que yo, que amo la sencillez, cedería de

buen grado la cortesía por una cuarta parte de la virtud que se ha sacrificado a una cualidad equívoca que, en el mejor de los casos, solo debería ser el pulimento de la virtud.

Pero para completar el bosquejo: «Es fácil concebir que si los niños de sexo masculino no están en condiciones de formarse nociones verdaderas de religión, esas ideas han de estar muy por encima de la comprensión de las niñas: por esta misma razón quisiera hablarles de este tema antes; pues si esperáramos a que estuviesen en condiciones de discutir metódicamente cuestiones tan profundas, correríamos el riesgo de no hablarles nunca de ello en toda su vida. La razón en las mujeres es una razón práctica, que las capacita para descubrir con habilidad los medios de alcanzar un fin conocido, pero que nunca les permitiría descubrir ese fin por sí mismas. Las relaciones sociales de los sexos son verdaderamente admirables: de su unión resulta una persona moral de la que la mujer puede llamarse los ojos y el hombre la mano; con esta dependencia mutua: que es del hombre de quien la mujer ha de aprender lo que debe ver, y de la mujer de quien el hombre ha de aprender lo que debe hacer. Si la mujer pudiera recurrir a los primeros principios de las cosas tan bien como el hombre, y el hombre estuviera capacitado para penetrar en sus detalles tan bien como la mujer, siempre independientes el uno del otro, vivirían en perpetua discordia y su unión no podría subsistir. Pero en la armonía presente que subsiste naturalmente entre ellos, sus diferentes facultades tienden a un fin común; es difícil decir cuál contribuye más a él: cada uno sigue el impulso del otro; cada uno obedece, y los dos mandan.»

«Como la conducta de la mujer está supeditada a la opinión pública, su fe en materia de religión debe, por esa misma razón, estar sujeta a la autoridad. "Toda hija debe ser de la misma religión que su madre, y toda esposa de la misma que su marido³; pues aunque tal religión sea falsa, esa docilidad que induce a la madre y a la hija a someterse al orden de la naturaleza quita, a los ojos de Dios, la criminalidad de su error." Ya que no están en condiciones de

juzgar por sí mismas, deben atenerse a las decisiones de sus padres y maridos con tanta confianza como a las de la Iglesia.»

«Como la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no es tan necesario explicarles las razones de su creencia como sentar con precisión los dogmas que deben creer; pues el credo que no presenta a la mente sino ideas oscuras es fuente de fanatismo; y el que presenta absurdos conduce a la incredulidad.»

Una autoridad absoluta e incontestada, al parecer, debe existir en algún lugar; pero ¿no es esto una apropiación directa y exclusiva de la razón? Los derechos de la humanidad han quedado así confinados a la línea masculina desde Adán hacia abajo. Rousseau llevaría su aristocracia masculina más lejos todavía, pues insinúa que no culparía a quienes abogan por mantener a la mujer en un estado de la más profunda ignorancia, si no fuera necesario —para preservar su castidad y justificar la elección del hombre ante los ojos del mundo— darle un poco de conocimiento de los hombres y de las costumbres producidas por las pasiones humanas; de lo contrario podría propagar en casa sin que el ejercicio de su entendimiento la hiciera menos voluptuosa e inocente: excepto, en efecto, durante el primer año de matrimonio, en que podría emplearlo para vestirse, como Sofía. «Su atavío es extremadamente modesto en apariencia, aunque en realidad muy coqueto; no hace exhibición de sus encantos, los oculta; pero al ocultarlos sabe cómo afectar vuestra imaginación. Todo el que la vea dirá: ahí va una joven modesta y discreta; pero cuando estéis cerca de ella, vuestros ojos y afectos se posan sobre toda su persona, de modo que no podéis apartarlos; y concluiréis que cada parte de su atavío, sencillo como parece, fue colocado en su lugar propio solo para ser deshecho por la imaginación.» ¿Es esto modestia? ¿Es esto una preparación para la inmortalidad? Más aún. ¿Qué opinión hemos de formarnos de un sistema de educación cuando su autor dice de su heroína «que para ella obrar bien es solo una preocupación secundaria; su preocupación principal es obrar con pulcritud»?

Secundarias son, en efecto, todas sus virtudes y cualidades; pues, en lo tocante a la religión, hace que sus padres, habituados a la sumisión, se dirijan así a ella: «A su tiempo vuestro marido os instruirá.»

Tras haber así encogido la mente de la mujer —si es que para mantenerla sana no la ha dejado completamente en blanco—, le aconseja reflexionar, para que un hombre reflexivo no se aburra en su compañía cuando esté cansado de acariciarla. ¿Sobre qué ha de reflexionar quien debe obedecer? ¿Y no sería una refinación de la crueldad el abrir su mente únicamente para hacer visibles la oscuridad y la miseria de su destino? Estas son, con todo, sus observaciones sensatas; el lector puede juzgar cuán coherentes son con lo que ya me he visto obligada a citar para dar una visión justa del asunto.

«Los que pasan toda su vida trabajando para ganarse el pan de cada día no tienen ideas más allá de su oficio o su interés, y toda su inteligencia parece estar en las yemas de los dedos. Esta ignorancia no es perjudicial ni para su integridad ni para su moral; con frecuencia les es de provecho. A veces, mediante la reflexión, somos llevados a concertar con nuestro deber, y acabamos sustituyendo una jerga de palabras por las cosas. Nuestra propia conciencia es el filósofo más ilustrado. No es necesario conocer las Oficinas de Tulio para ser un hombre íntegro; y quizás la mujer más virtuosa del mundo sea la menos familiarizada con la definición de la virtud. Pero no es menos verdad que solo un entendimiento cultivado puede hacer agradable la sociedad; y es una cosa melancólica para un padre de familia aficionado al hogar verse obligado a estar siempre ensimismado y no tener a nadie alrededor a quien poder comunicar sus pensamientos.

»Además, ¿cómo podría una mujer ayuna de reflexión ser capaz de educar a sus hijos? ¿Cómo discernirá lo que les es conveniente? ¿Cómo los inclinará a las virtudes que ella desconoce, o al mérito del que no tiene idea? Solo podrá mimarlos o reñirlos; volverlos insolentes o tímidos; hará de ellos presumidos formales o zotes

ignorantes; pero nunca los hará sensatos ni amables.» ¡Cómo podría hacerlo, en efecto, cuando su marido no está siempre a mano para prestarle su razón, cuando ambos juntos forman un solo ser moral! Una voluntad ciega, «ojos sin manos», llegaría muy poco lejos; y quizás su razón abstracta, que debería concentrar los dispersos rayos de la razón práctica de ella, esté empleada en juzgar el sabor del vino, disertando sobre las salsas más apropiadas para la tortuga; o, más profundamente absorto ante una mesa de naipes, puede estar generalizando sus ideas mientras apuesta su fortuna, dejando todos los pormenores de la educación a su auxiliadora o al azar.

Pero concediendo que la mujer deba ser bella, inocente y simple para convertirse en una compañera más seductora e indulgente, ¿en beneficio de qué se sacrifica su entendimiento? Y ¿para qué es necesaria toda esta preparación únicamente —según la propia confesión de Rousseau— para hacerla la amante de su marido durante un tiempo muy breve? Pues nadie insistió más en la naturaleza transitoria del amor. Así habla el filósofo: «Los placeres sensuales son transitorios. El estado habitual de los afectos siempre pierde con su gratificación. La imaginación, que adorna el objeto de nuestros deseos, se pierde en la posesión. Exceptuando al Ser Supremo, que es autoexistente, no hay nada bello sino lo ideal.»

Pero vuelve a sus paradojas ininteligibles cuando se dirige así a Sofía: «Emilio, al convertirse en vuestro marido, se ha convertido en vuestro señor, y reclama vuestra obediencia. Tal es el orden de la naturaleza. Sin embargo, cuando un hombre está casado con una esposa como Sofía, conviene que sea dirigido por ella; esto es también conforme al orden de la naturaleza; es, pues, para daros sobre su corazón tanta autoridad como su sexo le da sobre vuestra persona, para lo que os he hecho árbitro de sus placeres. Quizás os cueste alguna penosa negación de vosotras mismas; pero podréis estar segura de mantener vuestro imperio sobre él si sabéis conservarlo sobre vosotras mismas; lo que ya he observado me hace ver también que este difícil empeño no supera vuestro valor.

»¿Queréis tener constantemente a vuestro marido a vuestros pies? Mantenedle a cierta distancia de vuestra persona. Conservaréis durante largo tiempo la autoridad del amor si sabéis hacer que vuestros favores sean raros y preciosos. Así podréis emplear incluso las artes de la coquetería al servicio de la virtud, y las del amor al servicio de la razón.»

Cerraré mis extractos con una justa descripción de una cómoda pareja: «Y sin embargo, no debéis imaginar que semejante habilidad bastará siempre. Cualesquiera que sean las precauciones tomadas, el goce irá poco a poco embotando el filo de la pasión. Pero cuando el amor haya durado todo lo posible, un hábito placentero ocupa su lugar, y el apego de una mutua confianza sucede a los transportes de la pasión. Los hijos forman a menudo un lazo más agradable y permanente entre los cónyuges que el amor mismo. Cuando dejéis de ser la amante de Emilio, seguiréis siendo su esposa y su amiga; seréis la madre de sus hijos.»

Los hijos, observa con razón, forman un lazo mucho más permanente entre los cónyuges que el amor. La belleza, declara, no será apreciada ni siquiera observada después de que una pareja haya vivido seis meses juntos; las gracias artificiales y la coquetería empalagan igualmente los sentidos: ¿por qué afirma entonces que una niña debe ser educada para su marido con el mismo esmero que para un harén oriental?

Apelo ahora, apartándome de los delirios de la fantasía y el libertinaje refinado, al buen sentido de la humanidad: ¿si el objeto de la educación es preparar a las mujeres para ser esposas castas y madres sensatas, es el método tan plausiblemente recomendado en el bosquejo anterior el mejor calculado para producir esos fines? ¿Se admitirá que el modo más seguro de hacer casta a una esposa es enseñarle a practicar las artes lascivas de una amante, llamadas coquetería virtuosa por el sensualista que ya no puede saborear los encantos espontáneos de la sinceridad, ni gustar el placer que nace de una ternura íntima cuando la confianza no está coartada por la sospecha y se vuelve interesante mediante el buen sentido?

El hombre que puede contentarse con vivir con una compañera bonita y útil pero sin mente ha perdido en las gratificaciones voluptuosas el gusto por disfrutes más refinados; nunca ha experimentado la tranquila satisfacción que refresca el corazón reseco, como el silencioso rocío del cielo: la de ser amado por quien pudiera comprenderle. En la sociedad de su esposa sigue estando solo, a menos que el hombre no quede absorbido en el bruto. «El encanto de la vida», dice un grave razonador filosófico, «es la simpatía; nada nos place más que observar en los demás un sentimiento afín a todas las emociones de nuestro propio pecho.»

Pero, conforme al tenor del razonamiento por el que se aparta a las mujeres del árbol del conocimiento, los años importantes de la juventud, la utilidad de la edad madura y las esperanzas racionales del futuro han de sacrificarse todos para convertir a la mujer en objeto de deseo por un breve tiempo. Además, ¿cómo podía Rousseau esperar que fuesen virtuosas y constantes cuando ni se permite que la razón sea el fundamento de su virtud, ni la verdad el objeto de sus indagaciones?

Pero todos los errores de razonamiento de Rousseau nacieron de la sensibilidad, ¡y las mujeres están muy dispuestas a perdonar la sensibilidad hacia sus encantos! Cuando debió razonar se apasionó, y la reflexión inflamó su imaginación en lugar de iluminar su entendimiento. Incluso sus virtudes lo llevaron más lejos por el camino errado; pues, nacido con una constitución ardiente y una fantasía viva, la naturaleza le empujaba hacia el otro sexo con tan ansiosa ternura que pronto se volvió lascivo. De haber dado rienda suelta a esos deseos, el fuego se habría extinguido de manera natural; pero la virtud y una especie romántica de delicadeza le llevaron a practicar la abnegación; y sin embargo, cuando el miedo, la delicadeza o la virtud lo refrenaban, se entregaba a la depravación de su imaginación; y reflexionando sobre las sensaciones a que la fantasía daba fuerza, las trazaba con los colores más ardientes y las hincaba en lo más profundo de su alma.

Buscó entonces la soledad, no para dormir con el hombre de la naturaleza ni para investigar serenamente las causas de las cosas bajo la sombra donde Sir Isaac Newton se entregaba a la contemplación, sino únicamente para complacerse en sus sentimientos. Y con tan cálida viveza pintó lo que intensamente sentía que, interesando el corazón e inflamando la imaginación de sus lectores —en proporción a la fuerza de su fantasía—, estos imaginan que su entendimiento queda convencido cuando solo simpatizan con un escritor poético que exhibe hábilmente los objetos de los sentidos, sombríos con voluptuosidad o velados con gracia; y haciéndonos sentir mientras soñamos que razonamos, quedan en la mente conclusiones erróneas.

¿Por qué estuvo la vida de Rousseau dividida entre el éxtasis y la miseria? ¿Puede darse otra respuesta que esta: que la efervescencia de su imaginación produjo ambos; pero que, de haberse enfriado su fantasía, es posible que hubiera adquirido mayor fortaleza de espíritu? Con todo, si el propósito de la vida es educar la parte intelectual del hombre, todo fue bien respecto a él; y sin embargo, de no haber conducido la muerte a una escena de acción más noble, es probable que hubiera gozado de una felicidad más igual en la tierra y sentido las tranquilas sensaciones del hombre de la naturaleza, en lugar de ser preparado para otra etapa de existencia fomentando las pasiones que agitan al hombre civilizado.

¡Pero paz a sus manes! No guerreo con sus cenizas, sino con sus opiniones. Solo guerreo con la sensibilidad que le llevó a degradar a la mujer haciéndola esclava del amor.

«... Maldita vasallaje, primero idolatrada hasta que el ardiente fuego del amor se apaga, luego esclava de quienes antes la cortejaron.»

—Dryden

La perniciosa tendencia de esos libros en que los escritores degradan insidiosamente al sexo mientras se postran ante sus

encantos personales no puede denunciarse con demasiada frecuencia ni demasiada severidad.

¡Elevémonos, contemporáneas mías queridas, por encima de semejantes prejuicios mezquinos! Si la sabiduría es deseable por sí misma, si la virtud, para merecer ese nombre, debe fundarse en el conocimiento, esforcémonos por fortalecer nuestra mente mediante la reflexión hasta que la cabeza sea el contrapeso del corazón; no limitemos todos nuestros pensamientos a los pequeños sucesos del día, ni nuestro conocimiento al de los corazones de nuestros amantes o maridos; sino que la práctica de todo deber quede subordinada al gran deber de mejorar nuestra mente y preparar nuestros afectos para un estado más elevado.

¡Cuidado, pues, amigas mías, con dejar que el corazón se conmueva por cada trivial incidente! El junco es sacudido por la brisa y muere cada año; pero el roble se mantiene firme y desafía la tormenta durante siglos.

Si en verdad solo fuéramos creadas para revolotear nuestra hora y morir, que entonces entreguémonos a la sensibilidad y riamos de la severidad de la razón. Y sin embargo, ¡ay!, aun entonces necesitaríamos fortaleza de cuerpo y de mente, y la vida se perdería en febriles placeres o en un lánguido fastidio.

Pero el sistema de educación que ardientemente deseo ver extirpado parece presuponer —lo que nunca debería darse por supuesto— que la virtud nos protege de los azares de la vida, y que la fortuna, quitándose la venda, sonreirá a una mujer bien educada y traerá de la mano a un Emilio o a un Telémaco. Mientras que, por el contrario, la recompensa que la virtud promete a sus devotos se limita, está claro, a sus propios pechos; y con frecuencia deben luchar con los más molestos pesares mundanos y soportar los vicios y humores de personas por quienes nunca podrán sentir amistad.

Ha habido muchas mujeres en el mundo que, en lugar de ser sostenidas por la razón y la virtud de sus padres y hermanos, han fortalecido su propia mente luchando con sus vicios y necesidades; y

sin embargo nunca han encontrado a ningún héroe con apariencia de marido que, pagando la deuda que la humanidad les debía, pudiera restituir su razón a su estado natural dependiente y devolver al hombre la prerrogativa usurpada de elevarse por encima de la opinión.

SECCIÓN 5.2

Los Sermones del doctor Fordyce han formado desde hace tiempo parte de la biblioteca de las jóvenes; es más, se permite a las niñas en los colegios que los lean; pero los desterraría al instante de los de mi pupila si quisiera fortalecer su entendimiento conduciéndola a formarse principios sólidos sobre una base amplia; o aunque solo me preocupara cultivar su gusto; a pesar de que ha de reconocerse que contienen muchas observaciones sensatas.

El doctor Fordyce puede haber tenido un fin muy laudable en mira; pero estos discursos están escritos con un estilo tan afectado que, por eso solo, y aunque no tuviera nada que oponer a sus melifluas prescripciones, no dejaría a las niñas hojearlos, a menos que me propusiera extinguir hasta la última chispa de naturaleza de su composición, fundiendo toda cualidad humana en debilidad femenina y gracia artificial. Digo artificial, pues la gracia verdadera surge de cierta independencia de espíritu.

Los niños, despreocupados de agradar y solo ansiosos por divertirse, son con frecuencia muy graciosos; y los nobles, que en su mayoría han vivido con inferiores y han tenido siempre dinero a su disposición, adquieren una soltura graciosa de porte que más bien debería llamarse gracia habitual del cuerpo que esa gracefulness superior que es verdaderamente la expresión de la mente. Esta gracia mental, inadvertida por los ojos vulgares, centellea a veces en

un semblante tosco y, iluminando cada rasgo, muestra sencillez e independencia de espíritu. Es entonces cuando leemos en los ojos caracteres de inmortalidad y vemos el alma en cada gesto, aunque en reposo ni el rostro ni los miembros tengan mucha belleza que los recomiende, ni el comportamiento tenga nada peculiar que atraiga la atención universal. La masa de la humanidad busca, sin embargo, una belleza más tangible; aunque la sencillez, en general, es admirada cuando la gente no se para a considerar lo que admira; y ¿puede haber sencillez sin sinceridad? Pero basta ya con estas observaciones que son en cierta medida inconexas, aunque naturalmente suscitadas por el tema.

En períodos declamatorios, el doctor Fordyce desenvuelve la elocuencia de Rousseau; y con el más sentimental énfasis detalla sus opiniones respecto al carácter femenino y el comportamiento que debe asumir la mujer para hacerse amable.

Que él hable por sí mismo, pues así hace que la naturaleza se dirija al hombre: «¡Contemplad a estas sonrientes inocentes, a quienes he adornado con mis más bellos dones y confiado a vuestra protección! ¡Contempladlas con amor y respeto; tratadles con ternura y honor. Son tímidas y necesitan ser defendidas. Son frágiles; ¡oh, no os aprovechéis de su debilidad! Que sus temores y sus rubores las hagan más queridas. Que la confianza que depositan en vosotros no sea nunca defraudada. Pero ¿es posible que alguno de vosotros sea tan bárbaro, tan supremamente malvado, como para defraudarla? ¿Podéis encontrar en vuestros corazones despojar a estas suaves y confiadas criaturas de su tesoro, o hacer algo para privarlas de su nativa vestidura de virtud? ¡Maldita sea la mano impía que ose violar la forma inmaculada de la Castidad! ¡Tú, miserable! ¡Tú, rufián! ¡detente, y no te atrevas a provocar la más feroz venganza del cielo!» No hallo ningún comentario que pueda hacerse seriamente sobre este curioso pasaje; y podría aducir muchos similares, y algunos tan sentimentales que he oído a hombres racionales usar la palabra indecente cuando los mencionaban con disgusto.

En todas partes hay un despliegue de sentimientos fríos y artificiales, y ese alarde de sensibilidad que niños y jóvenes deben ser enseñados a despreciar como la señal infalible de una mente vana y mezquina. Se hacen floridas apelaciones al cielo y a las inocentes bellísimas, las imágenes más bellas del cielo aquí abajo, mientras el sobrio sentido queda muy atrás. Este no es el lenguaje del corazón, ni llegará jamás a él, aunque el oído pueda ser halagado.

Se me dirá, quizás, que el público ha disfrutado con estos volúmenes. Cierto; y las Meditaciones de Hervey siguen leyéndose, aunque pecó igualmente contra el sentido y el buen gusto.

Me opongo en particular a las frases de amante de pasión soplada que están esparcidas por todas partes. Si alguna vez se permite a las mujeres caminar sin andaderas, ¿por qué han de ser engatusadas hacia la virtud por artificiosas lisonjas y piropos sexuales? ¡Habládles el lenguaje de la verdad y la sobriedad, y fuera con las canciones de cuna de la condescendencia endulzada! Enséñeseles a respetarse como criaturas racionales y no se las lleve a sentir pasión por su propia insípida persona. Me pone en el colmo cuando oigo a un predicador disertando sobre el atavío y la costura; y más aún cuando oye dirigirse a las «bellezas británicas, las más bellas de las bellas», como si solo tuvieran sentimientos.

Incluso al recomendar la piedad usa el siguiente argumento: «Nunca, quizás, impresiona más hondamente una bella mujer que cuando, recogida en piadosa meditación y poseída de las más nobles consideraciones, asume, sin saberlo, una dignidad superior y nuevas gracias; de suerte que las bellezas de la santidad parecen irradiar en torno a ella, y los circunstantes están casi inducidos a imaginarla ya adorando entre sus ángeles parientes.» ¿Por qué han de ser así criadas las mujeres con el deseo de conquistar? ¡El mismo epíteto, usado en este sentido, me produce una náusea! ¿No ofrece la religión y la virtud motivos más fuertes, recompensas más brillantes? ¿Han de ser siempre degradadas haciéndolas considerar el sexo de sus compañeros? ¿Han de ser enseñadas siempre a agradar? Y al

apuntar su pequeña artillería al corazón del hombre, ¿es necesario decirles que un poco de buen sentido es suficiente para hacer su compañía increíblemente lisonjera? «Así como un pequeño grado de conocimiento divierte en una mujer, también de una mujer —aunque por diferente razón— un pequeño gesto de cariño deleita; especialmente si tiene belleza.» Yo habría supuesto que por la misma razón.

¿Por qué se dice a las niñas que se parecen a los ángeles sino para degradarlas por debajo de las mujeres? O que una tierna e inocente muchacha es un objeto que se acerca más a la idea que nos hemos formado de los ángeles que cualquier otro. Y sin embargo se les dice, al mismo tiempo, que solo se parecen a los ángeles cuando son jóvenes y bellas; en consecuencia, es su persona, no sus virtudes, la que les procura ese homenaje.

¡Vanas palabras huecas! ¿A qué puede conducir semejante lisonja engañosa sino a la vanidad y la necedad? El amante, es verdad, tiene licencia poética para exaltar a su amada; su razón es la burbuja de su pasión, y no dice una falsedad cuando toma prestado el lenguaje de la adoración. Su imaginación puede elevar sin reproche el ídolo de su corazón por encima de la humanidad; y feliz sería para las mujeres si solo fueran lisonjeadas por los hombres que las aman —quiero decir, que aman al individuo, no al sexo—; ¿pero debería un grave predicador mezclar sus discursos con tales insensateces?

En los sermones o en las novelas, sin embargo, la voluptuosidad siempre es fiel a su texto. A los hombres les está permitido por los moralistas cultivar, según lo indica la naturaleza, diferentes cualidades y asumir los diferentes caracteres que las mismas pasiones, modificadas casi hasta el infinito, dan a cada individuo. Un hombre virtuoso puede tener una constitución colérica o sanguínea, ser alegre o grave sin reproche; ser firme hasta casi ser dominante, o débilmente sumiso, sin voluntad ni opinión propias; pero todas las mujeres han de ser niveladas, mediante la mansedumbre y la

docilidad, en un único carácter de suave rendimiento y dulce complacencia.

Usaré las propias palabras del predicador: «Obsérvese que en vuestro sexo los ejercicios varoniles nunca son graciosos; que en ellos un tono, una figura, un aire y un porte de tipo masculino son siempre repelentes; y que los hombres de sensibilidad desean en toda mujer rasgos suaves y voz melodiosa, una figura no robusta y un comportamiento delicado y gentil.»

¿No es el siguiente retrato el retrato de una esclava doméstica? «Estoy asombrado de la necedad de muchas mujeres que no cesan de reprochar a sus maridos el dejarlas solas, el preferir tal o cual compañía a la de ellas, el tratarlas con esta o aquella muestra de desconsideración o indiferencia; cuando, a decir verdad, ellas mismas tienen en gran medida la culpa. No es que yo quisiera justificar a los hombres en nada malo por su parte. Pero si os hubierais comportado con ellos con una observancia más respetuosa y una ternura más uniforme; estudiando sus humores, pasando por alto sus errores, sometiendo a sus opiniones en las cosas indiferentes, dejando pasar los pequeños incidentes de mal humor, capricho o pasión, dando respuestas suaves a las palabras precipitadas, quejándoos tan raramente como fuera posible, y cuidando a diario de aliviar sus ansiedades y anticipar sus deseos, amenizar las horas de aburrimiento y evocar las ideas de la felicidad; si hubierais seguido esta conducta, no dudo que habríais mantenido e incluso acrecentado su estima hasta el punto de aseguraros toda la influencia que puede contribuir a su virtud o a vuestra mutua satisfacción; y vuestra casa podría ser hoy la morada de la felicidad doméstica.» Semejante mujer debería ser un ángel —o es un asno— pues no distingo huella alguna del carácter humano, ni razón ni pasión, en esta esclava doméstica cuyo ser queda absorbido en el de un tirano.

El doctor Fordyce debe de tener muy poco conocimiento del corazón humano si realmente supuso que semejante conducta haría volver al amor errante en lugar de suscitar desprecio. No: la belleza,

la gentileza, etc., etc., pueden ganar un corazón; pero la estima —el único afecto duradero— solo puede obtenerse mediante la virtud apoyada en la razón. Es el respeto por el entendimiento lo que mantiene viva la ternura por la persona.

Como estos volúmenes se ponen tan frecuentemente en manos de los jóvenes, les he prestado más atención de la que, en rigor, merecen; pero como han contribuido a corromper el gusto y enervar el entendimiento de muchos de mis semejantes, no podía pasarlos en silencio.

SECCIÓN 5.3

Tan paternal solicitud impregna el Legado a sus hijas del doctor Gregory, que abordo la tarea de la crítica con respetuoso afecto; pero como este pequeño volumen tiene muchos atractivos que lo recomiendan a la parte más respetable de mi sexo, no puedo pasar en silencio argumentos que sostienen tan especiosamente opiniones que, a mi juicio, han tenido los efectos más funestos sobre la moral y los modales del mundo femenino.

Su estilo sencillo y familiar se adapta particularmente al tenor de su consejo, y la melancólica ternura que su respeto por la memoria de una esposa amada difunde por toda la obra la hace muy interesante; sin embargo, hay un grado de elegancia concisa visible en muchos pasajes que perturba esa simpatía; y nos topamos con el autor cuando solo esperábamos encontrar al... padre.

Además, teniendo dos objetivos a la vista, rara vez se atenía firmemente a ninguno; pues deseando hacer a sus hijas amables y temiendo que la desdicha solo fuera la consecuencia de inculcar sentimientos que pudieran sacarlas del camino trillado sin capacitarlas para actuar con independencia y dignidad coherentes,

frena el flujo natural de sus pensamientos y no aconseja ni lo uno ni lo otro.

En el prefacio les dice una triste verdad: «que escucharán, al menos una vez en su vida, los sentimientos genuinos de un hombre que no tiene ningún interés en engañarlas».

¡Infeliz mujer! ¿Qué puede esperarse de ti, cuando los seres de quienes se dice que naturalmente dependes para la razón y el apoyo tienen todos un interés en engañarte? Esta es la raíz del mal que ha derramado un moho corrosivo sobre todas tus virtudes; y marchitando en el brote tus facultades en desarrollo, te ha convertido en el ser débil que eres. ¡Es este interés separado, este insidioso estado de guerra, lo que socava la moralidad y divide a la humanidad!

Si el amor ha hecho desgraciadas a algunas mujeres, ¡a cuántas más ha convertido la fría e insustancial galantería en seres vanos e inútiles! Y sin embargo, esta atención sin corazón al sexo se tiene por tan varonil, tan cortés, que hasta que la sociedad esté muy de otro modo organizada, temo que este vestigio de las costumbres góticas no será barrido por un modo de conducta más razonable y afectuoso. Además, para despojarlo de su imaginaria dignidad, debo observar que en los estados europeos más civilizados este servicio de labios prevalece en gran medida, acompañado de extrema disolución de costumbres. En Portugal —el país al que me refiero particularmente— suplanta a las más graves obligaciones morales; pues a un hombre rara vez se le asesina cuando está en compañía de una mujer. La mano salvaje de la rapiña se debilita por este espíritu caballeresco; y si el golpe de la venganza no puede detenerse, se ruega a la dama que excuse la rudeza y se marche en paz, aunque esté quizás salpicada con la sangre de su marido o su hermano.

Pasaré por alto sus observaciones sobre la religión, pues pienso tratar ese asunto en un capítulo aparte.

Las reflexiones relativas al comportamiento, aunque muchas de ellas muy sensatas, las desapruero en su totalidad, porque me parece que empezar por ese extremo es empezar por el lado errado. Un entendimiento cultivado y un corazón afectuoso nunca tendrán necesidad de reglas tiesas de decoro; de ellos resultará algo más sustancial que la mera apariencia; y sin entendimiento, el comportamiento aquí recomendado sería pura afectación. ¡El decoro es, en efecto, lo único necesario! El decoro ha de suplantar a la naturaleza y desterrar toda sencillez y variedad de carácter del mundo femenino. Y sin embargo, ¿qué bien puede producir todo este consejo superficial? Es, con todo, mucho más fácil señalar este o aquel modo de comportamiento que poner a trabajar a la razón; pero cuando la mente ha sido enriquecida con conocimiento útil y fortalecida por el ejercicio, la regulación del comportamiento puede confiarse sin riesgo a su guía.

¿Por qué, por ejemplo, ha de darse la siguiente advertencia, cuando el artificio de cualquier clase ha de contaminar la mente; y por qué entremezclar los grandes motivos de acción que la razón y la religión igualmente concurren a reforzar con miserables tretas mundanas y juegos de manos para ganar el aplauso de necios boquiabiertos y de mal gusto? «Sed incluso cautelosas al manifestar vuestro buen juicio.⁴ Se pensará que os arrogáis una superioridad sobre el resto de la compañía; pero si por ventura tenéis alguna erudición, guardadla como el más profundo secreto, especialmente ante los hombres, que en general miran con ojo celoso y maligno a una mujer de grandes dotes y entendimiento cultivado.» Si los hombres de verdadero mérito —como él mismo observa más adelante— están por encima de esa mezquindad, ¿dónde está la necesidad de que el comportamiento de todo el sexo sea modulado para complacer a los necios, o a los hombres que, careciendo de título al respeto como individuos, prefieren mantenerse apretados en su falange? Los hombres que insisten en su superioridad común, teniendo solo esa superioridad sexual, son sin duda muy excusables.

No habría fin a las reglas de comportamiento si hubiera de adoptarse siempre el tono de la compañía; pues así, variando

constantemente el registro, una nota falsa pasaría frecuentemente por natural.

Sin duda habría sido más sabio aconsejar a las mujeres que se mejoraran hasta elevarse por encima de los vapores de la vanidad, y dejar luego que la opinión pública cambiara de giro; pues ¿hasta dónde han de llegar las reglas de acomodación? El estrecho sendero de la verdad y la virtud no se inclina ni a derecha ni a izquierda; es un camino recto, y quienes lo recorren con empeño pueden saltar por encima de muchos prejuicios de decoro sin dejar la modestia atrás. Limpiad el corazón y dad ocupación a la cabeza, y me atrevo a predecir que no habrá nada ofensivo en el comportamiento.

El aire de distinción al que tantos jóvenes están tan ansiosos por llegar me golpea siempre como las actitudes estudiadas de algunas estampas modernas, copiadas con servil falta de gusto de los antiguos: el alma se ha dejado fuera, y ninguna de las partes está unida por lo que puede llamarse propiamente carácter. Este barniz de distinción, que rara vez se adhiere mucho al buen sentido, puede deslumbrar a los débiles; pero déjese actuar a la naturaleza por sí sola y rara vez disgustará a los sabios. Además, cuando una mujer tiene suficiente buen sentido para no pretender nada que no entienda en alguna medida, no hay necesidad de resolver esconder sus talentos bajo un celemín. Déjense que las cosas sigan su curso natural, y todo saldrá bien.

Es este sistema de disimulación, que aparece por todo el volumen, lo que desprecio. Las mujeres siempre han de parecer esto o aquello; y sin embargo la virtud podría apostrofarlas con las palabras de Hamlet: ¡Parecer! ¡No sé de ningún parecer! ¡Tened dentro lo que supera a todo mostrar!

Aparece el mismo tono en otro lugar; pues después de recomendar —sin distinguir suficientemente— la delicadeza, añade: «Los hombres se quejarán de vuestra reserva. Os asegurarán que un comportamiento más franco os haría más amables. Pero, creedme, no son sinceros cuando os dicen eso. Reconozco que en ciertas ocasiones os haría más agradables como compañeras; pero os haría

menos amables como mujeres: distinción importante, de la que muchas de vuestro sexo no son conscientes.»

Este deseo de ser siempre mujeres es precisamente la conciencia que degrada al sexo. Excepto ante un amante —debo repetir con énfasis una observación anterior—, sería bueno que fueran solo compañeras agradables o racionales. Pero en este punto su consejo es incluso inconsecuente con un pasaje que me propongo citar con la más marcada aprobación.

«El principio de que una mujer puede permitirse todas las libertades inocentes con tal de que su virtud esté segura es a la vez grosera e indecorosamente peligroso, y ha resultado fatal para muchas de vuestro sexo.» Con esta opinión coincido perfectamente. Un hombre, o una mujer, de algún sentimiento, siempre deseará convencer al objeto amado de que son las caricias del individuo, no las del sexo, las que se reciben y devuelven con placer; y de que el corazón, más que los sentidos, es lo que se mueve. Sin esta delicadeza natural, el amor se convierte en una gratificación personal y egoísta que pronto degrada el carácter.

Llevo este sentimiento todavía más lejos. El afecto, cuando el amor no está en cuestión, autoriza muchas muestras de intimidad personal que, brotando naturalmente de un corazón inocente, dan vida al comportamiento; pero el trato personal del apetito, la galantería o la vanidad es despreciable. Cuando un hombre aprieta la mano de una mujer bonita al ayudarla a subir a un carruaje —mujer a quien no ha visto nunca—, ella considerará semejante libertad impertinente como un insulto, si tiene alguna verdadera delicadeza, en lugar de sentirse halagada por este homenaje sin sentido a la belleza. Esos son los privilegios de la amistad, o el homenaje momentáneo que el corazón rinde a la virtud cuando esta surge repentinamente ante él; los meros instintos animales no tienen ningún derecho a las muestras de cariño del afecto.

Deseando alimentar los afectos con lo que ahora es el alimento de la vanidad, quisiera persuadir a mi sexo a que actúe conforme a principios más sencillos. Que merezan amor, y lo obtendrán, aunque

nunca se les diga: «El poder de una bella mujer sobre los corazones de los hombres, de los hombres de más finas dotes, supera incluso lo que ella misma concibe.»

Ya he señalado las mezquinas cautelas respecto a la duplicidad, la suavidad femenina y la delicadeza de constitución; pues estos son los repiques que él repite sin cesar, de manera más decorosa, es verdad, que Rousseau; pero todo viene a parar al mismo punto; y quien se tome la molestia de analizar estos sentimientos encontrará que los primeros principios no son tan delicados como la superestructura.

El tema de las diversiones se trata de manera demasiado superficial; pero con el mismo espíritu.

Cuando trate de la amistad, el amor y el matrimonio, se encontrará que diferimos materialmente de opinión; no anticipo, pues, lo que tengo que observar sobre estos importantes asuntos; sino que limito mis observaciones al tenor general, a esa cautelosa prudencia familiar, a esas vistas limitadas de un afecto parcial e ilustrado, que excluyen el placer y el mejoramiento, aspirando vanamente a evitar el dolor y el error, y que así, al proteger el corazón y la mente, destruyen también toda su energía. Más vale ser engañada a menudo que no confiar nunca; más vale sufrir el desengaño en el amor que no haber amado; más vale perder la ternura de un marido que su estima.

Feliz sería para el mundo, y para los individuos, por supuesto, si toda esta inútil solicitud por alcanzar la felicidad mundana en un plan estrecho se convirtiera en un ansioso deseo de mejorar el entendimiento. «La sabiduría es lo principal: adquiere, pues, sabiduría; y con todo lo que adquieras, adquiere entendimiento.» «¿Hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza y odiaréis el conocimiento?», dice la Sabiduría a las hijas de los hombres.

SECCIÓN 5.4

No pretendo aludir a todos los escritores que han escrito sobre el tema de los modales femeninos —eso sería, en efecto, no hacer sino recorrer el mismo terreno ya pisado, pues han escrito en general en el mismo sentido—; pero atacando la pregonada prerrogativa del hombre —la prerrogativa que puede llamarse con énfasis el cetro de hierro de la tiranía, el pecado original de los tiranos— me declaro contra todo poder edificado sobre prejuicios, por muy añosos que sean.

Si la sumisión que se exige está fundada en la justicia, no hay apelación a ningún poder superior; pues Dios es la justicia misma. Razonemos, pues, como hijos del mismo padre —si no hemos sido bastardizados por ser los nacidos en segundo lugar—, y aprendamos a someternos a la autoridad de la razón cuando su voz se oiga claramente. Pero si se demuestra que ese trono de prerrogativa solo descansa sobre una masa caótica de prejuicios que no tienen ningún principio intrínseco de orden que los mantenga unidos, o sobre un elefante, una tortuga, o incluso los poderosos hombros de algún hijo de la tierra, podrán escapar quienes se atrevan a arrostrar las consecuencias sin ninguna violación del deber, sin pecar contra el orden de las cosas.

Mientras la razón eleva al hombre por encima del rebaño bruto, y la muerte está preñada de promesas, solo están sujetos a la autoridad ciega quienes no tienen confianza en sus propias fuerzas. «¡Libres son quienes quieren ser libres!»

El ser capaz de gobernarse a sí mismo no tiene nada que temer en la vida; pero si algo le es más querido que su propio respeto, el precio ha de pagarse hasta el último céntimo. La virtud, como todo lo que vale, ha de amarse por sí misma; o no tomará morada con nosotros. No impartirá esa paz «que sobrepasa todo entendimiento»

cuando se convierte en mero apoyo de la reputación y se respeta con exactitud farisaica porque «la honestidad es la mejor política».

Que el plan de vida que nos permite llevar algún conocimiento y alguna virtud a otro mundo es el mejor calculado para asegurar el contentamiento en este no puede negarse; y sin embargo pocas personas actúan conforme a este principio, aunque universalmente se admita que no admite discusión. El placer presente o el poder presente se imponen sobre estas serenas convicciones; y es para el día, no para la vida, para lo que el hombre trata con la felicidad. ¡Qué pocos, qué muy pocos!, tienen la previsión o la resolución suficientes para soportar un pequeño mal en el momento con el fin de evitar uno mayor más adelante.

La mujer en particular, cuya virtud se edifica sobre prejuicios mutuos, rara vez llega a esta grandeza de espíritu; de suerte que, convirtiéndose en esclava de sus propios sentimientos, es fácilmente subyugada por los de los demás. Así degradada, su razón, su nebulosa razón!, se emplea más en pulir que en romper sus cadenas.

Con indignación he oído a mujeres argumentar por los mismos derroteros que los hombres, y adoptar con toda la pertinacia de la ignorancia los sentimientos que las embrutecen.

Debo ilustrar mi afirmación con algunos ejemplos. La señora Piozzi, que con frecuencia repetía de memoria lo que no comprendía, se adelanta con períodos johnsonianos.

«No busquéis la felicidad en la singularidad; y temed un refinamiento de sabiduría como una desviación hacia la necedad.» Así se dirige dogmáticamente a un recién casado; y para elucidar este pomposo exordio, añade: «Dije que la persona de vuestra dama no se volverá más agradable para vosotros, pero rogad que ella nunca sospeche que se vuelve menos: es sabido que una mujer perdonará una ofensa a su entendimiento mucho antes que a su persona, y ninguna de nosotras contradiría la afirmación. Todas nuestras capacidades, todas nuestras artes, están empleadas en

ganar y conservar el corazón del hombre; y ¿qué mortificación puede superar la decepción si no se alcanza el fin? No hay reproche por punzante, no hay castigo por severo, que una mujer de espíritu no prefiera al desaire; y si puede soportarlo sin quejarse, solo prueba que tiene intención de resarcirse con la atención de los demás de los desdenes de su marido.»

Estos son verdaderos sentimientos masculinos. «Todas nuestras artes están empleadas en ganar y conservar el corazón del hombre»; ¿y cuál es la consecuencia? Si su persona —¿y acaso ha habido alguna persona, por moldeada con simetría médica que sea, que no haya sido desdeñada?— es descuidada, procurará resarcirse intentando agradar a otros hombres. ¡Noble moral! Pero así se insulta el entendimiento de todo el sexo y se priva a su virtud del fundamento común de la virtud. Una mujer debe saber que su persona no puede ser tan agradable a su marido como lo era a su amante, y si le ofende que sea un ser humano, puede también lamentarse por la pérdida de su corazón como por cualquier otra cosa necia. Y esa misma falta de discernimiento o ira irrazonable demuestra que él no pudo convertir su cariño por su persona en afecto por sus virtudes o respeto por su entendimiento.

Mientras las mujeres proclamen y actúen conforme a semejantes opiniones, su entendimiento, al menos, merece el desprecio y la obloquio que hombres —quienes nunca insultan su persona— han apuntado con precisión a la mente femenina. Y son los sentimientos de esos hombres corteses que no desean verse estorbados por la mente los que las mujeres vanidosas adoptan irreflexivamente. Y sin embargo, deben saber que solo la razón insultada puede extender en torno a las personas esa reserva sagrada que vuelve los afectos humanos —pues los afectos humanos tienen siempre alguna aleación baja— tan permanentes como lo permite el gran fin de la existencia: el alcance de la virtud.

La baronesa de Staël habla el mismo lenguaje que la dama que acabo de citar, pero con más entusiasmo. Su elogio de Rousseau llegó accidentalmente a mis manos, y sus sentimientos, los

sentimientos de demasiadas de mi sexo, pueden servir de texto para algunos comentarios: «Aunque Rousseau», observa, «ha procurado impedir a las mujeres que se mezclen en los asuntos públicos y desempeñen un papel brillante en el teatro de la política; sin embargo, al hablar de ellas, ¡cuánto lo ha hecho a su satisfacción! Si quiso privarlas de algunos derechos ajenos a su sexo, ¡cuánto les ha devuelto para siempre todos los que les pertenecen! Y al procurar disminuir su influencia en las deliberaciones de los hombres, ¡con qué solidez ha establecido el imperio que tienen sobre su felicidad! Al ayudarlas a descender de un trono usurpado, las ha asentado firmemente en el que les destinó la naturaleza; y aunque está lleno de indignación contra ellas cuando intentan parecerse a los hombres, cuando se presentan ante él con todos los encantos, debilidades, virtudes y errores de su sexo, su respeto por sus personas raya casi en la adoración.» ¡Verdad! Pues nunca hubo un sensualista que rindiera más fervorosa adoración en el altar de la belleza. Tan devoto era, en efecto, su respeto por la persona, que, excepto la virtud de la castidad —por razones obvias—, solo deseaba verla adornada de encantos, debilidades y errores. Temía que la austeridad de la razón perturbara el suave juego del amor. El señor deseaba tener una esclava meretricia a quien mimar, enteramente dependiente de su razón y su generosidad; no deseaba una compañera a quien se viera obligado a estimar, ni una amiga a quien pudiera confiar el cuidado de la educación de sus hijos, si la muerte los privara de su padre antes de que hubiera cumplido la sagrada tarea. Niega a la mujer la razón, la aleja del conocimiento y la aparta de la verdad; y sin embargo se le concede el perdón porque «admite la pasión del amor». Se necesitaría cierta ingeniosidad para demostrar por qué las mujeres debían estar bajo semejante obligación con él por admitir así el amor, cuando está claro que lo admite solo para el esparcimiento de los hombres y para perpetuar la especie; pero habló con pasión, y ese poderoso hechizo obró sobre la sensibilidad de una joven panegirista. «¿Qué importa», prosigue esta rapsodista, «que su razón dispute a las mujeres el imperio, cuando su corazón está devotamente consagrado a ellas?» No es el imperio —sino la igualdad— lo que deben reclamar. Y sin

embargo, si solo quisieran prolongar su dominación, no deberían confiar enteramente en sus personas; pues aunque la belleza puede ganar un corazón, no puede conservarlo, ni aun en plena floración, a menos que la mente preste al menos algunas gracias.

Cuando las mujeres estén suficientemente ilustradas para descubrir su verdadero interés en un sentido amplio, estarán, estoy persuadida, muy dispuestas a renunciar a todas las prerrogativas del amor que no sean mutuas —hablando de ellas como prerrogativas duraderas—, por la tranquila satisfacción de la amistad y la tierna confianza de la estima habitual. Antes del matrimonio no adoptarán modales insolentes, ni después se someterán abyectamente; sino que, procurando actuar como criaturas racionales en ambas situaciones, no pasarán de un trono a un taburete.

Madame de Genlis ha escrito varios libros entretenidos para niños, y sus cartas sobre la educación ofrecen muchos consejos útiles de los que los padres sensatos se aprovecharán ciertamente; pero sus miras son estrechas y sus prejuicios tan irrazonables como fuertes.

Pasaré por alto su vehemente argumento en favor de la eternidad de las penas futuras, pues me avergüenza pensar que un ser humano pueda argumentar vehementemente en tal causa, y solo haré unas pocas observaciones sobre su absurdo modo de hacer que la autoridad parental suplante a la razón. Pues por todas partes inculca no solo la ciega sumisión a los padres, sino a la opinión del mundo.

Cuenta la historia de un joven comprometido por expreso deseo de su padre con una joven de fortuna. Antes de que pueda celebrarse el matrimonio, ella es privada de su fortuna y arrojada sin amparo al mundo. El padre pone en práctica las más infames maquinaciones para separar a su hijo de ella, y cuando el hijo descubre su villanía y, siguiendo los dictados del honor, se casa con la joven, no se sigue sino la desgracia porque, hete aquí, se casó sin el consentimiento de su padre. ¿Sobre qué base puede apoyarse la religión o la moral cuando la justicia es así puesta en entredicho? Del mismo modo representa a una joven distinguida dispuesta a casarse

con quien su mamá le recomendará; y que en realidad se casa con el joven de su propia elección sin sentir ninguna emoción de pasión, porque una joven bien educada no tenía tiempo para enamorarse. ¿Es posible tener mucho respeto por un sistema de educación que así insulta a la razón y a la naturaleza?

Muchas opiniones similares aparecen en sus escritos, mezcladas con sentimientos que honran a su cabeza y a su corazón. Y sin embargo hay tanta superstición mezclada con su religión, y tanta sabiduría mundana con su moral, que no dejaría a un joven leer sus obras sin poder conversar después sobre los temas y señalar las contradicciones.

Las Cartas de la señora Chapone están escritas con tanto buen sentido y modestia no afectada, y contienen tantas observaciones útiles, que solo las menciono para rendir a la digna escritora este tributo de respeto. No siempre puedo coincidir con su opinión; pero siempre la respeto.

La mera palabra respeto me trae a la memoria a la señora Macaulay. La mujer de mayores dotes, sin duda, que este país ha producido jamás. Y sin embargo se ha permitido que esta mujer muriera sin que se le rindiera suficiente respeto a su memoria.

La posteridad, sin embargo, será más justa; y recordará que Catalina Macaulay fue un ejemplo de dotes intelectuales que se supone incompatibles con la debilidad de su sexo. En su estilo de escritura, en efecto, no aparece ningún sexo, pues es como el sentido que transmite: fuerte y claro.

No llamaré suyo un entendimiento masculino, porque no admito semejante arrogante apropiación de la razón; pero sostengo que era un entendimiento sólido, y que su juicio —el fruto maduro de un pensamiento profundo— era una prueba de que una mujer puede adquirir juicio en la plena extensión de la palabra. Poseyendo más penetración que sagacidad, más entendimiento que fantasía, escribe con sobria energía y cerrado rigor argumentativo; y sin embargo la

simpatía y la benevolencia dan interés a sus sentimientos y ese calor vital a sus argumentos que obliga al lector a sopesarlos.

Cuando pensé por primera vez en escribir estas objeciones, anticipé la aprobación de la señora Macaulay con un poco de ese ardor sanguíneo que ha sido el empeño de mi vida reprimir; pero pronto escuché con el malestar estomacal de la esperanza defraudada y la quieta seriedad del pesar que ya no existía.

SECCIÓN 5.5

Al pasar revista a las diferentes obras escritas sobre la educación, las Cartas de Lord Chesterfield no pueden silenciarse. No es que me proponga analizar su sistema indigno e inmoral, ni siquiera entresacar alguna de las agudas observaciones útiles que se encuentran en su frívola correspondencia; no: solo me propongo hacer algunas reflexiones sobre la tendencia declarada de ellas: el arte de adquirir temprano un conocimiento del mundo. Arte del que me atreveré a afirmar que, como el gusano en el capullo, corroe en secreto las facultades en desarrollo y convierte en veneno los generosos jugos que deberían ascender con vigor en el joven organismo, inspirando cálidos afectos y grandes resoluciones.

Pues para todo, dice el hombre sabio, hay una razón; y ¿quién buscaría los frutos del otoño durante los meses prósperos de la primavera? Pero esto es mera declamación, y me propongo razonar con esos instructores mundanamente sabios que, en lugar de cultivar el juicio, inculcan prejuicios y endurecen el corazón que la experiencia gradual solo habría enfriado. Un temprano conocimiento de las imperfecciones humanas, o lo que se llama conocimiento del mundo, es el modo más seguro —en mi opinión— de encoger el corazón y apagar el ardor natural juvenil que produce no solo

grandes talentos sino grandes virtudes. Pues el vano intento de producir los frutos de la experiencia antes de que el arbolillo haya echado sus hojas solo agota sus fuerzas e impide que adopte una forma natural; del mismo modo que la forma y la resistencia de los metales en fusión se perjudican cuando se perturba la atracción de cohesión.

Decidme, vosotros que habéis estudiado la mente humana: ¿no es un modo extraño de fijar principios el mostrar a los jóvenes que rara vez son estables? ¿Y cómo pueden ser fortalecidos por los hábitos cuando se demuestra que son falaces mediante el ejemplo? ¿Por qué ha de apagarse el ardor de la juventud, y la exuberancia de la fantasía, cortada de raíz? Esta seca cautela puede, es verdad, preservar un carácter de los infortunios mundanos; pero impedirá infaliblemente la excelencia tanto en la virtud como en el conocimiento. El obstáculo puesto en cada camino por la desconfianza impedirá todo esfuerzo vigoroso del genio o la benevolencia, y la vida quedará despojada de su encanto más seductor mucho antes de su tranquila tarde, cuando el hombre debería retirarse a la contemplación en busca de consuelo y apoyo.

Un joven criado con amigos domésticos y llevado a enriquecer su mente con tanto conocimiento especulativo como puede adquirirse mediante la lectura y las reflexiones naturales que inspiran los juveniles arranques del instinto vital y los sentimientos instintivos, entrará en el mundo con esperanzas cálidas y erróneas. Pero esto parece ser el curso de la naturaleza; y en la moral, al igual que en las obras de gusto, debemos observar sus sagradas indicaciones y no presumir de conducir cuando debemos obedecer.

En el mundo, pocas personas actúan por principios; los sentimientos presentes y los hábitos tempranos son los grandes resortes; pero icómo se apagarían los primeros y se convertirían los segundos en grilletos de hierro corrosivo, si se mostrase a los jóvenes el mundo tal como es, cuando ni el conocimiento de los hombres ni el de sus propios corazones, obtenido lentamente por la experiencia, los hiciera indulgentes! Sus semejantes no serían

entonces vistos como seres frágiles, como ellos condenados a luchar con las imperfecciones humanas y a mostrar a veces el lado luminoso y a veces el oscuro de su carácter, arrancando alternativamente sentimientos de amor y de disgusto; sino guardados como bestias de presa hasta que todo sentimiento social amplio —en una palabra, la humanidad— quedara erradicado.

En la vida, por el contrario, a medida que descubrimos gradualmente las imperfecciones de nuestra naturaleza, descubrimos también virtudes; y diversas circunstancias nos unen a nuestros semejantes cuando nos mezclamos con ellos y contemplamos los mismos objetos, cosas que nunca se piensan al adquirir un conocimiento apresurado y antinatural del mundo. Vemos cómo una necesidad se convierte en vicio por grados casi imperceptibles, y sentimos lástima mientras censuramos; pero si el monstruo horripilante apareciera bruscamente ante nuestra vista, el miedo y el asco volviéndonos más severos de lo que el hombre debe ser, podrían llevarnos a usurpar con ciega vehemencia el carácter de la omnipotencia y a anunciar la condenación de nuestros semejantes, olvidando que no podemos leer el corazón y que tenemos semillas de los mismos vicios acechando en el nuestro.

Ya he observado que esperamos de la instrucción más de lo que la mera instrucción puede producir; pues, en lugar de preparar a los jóvenes para enfrentarse con dignidad a los males de la vida, y adquirir sabiduría y virtud mediante el ejercicio de sus propias facultades, se amontonan los preceptos sobre los preceptos y se exige la obediencia ciega cuando debería apelarse al convencimiento de la razón.

Supongamos, por ejemplo, que un joven en el primer ardor de la amistad deífica al objeto amado: ¿qué daño puede derivarse de este apasionado entusiasmo? Quizás sea necesario que la virtud aparezca primero en forma humana para impresionar los corazones juveniles; el modelo ideal al que una mente más madura y elevada dirige su mirada, y que ella misma se forja, eludiría su vista. «El que no ama

a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios?», preguntó el más sabio de los hombres.

Es natural que la juventud adorne al primer objeto de su afecto con todas las buenas cualidades, y la emulación producida por la ignorancia —o, para hablar con más propiedad, por la inexperiencia— desarrolla la mente capaz de abrigar semejante afecto; y cuando, con el paso del tiempo, se descubre que la perfección no está al alcance de los mortales, la virtud, en abstracto, es considerada bella y la sabiduría sublime. La admiración cede entonces el lugar a la amistad, llamada así con propiedad porque está cimentada en la estima; y el ser camina solo, dependiente solo del cielo para ese anhelo emulador de la perfección que arde siempre en una mente noble. Pero este conocimiento ha de adquirirlo el hombre mediante el ejercicio de sus propias facultades; y este es sin duda el bendito fruto de la esperanza defraudada. Pues Aquel que se deleita en difundir la felicidad y mostrar misericordia a las criaturas débiles que van aprendiéndole a conocer, nunca implantó una buena propensión para que fuera un atormentador fuego fatuo.

A nuestros árboles se les permite ahora extenderse con libre exuberancia, y no pretendemos combinar por la fuerza los majestuosos rasgos del tiempo con las gracias juveniles; sino que esperamos pacientemente a que hayan echado raíces profundas y desafiado muchas tormentas. ¿Ha de tratarse con menos respeto a la mente, que en proporción a su dignidad avanza más lentamente hacia la perfección? Por razonar por analogía, todo cuanto nos rodea se halla en un estado progresivo; y cuando un conocimiento no deseado de la vida produce casi una hartura de la vida, y descubrimos por el curso natural de las cosas que todo lo que se hace bajo el sol es vanidad, nos acercamos al solemne fin del drama. Los días de actividad y esperanza han pasado, y las oportunidades que ha ofrecido la primera etapa de la existencia de avanzar en la escala de la inteligencia deben pronto ser resumidas. Un conocimiento en ese período —o antes, si se obtiene por la experiencia— de la futilidad de la vida es muy útil porque es natural; pero cuando se muestra a un ser frágil las necesidades y los vicios del

hombre, para que aprenda prudentemente a guardarse de los azares comunes de la vida sacrificando su corazón, no es hablar con demasiada dureza llamarlo la sabiduría de este mundo, contrastada con el más noble fruto de la piedad y la experiencia.

Me atreveré a una paradoja y expondré mi opinión sin reserva: si los hombres hubieran nacido únicamente para trazar un círculo de vida y muerte, sería sabio dar todos los pasos que la previsión pudiera sugerir para hacer feliz la vida. La moderación en todo empeño sería entonces la sabiduría suprema, y el prudente voluptuoso podría gozar de un grado de contentamiento aunque no cultivara su entendimiento ni mantuviera puro su corazón. La prudencia —suponiendo que fuéramos mortales— sería la verdadera sabiduría; o, para ser más explícita, procuraría la mayor porción de felicidad considerando la vida en su conjunto; pero el conocimiento más allá de las comodidades de la vida sería una maldición.

¿Por qué arruinar nuestra salud con el estudio asiduo? El exquisito placer que proporcionan los empeños intelectuales difícilmente equivaldría a las horas de languidez que siguen; especialmente si es necesario tener en cuenta las dudas y decepciones que nublan nuestras investigaciones. La vanidad y la vexación cierran toda indagación; pues la causa que particularmente deseábamos descubrir huye como el horizonte ante nosotros a medida que avanzamos. Los ignorantes, por el contrario, se parecen a los niños y suponen que, de poder caminar en línea recta, llegarían al fin donde la tierra y las nubes se juntan. Y sin embargo, aunque estemos desengañados en nuestras investigaciones, la mente adquiere mediante el ejercicio la fortaleza suficiente para, quizás, comprender las respuestas que, en otra etapa de existencia, pueda recibir a las ansiosas preguntas que formuló cuando el entendimiento, con débiles alas, revoloteaba en torno a los efectos visibles para adentrarse en la causa oculta.

Las pasiones también —los vientos de la vida— serían inútiles, si no perjudiciales, si la sustancia que compone nuestro ser pensante, tras haber pensado en vano, no hiciera sino sustentar la vida vegetal

y vigorizar a una col o enrojecer en una rosa. Los apetitos cumplirían todo propósito terreno y producirían una felicidad más moderada y duradera. Pero las facultades del alma que son de poca utilidad aquí, y probablemente perturban nuestros goces animales incluso cuando la dignidad consciente nos hace gloriarnos en poseerlas, demuestran que la vida no es sino una educación, un estado de infancia, cuyas únicas esperanzas que merecen ser albergadas no deben sacrificarse. Me propongo, pues, inferir que debemos tener una idea precisa de lo que deseamos alcanzar mediante la educación, pues la inmortalidad del alma es contradicha por las acciones de muchas personas que profesan firmemente creer en ella.

Si vuestro propósito es asegurar en la tierra la comodidad y la prosperidad como primera consideración, y dejar que el futuro se provea a sí mismo, actuáis prudentemente al dar a vuestro hijo desde temprano una perspicacia de las debilidades de su naturaleza. Puede que no hagáis de él un Inkle; pero no imaginéis que se atenderá a más que a la letra de la ley quien desde muy temprano ha asimilado una opinión baja de la naturaleza humana; ni creerá necesario elevarse mucho por encima del nivel común. Puede evitar los vicios groseros porque la honestidad es la mejor política; pero nunca aspirará a adquirir grandes virtudes. El ejemplo de los escritores y los artistas ilustrará esta observación.

Debo, pues, atreverme a dudar de si lo que se ha tenido por un axioma en moral no habrá sido una afirmación dogmática de hombres que han contemplado fríamente a la humanidad a través del medio de los libros, y decir, en directa contradicción con ellos, que la regulación de las pasiones no es siempre sabiduría. Al contrario: parecería que una de las razones por las que los hombres tienen juicio superior y más fortaleza que las mujeres es, sin duda, que dan mayor libertad a las grandes pasiones y, al extraviarse con más frecuencia, ensanchan sus mentes. Si entonces, mediante el ejercicio de su propia razón, se fijan en algún principio estable, probablemente deben agradecer la fuerza de sus pasiones, fomentadas por falsas concepciones de la vida y a las que se permitió sobrepasar los límites que aseguran el contentamiento.

Pero si, en el alba de la vida, pudiésemos contemplar sobriamente los escenarios que se nos presentan como en perspectiva, y ver todo con sus verdaderos colores, ¿cómo ganarían las pasiones la suficiente fuerza para desplegar las facultades?

Permítame ahora, como desde una altura, contemplar el mundo despojado de todos sus engañosos encantos falsos. La atmósfera clara me permite ver cada objeto bajo su verdadero punto de vista, mientras mi corazón está sereno. Estoy tranquila como el paisaje en una mañana en que las brumas, disipándose lentamente, van desvelando en silencio las bellezas de la naturaleza, refrescada por el reposo.

¿Bajo qué aspecto se me aparecerá ahora el mundo? Me froto los ojos y pienso, quizás, que acabo de despertar de un sueño vivido.

Veo a los hijos e hijas de los hombres persiguiendo sombras y despilfarrando con ansiedad sus fuerzas para alimentar pasiones que no tienen objeto adecuado —si el mismo exceso de esos impulsos ciegos, mimados por ese guía mentiroso pero constantemente confiado que es la imaginación, no los preparara, al disponerlos para algún otro estado, a hacer más sabios a los mortales de corta vista sin su propia concurrencia; o, lo que viene a ser lo mismo, cuando estaban persiguiendo algún bien presente imaginario.

Después de contemplar los objetos bajo esta luz, no sería muy fantasioso imaginar que este mundo era un escenario en que cada día se representa una pantomima para el entretenimiento de seres superiores. ¡Cómo se divertirían al ver al hombre ambicioso consumiéndose a sí mismo corriendo tras un fantasma, y persiguiendo la burbuja de la fama «en la boca del cañón» que debía lanzarlo a la nada! Pues cuando se pierde la conciencia, no importa si ascendemos en un torbellino o descendemos en lluvia. Y si compasivamente vigorizaran su vista y le mostraran el espinoso camino que conduce a la eminencia, que se hunde como arena movediza a medida que asciende, frustrando sus esperanzas cuando está casi a punto de alcanzarlas, ¿no dejaría a otros el honor de divertirlos y se afanaría por asegurar el momento presente, aunque

por la constitución de su naturaleza no le fuera muy fácil atrapar la corriente fugitiva? ¡Tales esclavos somos de la esperanza y el miedo!

Pero, vana como sería la persecución del hombre ambicioso, a menudo se esfuerza por algo más sustancial que la fama; esta sería, en efecto, el más vago de los meteoros, el fuego fatuo más enloquecedor que pudiera llevar a un hombre a la ruina. ¡Renunciar a la más pequeña gratificación para ser aplaudido cuando ya no exista! ¿Para qué esta lucha, sea el hombre mortal o inmortal, si esa noble pasión no elevara realmente al ser por encima de sus semejantes?

¡Y el amor! ¡Qué escenas tan divertidas produciría! Los trucos de Pantalone han de ceder a una necedad más extraordinaria. Ver a un mortal adornando a un objeto con encantos imaginarios y luego postrarse y adorar al ídolo que él mismo ha erigido, ¡qué ridículo! Pero ¡qué graves consecuencias se siguen para robar al hombre de esa porción de felicidad que la Divinidad, al llamarle a la existencia, le ha indudablemente prometido —¿o sobre qué pueden descansar sus atributos?—; no habrían cumplido todos los propósitos de la vida mucho mejor si hubiera sentido únicamente lo que se ha llamado amor físico? ¿Y no reduciría la contemplación del objeto —no visto a través del medio de la imaginación— la pasión a un mero apetito, si la reflexión, la noble distinción del hombre, no le diera fuerza y la convirtiera en un instrumento para elevarle por encima de este polvo terrestre, enseñándole a amar al centro de toda perfección, cuya sabiduría aparece cada vez más clara en las obras de la naturaleza a medida que la razón es iluminada y exaltada por la contemplación y la adquisición de ese amor al orden que producen las luchas de la pasión?

El hábito de la reflexión y el conocimiento adquirido fomentando cualquier pasión podrían mostrarse igualmente útiles, aunque el objeto se demuestre igualmente falaz; pues todos aparecerían bajo la misma luz si no fueran magnificados por la pasión gobernante implantada en nosotros por el Autor de todo bien, para llamar y fortalecer las facultades de cada individuo y permitirle alcanzar toda

la experiencia que puede obtener un infante que hace ciertas cosas sin poder decir por qué.

Desciendo de mi altura y, mezclándome con mis semejantes, me siento arrastrada por la corriente común; la ambición, el amor, la esperanza y el miedo ejercen su poder habitual, aunque estemos convencidos por la razón de que sus promesas presentes más atractivas no son sino sueños mentirosos; pero si la mano fría de la circunspección hubiera apagado cada sentimiento generoso antes de que hubiera dejado ningún carácter permanente o fijado algún hábito, ¿qué podría esperarse sino una prudencia egoísta y una razón apenas superior al instinto? ¿Quién, habiendo leído la repugnante descripción de los yahoos hecha por el deán Swift, y la insípida de los houyhnhnms, con ojo filosófico, puede dejar de ver la futilidad de degradar las pasiones o de hacer que el hombre repose en el contentamiento?

El joven debe actuar; pues si tuviera la experiencia de una cabeza cana, estaría más apto para la muerte que para la vida, y sus virtudes, residiendo más en la cabeza que en el corazón, no podrían producir nada grande, y su entendimiento, preparado para este mundo, no demostraría mediante sus nobles vuelos que tenía título para uno mejor.

Además, no es posible dar a un joven una visión justa de la vida; ha de haber luchado con sus propias pasiones antes de poder estimar la fuerza de la tentación que llevó a su hermano al vicio. Los que están entrando en la vida y los que están saliendo de ella ven el mundo desde puntos de vista tan distintos que rara vez pueden pensar de la misma manera, a menos que la razón sin vuelo del primero nunca haya intentado un vuelo solitario.

Cuando escuchamos noticias de algún crimen audaz, nos afecta de lleno con la más profunda tintura de la iniquidad y nos suscita indignación; pero el ojo que fue viendo cómo se espesaba la oscuridad gradualmente debe observarlo con más compasiva indulgencia. El mundo no puede ser contemplado por un espectador impasible; hemos de mezclarnos en la multitud y sentir como sienten

los hombres antes de poder juzgar sus sentimientos. Si nos proponemos, en suma, vivir en el mundo para hacernos más sabios y mejores, y no simplemente gozar de los bienes de la vida, debemos adquirir el conocimiento de los demás al mismo tiempo que nos familiarizamos con nosotros mismos; el conocimiento adquirido de otro modo solo endurece el corazón y embrollan el entendimiento.

Puede decirseme que el conocimiento así adquirido se compra a veces demasiado caro. Solo puedo responder que dudo mucho de que algún conocimiento pueda adquirirse sin labor y dolor; y quienes desean ahorrar a sus hijos ambas cosas no deben quejarse si no son ni sabios ni virtuosos. Su único propósito era hacerlos prudentes; y la prudencia en edad temprana no es sino la cauta astucia del egoísmo ignorante.

He observado que los jóvenes a cuya educación se ha prestado particular atención han sido en general muy superficiales y presumidos, y lejos de ser agradables en ningún sentido, porque no tenían ni el calor desprevenido de la juventud ni la fría profundidad de la edad. No puedo dejar de atribuir principalmente esta apariencia antinatural a esa instrucción apresurada y prematura que los lleva a repetir presuntuosamente todas las ideas crudas que han aceptado a crédito, de modo que la esmerada educación que recibieron los hace esclavos de los prejuicios durante toda la vida.

El esfuerzo mental, así como el físico, es al principio penoso; tanto que la mayoría quisiera que otros trabajaran y pensaran por ellos. Una observación que he hecho con frecuencia ilustrará lo que quiero decir. Cuando en un círculo de extraños o conocidos una persona de capacidades moderadas afirma una opinión con vehemencia, me atrevo a afirmar —pues he rastreado este hecho con mucha frecuencia— que se trata de un prejuicio. Estos ecos tienen gran respeto por el entendimiento de algún pariente o amigo, y sin comprender plenamente las opiniones que se apresuran tanto a difundir, las defienden con un grado de obstinación que sorprendería incluso a la persona que las elaboró.

Sé que ahora está de moda respetar los prejuicios; y cuando alguien se atreve a afrontarlos, aunque movido por la humanidad y armado de la razón, se le pregunta desdeñosamente si sus antepasados eran necios. No, respondería yo; las opiniones, al principio, de toda clase fueron, probablemente, consideradas y fundadas por tanto en alguna razón; sin embargo, con bastante frecuencia, naturalmente, era un expediente local antes que un principio fundamental que fuera razonable en todo tiempo. Pero las opiniones cubiertas de musgo adoptan la desproporcionada forma de prejuicios cuando son adoptadas indolentemente solo porque la edad les ha dado un venerable aspecto, aunque la razón sobre la que se edificaron haya dejado de ser razón o no pueda rastrearse. ¿Por qué amar los prejuicios simplemente porque son prejuicios? Un prejuicio es una persuasión obstinada y apasionada de la que no podemos dar razón; pues en el momento en que puede darse una razón de una opinión, deja de ser un prejuicio, aunque pueda ser un error de juicio; ¿y se nos aconseja entonces cultivar opiniones únicamente para poner en jaque a la razón? Este modo de argumentar —si puede llamarse argumentar— me recuerda lo que vulgarmente se llama razón de mujer. Pues las mujeres declaran a veces que aman o creen ciertas cosas porque las aman o creen.

Es imposible conversar a ningún propósito con personas que, de este modo, solo usan afirmaciones y negaciones. Antes de poder reducirlas a un punto, a un punto de partida justo, hay que retroceder hasta los principios simples que precedían a los prejuicios lanzados por el poder; y lo más probable es que os detenga la afirmación filosófica de que ciertos principios son tan prácticamente falsos como abstractamente verdaderos. Más aún, puede inferirse que la razón ha susurrado algunas dudas, pues generalmente ocurre que las personas afirman sus opiniones con mayor vehemencia cuando empiezan a vacilar; esforzándose por disipar sus propias dudas convenciendo a su oponente, se irritan cuando esas dudas roedoras les son devueltas para que las padezcan ellas mismas.

El hecho es que los hombres esperan de la educación lo que la educación no puede dar. Un padre o tutor sagaz puede fortalecer el

cuerpo y aguzar los instrumentos con que el niño ha de adquirir conocimiento; pero la miel ha de ser la recompensa de la propia industria del individuo. Es casi tan absurdo intentar hacer sabio a un joven mediante la experiencia de otro como esperar que el cuerpo se fortalezca con el ejercicio que solo se habla de hacer o que se contempla.

Muchos de esos niños cuya conducta ha sido más estrechamente vigilada se convierten en los hombres más débiles, porque sus instructores solo les inculcan ciertas nociones en la mente que no tienen más fundamento que su autoridad; y si son amados o respetados, la mente queda coartada en sus esfuerzos y vacilante en sus avances. La tarea de la educación en este caso es únicamente conducir los zarcillos crecientes hacia una estaca adecuada; y sin embargo, después de amontonar precepto sobre precepto sin permitir que el niño adquiera juicio por sí mismo, los padres esperan que actúen de la misma manera por esta luz prestada y falaz, como si la hubieran iluminado ellos mismos; y que sean, al entrar en la vida, lo que sus padres son al final de ella. No consideran que el árbol, y aun el cuerpo humano, no fortalece sus fibras hasta que no ha alcanzado su pleno crecimiento.

Parece haber algo análogo en la mente. Los sentidos y la imaginación dan forma al carácter durante la infancia y la juventud; y el entendimiento, a medida que avanza la vida, da firmeza a los primeros y bellos propósitos de la sensibilidad, hasta que la virtud, surgiendo más de la clara convicción de la razón que del impulso del corazón, la moral queda asentada sobre una roca contra la que las tormentas de la pasión golpean en vano.

Espero no ser malentendida cuando digo que la religión no tendrá esta energía condensadora a menos que esté fundada en la razón. Si es solo el refugio de la debilidad o el fanatismo salvaje, y no un principio rector de la conducta, extraído del autoconocimiento y de una opinión racional sobre los atributos de Dios, ¿qué puede esperarse que produzca? La religión que consiste en calentar los afectos y exaltar la imaginación es solo su parte poética, y puede

proporcionar al individuo placer sin convertirlo en un ser más moral. Puede ser un sustituto de los empeños mundanos; y sin embargo estrecha en lugar de ensanchar el corazón; pero la virtud debe amarse como sublime y excelente en sí misma, y no por las ventajas que procura o los males que evita, si se espera alcanzar algún grado considerable de excelencia. Los hombres no se volverán morales cuando solo levanten castillos en el aire en un mundo futuro para compensar los desengaños que encuentran en este; si apartan sus pensamientos de los deberes relativos hacia los arrebatos religiosos.

La mayor parte de los proyectos de vida quedan echados a perder por la torpe sabiduría mundana de hombres que, olvidando que no pueden servir a Dios y a Mamón, se esfuerzan por mezclar cosas contradictorias. Si deseáis hacer rico a vuestro hijo, seguid un camino; si solo os afanáis en hacerle virtuoso, debéis tomar otro; pero no imaginéis que podéis brincar de un camino al otro sin perder el rumbo.

VI

EL EFECTO QUE TIENE SOBRE EL CARÁCTER LA ASOCIACIÓN TEMPRANA DE IDEAS.

Educadas al modo enervante recomendado por los escritores a quienes he estado examinando, y sin tener ninguna oportunidad — dado su estado subordinado en la sociedad— de recuperar el terreno perdido, ¿es de extrañar que las mujeres aparezcan en todas partes como un defecto en la naturaleza? ¿Es de extrañar, cuando consideramos qué efecto tan determinante ejerce una temprana asociación de ideas sobre el carácter, que descuiden su entendimiento y vuelquen toda su atención en su persona?

Las grandes ventajas que naturalmente resultan de enriquecer la mente con conocimiento son evidentes a partir de las siguientes consideraciones. La asociación de nuestras ideas es habitual o instantánea; y este último modo parece depender más bien del temperamento original de la mente que de la voluntad. Cuando las ideas y los hechos han sido asimilados, quedan en reserva para su uso, hasta que alguna circunstancia fortuita hace que la información irrumpa en la mente con fuerza ilustrativa, a pesar de haberse

recibido en períodos muy diferentes de nuestra vida. Como el relámpago son muchos recuerdos; una idea asimilando y explicando a otra con asombrosa rapidez. No aludo ahora a esa percepción rápida de la verdad que es tan intuitiva que desafía toda investigación y nos deja sin saber si es reminiscencia o raciocinio, perdido de vista en su celeridad, lo que abre la nube oscura. Sobre esas asociaciones instantáneas tenemos poco poder; pues cuando la mente ha sido una vez ensanchada por vuelos excursivos o reflexión profunda, los materiales en bruto se ordenarán, en cierta medida, por sí solos. El entendimiento, es verdad, puede impedirnos salir del dibujo cuando agrupamos nuestros pensamientos o transcribimos de la imaginación los cálidos esbozos de la fantasía; pero los instintos vitales y el carácter individual son los que dan el colorido. Sobre ese sutil fluido eléctrico, ¡qué poco poder poseemos, y qué poco puede la razón alcanzar sobre él!⁵ Esos finos e indómitos espíritus parecen ser la esencia del genio; y brillando en su ojo de águila, producen en el grado más eminente la feliz energía de asociar pensamientos que sorprenden, deleitan e instruyen. Estas son las mentes ardientes que condensan imágenes para sus semejantes, obligándolos a contemplar con interés los objetos reflejados por la imaginación apasionada que pasaron por alto en la naturaleza.

Debo explicarme. La generalidad de las personas no puede ver ni sentir poéticamente; carecen de fantasía y, por tanto, huyen de la soledad en busca de objetos sensibles; pero cuando un autor les presta sus ojos, pueden ver como él vio, y deleitarse con imágenes que no habrían sabido seleccionar, aunque estuvieran ante ellas.

La educación, pues, no hace más que suministrar al hombre de genio el conocimiento que da variedad y contraste a sus asociaciones; pero existe una asociación habitual de ideas que crece «con nuestro crecimiento» y que ejerce un gran efecto sobre el carácter moral de la humanidad, dando a la mente un giro que por lo común permanece durante toda la vida. Tan dúctil es el entendimiento, y sin embargo tan tenaz, que las asociaciones que dependen de circunstancias adventicias durante el período en que el cuerpo alcanza la madurez raramente pueden ser desenredadas por

la razón. Una idea llama a otra, su vieja asociada, y la memoria, fiel a las primeras impresiones —particularmente cuando las facultades intelectuales no están empleadas para enfriar nuestras sensaciones —, las reaviva con mecánica exactitud.

Esta esclavitud habitual a las primeras impresiones tiene un efecto más funesto sobre el carácter femenino que sobre el masculino, porque el trabajo y otras ocupaciones áridas del entendimiento tienden a adormecer los sentimientos y a romper las asociaciones que hacen violencia a la razón. Pero las mujeres, que son convertidas en mujeres cuando aún son simples niñas y devueltas a la infancia cuando ya deberían haber abandonado para siempre el andador, no tienen suficiente fortaleza de espíritu para borrar las sobreposiciones del artificio que han sofocado a la naturaleza.

Todo cuanto ven u oyen sirve para fijar impresiones, despertar emociones y asociar ideas que dan un carácter sexual a la mente. Las falsas nociones de belleza y delicadeza detienen el crecimiento de sus miembros y producen una blandura enfermiza antes que delicadeza de órganos; y así, debilitadas por estar empleadas en desplegar en lugar de examinar las primeras asociaciones que cada objeto circundante les impone, ¿cómo pueden alcanzar el vigor necesario para desprenderse de su carácter artificioso? ¿Dónde encontrar la fortaleza para recurrir a la razón y elevarse por encima de un sistema de opresión que marchita las bellas promesas de la primavera? Esta cruel asociación de ideas, que todo conspira en enroscar en todos sus hábitos de pensar —o, para hablar con más precisión, de sentir—, recibe nueva fuerza cuando empiezan a actuar un poco por sí mismas; pues comprenden entonces que solo mediante su habilidad para excitar emociones en los hombres pueden obtener placer y poder. Además, todos los libros escritos expresamente para su instrucción, que forjan la primera impresión en sus mentes, inculcan todas las mismas opiniones. Educadas en una servidumbre peor que la egipcia, es injusto, además de cruel, reprocharles defectos que apenas pueden evitarse a menos que se suponga un grado de vigor innato que no toca en suerte más que a muy pocos entre la humanidad.

Por ejemplo, los sarcasmos más severos han sido lanzados contra el sexo, y han sido ridiculizadas por repetir «un conjunto de frases aprendidas de memoria», cuando nada podría ser más natural considerando la educación que reciben, y que «su alabanza más alta es obedecer sin réplica» la voluntad del hombre. Si no se les permite tener razón suficiente para gobernar su propia conducta, todo lo que aprenden ha de ser aprendido de memoria! Y cuando todo su ingenio se pone en juego para disponer su atavío, «la pasión por el casacón escarlata» es tan natural que nunca me ha sorprendido; y, admitiendo que el resumen que Pope hace de su carácter sea justo —«que toda mujer es en el fondo una libertina»—, ¿por qué han de ser amargamente censuradas por buscar un espíritu afín y preferir a un libertino antes que a un hombre sensato?

Los libertinos saben cómo trabajar sobre su sensibilidad, mientras que el mérito modesto de los hombres razonables tiene, por supuesto, menos efecto sobre sus sentimientos; y estos no pueden llegar al corazón por el camino del entendimiento, porque tienen pocos sentimientos en común.

Parece algo absurdo esperar que las mujeres sean más razonables que los hombres en sus gustos y negarles al mismo tiempo el uso libre de la razón. ¿Cuándo se enamoran los hombres del buen sentido? ¿Cuándo, con sus superiores facultades y ventajas, pasan de la persona a la mente? ¿Y cómo pueden entonces esperar que las mujeres, educadas únicamente a observar el comportamiento y a adquirir modales antes que moral, desprecien lo que toda su vida se han afanado en alcanzar? ¿Dónde han de encontrar de repente el juicio suficiente para sopesar con paciencia el buen sentido de un hombre virtuoso pero torpe, cuando sus modales —de los que han sido hechas juezas exigentes— resultan disuasorios, y su conversación es fría y tediosa porque no consiste en ingeniosas réplicas ni en cumplidos bien torneados? Para admirar o estimar algo de manera duradera, debemos al menos tener nuestra curiosidad despertada conociendo, en cierta medida, lo que admiramos; pues somos incapaces de estimar el valor de cualidades y virtudes que están por encima de nuestra comprensión. Semejante respeto,

cuando se siente, puede ser muy sublime; y la oscura conciencia de humildad puede hacer del ser dependiente un objeto interesante, desde ciertos puntos de vista; pero el amor humano ha de tener ingredientes más groseros; y la persona muy naturalmente entrará en él —y una buena parte le toca, en su mayoría!

El amor es, en gran medida, una pasión arbitraria y reinará, como otras travesuras acechantes, por su propia autoridad, sin dignarse a razonar; y fácilmente puede también distinguirse de la estima —el fundamento de la amistad—, porque a menudo es despertado por bellezas y gracias evanescentes; aunque para dar energía al sentimiento, algo más sólido debe profundizar su impresión y poner en marcha la imaginación para hacer de lo más bello lo primero bueno.

Las pasiones comunes son excitadas por cualidades comunes. Los hombres buscan la belleza y la sonrisa de una dócil afabilidad; las mujeres quedan cautivadas por los modales fáciles: un hombre de buenas maneras rara vez deja de agradarles, y sus ávidos oídos beben con ansia las insustanciales naderías de la cortesía, mientras se apartan de los sonidos ininteligibles del encantador —la razón— por mucho que encante sabiamente. En cuanto a los adornos superficiales, el libertino lleva sin duda la ventaja; y de estos, las mujeres pueden formar una opinión, pues es su propio terreno. Vueltas alegres y aturcidas por el tenor entero de sus vidas, el propio aspecto de la sabiduría, o las gracias austeras de la virtud, deben tener para ellas un semblante lúgubre; y producir una especie de cohibición de la que ellas y el amor, niño travieso, se rebelan naturalmente. Sin gusto —excepto del más liviano, pues el gusto es hijo del juicio—, ¿cómo pueden descubrir que la belleza y la gracia verdaderas han de surgir del juego de la mente? ¿Y cómo puede esperarse que aprecien en un amante lo que ellas mismas no poseen, o poseen muy imperfectamente? La simpatía que une los corazones e invita a la confianza es en ellas tan débil que no puede encenderse ni elevarse así hasta la pasión. No; lo repito: ¡el amor que abrigan tales mentes ha de tener combustible más grosero!

La inferencia es obvia: mientras no se lleve a las mujeres a ejercitar su entendimiento, no deben ser satirizadas por su apego a los libertinos; ni siquiera por ser libertinas en el fondo, cuando ello aparece como la consecuencia inevitable de su educación. ¡Las que viven para agradar deben encontrar sus satisfacciones, su felicidad, en el placer! Es una observación trillada, aunque verdadera, que nunca hacemos bien nada a menos que lo amemos por sí mismo.

Suponiendo, sin embargo, por un momento, que en alguna futura revolución del tiempo las mujeres llegaran a ser lo que sinceramente deseo que sean, incluso el amor adquiriría una dignidad más seria y se purificaría en sus propios fuegos; y la virtud, dando verdadera delicadeza a sus afectos, les haría volverse con disgusto del libertino. Razonando entonces, además de sintiendo —la única esfera de la mujer por ahora—, podrían fácilmente guardarse de las gracias exteriores, y aprender pronto a despreciar la sensibilidad que había sido excitada y trillada en los caminos de las mujeres cuyo oficio era el vicio, y los modales lascivos de la seducción. Recordarían que la llama —hay que usar expresiones apropiadas— que deseaban encender había sido consumida por la lujuria, y que el apetito saciado, perdido todo sabor por los placeres puros y simples, solo podía ser despertado por los licenciosos artificios de la variedad. ¿Qué satisfacción podría prometerse una mujer de delicadeza en una unión con semejante hombre, cuando la misma espontaneidad de su afecto podría parecer insípida? Así describe Dryden la situación:

«Donde el amor es deber en el lado femenino, en el de ellos puro gusto sensual, buscado con hosco orgullo.»

Pero hay una gran verdad que las mujeres tienen aún que aprender, aunque les importa mucho actuar conforme a ella. Al elegir marido no deben dejarse extraviar por las cualidades de un amante —pues el marido, aunque se suponga que es sabio y virtuoso, no puede seguir siendo amante durante mucho tiempo.

Si las mujeres estuvieran más racionalmente educadas, si pudieran tener una visión más comprensiva de las cosas, se contentarían con amar una sola vez en la vida; y después del

matrimonio dejarían tranquilamente que la pasión se transformara en amistad —en esa ternura íntima que es el mejor refugio de las cuitas; que, sin embargo, se asienta sobre afectos tan puros y serenos que los celos ociosos no perturbarían el cumplimiento de los sobrios deberes de la vida, ni absorberían los pensamientos que debieran emplearse de otro modo. Este es un estado en que viven muchos hombres; pero muy pocas —poquísimas— mujeres. Y la diferencia puede explicarse fácilmente sin recurrir a un carácter sexual. Los hombres —para cuyo beneficio, según se nos dice, fueron hechas las mujeres— han ocupado demasiado los pensamientos de estas; y esta asociación ha entretejido tanto el amor con todos sus motivos de acción que, habiendo estado empleadas exclusivamente en prepararse para excitar el amor o en poner en práctica sus lecciones —y por volver a tañer una cuerda vieja—, no pueden vivir sin amor. Pero cuando un sentido del deber o el temor a la vergüenza las obliga a refrenar este mimo deseo de agradar más allá de ciertos límites —demasiado lejos para la delicadeza, aunque lejos de la culpa—, se obstinan en amar —hablo de su pasión— a sus maridos hasta el último capítulo; y entonces, desempeñando el papel que necedamente exigieron de sus amantes, se convierten en adoradoras abyectas y esclavas apegadas.

Los hombres de ingenio y fantasía son con frecuencia libertinos; y la fantasía es el alimento del amor. Tales hombres inspirarán pasión. La mitad del sexo, en su actual estado infantil, suspiraría por un Lovelace: un hombre tan ingenioso, tan elegante y tan valeroso; ¿y merecen ser culpadas por actuar conforme a principios tan constantemente inculcados? Desean un amante y un protector: y ahí está, de rodillas ante ellas, el valor postrado ante la belleza! Las virtudes del marido quedan así relegadas al fondo por el amor, y las alborozadas esperanzas o las vivas emociones destierran la reflexión hasta que llega el día de ajustar cuentas; y llegará con certeza, para convertir al galán vivo en un tirano hosco y suspicaz que insulta con desprecio la misma debilidad que fomentó. O bien, suponiendo que el libertino se haya reformado, no puede desprenderse fácilmente de los viejos hábitos. Cuando un hombre de dotes es arrastrado por

primera vez por sus pasiones, es necesario que el sentimiento y el buen gusto barnizen las enormidades del vicio y den picante a las bestiales indulgencias; pero cuando el brillo de la novedad se ha gastado y el placer embota los sentidos, la lascivia se descara, y el goce no es sino el desesperado esfuerzo de una debilidad que huye de la reflexión como de una legión de demonios. ¡Oh virtud! ¡No eres un nombre vacío! ¡Todo lo que la vida puede dar lo das tú!

Si no puede esperarse mucho consuelo de la amistad de un libertino reformado de superior talento, ¿cuál es la consecuencia cuando le falta el buen sentido además de los principios? En verdad, la miseria en su forma más horrible. Cuando los hábitos de las personas débiles están consolidados por el tiempo, la reforma es apenas posible; y en realidad hace desgraciados a los seres que no tienen suficiente espíritu para entretenerse con placeres inocentes; como el comerciante que se retira del ajetreo de los negocios, la naturaleza no les presenta sino un vacío universal; y los pensamientos inquietos se ceban en el ánimo abatido. Su reforma, al igual que el retiro de aquel, los hace positivamente desdichados, pues los priva de toda ocupación al apagar las esperanzas y los temores que ponían en movimiento sus mentes perezosas.

Si tal es la fuerza del hábito; si tal es la servidumbre de la necesidad, ¡con qué cuidado debemos preservar la mente de acumular asociaciones viciosas! E igualmente cuidadosos debemos ser en cultivar el entendimiento, para salvar a ese pobre ser del estado débil y dependiente de incluso la ignorancia inocente. Pues es solo el uso recto de la razón lo que nos hace independientes de todo —excepto de la Razón sin nubes— «cuyo servicio es libertad perfecta».

VII

LA MODESTIA, CONSIDERADA EN SENTIDO AMPLIO Y NO COMO VIRTUD SEXUAL.

¡Modestia! ¡Sagrada descendiente de la sensibilidad y la razón!
¡Verdadera delicadeza de la mente! ¿Me será permitido, sin tacha,
investigar tu naturaleza y rastrear hasta su escondrijo el suave
encanto que, suavizando cada rasgo áspero del carácter, convierte
en amable lo que de otro modo solo inspiraría fría admiración? Tú
que alízas las arrugas de la sabiduría y suavizas el tono de las
virtudes más sublimes hasta que todas se funden en humanidad; tú
que extiendes el etéreo velo que, envolviendo el amor, realza cada
belleza que a medias ensombrece, respirando esas esquivas dulzuras
que se roban al corazón y hechizan los sentidos: ¡modula para mí el
lenguaje de la razón persuasiva hasta que despierte a mi sexo del
florido lecho en que supinamente duerme la vida!

Al hablar de la asociación de nuestras ideas, he señalado dos
modos distintos; y al definir la modestia, me parece igualmente
conveniente distinguir esa pureza de la mente que es el efecto de la
castidad de una sencillez de carácter que nos lleva a formarnos una

justa opinión de nosotros mismos, igualmente distante de la vanidad y la presunción, aunque de ningún modo incompatible con una elevada conciencia de nuestra propia dignidad. La modestia, en este último sentido del término, es esa sobriedad de espíritu que enseña a un hombre a no pensar de sí mismo más altamente de lo que debe pensar, y debe distinguirse de la humildad, pues la humildad es una especie de autoabatimiento.

Un hombre modesto concibe a menudo un gran plan y se adhiere tenazmente a él, consciente de su propia fortaleza, hasta que el éxito le da la sanción que determina su carácter. Milton no era arrogante cuando dejó escapar una sugerencia de su juicio que resultó ser profética; ni lo era el general Washington cuando aceptó el mando de las fuerzas americanas. A este último siempre se le ha caracterizado como un hombre modesto; pero de haber sido meramente humilde, habría probablemente retrocedido indeciso, temeroso de confiar a sí mismo la dirección de una empresa de la que tanto dependía.

Un hombre modesto es firme, uno humilde es tímido, y uno vanidoso es presuntuoso; tal es el juicio al que la observación de muchos caracteres me ha llevado. Jesucristo era modesto, Moisés era humilde, y Pedro vanidoso.

Distinguiendo así la modestia de la humildad en un caso, no pretendo confundirla con la timidez en el otro. La timidez, en realidad, está tan lejos de la modestia que la muchacha más tímida o el palurdo más cortado suele convertirse a menudo en el más descarado; pues su timidez, siendo meramente la timidez instintiva de la ignorancia, pronto se transforma en audacia con el hábito.

El desvergonzado comportamiento de las prostitutas que infestan las calles de Londres, suscitando alternativamente emociones de lástima y disgusto, puede servir para ilustrar esta observación. Pisotean el pudor virginal con una especie de bravata y, gloriándose de su vergüenza, se vuelven más audazmente lascivas que los hombres —por muy depravados que sean—, a quienes esa cualidad sexual no ha sido graciosamente concedida, según parece nunca

llegan a ser. Pero estas pobres e ignorantes desgraciadas nunca tuvieron ninguna modestia que perder cuando se consagraron a la infamia; pues la modestia es una virtud, no una cualidad. No: eran solo tímidas e inocentes cobrizas; y al perder su inocencia, se les arrancó bruscamente su timidez; una virtud habría dejado alguna huella en la mente, de haber sido sacrificada a la pasión, para hacernos respetar la noble ruina.

La pureza de la mente, o esa genuina delicadeza que es el único apoyo virtuoso de la castidad, está muy emparentada con ese refinamiento de la humanidad que no reside sino en las mentes cultivadas. Es algo más noble que la inocencia; es la delicadeza de la reflexión, y no la esquividad de la ignorancia. La reserva de la razón, que como la limpieza habitual rara vez se ve en alto grado a menos que el alma sea activa, puede fácilmente distinguirse de la timidez rústica o de la coquetería petulante⁶; y lejos de ser incompatible con el conocimiento, es su fruto más bello. ¡Qué grosera idea de la modestia tenía el autor de la siguiente observación! «La dama que preguntó si las mujeres pueden ser instruidas en el moderno sistema de la botánica sin menoscabo de la delicadeza femenina, fue acusada de ridícula mojigatería; sin embargo, si me hubiera planteado la pregunta, yo le habría respondido sin duda que no.» ¡Así ha de cerrarse con sello eterno el bello libro del conocimiento! Al leer pasajes semejantes he alzado reverencialmente ojos y corazón a Aquel que vive eternamente y he dicho: Oh Padre mío, ¿has prohibido por la misma constitución de su naturaleza a tu hija buscarte en las bellas formas de la verdad? ¿Y puede mancharse su alma por el conocimiento que la llama con temor reverencial hacia Ti?

He seguido luego filosóficamente estas reflexiones hasta inferir que las mujeres que más han cultivado su razón deben tener la mayor modestia —aunque una digna serenidad de porte haya sucedido a la juguetona y hechicera timidez de la juventud.⁷

Y he razonado así. Para que la castidad sea la virtud de la que la modestia genuina fluya naturalmente, la atención debe apartarse de

las ocupaciones que solo ejercitan la sensibilidad; y el corazón ha de latir al compás de la humanidad en lugar de palpitar de amor. La mujer que ha dedicado una considerable parte de su tiempo a empeños puramente intelectuales, y cuyos afectos han sido ejercitados por planes humanitarios de utilidad, poseerá necesariamente mayor pureza de mente —como consecuencia natural— que los seres ignorantes cuyo tiempo y pensamientos han estado ocupados por alegres placeres o por proyectos de conquistar corazones. La regulación del comportamiento no es modestia, aunque a las mujeres que estudian las reglas del decoro se las llame en general mujeres modestas. Limpiad el corazón, dejad que se expanda y sienta por todo lo humano en lugar de estrecharlas por las pasiones egoístas; y dejad que la mente contemple frecuentemente temas que ejerciten el entendimiento sin caldear la imaginación, y la modestia espontánea dará los últimos toques al cuadro.

La que puede discernir el alba de la inmortalidad en los trazos que atraviesan la neblinosa noche de la ignorancia prometiendo un día más claro, respetará, como un templo sagrado, el cuerpo que encierra un alma tan perfectible. El amor verdadero también extiende esta especie de misteriosa santidad en torno al objeto amado, haciendo al amante más modesto en su presencia. Tan reservado es el afecto que, al recibir o devolver muestras de ternura personal, desea no solo huir del ojo humano como de una especie de profanación, sino difundir una nube envolvente y oscura que excluya incluso los insolentes rayos del sol chispeante. Y sin embargo, no merece el epíteto de casto el afecto que no recibe un sublime crepúsculo de melancólica ternura, que permite a la mente detenerse un momento y gozar de la satisfacción presente cuando se siente la presencia de lo Divino —pues esto ha de ser siempre el alimento de la alegría.

Como siempre me ha gustado rastrear en la naturaleza el origen de cualquier costumbre predominante, he pensado con frecuencia que fue un sentimiento de afecto por todo lo que había tocado la persona de un amigo ausente o perdido lo que dio origen a ese

respeto por las reliquias, tan abusado por sacerdotes egoístas. La devoción o el amor pueden santificar las vestiduras tanto como la persona; pues el amante habrá de tener muy poca fantasía si no siente una especie de veneración sagrada por el guante o la zapatilla de su amada. No podría confundirlos con las vulgares cosas de su misma especie.

Este fino sentimiento quizás no resistiría el análisis del filósofo experimental —¡pero de tal materia está hecha la felicidad humana! Un fantasma sombrío se desliza ante nosotros, oscureciendo todo otro objeto; pero cuando la suave nube es asida, la forma se disuelve en el aire común, dejando un vacío solitario, o un dulce perfume robado a la violeta, que la memoria retiene durante largo tiempo. Pero me he deslizado inadvertidamente a terreno de hadas, sintiendo robarme la balsámica brisa de la primavera, aunque noviembre frerce el ceño.

Como sexo, las mujeres son más castas que los hombres, y como la modestia es el efecto de la castidad, puede merecerles que se les atribuya esta virtud en un sentido algo apropiado; pero debo permitirme añadir un vacilante sí: pues dudo de que la castidad produzca modestia —aunque pueda producir propiedad de conducta — cuando es simplemente respeto por la opinión del mundo y cuando la coquetería y los amores lánguidos de los novelistas ocupan los pensamientos. Más aún: por experiencia y razón, me inclinaría a esperar encontrar más modestia entre los hombres que entre las mujeres, sencillamente porque los hombres ejercitan su entendimiento más que las mujeres.

Pero, respecto a la propiedad del comportamiento —exceptuando una clase de mujeres—, las mujeres llevan evidentemente la ventaja. ¿Qué puede ser más repugnante que esa desfachatada hojarasca de galantería, tenida por tan varonil, que hace que muchos hombres miren con insolencia a toda mujer que se les cruza? ¿Es esto respeto al sexo? Este comportamiento desenvuelto muestra una depravación tan habitual, tal debilidad de espíritu, que es vano esperar mucha virtud pública o privada hasta que tanto

hombres como mujeres sean más modestos; hasta que los hombres, refrenando una ternura sensual por el sexo, o una afectación de seguridad varonil —más propiamente llamada descaro—, se traten mutuamente con respeto, a menos que el apetito o la pasión dé el tono, peculiar a él, a su comportamiento. Me refiero incluso al respeto personal —el modesto respeto de la humanidad y del prójimo—; no a la libidinosa burla de la galantería, ni a la insolente condescendencia del protectorado.

Para llevar la observación aún más lejos, la modestia debe repudiar enérgicamente y negarse a convivir con esa depravación de espíritu que lleva a un hombre a introducir fríamente, sin pudor, alusiones indecentes o chanzas obscenas en presencia de un semejante; las mujeres están ya fuera de cuestión, pues entonces es brutalidad. El respeto al hombre, en cuanto hombre, es el fundamento de todo sentimiento noble. ¡Cuánto más modesto es el libertino que obedece al llamado del apetito o de la fantasía que el soez bromista que hace reír a la mesa a carcajadas!

Este es uno de los muchos casos en que la distinción sexual respecto a la modestia ha resultado fatal para la virtud y la felicidad. Se lleva, sin embargo, todavía más lejos; y la mujer —idébil mujer! —, hecha por su educación esclava de la sensibilidad, es requerida, en las ocasiones más difíciles, a resistir esa sensibilidad. «¿Puede haber algo», dice Knox, «más absurdo que mantener a las mujeres en un estado de ignorancia y, sin embargo, insistir tan vehementemente en que resistan la tentación?» Así, cuando la virtud o el honor hacen conveniente refrenar una pasión, la carga recae sobre los hombros más débiles, contra la razón y la verdadera modestia, la cual, al menos, debería hacer la abnegación mutua, por no decir nada de la generosidad del valor, que se supone una virtud varonil.

En el mismo sentido van el consejo de Rousseau y el del doctor Gregory respecto a la modestia, extrañamente mal llamada: pues ambos desean que una esposa deje en duda si fue la sensibilidad o la debilidad lo que la condujo a los brazos de su marido. La mujer es

immodesta si puede dejar que la sombra de semejante duda permanezca ni un instante en la mente de su marido.

Pero si se considera el asunto bajo una luz diferente. La falta de modestia que principalmente deploro como subversiva de la moral surge del estado de guerra tan vehementemente mantenido por hombres voluptuosos como la esencia misma de la modestia — cuando en realidad es su ruina—, porque es un refinamiento del deseo sensual en que caen hombres que no tienen virtud suficiente para saborear los placeres inocentes del amor. Un hombre de delicadeza lleva sus nociones de modestia más lejos todavía, pues ni la debilidad ni la sensibilidad le satisfacen: busca afecto.

Además: los hombres se jactan de sus triunfos sobre las mujeres. ¿De qué se jactan en realidad? De que la criatura de sensibilidad fue sorprendida por su propia sensibilidad y conducida a la necedad —al vicio; y el espantoso ajuste de cuentas recae con peso sobre su propia débil cabeza cuando la razón despierta. ¿Pues dónde has de encontrar consuelo, desolada y sin amparo? ¡Aquel que debería haber dirigido tu razón y sostenido tu debilidad, te ha traicionado! En un sueño de pasión consentiste en vagar por floridos prados, y, pisando sin advertirlo el precipicio al que tu guía, en lugar de protegerte, te atrajo, despiertas del sueño solo para enfrentarte a un mundo que sonrío con sarcasmo y frunce el ceño, y para encontrarte sola en un páramo, pues el que triunfó de tu debilidad persigue ahora nuevas conquistas; ¡pero para ti no hay redención en este lado de la tumba! ¿Y qué recurso tienes en una mente enervada para sostener un corazón que se hunde?

Pero si los sexos han de vivir realmente en estado de guerra, si la naturaleza lo ha indicado así, que los hombres actúen noblemente, o que el orgullo les susurre que la victoria es mezquina cuando no vencen más que a la sensibilidad. La verdadera conquista es la del afecto no tomado por sorpresa —cuando, como Eloísa, una mujer renuncia deliberadamente a todo el mundo por amor. No considero ahora la sabiduría o la virtud de semejante sacrificio; solo sostengo que fue un sacrificio al afecto y no meramente a la sensibilidad,

aunque ella tuvo su parte. Y debo permitirme llamarla mujer modesta antes de pasar a otra cosa, diciendo que, mientras los hombres no sean más castos, las mujeres seguirán siendo immodestas. ¿Dónde, en efecto, encontrarían mujeres modestas maridos de quienes no se apararan continuamente con disgusto? La modestia ha de ser cultivada igualmente por ambos sexos, o seguirá siendo una planta enfermiza de invernadero, mientras la afectación de ella, la hoja de higuera prestada por la lascivia, puede dar picante a los goces voluptuosos.

Los hombres insistirán probablemente en que la mujer debe tener más modestia que el hombre; pero no son los razonadores desapasionados quienes más ardientemente se opondrán a mi opinión. No: son los hombres de fantasía, los favoritos del sexo, que exteriormente respetan e interiormente desprecian a las criaturas débiles con las que así se burlan. No pueden resignarse a renunciar a la más alta gratificación sensual, ni siquiera a saborear el epicureísmo de la virtud: la abnegación.

Para examinar el asunto desde otro ángulo, limitando mis observaciones a las mujeres.

Las ridículas falsedades que se dicen a los niños, por nociones equivocadas de modestia, tienden muy pronto a inflamar sus imaginaciones y poner sus pequeñas mentes a trabajar sobre temas que la naturaleza nunca quiso que pensarán hasta que el cuerpo llegara a cierto grado de madurez; entonces las pasiones comienzan naturalmente a tomar el lugar de los sentidos como instrumentos para desplegar el entendimiento y formar el carácter moral.

En las salas de niños y en los colegios, me temo, es donde primero se echa a perder a las niñas; particularmente en los últimos. Un número de niñas duerme en la misma habitación y se lava juntas. Y aunque me dolería contaminar la mente de una criatura inocente instilando falsa delicadeza, o esas nociones indecentes y mojigatas que las prevenciones tempranas respecto al otro sexo engendran naturalmente, estaría muy ansiosa por impedirles adquirir hábitos indelicados o immodestos; y como muchas niñas han

aprendido trucos muy indelicados de criadas ignorantes, mezclarlas así indiscriminadamente es muy impropio.

A decir verdad, las mujeres son, en general, demasiado familiares entre sí, lo que lleva a ese grado de familiaridad grosera que tan frecuentemente hace desgraciado el estado matrimonial. ¿Por qué, en nombre del decoro, han de ser las hermanas, las amigas íntimas, o las damas y sus doncellas de compañía, tan groseramente familiares como para olvidar el respeto que una criatura humana debe a otra? Esa delicadeza remilgada que se encoge de las labores más desagradables cuando el afecto o la humanidad nos llevan a velar en un lecho de enfermo es despreciable. Pero que las mujeres en buena salud sean más familiares entre sí que los hombres, cuando presumen de su superior delicadeza, es un contrasentido en los modales que nunca he podido resolver.

Para conservar la salud y la belleza —diré así para dar dignidad a mi consejo y no ofender los oídos melindrosos—, recomendaría vivamente las abluciones frecuentes; y, por el ejemplo, debería enseñarse a las niñas a lavarse y vestirse solas, sin distinción de rango alguna; y si la costumbre las hace necesitar alguna pequeña ayuda, que no la requieran hasta que haya terminado la parte de esa operación que nunca debe realizarse delante de un semejante, pues es un insulto a la majestad de la naturaleza humana. No por razones de modestia, sino de decencia; pues el cuidado que algunas mujeres modestas ponen —exhibiendo a la vez ese cuidado— en no dejar ver sus piernas es tan pueril como immodesto.

Podría seguir aún más lejos hasta censurar algunas costumbres aún más indelicadas en las que los hombres nunca incurren. Se cuentan secretos donde debería reinar el silencio; y ese respeto a la limpieza que algunas sectas religiosas han llevado quizás demasiado lejos —especialmente los esenios entre los hebreos—, haciendo un insulto a Dios lo que solo es un insulto a la humanidad, se viola de manera brutal. ¿Cómo pueden las mujeres delicadas imponer a la atención esa parte de la economía animal que es tan repugnante? ¿Y no es muy racional concluir que las mujeres que no han aprendido a

respetar la naturaleza humana de su propio sexo en estos aspectos, no tardarán en dejar de respetar la mera diferencia de sexo en sus maridos? Cuando su timidez de doncella se ha perdido, he observado en general que las mujeres recaen en los viejos hábitos y tratan a sus maridos como trataban a sus hermanas o amigas.

Además, las mujeres por necesidad —porque sus mentes no están cultivadas— recurren muy frecuentemente a lo que llamo familiarmente chispa corporal; y sus intimidades son de la misma índole. En suma, respecto tanto a la mente como al cuerpo, son demasiado íntimas. Esa reserva personal decente que es el fundamento de la dignidad del carácter ha de mantenerse entre mujeres, o sus mentes nunca ganarán fortaleza ni modestia.

Por esta misma razón me opongo también a que muchas niñas estén encerradas juntas en salas de niños, colegios o conventos. No puedo recordar sin indignación las bromas y trucos desenfundados en que grupos de jóvenes se entregaban cuando, en mi juventud, el azar me ponía —rústica y torpe— en su camino. Estaban casi al mismo nivel que los dobles sentidos que agitan la mesa de convivio cuando el vaso ha circulado libremente. Pero es vano intentar mantener el corazón puro a menos que la cabeza esté provista de ideas y se la ponga a trabajar para compararlas, a fin de adquirir juicio generalizando las simples; y la modestia, haciendo que el entendimiento enfríe la sensibilidad.

Puede pensarse que doy demasiada importancia a la reserva personal; pero esta es siempre la sirvienta de la modestia. De modo que si tuviera que nombrar las gracias que deben adornar la belleza, exclamaría al instante: ilimpieza, pulcritud y reserva personal! Es obvio, supongo, que la reserva que tengo en mente no tiene nada de sexual, y que la considero igualmente necesaria en ambos sexos. Tan necesaria es, en efecto, esa reserva y limpieza que las mujeres indolentes tan frecuentemente descuidan, que me atreveré a afirmar que cuando dos o tres mujeres viven en la misma casa, la más respetada por la parte masculina de la familia que reside con ellas —

dejando el amor enteramente al margen— será aquella que presta esta clase de respeto habitual a su persona.

Cuando los amigos domésticos se encuentran por la mañana, prevalecerá naturalmente una seriedad afectuosa, especialmente si cada uno mira hacia adelante al cumplimiento de los deberes cotidianos; y puede parecer fantasioso, pero este sentimiento ha brotado espontáneamente de mi mente con frecuencia. Me ha complacido, después de respirar el fresco y tonificante aire de la mañana, ver el mismo tipo de frescor en los semblantes que particularmente amaba; me alegraba verlos, por así decirlo, templados para el día, y listos para correr su carrera con el sol. Los saludos de afecto en la mañana son por este medio más respetuosos que la ternura familiar que con frecuencia prolonga la conversación vespertina. Es más: a menudo me he sentido herida, por no decir disgustada, cuando una amiga ha aparecido —a quien la noche anterior había dejado completamente ataviada— con la ropa puesta de cualquier manera porque había preferido quedarse en cama hasta el último momento.

El afecto doméstico solo puede mantenerse vivo mediante estas atenciones descuidadas; y sin embargo, si hombres y mujeres pusieran la mitad del empeño en ir habitualmente aseados que en adornar —o más bien en desfigurar— sus personas, se avanzaría mucho hacia la adquisición de la pureza de la mente. Pero las mujeres se visten solo para agradar a los hombres de galantería; pues al amante siempre le agrada más el atavío sencillo que se ciñe a la figura. Hay una impertinencia en los adornos que rechaza el afecto, porque el amor siempre se aferra a la idea del hogar.

Como sexo, las mujeres son habitualmente indolentes; y todo tiende a hacerlas así. No olvido los arranques de actividad que produce la sensibilidad; pero como esos vuelos de sentimiento solo acrecientan el mal, no deben confundirse con el paso lento y ordenado de la razón. Tan grande es en realidad su indolencia mental y corporal que, hasta que su cuerpo no sea fortalecido y su entendimiento ensanchado por los esfuerzos activos, hay pocas

razones para esperar que la modestia tome el lugar de la timidez. Puede parecerles prudente asumir su apariencia; pero el bello velo solo se llevará en los días de gala.

Quizás no haya virtud que se mezcle tan amablemente con todas las demás como la modestia. Es el pálido rayo de luna que hace más interesante toda virtud que suaviza, prestando una suave grandeza al horizonte contraído. Nada puede ser más bello que la ficción poética que hace de Diana con su plateada media luna la diosa de la castidad. He pensado a veces que una modesta dama de la antigüedad, errando con paso sereno por algún recóndito retiro solitario, debió de sentir un resplandor de dignidad consciente cuando, tras contemplar el suave y sombrío paisaje, invitó con plácido fervor al leve reflejo de los rayos de su hermana a posarse en su casto pecho.

Un cristiano tiene todavía motivos más nobles que la impulsen a preservar su castidad y a adquirir modestia, pues su cuerpo ha sido llamado el Templo del Dios vivo; de ese Dios que requiere algo más que modestia de semblante. Su ojo escudriña el corazón; y que recuerde que, si espera encontrar favor ante los ojos de la pureza misma, su castidad ha de estar fundada en la modestia y no en la prudencia mundana; pues de lo contrario una buena reputación será su única recompensa; pues ese trato solemne, esa comunión sagrada que la virtud establece entre el hombre y su Hacedor, ha de dar lugar al deseo de ser pura como Él es puro.

Tras las observaciones anteriores, es casi superfluo añadir que considero todos esos modales femeninos de madurez que suceden a la timidez, y en los que se sacrifica la verdad para asegurar el corazón de un marido —o más bien para obligarle a seguir siendo amante cuando la naturaleza, de no haber sido interrumpida en sus operaciones, habría hecho ceder el amor a la amistad— como immodestos. La ternura que un hombre sentirá por la madre de sus hijos es un excelente sustituto del ardor de la pasión insatisfecha; pero prolongar ese ardor es indelicado —por no decir immodesto— que las mujeres finjan una frialdad antinatural de temperamento.

Las mujeres, al igual que los hombres, deben tener los apetitos y las pasiones comunes de su naturaleza; solo son brutales cuando no están refrenados por la razón; pero la obligación de refrenarlos es el deber de la humanidad, no un deber sexual. La naturaleza, en estos aspectos, puede ser confiada a sí misma; que las mujeres adquieran solo conocimiento y humanidad, y el amor les enseñará la modestia. No hay necesidad de falsedades, tan repugnantes como inútiles, pues las reglas estudiadas de comportamiento solo engañan a observadores superficiales; un hombre de buen sentido pronto ve a través de la afectación y la desprecia.⁸

El comportamiento de los jóvenes entre sí, como hombres y mujeres, es lo último que debe pensarse en la educación. En realidad, el comportamiento en la mayoría de las circunstancias se piensa hoy tanto que la sencillez de carácter rara vez se ve; y sin embargo, si los hombres solo se preocuparan de cultivar cada virtud y dejarla arraigar firmemente en la mente, la gracia que resulta de ella, su marca exterior natural, pronto despojaría a la afectación de sus vistosas plumas; porque falaz e inestable es la conducta que no está fundada en la verdad.

¿Queréis, oh hermanas mías, poseer realmente la modestia? Recordad que la posesión de la virtud, de cualquier clase, es incompatible con la ignorancia y la vanidad. Debéis adquirir esa sobriedad de espíritu que solo inspira el ejercicio de los deberes y la persecución del conocimiento; o seguiréis en una situación dudosa y dependiente, ¡y solo seréis amadas mientras seáis hermosas! El ojo bajo, el rubor encendido, la gracia retirada son todos apropiados en su estación; pero la modestia, siendo hija de la razón, no puede existir largo tiempo con la sensibilidad que no está templada por la reflexión. Además, cuando el amor —incluso el amor inocente— es todo el empleo de vuestra vida, vuestros corazones serán demasiado blandos para ofrecer a la modestia ese tranquilo retiro en que le place habitar, en íntima unión con la humanidad.

VIII

LA MORAL, MINADA POR LAS NOCIONES SEXUALES DE LA IMPORTANCIA DE LA BUENA REPUTACIÓN.

Hace tiempo que se me ha ocurrido que el consejo respecto al comportamiento, y todos los diversos modos de preservar la buena reputación, que tan insistentemente se han inculcado al mundo femenino, eran venenos especiosos que, incrustando la moral, carcomían la sustancia. Y que esta medición de sombras producía un cálculo falso, porque su longitud depende en gran medida de la altura del sol y de otras circunstancias adventicias.

¿De dónde surge el fácil y falaz comportamiento de un cortesano? De su situación, sin duda; pues al necesitar dependientes, se ve obligado a aprender el arte de negar sin ofender y de alimentar evasivamente la esperanza con el alimento del camaleón; así juega la cortesía con la verdad, y comiendo la sinceridad y la humanidad naturales del hombre, produce al perfecto caballero.

Las mujeres adquieren, del mismo modo, por supuesta necesidad, un modo de comportamiento igualmente artificial. Y sin embargo, la verdad no puede ser impunemente objeto de juego; pues el disimulador consumado acaba por ser víctima de sus propias artes, pierde esa sagacidad que justamente se llama sentido común —es decir, una percepción rápida de las verdades comunes que son constantemente aceptadas como tales por la mente no sofisticada, aunque esta no haya tenido suficiente energía para descubrirlas por sí misma cuando están oscurecidas por los prejuicios locales. La mayor parte de la gente adopta sus opiniones sobre la confianza para evitar la molestia de ejercitar su propia mente, y estos seres indolentes se atienen naturalmente a la letra antes que al espíritu de una ley, divina o humana. «Las mujeres», dice algún autor que no recuerdo, «no tienen en cuenta lo que solo el cielo ve.» ¿Y por qué habrían de tenerlo? Son los ojos del hombre los que se les ha enseñado a temer; y si pueden adormilar a su Argos, rara vez piensan en el cielo ni en sí mismas, pues su reputación está a salvo; y es la reputación —no la castidad y todo su bello cortejo— lo que se afanan en mantener libre de mancha, no como una virtud, sino para preservar su posición en el mundo.

Para probar la verdad de esta observación, no tengo más que aludir a las intrigas de las mujeres casadas, particularmente en las clases altas, y en países donde las mujeres son casadas convenientemente por sus padres según sus rangos respectivos. Si una niña inocente cae presa del amor, queda degradada para siempre, aunque su mente no haya sido corrompida por las artes que las mujeres casadas, bajo el conveniente manto del matrimonio, practican; ni ha violado ningún deber —sino el de respetarse a sí misma. La mujer casada, por el contrario, rompe un compromiso sacratísimo y se convierte en madre cruel cuando es una esposa falsa e infiel. Si su marido siente todavía afecto por ella, las artes que debe practicar para engañarle la convertirán en el más despreciable de los seres humanos; y de todos modos, los artificios necesarios para guardar las apariencias mantendrán su mente en ese tumulto infantil o vicioso que destruye toda su energía. Además,

con el tiempo, como las personas que habitualmente toman cordiales para animarse, necesitará de una intriga para avivar sus pensamientos, habiendo perdido todo sabor por los placeres que no están muy sazonados por la esperanza o el temor.

A veces las mujeres casadas actúan con mayor audacia todavía; citaré un ejemplo.

Una mujer de calidad, notoria por sus galanteos —aunque como seguía viviendo con su marido, nadie quiso colocarla en la clase donde debería haber estado— se empeñaba en tratar con el más insultante desprecio a una pobre criatura tímida, abochornada por el sentido de su anterior debilidad, a quien un caballero vecino había seducido y después se había casado. Esta mujer había confundido en realidad la virtud con la reputación; y creo que se enorgullecía de la propiedad de su conducta antes del matrimonio, aunque una vez establecida, para satisfacción de su familia, ella y su señor eran igualmente infieles: ide modo que el medio vivo heredero de una inmensa herencia vino Dios sabe de dónde!

Para ver el asunto bajo otra luz.

He conocido a un cierto número de mujeres que, si no amaban a sus maridos, no amaban a nadie más, entregándose enteramente a la vanidad y la disipación, descuidando todo deber doméstico; más aún, derrochando todo el dinero que debería haberse ahorrado para sus desvalidos hijos menores, y sin embargo se han ufanado de su reputación inmaculada, como si la totalidad de su deber como esposas y madres consistiera solo en preservarla. Mientras que otras mujeres indolentes, descuidando todo deber personal, han creído merecer el afecto de su marido porque actuaban en ese respecto con propiedad.

Las mentes débiles son siempre aficionadas a descansar en las ceremonias del deber, pero la moral ofrece motivos mucho más sencillos; y sería de desear que los moralistas superficiales hubieran dicho menos respecto al comportamiento y a las observancias externas, pues a menos que la virtud, de cualquier clase, esté

edificada sobre el conocimiento, no producirá sino una especie de decencia insípida. El respeto por la opinión del mundo ha sido denominado, sin embargo, el principal deber de la mujer con las palabras más expresas, pues Rousseau declara que «la reputación es tan indispensable como la castidad». «Un hombre», añade, «seguro de su propia buena conducta, solo depende de sí mismo y puede desafiar la opinión pública; pero una mujer, comportándose bien, no cumple sino la mitad de su deber; pues lo que se piensa de ella es tan importante para ella como lo que realmente es. De lo cual se sigue que el sistema de educación de la mujer debe ser, en este respecto, directamente contrario al nuestro. La opinión es la tumba de la virtud en los hombres; pero su trono entre las mujeres.» Es estrictamente lógico inferir que la virtud que descansa en la opinión es meramente mundana, y que es la virtud de un ser al que se le ha negado la razón. Pero incluso respecto a la opinión del mundo, estoy convencida de que esta clase de razonadores está equivocada.

Este respeto por la reputación, independientemente de ser una de las recompensas naturales de la virtud, tuvo su origen, sin embargo, en una causa que ya he deplorado como la gran fuente de la depravación femenina: la imposibilidad de recuperar la respetabilidad mediante el retorno a la virtud, aunque los hombres preserven la suya durante la entrega al vicio. Era natural que las mujeres se esforzaran en preservar lo que, una vez perdido, se perdía para siempre; hasta que este cuidado, absorbiendo todo otro cuidado, convirtió la reputación de castidad en lo único necesario para el sexo. Pero vana es la escrupulosidad de la ignorancia, pues ni la religión ni la virtud, cuando residen en el corazón, requieren tan pueril atención a las meras ceremonias, ya que el comportamiento debe ser, en conjunto, adecuado cuando el motivo es puro.

Para apoyar mi opinión puedo aducir autoridad muy respetable; y la autoridad de un razonador sereno debe tener peso para imponer la consideración, aunque no para establecer un sentimiento. Hablando de las leyes generales de la moral, el doctor Smith observa: «Que por alguna circunstancia extraordinariamente desafortunada, un hombre de bien puede llegar a ser sospechoso de

un crimen del que era totalmente incapaz, y en ese motivo quedar, con la mayor injusticia, expuesto el resto de su vida al horror y la aversión de la humanidad. Por un accidente de esta clase puede decirse que pierde todo, a pesar de su integridad y su justicia, del mismo modo que un hombre cauto, a pesar de toda su circunspección, puede ser arruinado por un terremoto o una inundación. Los accidentes de la primera clase son, sin embargo, quizás todavía más raros, y todavía más contrarios al curso ordinario de las cosas, que los de la segunda; y sigue siendo verdad que la práctica de la verdad, la justicia y la humanidad es un método cierto y casi infalible de adquirir lo que esas virtudes principalmente se proponen: la confianza y el amor de quienes conviven con nosotros. Una persona puede ser fácilmente representada erróneamente respecto a una acción particular; pero es casi imposible que lo sea con respecto al tenor general de su conducta. Un hombre inocente puede ser creído culpable; esto, sin embargo, rara vez ocurrirá. Al contrario, la opinión establecida de la inocencia de sus modales frecuentemente nos llevará a absolverle donde realmente ha incurrido en falta, a pesar de presunciones muy fuertes.»

Coincido perfectamente de opinión con este escritor, pues en verdad creo que pocos de uno u otro sexo han sido despreciados por ciertos vicios sin merecer ser despreciados. No hablo de la calumnia del momento, que se cierne sobre un carácter como una de las densas nieblas de noviembre sobre esta metrópolis, hasta que gradualmente se disipa ante la luz común del día; solo sostengo que la conducta diaria de la mayoría prevalece para estampar en su carácter la impresión de la verdad. Tranquilamente, la luz clara que brilla día tras día refuta la ignorante suposición o el malicioso cuento que ha arrojado barro sobre un carácter puro. Una luz falsa distorsionó por breve tiempo su sombra —la reputación—; pero rara vez deja de volverse justa cuando se dispersa la nube que produjo el error en la visión.

Muchas personas obtienen, sin duda, en varios respectos, una reputación mejor de la que estrictamente merecen, pues la industria incansable generalmente alcanza su meta en todas las carreras. Las

que solo se esfuerzan por este mezquino premio, como los fariseos que rezaban en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres, obtienen en verdad la recompensa que buscan, pues el corazón del hombre no puede ser leído por el hombre. Con todo, la buena fama que naturalmente refleja las buenas acciones, cuando el hombre solo se ocupa de dirigir sus pasos rectamente sin reparar en los espectadores, es en general no solo más veraz sino más segura.

Hay, es cierto, pruebas en que el hombre bueno debe apelar a Dios de la injusticia del hombre; y en medio del chismoso candor o el silbido de la envidia, erigir en su propia mente un pabellón al que retirarse hasta que el rumor pase; es más, los dardos de la censura inmerecida pueden traspasar un pecho inocente y tierno con muchos dolores; pero todas estas son excepciones a las reglas generales. Y es según estas leyes comunes que el comportamiento humano debe regularse. La órbita excéntrica del cometa nunca influye en los cálculos astronómicos respecto al orden invariable establecido en el movimiento de los cuerpos principales del sistema solar.

Me atreveré entonces a afirmar que, después de que un hombre ha llegado a la madurez, el perfil general de su carácter en el mundo es justo, admitidas las excepciones antes mencionadas. No digo que un hombre prudente y mundanamente sabio, con solo virtudes y cualidades negativas, no obtenga a veces una reputación más tersa que un hombre más sabio o mejor. Tan lejos estoy de eso, que me inclino a concluir por la experiencia que, cuando la virtud de dos personas es casi igual, el carácter más negativo gustará más al mundo en general, mientras que el otro puede tener más amigos en la vida privada. Pero las cimas y los valles, las nubes y el sol, conspicuos en las virtudes de los grandes hombres, se destacan mutuamente; y aunque ofrecen a la envidiosa debilidad un blanco más fácil, el carácter real seguirá abriéndose camino hacia la luz, aunque esté salpicado por el afecto débil o la malicia ingeniosa.

Respecto a esa ansiedad por preservar una reputación ganada con dificultad, que lleva a las personas sagaces a analizarla, no haré el comentario obvio; pero me temo que la moral queda muy

insidiosamente minada en el mundo femenino al volcar la atención en la apariencia en lugar de la sustancia. Una cosa sencilla queda así extrañamente complicada; y a veces la virtud y su sombra se ponen en conflicto. Quizás no hubiéramos oído nunca hablar de Lucrecia si hubiera muerto para preservar su castidad en lugar de su reputación. Si realmente merecemos nuestra propia buena opinión, seremos comúnmente respetados en el mundo; pero si anhelamos una mejora y unos logros más elevados, no es suficiente vernos a nosotros mismos como suponemos que nos ven los demás, aunque esto haya sido ingeniosamente argumentado como el fundamento de nuestros sentimientos morales. Porque cada espectador puede tener sus propios prejuicios, además de los de su época o país. Deberíamos esforzarnos más bien en vernos como suponemos que nos ve aquel Ser que ve cada pensamiento madurar en acción, y cuyo juicio nunca se desvía de la regla eterna de lo recto. ¡Justos son todos sus juicios: justos y misericordiosos!

La mente humilde que busca hallar gracia a sus ojos, y examina tranquilamente su conducta cuando solo se siente su presencia, rara vez formará una opinión muy errónea de sus propias virtudes. En las serenas horas del recogimiento interior, el ceño airado de la justicia ofendida será temida reverencialmente, o el vínculo que une al hombre con la Divinidad será reconocido en el puro sentimiento de adoración reverencial, que ensancha el corazón sin despertar emociones tumultuosas. En esos solemnes momentos el hombre descubre el germen de los vicios que, como el árbol de Java, exhalan un vapor pestilente en torno suyo —la muerte está en su sombra; y los percibe sin horror, porque se siente atraído por algún lazo de amor a todos sus semejantes, por cuyas necesidades está ansioso de encontrar toda exculpación en su naturaleza —en sí mismo. Si yo, puede argumentar así, que ejercito mi propia mente y que he sido refinado por la tribulación, encuentro el huevo de la serpiente en algún pliegue de mi corazón y lo aplasto con dificultad, ¿no he de compadecerme de quienes están dotados de menos vigor, o que han alimentado irreflexivamente al insidioso reptil hasta que ha envenenado la corriente vital que mamaba? ¿Puedo yo,

consciente de mis pecados secretos, apartarme de mis semejantes y contemplarlos caer tranquilamente en el abismo de la perdición que se abre para recibirlos? ¡No! ¡El corazón angustiado clamará con sofocante impaciencia: también yo soy un hombre; y tengo vicios, quizás ocultos al ojo humano, que me postran en el polvo ante Dios, y me dicen en voz alta cuando todo está en silencio que estamos formados de la misma tierra y respiramos el mismo elemento! La humanidad surge así naturalmente de la humildad y entrelaza los cordones del amor que en diversas convulsiones enredan el corazón.

Esta simpatía se extiende todavía más, hasta que un hombre observa satisfecho la fuerza en argumentos que no convencen a su propio pecho; y presenta de buen grado bajo la luz más favorable ante sí mismo las apariencias de razón que han extraviado a otros, gozoso de encontrar alguna razón en todos los errores del hombre; aunque antes convencido de que el que rige el día hace salir su sol sobre todos. Y sin embargo, dando así la mano —por así decirlo— a la corrupción, con un pie en la tierra, el otro da zancadas audaces hacia el cielo y reclama parentesco con las naturalezas superiores. Las virtudes, inadvertidas por los hombres, dejan caer su balsámica fragancia en esta hora fresca, y la tierra sedienta, refrescada por las puras corrientes de consuelo que brotan de repente, se corona de alegre verdor; este es el verde vivo con que puede mirar con complacencia el ojo que es demasiado puro para contemplar la iniquidad.

Pero mi ánimo flaquea; y debo en silencio regodearme en las ensoñaciones a que estas reflexiones me conducen, incapaz de describir los sentimientos que han calmado mi alma cuando, contemplando el sol naciente, una suave lluvia llovizneando a través de las hojas de los árboles vecinos parecía caer sobre mi espíritu lánguido pero sereno, para enfriar el corazón que las pasiones, que la razón se esforzaba en domar, habían calentado.

Los principios rectores que recorren todas mis disquisiciones harían innecesario extenderse sobre este tema, si no se inculcara con tanta frecuencia como la suma total del deber femenino la

atención constante a mantener el barniz del carácter fresco y en buen estado; si las reglas para regular el comportamiento y preservar la reputación no suplantarán demasiado a menudo a las obligaciones morales. Pero, respecto a la reputación, la atención queda confinada a una sola virtud: la castidad.⁹ Si el honor de una mujer —como absurdamente se lo llama— está a salvo, puede descuidar todos los deberes sociales; es más, arruinar a su familia con el juego y la extravagancia; y, sin embargo, presentar una frente descarada —¡pues en verdad es una mujer honorable!

La señora Macaulay ha observado con justicia que «no hay más que una falta que una mujer de honor no puede cometer impunemente»¹⁰. Añade entonces con justicia y humanidad: «Esto ha dado lugar a la trillada y necia observación de que la primera falta contra la castidad en la mujer tiene la virtud radical de depravar el carácter. Pero de manos de la naturaleza no sale ningún ser tan frágil. La mente humana está formada de materiales más nobles para ser tan fácilmente corrompida; y con todas las desventajas de su situación y educación, las mujeres rara vez llegan a ser enteramente abandonadas hasta que son arrojadas a un estado de desesperación por el venenoso rencor de su propio sexo.»

Pero en la medida en que las mujeres aprecian este respeto por la reputación de castidad, es menospreciado por los hombres; y los dos extremos son igualmente destructivos para la moralidad.

Los hombres están sin duda más bajo el influjo de sus apetitos que las mujeres; y sus apetitos están más depravados por la indulgencia sin freno y las refinadas contrivancias de la saciedad. El lujo ha introducido un refinamiento en la comida que destruye la constitución; y un grado de glotonería tan bestial, que el sentido de la propiedad de la conducta ha de haberse agotado antes de que un ser pueda comer inmoderadamente en presencia de otro y quejarse después de la opresión que su intemperancia produce naturalmente. Algunas mujeres —particularmente las francesas— también han perdido el sentido del decoro en este aspecto; pues hablarán muy tranquilamente de una indigestión. Sería de desear que a la

ociosidad no se le permitiera engendrar, en el rico suelo de la riqueza, esos enjambres de insectos veraniegos que se alimentan de la podredumbre; no nos disgustaría entonces la vista de semejantes excesos brutales.

Hay una regla relativa al comportamiento que, creo, debe regular a todas las demás; y consiste simplemente en cultivar un respeto habitual al género humano tal que nos impida disgustar a un semejante por el bien de una indulgencia presente. La vergonzosa indolencia de muchas mujeres casadas, y de otras algo entradas en años, las lleva frecuentemente a pecar contra el decoro. Pues, aunque convencidas de que la persona es el lazo de unión entre los sexos, icon cuánta frecuencia —por pura indolencia o por gozar de alguna trivial indulgencia— disgustan!

La depravación del apetito que une a los sexos ha tenido un efecto todavía más fatal. La naturaleza ha de ser siempre el patrón del gusto, el medidor del apetito; y sin embargo, icon qué grosería insulta el voluptuoso a la naturaleza! Dejando al margen los refinamientos del amor; la naturaleza, al hacer de la gratificación de un apetito —en este aspecto como en todos los demás— una ley natural e imperiosa para preservar la especie, exalta el apetito y mezcla un poco de mente y afecto con el gusto sensual. Los sentimientos de un padre, mezclándose con un instinto meramente animal, le dan dignidad; y el hombre y la mujer, al encontrarse frecuentemente a causa del hijo, experimentan un interés mutuo y un afecto despertado por el ejercicio de una simpatía común. Las mujeres, teniendo entonces necesariamente algún deber que cumplir, más noble que el de adornar su persona, no serían contentamente esclavas del apetito casual, que es ahora la situación de un número muy considerable que son, literalmente hablando, platos comunes a los que cualquier glotón puede acceder.

Puede decirseme que, por grande que sea esta enormidad, solo afecta a una parte consagrada del sexo —consagrada para la salvación del resto. Pero, tan falsa como podría fácilmente demostrarse toda afirmación que recomienda la sanción de un mal

pequeño para producir un bien mayor, el daño no se detiene aquí; pues el carácter moral y la paz de la mente de la parte más casta del sexo son minados por la conducta de las mismas mujeres a las que no se permite ningún refugio de la culpa: a quienes inexorablemente se consigna al ejercicio de las artes que alejan a sus maridos de ellas, corrompen a sus hijos y las obligan —que las mujeres modestas no se sobresalten— a asumir, en cierta medida, el mismo carácter. Pues me atrevo a afirmar que todas las causas de debilidad femenina, al igual que de depravación, que ya he examinado, brotan de una gran causa: la falta de castidad en los hombres.

Esta intemperancia, tan prevalente, deprava el apetito hasta tal punto que se hace necesario un estímulo lascivo para despertarlo; pero el designio parental de la naturaleza se olvida, y la mera persona —y eso, solo por un momento— absorbe enteramente los pensamientos. Tan voluptuoso se vuelve a menudo el voluptuoso acechante que refina sobre la blandura femenina.

Para satisfacer este genio de los hombres, las mujeres son sistemáticamente vueltas voluptuosas, y aunque no todas lleven su libertinaje hasta el mismo punto, esta insustancial comunicación con el sexo que se permiten deprava a ambos, porque el gusto de los hombres queda viciado; y las mujeres de todas las clases ajustan naturalmente su comportamiento para satisfacer el gusto mediante el que obtienen placer y poder. Volviéndose las mujeres consecuentemente más débiles, en mente y cuerpo, de lo que deberían ser, si uno de los grandes fines de su existencia —el de concebir y criar hijos— fuera tomado en cuenta, no tienen suficiente fortaleza para cumplir el primer deber de una madre; y sacrificando al libertinaje el afecto parental que ennoblece el instinto, o destruyen el embrión en el vientre o lo abandonan al nacer. La naturaleza, en todo, exige respeto, y quienes violan sus leyes rara vez lo hacen impunemente. Las mujeres débiles y enervadas que particularmente atraen la atención de los libertinos no son aptas para ser madres, aunque puedan concebir; de modo que el rico sensualista, que se ha revolcado entre las mujeres difundiendo depravación y miseria, recibe de su esposa, cuando desea perpetuar

su nombre, solo un ser a medio formar que hereda la debilidad tanto del padre como de la madre.

Contrastando la humanidad de la presente época con la barbarie de la antigüedad, se ha hecho gran hincapié en la salvaje costumbre de exponer a los niños que sus padres no podían mantener; mientras que el hombre de sensibilidad que así quizás se queja, mediante sus amores promiscuos, produce una esterilidad y una flagiciosidad de costumbres lo más destructoras. ¿Acaso quiso nunca la naturaleza que las mujeres, satisfaciendo un apetito, frustraran el mismo propósito para el que fue implantado?

Ya he observado antes que los hombres deben mantener a las mujeres que han seducido; esto sería un medio de reformar los modales femeninos y de detener un abuso que tiene un efecto igualmente fatal sobre la población y la moral. Otro, no menos obvio, sería volver la atención de la mujer a la virtud real de la castidad; pues a poco respeto tiene derecho a reclamar, por razón de modestia —aunque su reputación pueda ser blanca como la nieve virgen—, la mujer que sonrío al libertino mientras rechaza a las víctimas de sus apetitos ilícitos y de su propia necesidad.

Además, ella tiene una mancha de la misma necesidad —por pura que se estime a sí misma— cuando estudiosamente adorna su persona solo para ser vista por los hombres, para excitar suspiros respetuosos y todo el ocioso homenaje de lo que se llama la galantería inocente. Si las mujeres respetaran realmente la virtud por sí misma, no buscarían una compensación en la vanidad por la abnegación a que se ven obligadas a practicar para preservar su reputación, ni se asociarían con hombres que ponen la reputación en entredicho.

Los dos sexos se corrompen y se mejoran mutuamente. Esto lo creo una verdad indiscutible, extendiéndola a toda virtud. La castidad, la modestia, el espíritu público y todo el noble cortejo de virtudes sobre el que se asienta la virtud social y la felicidad, deben ser comprendidas y cultivadas por toda la humanidad, o serán cultivadas con escaso efecto. Y en lugar de suministrar al vicioso o al

indolente un pretexto para violar algún sagrado deber llamándolo deber sexual, sería más sabio mostrar que la naturaleza no ha establecido diferencia alguna; pues el hombre que carece de castidad defrauda doblemente el propósito de la naturaleza al volver estériles a las mujeres y arruinar su propia constitución, aunque evite la vergüenza que persigue al crimen en el otro sexo. Estas son las consecuencias físicas; las morales son aún más alarmantes; pues la virtud no es sino una distinción nominal cuando los deberes de los ciudadanos, los maridos, las esposas, los padres, las madres y los directores de familias se convierten en meros lazos egoístas de conveniencia.

¿Por qué entonces buscan los filósofos el espíritu público? El espíritu público debe ser nutrido por la virtud privada, o se parecerá al sentimiento artificioso¹¹ que hace a las mujeres cuidadosas de preservar su reputación y a los hombres su honor. Un sentimiento que a menudo existe sin el apoyo de la virtud, sin el apoyo de esa moralidad sublime que convierte el hábito de la violación de un deber en violación de toda la ley moral.

IX

DE LOS PERNICIOSOS EFECTOS QUE NACEN DE LAS DISTINCIONES ANTINATURALES ESTABLECIDAS EN LA SOCIEDAD.

Del respeto tributado a la propiedad fluyen, como de una fuente envenenada, la mayor parte de los males y vicios que hacen de este mundo una escena tan sombría para la mente contemplativa. Pues es en la sociedad más pulida donde reptiles asquerosos y serpientes venenosas acechan entre la maleza exuberante; y en ella hay una voluptuosidad mimada por el aire quieto y bochornoso que relaja toda buena disposición antes de que madure en virtud.

Una clase presiona sobre otra, pues todas aspiran a procurarse respeto a causa de su propiedad; y la propiedad, una vez adquirida, procurará el respeto que solo es debido a los talentos y la virtud. Los hombres descuidan los deberes propios del hombre y son tratados como semidioses; la religión está también separada de la moral por un velo ceremonial; y, sin embargo, los hombres se asombran de

que el mundo sea, hablando casi literalmente, una guarida de truhanes y opresores.

Hay un proverbio casero que encierra una verdad aguda: al que el diablo encuentra ocioso le da trabajo. Y ¿qué puede producir la riqueza hereditaria y los títulos sino la ociosidad habitual? Pues el hombre está constituido de tal modo que solo puede alcanzar el recto uso de sus facultades ejercitándolas, y no las ejercitará a menos que la necesidad, de alguna clase, ponga primero las ruedas en movimiento. La virtud, asimismo, solo puede adquirirse mediante el cumplimiento de los deberes relativos; pero la importancia de estos sagrados deberes difícilmente será sentida por el ser embaucado de su humanidad por la adulación de los aduladores. Ha de establecerse mayor igualdad en la sociedad, o la moralidad nunca ganará terreno; y esta igualdad virtuosa no se asentará firmemente, ni siquiera cuando esté fundada sobre roca, si la mitad de la humanidad está encadenada a su base por el destino, pues la estará continuamente minando mediante la ignorancia o el orgullo.

Es vano esperar virtud de las mujeres mientras no sean, en cierto grado, independientes de los hombres; es más, es vano esperar esa fortaleza del afecto natural que las haría buenas esposas y buenas madres. Mientras sean absolutamente dependientes de sus maridos, serán astutas, mezquinas y egoístas, y los hombres que pueden quedar gratificados por la zalamera ternura de un afecto perruno no tienen mucha delicadeza; pues el amor no puede comprarse en ningún sentido de la palabra: sus alas de seda se marchitan al instante cuando se busca cualquier cosa que no sea una correspondencia en especie. Y, sin embargo, mientras las riquezas enervan a los hombres y las mujeres viven, por así decirlo, de sus encantos personales, ¿cómo puede esperarse de ellas que cumplan esos deberes ennoblecedores que requieren igualmente esfuerzo y abnegación? La propiedad hereditaria sofisticada la mente, y sus desafortunadas víctimas —si puedo expresarme así—, envueltas en pañales desde su nacimiento, rara vez ejercitan la facultad locomotora del cuerpo o de la mente; y contemplando así todo a través de un solo medio —y ese falso—, son incapaces de discernir

en qué consisten el verdadero mérito y la verdadera felicidad. Falsa ha de ser, en efecto, la luz cuando el ropaje de la situación oculta al hombre y le hace pavonearse de máscara, arrastrando de una escena de disipación a otra los miembros sin nervio que cuelgan con estúpida languidez, y paseando el ojo vacío que nos dice claramente que no hay mente en casa.

Me propongo, pues, inferir que no está debidamente organizada la sociedad que no compele a hombres y mujeres a cumplir sus respectivos deberes, haciendo que ese sea el único modo de obtener de sus semejantes ese reconocimiento que todo ser humano desea alcanzar de alguna manera. El respeto que se tributa a la riqueza y a los meros encantos personales es, por consiguiente, un viento norte verdadero que marchita los tiernos capullos del afecto y la virtud. La naturaleza ha unido sabiamente los afectos a los deberes para endulzar el esfuerzo y dar a los empeños de la razón esa energía que solo el corazón puede dar. Pero el afecto que se adopta meramente porque es la insignia apropiada de un cierto carácter, cuando sus deberes no se cumplen, es uno de los cumplidos vacíos que el vicio y la necedad se ven obligados a tributar a la virtud y a la naturaleza real de las cosas.

Para ilustrar mi opinión, no necesito sino observar que cuando una mujer es admirada por su belleza y se deja tan embriagar por la admiración que recibe como para descuidar el indispensable deber de madre, peca contra sí misma al descuidar el cultivo de un afecto que igualmente tendería a hacerla útil y feliz. La verdadera felicidad —es decir, todo el contentamiento y la satisfacción virtuosa que pueden arrebatarse en este estado imperfecto— ha de nacer de afectos bien regulados; y un afecto entraña un deber. Los hombres no son conscientes de la miseria que causan y de la debilidad viciosa que fomentan al solo incitar a las mujeres a hacerse agradables; no consideran que así hacen chocar los deberes naturales y los artificiales, sacrificando el bienestar y la respetabilidad de la vida de una mujer a nociones voluptuosas de belleza, cuando en la naturaleza todos se armonizan.

Frío habría de ser el corazón del marido —si no lo hubiera vuelto antinatural la depravación temprana— que no sintiera más deleite al ver a su hijo amamantado por su madre que el que pudieran despertar los artificios más hábiles de una cualquiera; y, sin embargo, este modo natural de cimentar el lazo matrimonial y de entrelazar la estima con los recuerdos más tiernos es despreciado por las mujeres a las que las riquezas engríen. Para conservar su belleza y llevar la guirnalda florida del día —que les da una especie de derecho a reinar por breve tiempo sobre el sexo—, descuidan el imprimir en los corazones de sus maridos huellas que serían recordadas con mayor ternura cuando la nieve de las sienes empezara a enfriar el pecho que sus propios encantos de doncella. La solicitud maternal de una mujer razonable y afectuosa es muy interesante, y la casta dignidad con que una madre corresponde a las caricias que ella y su hijo reciben de un padre que ha estado cumpliendo los serios deberes de su condición es no solo un espectáculo respetable sino bello. Tan singulares son, en efecto, mis sentimientos —y me he esforzado en no dejarse contagiar por los artificios—, que después de haberme fatigado con el espectáculo de la grandeza insípida y las ceremonias serviles que con engorrosa pompa suplantaban a los afectos domésticos, he vuelto los ojos hacia otra escena para descansar en el verde reconfortante que la naturaleza esparce por todas partes. He contemplado entonces con placer a una mujer amamantando a sus hijos y cumpliendo los deberes de su condición, con quizás solo una criada que le descargara de la parte servil de las tareas domésticas. La he visto prepararse a sí misma y a sus hijos, con solo el lujo de la limpieza, para recibir a su marido, que volvía fatigado al hogar al anochecer, y encontraba bebés sonrientes y el hogar limpio. Mi corazón ha vagado en medio del grupo y se ha conmovido con emoción simpática cuando el raspar del familiar paso ha levantado un placentero revuelo.

Mientras mi benevolencia quedaba gratificada por contemplar este cuadro espontáneo, he pensado que una pareja de esta descripción, igualmente necesaria e independiente la una de la otra porque cada

cual cumplía los respectivos deberes de su condición, poseía todo lo que la vida puede dar. Suficientemente elevada por encima de la pobreza abyecta para no verse obligada a sopesar las consecuencias de cada céntimo que gasta, y con lo suficiente para no verse obligada a atender a un frígido sistema de economía que estrecha tanto el corazón como la mente. Declaro que tan vulgares son mis concepciones, que no sé qué falta para que esta sea la situación más feliz además de la más respetable del mundo, salvo un gusto por la literatura que aporte algo de variedad e interés a la conversación, y algún dinero sobrante para dar a los necesitados y comprar libros. Pues no es placentero cuando el corazón se abre por la compasión y la cabeza está activa ordenando planes de utilidad tener a un mocosito melindroso tirando continuamente del codo para impedir que la mano saque una bolsa casi vacía, susurrando al mismo tiempo alguna máxima prudencial sobre la prioridad de la justicia.

Con todo, por destructivas que sean las riquezas y los honores heredados para el carácter humano, las mujeres son más degradadas y restringidas por ellos, si cabe, que los hombres, porque los hombres pueden todavía, en cierta medida, desplegar sus facultades convirtiéndose en soldados y hombres de Estado.

Como soldados —lo concedo— solo pueden recoger hoy, en su mayor parte, laureles de vana gloria, mientras ajustan hasta el último cabello el equilibrio europeo, cuidando muy especialmente de que ningún oscuro rincón nórdico incline la balanza. Pero los días del heroísmo verdadero han pasado, cuando un ciudadano luchaba por su país como un Fabricio o un Washington y luego volvía a su granja para dejar correr su ferviente virtud en una corriente más tranquila, aunque no menos saludable. No: nuestros héroes británicos son con más frecuencia enviados desde la mesa de juego que desde el arado; y sus pasiones han sido más inflamadas por la suspensión muda sobre el giro de un dado que sublimadas por el anhelo de la marcha aventurera de la virtud en las páginas de la historia.

El hombre de Estado, es verdad, podría con más propiedad dejar el Faro o la mesa de naipes para gobernar el timón, pues aun así no tiene más que barajar y hacer trampas. Todo el sistema de la política británica —si con cortesía puede llamarse sistema— consiste en multiplicar dependientes e idear impuestos que trituran al pobre para mimar al rico; así, una guerra o cualquier disparate es, como vulgarmente se dice, una jugada afortunada de patronazgo para el ministro, cuyo principal mérito es el arte de mantenerse en su puesto.

No es necesario, pues, que tenga entrañas para el pobre, siempre que pueda asegurar para su familia la baza de más. O si conviene mostrar algún respeto por lo que se denomina con ignorante ostentación el derecho de nacimiento de un inglés, para engañar al hosco mastín que ha de llevar de las narices, puede hacer un vacío alarde muy sin riesgo dando su único voto y dejando que su ligero escuadrón se pase al otro lado. Y cuando se debate una cuestión de humanidad, puede mojar un bocado en la leche de la bondad humana para silenciar al Cerbero, y hablar del interés que su corazón toma en un esfuerzo para que la tierra deje de clamar venganza al sorber la sangre de sus hijos, aunque su mano fría pueda en ese mismo momento remachar sus cadenas al sancionar el abominable tráfico. Un ministro deja de serlo en el momento en que no puede llevar a cabo un punto que está decidido a llevar. Y sin embargo, no es necesario que un ministro sienta como un hombre cuando una osada acometida pudiera tambalearte el asiento.

Pero, dejando ya estas observaciones episódicas, vuelvo a la servidumbre más especiosa que encadena el alma misma de la mujer, manteniéndola para siempre bajo el yugo de la ignorancia.

Las absurdas distinciones de rango que hacen de la civilización una maldición al dividir el mundo entre tiranos voluptuosos y dependientes astutos y envidiosos corrompen por igual a casi todas las clases de gente, porque la respetabilidad no está ligada al cumplimiento de los deberes relativos de la vida sino a la posición; y cuando los deberes no se cumplen, los afectos no pueden adquirir

suficiente fortaleza para fortalecer la virtud de la que son la recompensa natural. Con todo, hay algunas rendijas por las que un hombre puede escurrirse y atreverse a pensar y actuar por sí mismo; pero para una mujer es una tarea hercúlea, porque tiene que vencer dificultades peculiares a su sexo que requieren facultades casi sobrehumanas.

Un legislador verdaderamente benévolo se esfuerza siempre en hacer que sea el interés de cada individuo ser virtuoso; y así, la virtud privada, convirtiéndose en el cemento de la felicidad pública, un todo ordenado se consolida por la tendencia de todas sus partes hacia un centro común. Pero la virtud privada o pública de las mujeres es muy problemática; pues Rousseau y una numerosa lista de escritores varones insisten en que durante toda su vida debe estar sujeta a un freno severo: el del decoro. ¿Por qué sujetarla al decoro —el decoro ciego— si es capaz de actuar por un resorte más noble, si es heredera de la inmortalidad? ¿Ha de producirse el azúcar siempre con sangre vital? ¿Ha de estar la mitad de la especie humana, como los pobres esclavos africanos, sujeta a prejuicios que la embrutecen, cuando los principios serían una guarda más segura, solo para endulzar la copa del hombre? ¿No es esto negar indirectamente la razón a las mujeres? Pues un don es una burla si no es apto para su uso.

Las mujeres son, en común con los hombres, debilitadas y vueltas voluptuosas por los placeres enervantes que procura la riqueza; pero a eso se añade que se las hace esclavas de su persona y deben hacerla seductora para que el hombre les preste su razón y guíe sus vacilantes pasos. O si aspiran a algo, deben gobernar a sus tiranos mediante trucos siniestros, pues sin derechos no puede haber deberes exigibles. Las leyes relativas a la mujer —que me propongo examinar en una parte futura— crean una absurda unidad del hombre y su esposa; y luego, por la fácil transición de considerar solo a él responsable, ella queda reducida a una mera cifra.

El ser que cumple los deberes de su condición es independiente; y hablando de las mujeres en general, su primer deber es hacia sí

mismas como criaturas racionales, y el siguiente en importancia, como ciudadanas, es el que incluye a tantos otros: el de madre. El rango en la vida que las dispensa de cumplir este deber las degrada necesariamente convirtiéndolas en meras muñecas. O, si se vuelven hacia algo más importante que simplemente drapeando telas sobre un maniquí liso, sus mentes no están ocupadas más que por algún suave apego platónico; o bien la gestión real de una intriga puede mantener sus pensamientos en movimiento; pues cuando descuidan los deberes domésticos, no les está en la mano salir al campo y marchar y contramarchar como soldados, ni disputar en el senado para mantener sus facultades sin que se les oxide el herrumbre.

Sé que, como prueba de la inferioridad del sexo, Rousseau ha exclamado con júbilo: ¡Cómo podrían dejar el cuarto de los niños para ir al campamento! Y el campamento ha sido llamado por algunos moralistas la escuela de las virtudes más heroicas; aunque creo que un casuista perspicaz tendría dificultad en probar la razonabilidad del mayor número de guerras que han bautizado héroes. No me propongo considerar esta cuestión críticamente; pues habiendo contemplado con frecuencia estas extravagancias de la ambición como el primer modo natural de civilización, cuando la tierra ha de ser desbrozada y los bosques arrasados por el fuego y la espada, no me inclino a llamarlas plagas; pero sin duda el sistema actual de guerra tiene poca conexión con la virtud de cualquier clase, siendo más bien la escuela de la doblez y la efeminación que de la fortaleza.

Sin embargo, si la guerra defensiva —la única guerra justificable en el estado avanzado actual de la sociedad, donde la virtud puede mostrar su cara y madurar en medio de los rigores que purifican el aire en la cima de la montaña— fuera la única adoptada como justa y gloriosa, el verdadero heroísmo de la antigüedad podría de nuevo animar los pechos femeninos. Pero despacio y con tiento, gentil lector, hombre o mujer: no os alarméis; pues aunque he contrastado el carácter del soldado moderno con el de la mujer civilizada, no voy a aconsejarles que conviertan su rueca en mosquete, aunque sinceramente deseo ver la bayoneta convertida en podadera. Solo

recreé una imaginación, fatigada de contemplar los vicios y necesidades que todos proceden de una corriente feculenta de riqueza que ha enturbiado los puros arroyuelos del afecto natural, suponiendo que la sociedad estará en algún momento constituida de tal modo que el hombre necesariamente deba cumplir los deberes de ciudadano o ser despreciado, y que mientras estuviera ocupado en cualquiera de los departamentos de la vida civil, su esposa — también ciudadana activa— debería estar igualmente empeñada en gobernar su familia, educar a sus hijos y ayudar a sus vecinos.

Pero, para que sea realmente virtuosa y útil, no debe, si cumple sus deberes civiles, carecer individualmente de la protección de las leyes civiles; no debe depender de la generosidad de su marido para su sustento durante la vida de este ni para su manutención después de su muerte; pues ¿cómo puede ser generoso un ser que no tiene nada propio? ¿O virtuoso, quien no es libre? La esposa que, en el estado actual de las cosas, es fiel a su marido y ni amamanta ni educa a sus hijos apenas merece el nombre de esposa, y no tiene derecho al de ciudadana. Pero privada a alguien de sus derechos naturales, y por supuesto se habrá acabado con sus deberes.

Las mujeres se convierten así inevitablemente en mero solaz lascivo de los hombres cuando son tan débiles de mente y de cuerpo que no pueden esforzarse a menos que sea para perseguir algún placer frívolo o para inventar alguna moda baladí. ¿Qué espectáculo puede ser más melancólico para una mente pensante que asomarse a los numerosos carruajes que de mañana pululan atropelladamente por esta metrópolis, llenos de criaturas pálidas que huyen de sí mismas? Con frecuencia he deseado, con el doctor Johnson, colocar a algunas de ellas en una pequeña tienda, con media docena de hijos mirando con sus semblantes lánguidos en busca de sustento. Mucho me equivoco si algún vigor latente no daría pronto salud y brío a sus ojos, y algunas líneas trazadas por el ejercicio de la razón en las mejillas en blanco que antes solo ondulaban hoyuelos, podrían devolver al carácter la dignidad perdida, o más bien capacitarlo para alcanzar la verdadera dignidad de su naturaleza. La virtud no puede adquirirse ni siquiera mediante la especulación, y

mucho menos mediante la negativa supinidad que las riquezas generan naturalmente.

Además, cuando la pobreza es más vergonzosa que el mismo vicio, ¿no queda la moralidad cercenada hasta la raíz? Sin embargo, para evitar malentendidos, aunque considero que las mujeres en las esferas comunes de la vida están llamadas por la religión y la razón a cumplir los deberes de esposas y madres, no puedo dejar de lamentar que las mujeres de un temple superior no tengan un camino abierto por el que puedan seguir planes más extensos de utilidad e independencia. Quizás provoque risa al dejar caer aquí una insinuación que me propongo desarrollar en otra ocasión; pues en verdad creo que las mujeres debería tener representantes, en lugar de ser gobernadas arbitrariamente sin que se les permita participar directamente en las deliberaciones del gobierno.

Pero, como el sistema entero de representación es hoy, en este país, solo un cómodo pretexto para el despotismo, no tienen motivo de queja, pues están tan bien representadas como una numerosa clase de trabajadores que pagan para sostener la realeza cuando apenas pueden llenar la boca de sus hijos con pan. ¿Cómo están representados aquellos cuyo propio sudor sostiene la espléndida cuadra del heredero al trono, o barniza el carruaje de alguna favorita que mira el deshonor desde las alturas? Los impuestos sobre los artículos de primera necesidad permiten a una interminable tribu de príncipes y princesas ociosos desfilar con estúpida pompa ante una muchedumbre boquiabierta que casi adora el mismo boato que tan caro le cuesta. Esto es mera grandiosidad gótica, algo parecido a la bárbara e inútil pompa de tener centinelas a caballo en Whitehall, que nunca he podido contemplar sin una mezcla de desprecio e indignación.

¡Cuán extrañamente ha de estar sofisticada la mente cuando esta clase de aparato la impresiona! Pero hasta que estos monumentos de la necedad sean nivelados por la virtud, necedades similares fermentarán toda la masa. Pues el mismo carácter, en cierta medida, prevalecerá en el conjunto de la sociedad; y los refinamientos del

lujo, o las viciosas quejas de la pobreza envidiosa, desterrarán igualmente la virtud de la sociedad considerada como característica de esa sociedad, o solo le permitirán aparecer como una de las franjas del traje de arlequín que lleva el hombre civilizado.

En las clases superiores de la vida, todo deber se cumple por delegados, como si los deberes pudieran alguna vez transferirse; y los vanos placeres que la consiguiente ociosidad obliga a los ricos a perseguir parecen tan tentadores a la clase siguiente, que los numerosos disputantes de la riqueza lo sacrifican todo para pisar sus talones. Los cargos más sagrados son entonces considerados como sinecuras, porque fueron obtenidos por el favor y solo se buscaron para permitir a un hombre frecuentar buena compañía. Las mujeres, en particular, todas quieren ser damas. Lo que sencillamente significa no tener nada que hacer más que vagar con fácil distinción adonde a duras penas saben a dónde, pues no pueden decir qué buscan.

Pero ¿qué tienen que hacer las mujeres en la sociedad?, se me preguntará: ¿solo vagar con grácil distinción? ¡Sin duda no pretenderéis condenarlas a todas a amamantar a necios y a llevar el libro de la despensa! No. Sin duda alguna, las mujeres podrían estudiar el arte de curar y ser médicas además de enfermeras. Y la obstetricia parece que el decoro la destina a ellas, aunque me temo que la palabra matrona en nuestros diccionarios dejará pronto su sitio a accoucheur, y una prueba más de la anterior delicadeza del sexo quedará borrada del lenguaje.

También podrían estudiar política y asentar su benevolencia sobre la base más amplia; pues la lectura de la historia difícilmente será más útil que la lectura de novelas si se lee como mera biografía; si no se observa el carácter de la época, los progresos políticos, las artes, etc. En suma: si no se la considera la historia del hombre, y no de hombres particulares que ocuparon un nicho en el templo de la fama y cayeron en la negra corriente rodante del tiempo que silenciosamente arrastra todo ante sí hacia el vacío informe llamado eternidad. ¿Puede llamarse forma «a lo que no tiene forma alguna»?

Negocios de diversas clases podrían igualmente perseguir, si estuvieran educadas de manera más ordenada, lo que salvaría a muchas de la prostitución ordinaria y legal. Las mujeres no se casarían entonces por sustentarse, como los hombres aceptan puestos bajo el gobierno y descuidan los deberes implícitos; ni el intento de ganarse la vida —iempresa la más laudable!— las haría descender casi al nivel de esas pobres criaturas abandonadas que viven de la prostitución. ¿Acaso no se coloca a las modistas y costureras en la clase siguiente? Los pocos empleos abiertos a las mujeres, lejos de ser liberales, son serviles; y cuando una educación superior las capacita para encargarse de la educación de los niños como institutrices, no se las trata como a los preceptores de los hijos, aunque incluso los preceptores del clero no siempre son tratados de modo calculado para hacerlos respetables a los ojos de sus alumnos, por no hablar de la comodidad personal del individuo. Pero como las mujeres educadas como damas no están nunca destinadas a la situación humillante que la necesidad las obliga a veces a llenar, estas situaciones se consideran bajo la luz de una degradación; y conocen poco el corazón humano quienes necesitan que se les diga que nada afila tan dolorosamente la sensibilidad como semejante descenso en la vida.

Algunas de estas mujeres podrían ser apartadas del matrimonio por un sentido adecuado de la dignidad o la delicadeza, y otras quizás no hayan podido escapar de ese modo penoso de la servidumbre; ¿no es entonces ese gobierno muy defectuoso, y muy poco atento a la felicidad de la mitad de sus miembros, que no provee a las mujeres honestas e independientes animándolas a ocupar puestos respetables? Pero para que su virtud privada se convierta en beneficio público, deben tener existencia civil en el Estado, casadas o solteras; de lo contrario continuaremos viendo a alguna digna mujer, cuya sensibilidad ha sido agudizada dolorosamente por el desprecio inmerecido, languidecer como «el lirio doblado por el arado».

Es una verdad melancólica; ipero tales son los benditos efectos de la civilización! Las mujeres más respetables son las más oprimidas;

y, a menos que tengan entendimientos muy superiores al nivel común —tomando ambos sexos—, deben, por haber sido tratadas como seres despreciables, volverse despreciables. ¡Cuántas mujeres malgastan así la vida, presa del descontento, cuando podrían haber ejercido de médicas, administrado una granja, dirigido una tienda y mantenido erguida la cabeza, sostenidas por su propia industria, en lugar de inclinarla cargada con el rocío de una sensibilidad que consume la belleza a la que en un principio dio lustre! Y es que dudo de que la compasión y el amor sean tan parientes como fingen los poetas; pues raramente he visto mucha lástima suscitada por la desvalimiento de las mujeres, a menos que fueran hermosas; entonces, quizás, la lástima era la suave doncella del amor, o el heraldo de la lujuria.

¡Cuánto más respetable es la mujer que gana su pan cumpliendo cualquier deber que la más distinguida belleza! ¿Belleza dije? Tan sensible soy a la belleza de la hermosura moral, o de la armoniosa propiedad que afina las pasiones de una mente bien regulada, que me ruborizo de hacer la comparación; y sin embargo suspiro al pensar en cuán pocas mujeres aspiran a alcanzar esta respetabilidad, retirándose del vertiginoso torbellino del placer o de la calma indolente que atonta a las mujeres de buena disposición que absorbe.

Orgullosas de su debilidad, sin embargo, han de ser siempre protegidas, preservadas de las preocupaciones y de las rudas fatigas que ennoblecen la mente. Si este es el fiat del destino, si se empeñan en ser insignificantes y despreciables para «desperdiciar dulcemente la vida», que no esperen ser valoradas cuando su belleza se marchite, pues es el destino de las flores más bellas ser admiradas y deshojadas por la mano descuidada que las arrancó. ¡De cuántos modos deseo, con la más pura benevolencia, grabar esta verdad en mi sexo! Y, sin embargo, me temo que no escucharán una verdad que una experiencia cara ha traído al corazón de muchos pechos agitados, ni resignarán de buena gana los privilegios del rango y el sexo por los privilegios de la

humanidad, a los que no tienen derecho quienes no cumplen sus deberes.

Son particularmente útiles, a mi juicio, los escritores que hacen que el hombre sienta por el hombre, con independencia del rango que ocupa o el ropaje de los sentimientos artificios. Quisiera, pues, convencer a los hombres razonables de la importancia de algunas de mis observaciones y persuadirles de que sopesen desapasionadamente el tenor entero de mis reflexiones. Apelo a su entendimiento; y, como semejante, reclamo, en nombre de mi sexo, algún interés en sus corazones. Les ruego que ayuden a emancipar a su compañera para hacerla una auxiliadora adecuada para ellos.

Si los hombres tuvieran la generosidad de romper nuestras cadenas y se contentaran con el compañerismo racional en lugar de la obediencia servil, nos encontrarían hijas más atentas, hermanas más afectuosas, esposas más fieles, madres más razonables: en una palabra, mejores ciudadanas. Les amaríamos entonces con verdadero afecto, porque aprenderíamos a respetarnos a nosotras mismas; y la paz de espíritu de un hombre digno no sería turbada por la vana vanidad de su esposa, ni sus hijos enviados a anidar en un pecho ajeno, no habiendo encontrado nunca hogar en el de su madre.

X

EL AFECTO PATERNAL.

El afecto paternal es quizás la modificación más ciega del perverso amor propio; pues no tenemos, como los franceses, dos términos¹² para distinguir la persecución de un deseo natural y razonable de los ignorantes cálculos de la debilidad. Los padres aman a menudo a sus hijos de la manera más brutal, y sacrifican todo deber relativo para promover su avance en el mundo. Para promover —tal es la perversidad de los prejuicios sin principios— el bienestar futuro de los mismos seres a quienes amargan la existencia presente mediante el ejercicio más despótico del poder. El poder, en efecto, es siempre fiel a su principio vital, pues en cualquier forma que asuma querría reinar sin control ni escrutinio. Su trono se eleva sobre un oscuro abismo que ningún ojo debe atreverse a explorar, no sea que el edificio sin base se tambalee al ser investigado. La obediencia —la obediencia incondicional— es el grito de batalla de los tiranos de toda laya; y para «hacer la certeza doblemente cierta», un tipo de despotismo apoya al otro. Los tiranos tendrían motivos para temblar si la razón llegara a convertirse en la regla del deber en cualquiera de las relaciones de la vida, pues la luz podría extenderse hasta

aparecer el día perfecto. Y cuando apareciera, ¡con cuánta sonrisa contemplarían los hombres los espantajos que los asustaron durante la noche de la ignorancia o el crepúsculo de la tímida indagación!

El afecto paternal, en efecto, en muchas mentes no es sino un pretexto para tiranizar donde puede hacerse impunemente, pues solo los hombres buenos y sabios se contentan con el respeto que puede soportar el escrutinio. Convencidos de que tienen derecho a lo que insisten en exigir, no temen a la razón ni rechazan la investigación de los asuntos que se remiten a la justicia natural; pues creen firmemente que cuanto más iluminada se vuelva la mente humana, más hondas raíces echarán los principios justos y simples. No descansan en expedientes ni admiten que lo que es metafísicamente verdadero pueda ser prácticamente falso; sino que, desdeñando los subterfugios del momento, esperan tranquilamente que el tiempo, sancionando la innovación, haga callar el siseo del egoísmo o la envidia.

Si el poder de reflexionar sobre el pasado y clavar el ojo penetrante de la contemplación en el futuro es la gran prerrogativa del hombre, ha de concederse que algunas personas gozan de esta prerrogativa en grado muy limitado. Todo les parece ahora equivocado; y, no pudiendo distinguir lo posible de lo monstruoso, sienten temor donde no debería encontrar lugar el temor, huyendo de la luz de la razón como si fuera una tea; y sin embargo los límites de lo posible nunca se han definido para detener la mano del innovador audaz.

La mujer, sin embargo, esclava en toda situación del prejuicio, rara vez ejercita un afecto materno ilustrado; pues o descuida a sus hijos o los mimas con indulgencia impropia. Además, el afecto de algunas mujeres por sus hijos es, como ya lo he llamado, frecuentemente muy brutal; pues erradica toda chispa de humanidad. La justicia, la verdad, todo es sacrificado por estas Rebecas, y por el bien de sus propios hijos violan los deberes más sagrados, olvidando el vínculo común que une a toda la familia en la tierra. Y sin embargo la razón parece decir que quienes permiten que un deber o afecto absorba a

todos los demás no tienen suficiente corazón ni suficiente mente para cumplir ese único deber concienzudamente. Pierde entonces el venerable aspecto de un deber y asume la forma fantástica de un capricho.

Como el cuidado de los niños en su infancia es uno de los grandes deberes adscritos al carácter femenino por la naturaleza, este deber ofrecería muchos argumentos contundentes para fortalecer el entendimiento femenino, si fuera debidamente considerado.

La formación de la mente ha de comenzar muy temprano, y el temperamento en particular requiere la atención más juiciosa: atención que no pueden prestar las mujeres que aman a sus hijos solo porque son sus hijos, y no buscan más fundamento para su deber que los sentimientos del momento. Es esta falta de razón en sus afectos lo que lleva a las mujeres con tanta frecuencia a caer en los extremos: a ser las madres más apegadas o las más descuidadas y desnaturalizadas.

Para ser buena madre, una mujer debe tener juicio y esa independencia de espíritu que pocas mujeres poseen cuando se las enseña a depender enteramente de sus maridos. Las esposas dóciles son, en general, madres necias; quieren que sus hijos las amen más que al padre y toman secretamente el partido de ellos contra el padre, que es presentado como un espantapájaros. Si han de ser castigados, aunque hayan ofendido a la madre, el padre debe imponer el castigo; él ha de ser el juez en todas las disputas. Pero trataré este asunto con mayor extensión cuando me ocupe de la educación privada; ahora solo quiero insistir en que, a menos que el entendimiento de la mujer sea ensanchado y su carácter hecho más firme al permitírsele gobernar su propia conducta, nunca tendrá suficiente juicio ni dominio de su temperamento para manejar adecuadamente a sus hijos. Su afecto paternal, en efecto, difícilmente merece ese nombre cuando no la lleva a amamantar a sus hijos, pues el cumplimiento de este deber está igualmente calculado para inspirar el afecto materno y el filial; y es el deber ineludible de los hombres y las mujeres cumplir los deberes que dan

origen a los afectos que son los preservativos más seguros contra el vicio. El afecto natural, como se le llama, creo que es un lazo muy débil; los afectos deben nacer del ejercicio habitual de una simpatía mutua; ¿y qué simpatía ejerce la madre que envía a su hijo a una nodriza y solo lo recoge de la nodriza para enviarlo a un colegio?

En el ejercicio de sus sentimientos naturales, la providencia ha dotado a las mujeres de un sustituto natural del amor cuando el amante se convierte solo en amigo y la confianza mutua toma el lugar de la admiración exagerada: un hijo entonces entrelaza suavemente el lazo que se relaja, y un cuidado mutuo produce una nueva simpatía mutua. Pero un hijo, aunque es prenda de afecto, no lo avivará si tanto el padre como la madre se contentan con transferir la tarea a personas asalariadas; pues quienes cumplen su deber por delegación no deben quejarse si pierden la recompensa del deber: el afecto paternal produce el deber filial.

XI

EL DEBER HACIA LOS PADRES.

Parece haber una propensión indolente en el hombre a dejar que la prescripción ocupe siempre el lugar de la razón, y a asentar todo deber sobre una base arbitraria. Los derechos de los reyes se deducen en línea directa del Rey de reyes; y los de los padres, de nuestro primer padre.

¿Por qué recurrir así a los principios que deberían descansar siempre sobre la misma base y tener hoy el mismo peso que tenían hace mil años, y ni un ápice más? Si los padres cumplen su deber tienen un poderoso asidero y un sagrado derecho a la gratitud de sus hijos; pero pocos padres están dispuestos a recibir el afecto respetuoso de su descendencia en esos términos. Exigen obediencia ciega, porque no merecen un servicio razonado; y para hacer más vinculantes estas exigencias de la debilidad y la ignorancia, un misterioso halo de sacralidad envuelve el principio más arbitrario; pues ¿qué otro nombre puede darse al deber ciego de obedecer a seres viciosos o débiles simplemente porque ellos obedecieron a un instinto poderoso?

La sencilla definición del deber recíproco que subsiste naturalmente entre padres e hijos puede darse en pocas palabras: el padre que presta la debida atención a la indefensa infancia tiene derecho a exigir la misma atención cuando la debilidad de la edad se abate sobre él. Pero sujetar a un ser racional a la mera voluntad de otro, después de que ha llegado a la edad en que debe responder ante la sociedad de su propia conducta, es el ejercicio más cruel e injusto del poder; y quizás tan perjudicial para la moralidad como aquellos sistemas religiosos que no permiten que el bien y el mal tengan existencia alguna fuera de la voluntad divina.

Nunca he conocido a un padre que hubiera prestado a sus hijos más que una atención ordinaria y fuera desatendido; al contrario, el hábito temprano de apoyarse casi implícitamente en la opinión de un padre respetado no se sacude fácilmente, incluso cuando la razón madura convence al hijo de que su padre no es el hombre más sabio del mundo. Esta debilidad —pues debilidad es, aunque se le pueda pegar el epíteto de amable— un hombre razonable debe armarse contra ella; pues el absurdo deber, tan a menudo inculcado, de obedecer a un padre solo por ser padre, encadena la mente y la prepara para la sumisión servil a cualquier poder que no sea la razón.

Distingo entre el deber natural y el accidental que se debe a los padres.

El padre que se afana diligentemente en formar el corazón y ampliar el entendimiento de su hijo ha dado a ese deber —común a todo el reino animal— la dignidad que solo la razón puede dar. Este es el afecto paternal de la humanidad, y deja muy atrás al afecto natural instintivo. Semejante padre adquiere todos los derechos de la más sagrada amistad, y su consejo, incluso cuando su hijo está avanzado en la vida, exige una consideración seria.

Respecto al matrimonio, aunque después de los veintiún años un padre parece no tener derecho a negar su consentimiento por ninguna razón, veinte años de solicitud reclaman un retorno, y el hijo debe, al menos, prometer no casarse durante dos o tres años si

el objeto de su elección no merece enteramente la aprobación de su primer amigo.

Pero el respeto a los padres es, en términos generales, un principio bastante más degradante; es solo un respeto egoísta por la propiedad. El padre que es obedecido ciegamente lo es por pura debilidad, o por motivos que degradan el carácter humano.

Una gran parte de la miseria que vaga en formas horribles por el mundo se permite que brote de la negligencia de los padres; y aun así, son estas las personas que más se aferran a lo que llaman derecho natural, aunque sea subversivo del derecho de nacimiento del hombre, el derecho de actuar según la dirección de su propia razón.

Ya he tenido muy frecuentes ocasiones de observar que las personas viciosas o indolentes siempre se afanan en beneficiarse exigiendo privilegios arbitrarios; y generalmente en la misma proporción en que descuidan el cumplimiento de los deberes que son los únicos que hacen razonables esos privilegios. Esto es, en el fondo, un dictado del sentido común, o el instinto de autodefensa peculiar a la debilidad ignorante; semejante al instinto que lleva a un pez a enturbiar el agua en que nada para eludir a su enemigo, en lugar de afrontarlo valientemente en la corriente clara.

De la corriente clara del argumento huyen, en efecto, los defensores de la prescripción, de toda denominación; y refugiándose en la oscuridad que, en el lenguaje de la poesía sublime, se supone rodea el trono de la Omnipotencia, se atreven a exigir ese respeto implícito que solo es debido a sus inescrutables caminos. Pero que no se piense que soy presuntuosa: la oscuridad que nos oculta a Dios solo se refiere a las verdades especulativas; nunca oscurece las morales, que brillan con claridad, pues Dios es luz, y nunca, por la constitución de nuestra naturaleza, exige el cumplimiento de un deber cuya razonabilidad no se nos hace patente cuando abrimos los ojos.

El padre indolente de alta alcurnia puede, es verdad, arrancar una apariencia de respeto a su hijo; y en el continente las mujeres están particularmente sujetas a las miras de sus familias, que nunca piensan en consultar su inclinación ni en proveer para la comodidad de las pobres víctimas de su orgullo. La consecuencia es notoria: estas hijas obedientes se convierten en adúlteras y descuidan la educación de sus hijos, a quienes, a su vez, exigen el mismo tipo de obediencia.

Las mujeres están, es verdad, en todos los países demasiado bajo el dominio de sus padres; y pocos padres piensan en dirigirse a sus hijos de la manera siguiente, aunque es de este modo razonable como el Cielo parece dirigirse a toda la raza humana: «Es tu interés obedecerme hasta que puedas juzgar por ti mismo; y el Padre Todopoderoso de todos ha implantado en mí un afecto para servirte de guarda mientras tu razón está desplegándose; pero cuando tu mente llegue a la madurez, debes obedecerme solo —o más bien respetar mis opiniones— en la medida en que coincidan con la luz que va amaneciendo en tu propio espíritu.»

Una servidumbre esclava hacia los padres coarta todas las facultades de la mente; y el señor Locke observa muy justamente que «si la mente de los niños es frenada y humillada en exceso; si su espíritu es abatido y quebrantado demasiado por una mano demasiado severa sobre ellos, pierden todo su vigor e industria». Esta mano severa puede explicar, en cierta medida, la debilidad de las mujeres; pues las niñas, por diversas causas, están más mantenidas a raya por sus padres —en todos los sentidos de la expresión— que los niños. El deber que se espera de ellas es, como todos los deberes arbitrariamente impuestos a las mujeres, más por un sentido de la propiedad, más por respeto al decoro, que por la razón; y así, enseñadas servilmente a someterse a sus padres, son preparadas para la esclavitud del matrimonio. Se me podrá decir que un buen número de mujeres no son esclavas en el estado matrimonial. Ciertamente; pero entonces se convierten en tiranas; pues no es la libertad racional, sino una especie de poder sin ley, semejante a la autoridad ejercida por los favoritos de los monarcas absolutos,

lo que obtienen por medios degradantes. Tampoco sueño con insinuar que todos los niños o niñas son siempre esclavos; solo insisto en que cuando se les obliga a someterse a la autoridad ciegamente, sus facultades se debilitan y su temperamento se vuelve imperioso o abyecto. Lamento también que los padres, aprovechándose indolentemente de un supuesto privilegio, apaguen el primer débil destello de la razón, convirtiendo al mismo tiempo el deber que tanto se afanan en imponer en un nombre vacío; pues, a menos que esté fundado en el conocimiento, no puede adquirir suficiente fortaleza para resistir las ráfagas de la pasión o el silencioso socavamiento del amor propio. Pero no son los padres que han dado la prueba más segura de su afecto por sus hijos —o, para hablar con más propiedad, que, cumpliendo su deber, han permitido que un afecto paternal natural arraigue en sus corazones, hijo del ejercicio de la simpatía y la razón, y no de la petulante soberbia egoísta— quienes más vehementemente insisten en que sus hijos se sometan a su voluntad simplemente porque es su voluntad. Al contrario: el padre que da un buen ejemplo deja pacientemente que ese ejemplo surta efecto; y rara vez deja de producir su consecuencia natural: el respeto filial.

No puede enseñarse demasiado temprano a los niños a someterse a la razón —la verdadera definición de esa necesidad que Rousseau insistió en exigir sin definirla—; pues someterse a la razón es someterse a la naturaleza de las cosas y a ese Dios que las formó así para promover nuestro verdadero interés.

¿Por qué han de torcerse las mentes de los niños cuando apenas comienzan a expandirse, únicamente para favorecer la indolencia de padres que insisten en un privilegio sin querer pagar el precio que la naturaleza fija? Ya he tenido ocasión de observar antes que un derecho entraña siempre un deber; y creo que también puede inferirse con justicia que pierden el derecho quienes no cumplen el deber.

Es más fácil, lo concedo, mandar que razonar; pero de ahí no se sigue que los niños no puedan comprender la razón por la que se les

hace habitualmente hacer ciertas cosas; pues de la adhesión firme a unos pocos principios simples de conducta fluye ese poder saludable que un padre juicioso adquiere gradualmente sobre la mente de un niño. Y este poder se vuelve verdaderamente sólido si está templado por una muestra equilibrada de afecto llevado al corazón del niño. Pues creo que, como regla general, debe admitirse que el afecto que inspiramos siempre se parece al que cultivamos; de modo que los afectos naturales, que se han supuesto casi independientes de la razón, pueden encontrarse más íntimamente conectados con el juicio de lo que comúnmente se admite. Es más: como otra prueba de la necesidad de cultivar el entendimiento femenino, es de justicia observar que los afectos parecen tener una especie de capricho animal cuando residen meramente en el corazón.

Es el ejercicio irregular de la autoridad parental lo que primero daña la mente, y a estas irregularidades las niñas están más sujetas que los niños. La voluntad de quienes nunca permiten que su voluntad sea discutida, a menos que resulte que estén de buen humor —cuando relajan en proporción—, es casi siempre irrazonable. Para eludir esta autoridad arbitraria, las niñas aprenden muy pronto las lecciones que después practican con sus maridos; pues con frecuencia he visto a una pequeña señorita de cara perspicaz gobernar a toda una familia, excepto porque de vez en cuando el enfado de mamá estalla de alguna nube accidental: o el cabello le está mal peinado, o ha perdido más dinero en el juego la noche anterior de lo que está dispuesta a reconocer a su marido, u otra causa moral semejante de enfado.

Después de observar estos arrebatos, he entrado en una melancólica cadena de reflexiones sobre las mujeres, concluyendo que cuando su primer afecto ha de extraviarlas o hacer que sus deberes choquen entre sí hasta que descansen en meros caprichos y costumbres, poco puede esperarse de ellas a medida que avanzan en la vida. ¿Cómo puede un instructor remediar este mal? Pues enseñarles la virtud sobre algún principio sólido es enseñarles a despreciar a sus padres. No debe enseñarse a los niños a hacer concesiones por las faltas de sus padres, porque toda semejante

concesión debilita la fuerza de la razón en sus mentes y los hace aún más indulgentes consigo mismos. Es una de las virtudes más sublimes de la madurez la que nos lleva a ser severos con nosotros mismos y tolerantes con los demás; pero a los niños solo deben enseñárseles las virtudes simples, pues si empiezan demasiado pronto a hacer concesiones por las pasiones y los modales humanos, gastan el filo delicado del criterio por el que deberían regular los suyos propios, y se vuelven injustos en la misma proporción en que se vuelven indulgentes.

Los afectos de los niños, y de las personas débiles, son siempre egoístas; aman a otros porque otros los aman, y no por sus virtudes. Y sin embargo, hasta que la estima y el amor no se fundan en el primer afecto, y la razón no se convierte en el fundamento del primer deber, la moralidad tropezará en el umbral. Pero hasta que la sociedad esté muy de otro modo constituida, los padres, temo, seguirán insistiendo en ser obedecidos porque se los obedecerá, y se empeñarán constantemente en asentar ese poder sobre el derecho divino, que no soporta la investigación de la razón.

XII

SOBRE LA EDUCACIÓN NACIONAL.

Los buenos efectos que resultan de la atención a la educación privada serán siempre muy limitados, y el padre que realmente pone sus propias manos en el arado quedará siempre, en cierta medida, decepcionado, mientras la educación no se convierta en un gran empeño nacional. Un hombre no puede retirarse a un desierto con su hijo; y si lo hiciera, no podría volverse a la infancia y convertirse en el amigo y compañero de juego adecuado de un niño o un joven. Y cuando los niños están confinados a la sociedad de hombres y mujeres, muy pronto adquieren esa clase de madurez prematura que detiene el crecimiento de toda facultad vigorosa del espíritu o del cuerpo. Para abrir sus facultades deben ser estimulados a pensar por sí mismos; y esto solo puede hacerse reuniendo a un buen número de niños y haciéndoles perseguir conjuntamente los mismos objetivos.

Un niño contrae muy pronto una indolencia mental entumecedora —de la que rara vez tiene suficiente vigor para sacudirse— cuando no hace más que formular una pregunta en lugar de buscar

información por sí mismo, y luego se apoya implícitamente en la respuesta que recibe. Con sus iguales en edad esto nunca podría ocurrir, y los temas de indagación, aunque podrían ser influenciados, no estarían enteramente bajo la dirección de hombres que con frecuencia amortiguan, si no destruyen, las capacidades al hacerlas avanzar demasiado precipitadamente; y demasiado precipitadamente serán impulsadas infaliblemente si el niño quedara confinado a la sociedad de un hombre, por sagaz que sea ese hombre.

Además, en la juventud deben sembrarse las semillas de todo afecto, y el respeto reverencial que se siente por un padre es muy diferente de los afectos sociales que han de constituir la felicidad de la vida a medida que avanza. De estos, la igualdad es la base, y un intercambio de sentimientos no entorpecido por esa seriedad observadora que impide la disputa, aunque no pueda imponer la sumisión. Por mucho afecto que tenga un niño a su padre, siempre ansiará jugar y charlar con otros niños; y el mismo respeto que abriga —pues la estima filial siempre lleva una dosis de temor mezclado— le enseñará astucia, cuando menos, o le impedirá verter los pequeños secretos que son los primeros que abren el corazón a la amistad y la confianza, conduciendo gradualmente a una benevolencia más amplia. A eso se añade que nunca adquirirá esa franca desenvoltura de comportamiento que los jóvenes solo pueden alcanzar estando frecuentemente en sociedad, donde se atreven a decir lo que piensan, sin temer ser reprendidos por su presunción ni burlados por su ingenuidad.

Fuertemente impresionada por las reflexiones que naturalmente sugiere la vista de los colegios tal como se llevan actualmente, he expresado antes con cierto calor mi opinión a favor de la educación privada; pero la experiencia ulterior me ha llevado a ver el asunto bajo una luz diferente. Sigo pensando, sin embargo, que los colegios, tal como están ahora regulados, son los semilleros del vicio y la necedad, y que el conocimiento de la naturaleza humana que supuestamente se adquiere en ellos no es sino una astucia egoísta.

En los colegios, los niños se vuelven glotones y desaliñados, y en lugar de cultivar los afectos domésticos, se lanzan muy pronto al libertinaje que destruye la constitución antes de que esté formada, endureciendo el corazón al mismo tiempo que debilita el entendimiento.

Me mostraría, en efecto, contraria a los internados si no fuera por ninguna otra razón que el estado de ánimo agitado que produce la expectativa de las vacaciones. En estas se concentran los pensamientos de los niños con esperanzas impacientes y ansiosas durante —hablando con moderación— al menos la mitad del tiempo, y cuando llegan, se pasan en disipación total e indulgencia bestial.

Pero, por el contrario, cuando los niños son criados en casa, aunque quizás sigan un plan de estudio de manera más ordenada de lo que puede adoptarse cuando casi una cuarta parte del año se pasa efectivamente en la ociosidad y otro tanto en el pesar y la anticipación, adquieren allí una opinión demasiado elevada de su propia importancia al permitírseles tiranizar a los criados, y por la ansiedad que expresan la mayoría de las madres respecto a los modales, que, ansiosas por enseñar los refinamientos de un caballero, sofocan en su nacimiento las virtudes de un hombre. Así, llevados a la sociedad cuando deberían estar seriamente ocupados, y tratados como hombres cuando son todavía niños, se vuelven vanidosos y afeminados.

El único modo de evitar dos extremos igualmente perjudiciales para la moralidad sería idear algún medio de combinar la educación pública y la privada. Así, para hacer de los hombres ciudadanos, podrían darse dos pasos naturales que parecen conducir directamente al objetivo deseado; pues los afectos domésticos que primero abren el corazón a las diversas manifestaciones de la humanidad serían cultivados, mientras que, con todo, se permitiría a los niños pasar gran parte de su tiempo, en condiciones de igualdad, con otros niños.

Recuerdo todavía con placer la escuela del pueblo, donde un chico iba a pie cada mañana, con lluvia o con sol, llevando sus libros y su

comida si estaba a cierta distancia; un criado no llevaba entonces al señorito de la mano, pues una vez que se había puesto chaqueta y pantalones, se le permitía arreglárselas solo y volver por la tarde a contar las hazañas del día arrimado a la rodilla paterna. La casa de su padre era su hogar, y era recordada con cariño para siempre; es más, apelo a algunos hombres superiores que así fueron educados para saber si el recuerdo de algún sombreado sendero donde aprendieron la lección, o de algún poyo donde se sentaron a construir una cometa o a remendar un bate, no les ha grabado el amor a su tierra.

Pero ¿qué chico ha recordado nunca con placer los años que pasó en estrecho encierro en un internado cerca de Londres? A menos, claro, que recuerde por casualidad al pobre espantapájaros de un ayudante al que atormentaba, o al vendedor de tartas de quien arrebató un pastel para devorarlo con el apetito felino del egoísmo. En los internados de toda descripción, el esparcimiento de los más jóvenes es la travesura; y el de los mayores, el vicio. Además, en los grandes colegios, ¿qué puede ser más perjudicial para el carácter moral que el sistema de tiranía y servilismo abyecto establecido entre los chicos, por no hablar de la esclavitud a las formas, que convierte la religión en algo peor que una farsa? Pues ¿qué bien puede esperarse del joven que recibe el sacramento de la Cena del Señor para no perder medio guinea, que probablemente gasta después de alguna manera sensual? La mitad de las ocupaciones de los jóvenes consiste en eludir la necesidad de asistir al culto público; y con razón, pues una repetición tan constante de lo mismo ha de ser un freno muy fastidioso a su vivacidad natural. Como estas ceremonias tienen el efecto más funesto sobre su moral, y como un ritual ejecutado con los labios cuando el corazón y la mente están muy lejos no es acumulado ya por nuestra iglesia como depósito del que tirar para pagar los honorarios de las pobres almas del purgatorio, ¿por qué no se abolirían?

Pero el miedo a la innovación, en este país, se extiende a todo. Es solo un miedo encubierto, la timidez aprensiva de babosas indolentes que protegen, recubriéndola con su baba, la cómoda

posición que consideran como un patrimonio hereditario; y comen, beben y se divierten en lugar de cumplir los deberes —salvo unas pocas formas vacías— para los que fue dotada. Esta es la gente que más vehementemente insiste en que se observe la voluntad del fundador, clamando contra toda reforma como si fuera una violación de la justicia. Me refiero ahora en particular a las reliquias del papismo conservadas en nuestros colleges, donde los miembros protestantes parecen ser tan apegados a la iglesia establecida; pero su celo nunca les hace perder de vista el botín de la ignorancia que los rapaces sacerdotes de supersticiosa memoria han ido acumulando. No: sabios a su manera, veneran el derecho prescriptivo de la posesión como un bastión, y siguen dejando que la perezosa campana tañe a las oraciones como durante los días en que se suponía que la elevación de la hostia expiaba los pecados del pueblo, no sea que una reforma conduzca a otra y el espíritu mate a la letra. Estas costumbres romanas tienen el efecto más funesto sobre la moral de nuestro clero; pues los vermes holgazanes que dos o tres veces al día celebran de la manera más descuidada un oficio que consideran inútil pero que llaman su deber, pronto pierden el sentido del deber. En el college, obligados a asistir al culto público o a eludirlo, adquieren un habitual desprecio por el mismo oficio cuya celebración les permite vivir en ociosidad. Se murmura como un asunto de negocios, como un alumno torpe repite su lección, y con frecuencia la cháchara del college escapa del predicador en el momento en que acaba de dejar el púlpito, e incluso mientras está comiendo la cena que ganó de tan deshonesto modo.

Nada puede ser, en efecto, más irreverente que el servicio catedralicio tal como se celebra actualmente en este país, ni contiene este ningún conjunto de hombres más débiles que los esclavos de esta pueril rutina. Se exhibe todavía un repugnante esqueleto del antiguo estado; pero se ha despojado de toda la solemnidad que interesaba a la imaginación, si no purificaba el corazón. La celebración de la misa solemne en el continente ha de impresionar a toda mente en que brille una chispa de fantasía con esa melancólica solemne, esa sublime ternura tan emparentada con

la devoción. No digo que esos sentimientos devotos sean de mayor utilidad, en sentido moral, que cualquier otra emoción de gusto; pero sostengo que la pompa teatral que gratifica nuestros sentidos es preferible al frío desfile que insulta al entendimiento sin llegar al corazón.

Entre las observaciones sobre la educación nacional, semejantes reflexiones no pueden estar fuera de lugar, especialmente cuando los defensores de estos establecimientos, degenerados en puerilidades, pretenden ser campeones de la religión. ¡Religión, pura fuente de consuelo en este valle de lágrimas! ¡Cuánto han enturbiado tu límpida corriente los entrometidos que presuntuosamente se han esforzado en encauzar en un angosto canal las aguas vivas que fluyen siempre hacia Dios —el sublime océano de la existencia! ¿Qué sería la vida sin esa paz que solo el amor a Dios, cuando está edificado sobre la humanidad, puede impartir? Todo afecto terrenal vuelve a intervalos para cebarse en el corazón que lo alimenta; y las más puras efusiones de la benevolencia, a menudo bruscamente apagadas por los hombres, han de elevarse como ofrenda voluntaria a Aquel que les dio origen, cuya brillante imagen reflejan débilmente.

En los colegios públicos, sin embargo, la religión, confundida con molestas ceremonias y restricciones irrazonables, adopta el aspecto más ingrato: no el sobrio y austero que impone respeto al mismo tiempo que inspira temor, sino uno ridículo que sirve para rematar un chiste. Pues, en realidad, la mayoría de las buenas historias y los dichos ingeniosos que animan los ánimos concentrados en el whist están fabricados a partir de los incidentes a los que se afanan en dar un giro cómico los mismos hombres que consienten en el abuso para vivir del botín.

No existe, quizás, en el reino, un conjunto de hombres más dogmáticos o más voluptuosos que los pedantes tiranos que residen en los colleges y presiden los colegios públicos. Las vacaciones son igualmente perjudiciales para la moral de maestros y alumnos, y el trato que los primeros mantienen con la nobleza introduce en sus

familias la misma vanidad y extravagancia que destierran los deberes y las comodidades domésticas de la mansión señorial, cuyo boato es torpemente imitado a escala menor. Los chicos que viven a gran gasto con los maestros y ayudantes nunca quedan domesticados, aunque allí hayan sido enviados con ese propósito; pues, después de una silenciosa cena, tragan un apresurado vaso de vino y se retiran a maquinarse alguna broma pesada, o a ridiculizar la persona o los modales de las mismas personas a las que acaban de adular, y a quienes deberían considerar como los representantes de sus padres.

¿Puede ser entonces sorprendente que los chicos que así están excluidos de la conversación social se vuelvan egoístas y viciosos? ¿O que una mitra adorne con frecuencia la frente de uno de estos diligentes pastores?

El deseo de vivir al mismo nivel que el rango inmediatamente superior infecta a cada individuo y a cada clase de personas, y la mezquindad es el acompañante de esta ignoble ambición; pero las profesiones más degradantes son aquellas cuya escala es el patronazgo; y, sin embargo, es de una de esas profesiones de donde generalmente se eligen los preceptores de la juventud. Pero ¿puede esperarse que inspiren sentimientos independientes aquellos cuya conducta ha de estar regulada por la cautelosa prudencia que siempre está al acecho del ascenso?

Tan lejos de pensar en la moral de los chicos, he oído a varios maestros de colegios argumentar que solo se habían comprometido a enseñar latín y griego, y que habían cumplido con su deber enviando a la universidad a unos cuantos buenos alumnos.

Unos pocos buenos alumnos, lo concedo, pueden haberse formado mediante la emulación y la disciplina; pero para sacar adelante a estos chicos listos se han sacrificado la salud y la moral de muchos.

Los hijos de nuestra nobleza y de los burgueses ricos son educados en su mayor parte en estos establecimientos, y ¿afirmará

alguien que la mayoría —haciendo todas las concesiones del caso— responde a la descripción de alumnos pasables?

No es en beneficio de la sociedad que unos pocos hombres brillantes sean llevados adelante a expensas de la multitud. Es verdad que los grandes hombres parecen surgir, como las grandes revoluciones, a intervalos apropiados, para restablecer el orden y dispersar las nubes que se acumulan sobre el rostro de la verdad; pero que prevalezcan más razón y virtud en la sociedad, y esos fuertes vientos no serán necesarios. La educación pública, de toda clase, debe estar orientada a formar ciudadanos; pero si queréis hacer buenos ciudadanos, primero debéis ejercitar los afectos de hijo y de hermano. Este es el único modo de abrir el corazón; pues los afectos públicos, al igual que las virtudes públicas, deben brotar siempre del carácter privado, o son simples meteoros que cruzan un cielo oscuro y desaparecen mientras se los contempla y admira.

Pocos, creo, han tenido mucho afecto por la humanidad quienes no amaron primero a sus padres, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta a los animales domésticos con los que jugaron por primera vez. El ejercicio de las simpatías juveniles forma el temple moral; y es el recuerdo de esos primeros afectos y empeños el que da vida a los que después están más bajo la dirección de la razón. En la juventud se forman las amistades más ardientes; los generosos jugos que brotan al mismo tiempo se mezclan amablemente; o, más bien, el corazón, templado para la recepción de la amistad, se acostumbra a buscar el placer en algo más noble que la huraña gratificación del apetito.

Para inspirar, pues, amor al hogar y a los placeres domésticos, los niños deben ser educados en casa; pues las vacaciones escandalosas solo les hacen querer el hogar por su propio bien. Con todo, las vacaciones, que no fomentan los afectos domésticos, perturban continuamente el curso del estudio y hacen abortivo todo plan de mejora que incluya la templanza; aun así, si se abolieran, los niños quedarían enteramente separados de sus padres, y dudo que se hicieran mejores ciudadanos sacrificando los afectos

preparatorios, destruyendo la fuerza de los lazos que hacen del estado matrimonial algo tan necesario como respetable. Pero si una educación privada produce vanidad personal o aisla a un hombre en su familia, el mal solo se desplaza, no se remedia.

Esta cadena de razonamientos me devuelve a un tema sobre el que me propongo insistir: la necesidad de establecer escuelas diurnas adecuadas.

Pero estas deben ser establecimientos nacionales; pues mientras los maestros dependan del capricho de los padres, puede esperarse de ellos poco esfuerzo más del necesario para complacer a personas ignorantes. En efecto, la necesidad de que un maestro proporcione a los padres alguna muestra de las capacidades del chico —que durante las vacaciones se exhibe ante todos los visitantes— produce más perjuicio del que a primera vista cabría suponer. Pues rara vez son realizadas del todo —por hablar con moderación— por el propio niño; así el maestro consiente en falsedades, o pone a girar la pobre máquina hasta algún esfuerzo extraordinario que daña los engranajes y detiene el progreso del mejoramiento gradual. La memoria se carga de palabras ininteligibles para hacer exhibición, sin que el entendimiento adquiera ideas distintas; pero solo merece recibir enfáticamente el nombre de cultivo de la mente aquella educación que enseña a los jóvenes a comenzar a pensar. La imaginación no debe corromperse el entendimiento antes de que adquiera fortaleza, o la vanidad se convertirá en precursora del vicio; pues todo modo de exhibir las adquisiciones de un niño es perjudicial para su carácter moral.

¡Cuánto tiempo se pierde enseñándoles a recitar lo que no comprenden!, mientras, sentadas en bancos, todas con sus mejores galas, las mamás escuchan con asombro el parloteo de loro entonado en cadencias solemnes, con toda la pompa de la ignorancia y la necedad. Semejantes exhibiciones solo sirven para extender las raíces de la vanidad por toda la mente; pues ni enseñan a los niños a hablar con fluidez ni a comportarse con gracia. Tan lejos de eso, que estos frívolos empeños podrían llamarse

comprensivamente el estudio de la afectación; pues hoy rara vez vemos a un muchacho sencillo y tímido, aunque pocas personas de gusto se han disgustado nunca por esa torpe timidez tan natural a la edad que los colegios y una temprana introducción en la sociedad han cambiado por descarro y mueca simiesca.

Y, sin embargo, ¿cómo pueden remediarse estas cosas mientras los maestros dependan enteramente de los padres para su sustento, y mientras tantos colegios rivales lanzan sus señuelos para captar la atención de padres y madres vanidosos, cuyo afecto paternal solo les lleva a desear que sus hijos superen a los de sus vecinos?

Sin mucha buena suerte, un hombre sensato y concienzudo se moriría de hambre antes de poder levantar un colegio, si desdeñara embaucar a los padres débiles practicando los trucos secretos del oficio.

En los colegios mejor regulados, sin embargo, donde no se hacían enjambres de niños, han de adquirirse muchos malos hábitos; pero en los colegios corrientes el cuerpo, el corazón y el entendimiento quedan igualmente atrofiados, pues los padres no buscan con frecuencia sino el colegio más barato, y el maestro no podría vivir si no aceptara un número mucho mayor del que puede atender por sí solo, ni la escasa asignación que se abona por cada niño le permite contratar suficientes ayudantes para compartir la parte mecánica de la tarea. Además, por buena apariencia que tengan la casa y el jardín, los niños no disfrutan de las comodidades de ninguno de los dos, pues se les recuerda constantemente, mediante restricciones fastidiosas, que no están en casa; y los salones de recepción, el jardín, etc. han de mantenerse en orden para el esparcimiento de los padres, que los domingos visitan el colegio y quedan impresionados por la pompa misma que hace incómoda la situación de sus hijos.

¡Con qué disgusto he oído a mujeres sensatas —pues las niñas están más cohibidas y dominadas que los niños— hablar del fatigoso encierro que soportaban en el colegio! Sin que se les permitiera quizás dar un paso fuera de un ancho paseo en un magnífico jardín,

obligadas a pasear con paso firme y estúpidamente de un lado a otro, sosteniendo la cabeza erguida y volviendo la punta de los pies hacia fuera, con los hombros echados hacia atrás, en lugar de saltar, como la naturaleza indica para completar su propia obra, con las diversas actitudes tan conducentes a la salud. Los puros instintos vitales que hacen brotar y desplegar la mente y el cuerpo, abriendo los tiernos capullos de la esperanza, se agrian y se ventilan en vanos deseos o en vivas quejas que contraen las facultades y estropean el temperamento; o bien suben al cerebro y, aguzando el entendimiento antes de que adquiera fortaleza proporcional, producen esa lastimosa astucia que deshonrosamente caracteriza a la mente femenina; ¡y me temo que la caracterizará siempre mientras las mujeres permanezcan como esclavas del poder!

El escaso respeto que el mundo masculino presta a la castidad es, estoy persuadida, la gran fuente de muchos de los males físicos y morales que atormentan a la humanidad, así como de los vicios y necedades que degradan y destruyen a las mujeres; y sin embargo, en los colegios, los chicos pierden inevitablemente esa decente timidez que podría haberse madurado en modestia en casa.

Ya he censurado los malos hábitos que adquieren las mujeres cuando están encerradas juntas; y creo que la observación puede extenderse con justicia al otro sexo, hasta llegar a la inferencia natural que he tenido en mira durante todo el libro: que para mejorar a ambos sexos, deben ser educados juntos, no solo en las familias privadas, sino en los colegios públicos. Si el matrimonio es el cemento de la sociedad, toda la humanidad debe ser educada según el mismo modelo, o el trato entre los sexos nunca merecerá el nombre de compañerismo, ni las mujeres cumplirán nunca los peculiares deberes de su sexo mientras no se conviertan en ciudadanas ilustradas; mientras no sean libres al poder ganarse su propio sustento, independientes de los hombres, del mismo modo — para evitar malentendidos — en que un hombre es independiente de otro. Es más: el matrimonio nunca será tenido por sagrado mientras las mujeres, al ser criadas junto a los hombres, no estén preparadas para ser sus compañeras antes que sus amantes; pues los torcidos

subterfugios de la astucia las harán siempre despreciables, mientras que la opresión las hace tímidas. Tan convencida estoy de esta verdad, que me atreveré a predecir que la virtud nunca prevalecerá en la sociedad hasta que las virtudes de ambos sexos estén fundadas en la razón; y hasta que se permita que el afecto común a ambos adquiera la fortaleza que le corresponde mediante el cumplimiento de deberes mutuos.

Si a los niños y a las niñas se les permitiera seguir los mismos estudios juntos, podrían inculcarse tempranamente esas elegantes convenciones que producen la modestia, sin las distinciones sexuales que corrompen la mente. Las lecciones de cortesía y ese formulario del decoro que pisa los talones a la falsedad quedarían inutilizados por la propiedad habitual del comportamiento. No adoptada, ciertamente, para los visitantes, como el traje de corte de la cortesía, sino el sobrio efecto de la limpieza de espíritu. ¿No sería esta sencilla elegancia de la sinceridad un casto homenaje rendido a los afectos domésticos, muy superior a los meretricios cumplidos que brillan con falso lustre en el insustancial trato de la vida mundana? Pero hasta que prevalezca más entendimiento en la sociedad, siempre faltará corazón y gusto, y el colorete de la cortesana suplirá el lugar de esa celestial rubor que solo los afectos virtuosos pueden dar al rostro. La galantería y lo que se llama amor pueden subsistir sin sencillez de carácter; pero los pilares principales de la amistad son el respeto y la confianza; la estima nunca se funda en el no sé qué.

Un gusto por las bellas artes requiere gran cultivo; pero no más que un gusto por los afectos virtuosos; y ambos suponen ese ensanchamiento de la mente que abre tantas fuentes de placer mental. ¿Por qué se apresura la gente a las escenas ruidosas y los círculos concurridos? Respondería que porque les falta actividad de mente, porque no han cultivado las virtudes del corazón. Solo por eso ven y sienten en grueso, y continuamente suspiran por la variedad, encontrando insípido todo lo que es simple.

Este argumento puede llevarse más lejos de lo que los filósofos advierten; pues si la naturaleza destinó a la mujer, en particular, al cumplimiento de los deberes domésticos, la hizo susceptible de los afectos del apego en gran medida. Ahora bien, las mujeres son notoriamente aficionadas al placer; y naturalmente han de serlo, según mi definición, porque no pueden entrar en los pormenores del gusto doméstico; careciendo de juicio, que es el fundamento de todo gusto. Pues el entendimiento, a pesar de los caviladores sensuales, se reserva el privilegio de llevar pura alegría al corazón.

¡Con qué lánguido bostezo he visto arrojar un admirable poema al que un hombre de verdadero gusto vuelve una y otra vez con arrebatos; y mientras la melodía casi suspendía la respiración, una dama me ha preguntado dónde compré mi vestido! He visto también un ojo deslizarse fríamente sobre una pintura de lo más exquisita para posarse, chispeando de placer, sobre una caricatura toscamente esbozada; y mientras algún terrible rasgo de la naturaleza difundía por mi alma una quietud sublime, se me ha pedido que observara los bonitos trucos de un perrito faldero con el que mi adverso destino me obligaba a viajar. ¿Es sorprendente que un ser tan desprovisto de gusto prefiera acariciar a ese perro antes que a sus hijos? ¿O que prefiera la diatriba de la adulación a los sencillos acentos de la sinceridad?

Para ilustrar esta observación debo permitirme señalar que los hombres del primer genio y las mentes más cultivadas han parecido tener el gusto más refinado por las sencillas bellezas de la naturaleza; y deben de haber sentido vivamente lo que tan bien han descrito: el encanto que los afectos naturales y los sentimientos no adulterados difunden en torno al carácter humano. Es este poder de asomarse al corazón y vibrar en sintonía con cada emoción lo que capacita al poeta para personificar cada pasión y al pintor para esbozar con pincel de fuego.

El verdadero gusto es siempre obra del entendimiento empleado en observar los efectos naturales; y hasta que las mujeres no tengan más entendimiento, es vano esperar que posean gusto doméstico.

Sus vivos sentidos estarán siempre en activo para endurecer sus corazones, y las emociones que de ellos brotan continuarán siendo vívidas y transitorias, a menos que una educación adecuada enriquezca sus mentes con conocimiento.

Es la falta de gusto doméstico, y no la adquisición del conocimiento, lo que saca a las mujeres de sus familias y arranca al bebé sonriente del pecho que debería proporcionarle alimento. Durante muchos, muchísimos años se ha permitido que las mujeres permanezcan en la ignorancia y la dependencia servil, y seguimos oyendo hablar únicamente de su afición al placer y al dominio, de su preferencia por los libertinos y los soldados, de su infantil apego a los juguetes y de la vanidad que les hace valorar los adornos más que las virtudes.

La historia presenta un espantoso catálogo de los crímenes que ha producido su astucia cuando las débiles esclavas han tenido suficiente habilidad para superar a sus amos. En Francia, ¿y en cuántos otros países, no han sido los hombres déspotas voluptuosos y las mujeres arteros ministros? ¿Demuestra esto que la ignorancia y la dependencia las domestica? ¿No es su necedad el proverbio de los libertinos que se relajan en su compañía? ¿Y no lamentan continuamente los hombres sensatos que una afición desmedida al atavío y a la disipación mantiene a la madre de familia perpetuamente alejada del hogar? Sus corazones no han sido corrompidos por el conocimiento, ni sus mentes extraviadas por los empeños científicos; y, sin embargo, no cumplen los deberes peculiares que como mujeres la naturaleza les asigna. Al contrario, el estado de guerra que subsiste entre los sexos las lleva a emplear las artimañas que frustran los designios más abiertos de la fuerza.

Cuando, pues, llamo esclavas a las mujeres, lo digo en sentido político y civil; pues indirectamente obtienen demasiado poder, y son degradadas por sus esfuerzos por obtener un dominio ilícito.

Que una nación ilustrada intente entonces qué efecto tendría la razón para devolverlas a la naturaleza y a su deber; y permitiéndoles compartir con el hombre las ventajas de la educación y del gobierno,

verifique si se vuelven mejores a medida que se hacen más sabias y libres. No pueden perjudicarse con el experimento, pues no está en el poder del hombre hacerlas más insignificantes de lo que son actualmente.

Para hacer esto factible, el gobierno debería establecer escuelas diurnas para edades determinadas, en las que niños y niñas pudieran ser educados juntos. La escuela para los más pequeños, de cinco a nueve años, debería ser absolutamente gratuita y abierta a todas las clases. Debería elegirse también un número suficiente de maestros por un comité selecto en cada parroquia, ante quienes pudiera presentarse cualquier queja de negligencia, etc., con la firma de seis de los padres de los alumnos.

Los ayudantes serían entonces innecesarios; pues creo que la experiencia demostrará siempre que esta clase de autoridad subordinada es particularmente perjudicial para la moral de la juventud. ¿Qué puede, en efecto, tender más a depravar el carácter que la sumisión exterior y el desprecio interior? Y, sin embargo, ¿cómo puede esperarse que los chicos traten a un ayudante con respeto cuando el maestro parece considerarlo como un criado y casi consiente en la burla que se convierte en la principal diversión de los chicos durante las horas de recreo?

Pero nada de esto podría ocurrir en una escuela elemental diurna, donde chicos y chicas, ricos y pobres, se encontraran juntos. Y para evitar las distinciones de la vanidad, deberían ir vestidos de la misma manera y estar todos obligados a someterse a la misma disciplina, o abandonar la escuela. El aula debería estar rodeada de un amplio terreno en el que los niños pudieran ejercitarse útilmente, pues a esta edad no deben estar confinados a ninguna ocupación sedentaria durante más de una hora seguida. Pero estos esparcimientos podrían hacerse todos parte de la educación elemental, pues muchas cosas mejoran y entretienen los sentidos cuando se presentan como una especie de espectáculo, a cuyos principios, expuestos árridamente, los niños harían oídos sordos. Por ejemplo, la botánica, la mecánica y la astronomía. La lectura, la

escritura, la aritmética, la historia natural y algunos experimentos sencillos de filosofía natural podrían llenar el día; pero estos empeños no deben invadir nunca los juegos gimnásticos al aire libre. Los elementos de la religión, la historia, la historia del hombre y la política también podrían enseñarse mediante conversaciones en forma socrática.

Después de los nueve años, las niñas y los niños destinados a empleos domésticos o a oficios mecánicos deberían pasar a otras escuelas y recibir instrucción apropiada en cierta medida al destino de cada individuo, estando ambos sexos todavía juntos por la mañana; pero por la tarde las niñas deberían asistir a una escuela donde la costura sencilla, la costura de ropa, la sombrerería, etc. serían su ocupación.

Los jóvenes de dotes o fortuna superiores podrían ahora ser enseñados, en otra escuela, las lenguas muertas y vivas, los elementos de la ciencia, y continuar el estudio de la historia y la política a mayor escala, sin excluir la literatura de buena crianza. ¿Niñas y niños todavía juntos?, oigo preguntar a algunos lectores. Sí. Y no temería otras consecuencias que un temprano apego pudiera desarrollarse, el cual, mientras tuviera el mejor efecto sobre el carácter moral de los jóvenes, podría no estar perfectamente de acuerdo con las miras de los padres; pues pasará mucho tiempo, me temo, antes de que el mundo esté tan ilustrado que los padres, solo ansiosos por hacer a sus hijos virtuosos, les dejen elegir por sí mismos a sus compañeros de vida.

Además, este sería un modo seguro de fomentar los matrimonios tempranos, y de los matrimonios tempranos fluyen naturalmente los efectos físicos y morales más saludables. ¡Qué carácter tan diferente adopta un ciudadano casado del petimetre egoísta que solo vive para sí y que con frecuencia tiene miedo de casarse por no poder vivir en cierto estilo! Salvo las grandes emergencias —que rara vez ocurrirían en una sociedad cuya base fuera la igualdad—, un hombre solo puede estar preparado para cumplir los deberes de la vida

pública mediante la práctica habitual de esos deberes inferiores que forman al hombre.

En este plan de educación, la constitución de los niños no quedaría arruinada por las tempranas depravaciones que ahora hacen a los hombres tan egoístas, ni las niñas se volverían débiles y vanidosas por la indolencia y las ocupaciones frívolas. Pero presupongo que debería establecerse tal grado de igualdad entre los sexos que excluyera la galantería y la coquetería, permitiendo, sin embargo, que la amistad y el amor templaran el corazón para el cumplimiento de deberes más elevados.

Estas serían escuelas de moral; y con la felicidad del hombre derivándose de las puras fuentes del deber y el afecto, ¡qué progresos no podría hacer la mente humana! La sociedad solo puede ser feliz y libre en la medida en que sea virtuosa; pero las distinciones actuales establecidas en la sociedad corrompen toda virtud privada y destruyen toda virtud pública.

Ya he inyectado contra la costumbre de confinar a las niñas a la aguja y excluirlas de todos los empleos políticos y civiles; pues al estrechar así sus mentes se les hace incapaces de cumplir los deberes peculiares que la naturaleza les ha asignado.

Ocupadas únicamente en los pequeños incidentes del día, crecen necesariamente astutas. Mi alma misma se ha encogido con frecuencia al observar los arteros trucos que las mujeres practican para conseguir alguna tontería en que sus fútiles corazones han puesto empeño. Sin autorización para disponer de dinero, ni para llamar nada propio, aprenden a sacar tajada de cada transacción; o, si un marido ofende quedándose fuera de casa o suscitando alguna emoción de celos, un vestido nuevo o cualquier baratija suaviza el airado ceño de Juno.

Pero estas pequeñeces no degradarían su carácter si se llevara a las mujeres a respetarse a sí mismas, si se les abrieran los temas políticos y morales; y me atreveré a afirmar que este es el único modo de hacerlas debidamente atentas a sus deberes domésticos.

Una mente activa abraza todo el círculo de sus deberes y encuentra tiempo suficiente para todo. No es, afirmo, una osada pretensión de emular las virtudes masculinas; no es el hechizo de los empeños literarios, ni la investigación firme de los temas científicos, lo que extravía a las mujeres de su deber. No: es la indolencia y la vanidad —el amor al placer y el amor al dominio— lo que reinará en una mente vacía. Digo vacía con énfasis, porque la educación que las mujeres reciben ahora apenas merece ese nombre. Pues el escaso conocimiento al que se las lleva a adquirir durante los importantes años de la juventud es meramente relativo a los adornos; y los adornos sin fundamento —pues a menos que el entendimiento sea cultivado, toda gracia es superficial y monótona— son como los encantos de un rostro pintado: solo impresionan los sentidos entre una muchedumbre; pero en casa, faltándoles espíritu, carecen de variedad. La consecuencia es obvia: en las alegres escenas de la disipación encontramos la mente y el rostro artificiales, pues los que huyen de la soledad temen, más que nada después de la soledad, el círculo doméstico; incapaces de entretener o interesar, sienten su propia insignificancia, o no encuentran nada que las entretenga o interese.

Además, ¿qué puede haber más indelicado que la puesta de largo de una joven en el mundo mundano? Lo que, en otras palabras, equivale a llevar al mercado a una señorita casadera cuya persona se pasea de un lugar público a otro, ricamente enjaezada. Sin embargo, al mezclarse en el vertiginoso círculo bajo tutela, estas mariposas anhelan volar libremente, pues el primer afecto de su alma es su propia persona, a la que su atención ha sido llamada con el más solícito esmero mientras se preparaban para el período que decide su destino para toda la vida. En lugar de seguir esta ociosa rutina, suspirando por la vana ostentación y la aparatosa frialdad, ¡con qué dignidad formarían los jóvenes de ambos sexos apegos en las escuelas que he esbozado sumariamente; en las que, a medida que avanzara la vida, el baile, la música y el dibujo podrían admitirse como esparcimientos, pues en estas escuelas los jóvenes de fortuna deberían permanecer, más o menos, hasta llegar a la mayoría de

edad! Los destinados a profesiones particulares podrían asistir, tres o cuatro mañanas por semana, a las escuelas apropiadas para su instrucción inmediata.

Solo apunto estas observaciones ahora como insinuaciones —más bien como esbozo del plan que tengo en mente que como un plan madurado—; pero debo añadir que apruebo vivamente una disposición mencionada en el folleto ya aludido: la de hacer a los niños y jóvenes independientes de los maestros en lo que respecta a los castigos. Deberían ser juzgados por sus iguales, lo que sería un método admirable para arraigar principios sólidos de justicia en la mente, y podría tener el efecto más feliz sobre el temperamento, que se agría o irrita muy pronto por la tiranía hasta volverse maliciosamente astuto o ferozmente dominante.

Mi imaginación se lanza hacia adelante con fervorosa benevolencia para saludar a estos amables y respetables grupos, a pesar del desdén de los corazones fríos que están en libertad de pronunciar, con frígida petulancia, el epíteto condenatorio: romántico; cuya fuerza procuraré embotar repitiendo las palabras de un elocuente moralista: «No sé si las ilusiones de un corazón verdaderamente humano, cuyo celo lo hace todo fácil, no son preferibles a esa razón áspera y repelente que encuentra siempre en la indiferencia por el bien público el primer obstáculo a todo lo que tendería a promoverlo.»

Sé que los libertinos exclamarán también que la mujer quedaría des-sexualizada al adquirir fortaleza de cuerpo y mente, y que la belleza —ila suave y hechicera belleza!— dejaría de adornar a las hijas de los hombres. Soy de una opinión muy diferente; pues creo que, al contrario, veríamos entonces una belleza digna y una gracia verdadera, para producir las cuales concurrirían muchas y poderosas causas físicas y morales. No la belleza relajada, es verdad, ni las gracias del desvalimiento; sino la que aparece para hacernos respetar el cuerpo humano como un edificio majestuoso, apto para albergar a un noble habitante, en las reliquias de la antigüedad.

No olvido la opinión popular de que las estatuas griegas no fueron modeladas según la naturaleza —es decir, no conforme a las proporciones de un hombre particular—, sino de que se seleccionaron miembros y rasgos bellos de diversos cuerpos para formar un todo armonioso. Esto podría ser verdad en cierta medida. El bello cuadro ideal de una imaginación exaltada podría ser superior a los materiales que el pintor encontraba en la naturaleza, y así podría con propiedad llamarse más bien el modelo de la humanidad que el de un hombre. Sin embargo, no era la selección mecánica de miembros y rasgos, sino el hervor de una fantasía ardiente que irrumpía; y los finos sentidos y el amplio entendimiento del artista seleccionaron la materia sólida que absorbieron en ese luminoso foco.

Observé que no era mecánico, porque se producía un todo —un modelo de esa gran sencillez, de esas energías convergentes que atraen nuestra atención y exigen nuestra reverencia. Pues solo la belleza insípida y sin vida es producida por la copia servil de incluso la hermosa naturaleza. Y sin embargo, con independencia de estas observaciones, creo que la forma humana debe de haber sido mucho más bella de lo que es actualmente, porque la indolencia extrema, las ligaduras bárbaras y muchas otras causas que actúan sobre ella con fuerza en nuestro lujurioso estado de sociedad no retardaban su despliegue ni la deformaban. El ejercicio y la limpieza parecen ser no solo los medios más seguros de preservar la salud, sino de promover la belleza, considerando solo las causas físicas; y, sin embargo, esto no basta: las causas morales deben concurrir, o la belleza no será sino la de esa clase rústica que florece en los semblantes inocentes y saludables de algunas gentes del campo cuyas mentes no han sido ejercitadas. Para perfeccionar la persona, la belleza física y la moral deben alcanzarse al mismo tiempo; cada una prestando y recibiendo fuerza de la combinación. El juicio debe residir en la frente, el afecto y la fantasía brillar en los ojos, y la humanidad curvar la mejilla; o en vano centellea el ojo más brillante o el acabado elegantemente torneado de los rasgos más bellos; mientras en cada movimiento que muestra los miembros activos y las articulaciones bien trabadas

deben aparecer la gracia y la modestia. Pero esta bella reunión no ha de lograrse por azar; es la recompensa de los esfuerzos que se apoyan mutuamente; pues el juicio solo puede adquirirse por la reflexión; el afecto, por el cumplimiento de los deberes; y la humanidad, por el ejercicio de la compasión hacia todo ser viviente.

La humanidad hacia los animales debería inculcarse particularmente como parte de la educación nacional, pues no es actualmente una de nuestras virtudes nacionales. La ternura hacia sus humildes e incapaces domésticos se encuentra entre las clases bajas con más frecuencia en un estado salvaje que en uno civilizado. Pues la civilización impide ese trato que crea afecto en la choza rústica o en la cabaña de barro, y lleva a las mentes incultas —que solo están depravadas por los refinamientos que prevalecen en la sociedad donde son pisadas por los ricos— a tiranizar sobre ellos para vengarse de los insultos que se ven obligadas a soportar de sus superiores.

Esta crueldad habitual se aprende primero en el colegio, donde uno de los raros deportes de los chicos es atormentar a los miserables animales que se cruzan en su camino. La transición, a medida que crecen, de la barbarie con los brutos a la tiranía doméstica sobre esposas, hijos y criados es muy fácil. La justicia, o incluso la benevolencia, no será un poderoso resorte de acción a menos que se extienda a toda la creación; es más, creo que puede sentarse como axioma que los que pueden ver el dolor sin conmoverse pronto aprenderán a infligirlo.

El vulgo se deja llevar por los sentimientos presentes y por los hábitos que accidentalmente han adquirido; pero en los sentimientos parciales no puede depositarse mucha confianza, aunque sean justos; pues cuando no están vigorizados por la reflexión, la costumbre los debilita hasta que apenas se sienten. Las simpatías de nuestra naturaleza se fortalecen mediante las cogitaciones que las meditan y se embotan por el uso irreflexivo. El corazón de Macbeth le escoció más por un asesinato —el primero— que por cien subsiguientes que le era necesario cometer para sostener el anterior.

Pero cuando usé el epíteto vulgar, no pretendí circunscribir mi observación a los pobres, pues la humanidad parcial, fundada en sensaciones presentes o en el capricho, es tanto o más conspicua entre los ricos.

La dama que derrama lágrimas por el pájaro muerto de hambre en una trampa, y vitupera a los demonios en forma de hombres que vuelven locos al pobre buey a latigazos o fustiganel paciente asno que tambalea bajo una carga superior a sus fuerzas, mantendrá, sin embargo, a su cochero y sus caballos horas enteras esperando cuando la helada aguda pica o la lluvia golpea contra las ventanas bien cerradas que no admiten un soplo de aire para decirle cuán rudo sopla el viento fuera. Y la que lleva a su perro a la cama y lo cuida con un despliegue de sensibilidad cuando está enfermo, dejará que sus hijos crezcan torcidos en la sala de los niños. Esta ilustración de mi argumento está tomada de un hecho real. La mujer a quien aludo era hermosa —muy hermosa, según los que no echan en falta la mente cuando la cara es rolliza y bonita—; pero su entendimiento no había sido apartado de los deberes femeninos por la literatura, ni su inocencia corrompida por el conocimiento. No: era perfectamente femenina, según la aceptación masculina de la palabra; y lejos de amar a esos mimados animales que ocupaban el lugar que debían haber tenido sus hijos, solo articulaba una bonita mezcla de sandeces en francés e inglés para agradar a los hombres que la rodeaban. La esposa, la madre y la criatura humana quedaron todas absorbidas por el carácter artificioso que una educación impropia y la vanidad egoísta de la belleza habían producido.

No me gusta establecer una distinción sin diferencia, y reconozco que me ha disgustado tanto la dama fina que llevó a su perrito al pecho en lugar de a su hijo, como la ferocidad de un hombre que, golpeando a su caballo, declaraba que el animal sabía tan bien como un cristiano cuándo hacía mal.

Esta cría de necedad muestra cuán equivocados están los que, si permiten a las mujeres salir de sus harenes, no cultivan su entendimiento para plantar virtudes en sus corazones. Pues si

tuvieran buen sentido, podrían adquirir ese gusto doméstico que las llevaría a amar, con razonable subordinación, a toda su familia, desde el marido hasta el perro; ni insultarían nunca a la humanidad en la persona del criado más humilde prestando más atención a la comodidad de un bruto que a la de un semejante.

Mis observaciones sobre la educación nacional son obviamente esbozos; pero principalmente deseo insistir en la necesidad de educar juntos a ambos sexos para perfeccionar a ambos, y de hacer que los niños duerman en casa para que aprendan a amar el hogar; pero para que los apoyos privados, en lugar de ahogar los afectos públicos, los fomenten, deben ser enviados a la escuela para mezclarse con un número de iguales; pues solo mediante los choques de la igualdad podemos formarnos una opinión justa de nosotros mismos.

Para hacer a la humanidad más virtuosa, y más feliz en consecuencia, ambos sexos deben actuar desde el mismo principio; pero ¿cómo puede esperarse eso cuando solo se permite a uno ver su razonabilidad? Para hacer también el pacto social verdaderamente equitativo, y a fin de difundir esos principios ilustrados que son los únicos que pueden mejorar el destino del hombre, ha de permitirse a las mujeres fundar su virtud en el conocimiento, lo que difícilmente es posible a menos que sean educadas mediante los mismos empeños que los hombres. Pues ahora están hechas tan inferiores por la ignorancia y los bajos deseos, que no merecen ser clasificadas con ellos; o bien, mediante los reptes serpentinos de la astucia, trepan al árbol del conocimiento y solo adquieren lo suficiente para extraviar a los hombres.

Es evidente por la historia de todas las naciones que las mujeres no pueden ser confinadas a empeños meramente domésticos, pues no cumplirán los deberes familiares a menos que sus mentes abarquen un campo más amplio; y mientras se las mantiene en la ignorancia, se convierten en la misma proporción en esclavas del placer que en esclavas del hombre. Ni pueden ser excluidas de las

grandes empresas, aunque la estrechez de sus mentes a menudo hace que echen a perder lo que son incapaces de comprender.

El libertinaje, e incluso las virtudes, de los hombres superiores siempre darán a las mujeres, de alguna clase, gran poder sobre ellos; y estas mujeres débiles, bajo el influjo de pasiones infantiles y vanidad egoísta, arrojarán una falsa luz sobre los objetos que contemplan con sus ojos los mismos hombres que deberían ilustrar su juicio. Los hombres de fantasía, y esos caracteres sanguíneos que generalmente llevan el timón de los asuntos humanos, se relajan en general en la sociedad de las mujeres; y sin duda no necesito citar al lector más superficial de la historia los numerosos ejemplos de vicio y opresión que han producido las intrigas privadas de las favoritas; sin hablar del daño que naturalmente nace de la torpe intromisión de la bien intencionada necedad. Pues en las transacciones de los negocios es mucho mejor tratar con un bribón que con un necio, porque el bribón se atiene a algún plan; y cualquier plan de razón puede verse a través de él mucho antes que un repentino vuelo de necedad. El poder que las mujeres viles y necias han tenido sobre hombres sabios que poseían sensibilidad es notorio; solo mencionaré un ejemplo.

¿Quién trazó un carácter femenino más exaltado que Rousseau? Aunque en conjunto se esforzó constantemente en degradar al sexo. ¿Y por qué estaba tan ansioso en esto? En verdad, para justificarse a sí mismo el afecto que la debilidad y la virtud le habían hecho abrigar por aquella necia de Teresa. No podía elevarla al nivel común de su sexo; y, por tanto, se afanó en rebajar a la mujer al nivel de ella. La encontró como una cómoda y humilde compañera, y el orgullo le hizo decidirse a encontrar algunas virtudes superiores en el ser que había elegido para vivir con él; pero ¿no mostró su conducta durante su vida, y después de su muerte, cuán groseramente se había equivocado quien la llamaba una inocente celestial? Es más: en la amargura de su corazón, él mismo lamenta que cuando sus enfermedades corporales le impidieron tratarla como a una mujer, ella dejó de sentir afecto por él. Y era muy natural que así fuera; pues, teniendo tan pocos sentimientos en común, cuando

el lazo sexual se rompió, ¿qué había de retenerla? Para retener su afecto —de alguien cuya sensibilidad estaba confinada a un sexo, más aún, a un solo hombre— se necesita buen sentido para convertir la sensibilidad en el ancho cauce de la humanidad; muchas mujeres no tienen bastante espíritu para sentir afecto por una mujer, ni amistad por un hombre. Pero la debilidad sexual que hace a la mujer depender del hombre para su sustento produce una especie de afecto gatuno que lleva a una esposa a ronronear en torno a su marido, como lo haría en torno a cualquier hombre que la alimentara y acariciara.

Los hombres, sin embargo, a menudo se sienten halagados por esa clase de ternura que de modo bestial está confinada a ellos mismos; pero si llegaran a volverse más virtuosos, desearán conversar junto al hogar con una amiga, cuando dejen de jugar con una amante.

Además, el entendimiento es necesario para dar variedad e interés a los goces sensuales; pues bajo es, en efecto, en la escala intelectual la mente que puede continuar amando cuando ni la virtud ni el buen sentido dan apariencia humana a un apetito animal. Pero el buen sentido siempre preponderará; y si las mujeres no son, en general, llevadas más al nivel de los hombres, algunas mujeres superiores, como las heteras griegas, congregarán a los hombres de talento en torno a ellas, y arrancarán de sus familias a muchos ciudadanos que se habrían quedado en casa si sus esposas hubieran tenido más buen sentido, o las gracias que resultan del ejercicio del entendimiento y la fantasía, los legítimos padres del gusto. Una mujer de talento, si no es absolutamente fea, obtendrá siempre gran poder, elevada por la debilidad de su sexo; y en la medida en que los hombres adquieran virtud y delicadeza mediante el ejercicio de la razón, buscarán ambas cosas en las mujeres; pero solo pueden adquirirlas del mismo modo que los hombres.

¿Se han confinado en Francia o en Italia las mujeres a la vida doméstica? Aunque hasta ahora no han tenido existencia política, ¿no han tenido ilícitamente gran influjo? ¿Corrompiéndose a sí

mismas y a los hombres con cuyas pasiones jugaban? En suma: bajo cualquier luz que contemple el asunto, la razón y la experiencia me convencen de que el único método de llevar a las mujeres a cumplir sus deberes peculiares es liberarlas de toda restricción permitiéndoles participar de los derechos inherentes a la humanidad.

Hacedlas libres, y rápidamente se volverán sabias y virtuosas, a medida que los hombres se hagan más tales; pues el mejoramiento ha de ser mutuo, o la justicia a la que la mitad del género humano está obligada a someterse, revirtiéndose sobre sus opresores, hará que la virtud del hombre sea roída por el insecto que mantiene bajo sus pies.

Que los hombres elijan: el hombre y la mujer fueron hechos el uno para el otro, aunque no para convertirse en un solo ser; y si no quieren mejorar a las mujeres, ilas depravarán!

Hablo del mejoramiento y la emancipación del conjunto del sexo; pues sé que el comportamiento de algunas pocas mujeres que, por accidente o siguiendo una fuerte inclinación natural, han adquirido una porción de conocimiento superior al del resto de su sexo, ha sido a veces arrogante; pero ha habido ejemplos de mujeres que, al alcanzar el conocimiento, no han desechado la modestia, ni siempre han aparecido pedantemente despreciadoras de la ignorancia que se afanaron en disipar en sus propias mentes. Las exclamaciones que cualquier consejo respecto al aprendizaje femenino produce habitualmente, especialmente de las mujeres bonitas, a menudo nacen de la envidia. Cuando resulta que ni el brillo de sus ojos ni el liviano jugueteo de la coquetería refinada les aseguran siempre la atención durante toda una velada, si una mujer de entendimiento más cultivado procura dar un giro racional a la conversación, el consuelo habitual es que tales mujeres rara vez consiguen marido. ¡Cuántas artimañas no he visto emplear a mujeres necias para interrumpir mediante el coqueteo —una palabra muy significativa para describir semejante maniobra— una conversación racional que hacía a los hombres olvidar que eran mujeres bonitas!

Pero, admitiendo lo que es muy natural en el hombre —que la posesión de raras facultades está realmente calculada para excitar una soberbia petulante, repugnante tanto en los hombres como en las mujeres—, ¿en qué estado de inferioridad han de haberse oxidado las facultades femeninas cuando tan escasa porción de conocimiento como la que lograron esas mujeres que han sido llamadas burlescamente mujeres sabias podía ser singular! Lo suficiente para engrair a la poseedora y suscitar envidia en sus contemporáneas, y en algunos del otro sexo. Es más: ¿no ha expuesto a muchas mujeres a las más severas censuras un poco de racionalidad? Aludo a hechos bien conocidos; pues he escuchado con frecuencia ridiculizar a mujeres y exponer sus menores debilidades, únicamente porque siguieron el consejo de algunos médicos y se apartaron del camino trillado en su modo de tratar a sus hijos. He escuchado incluso llevar esta bárbara aversión a la novedad más lejos todavía, y a una mujer sensata estigmatizarla como madre desnaturalizada por haber procurado así sensatamente preservar la salud de sus hijos, cuando en medio de sus cuidados perdió a uno por alguna de las casualidades de la infancia que ninguna prudencia puede evitar. Sus conocidas observaron que esa era la consecuencia de las ideas nuevas: las ideas nuevas de la comodidad y la limpieza. Y quienes, pretendiendo experiencia, aunque llevan mucho tiempo apegados a prejuicios que, según la opinión de los médicos más sagaces, han diezmando a la raza humana, casi se regocijaron de la desgracia que daba cierta sanción a la prescripción.

En efecto, si no fuera por esta razón únicamente, la educación nacional de las mujeres es de la mayor importancia; pues ¡cuántos sacrificios humanos se ofrecen a ese Moloc, el prejuicio! ¿Y de cuántos modos son destruidos los niños por la lascivia del hombre? La falta de afecto natural en muchas mujeres, arrastradas de su deber por la admiración de los hombres, y la ignorancia de otras, hacen de la infancia del hombre un estado mucho más peligroso que el de los brutos; y, sin embargo, los hombres no están dispuestos a colocar a las mujeres en situaciones adecuadas para capacitarlas a

adquirir el suficiente entendimiento para saber cómo siquiera cuidar a sus bebés.

Esta verdad me golpea con tanta fuerza, que haría descansar en ella toda la tendencia de mi razonamiento; pues todo lo que tiende a incapacitar el carácter maternal saca a la mujer de su esfera.

Pero es vano esperar que la presente raza de madres débiles tome ese cuidado razonable del cuerpo del niño que es necesario para sentar las bases de una buena constitución —suponiendo que no sufra por los pecados de sus padres—; ni que maneje su temperamento con suficiente juicio para que el niño no tenga, al crecer, que desechar todo lo que su madre, su primera instructora, directa o indirectamente le enseñó; y a menos que la mente tenga un vigor insólito, las necedades mujeriles se pegarán al carácter durante toda la vida. ¡La debilidad de la madre visitará a los hijos! Y mientras las mujeres sean educadas para depender de sus maridos en cuanto al juicio, esto ha de ser siempre consecuencia; pues no hay modo de mejorar un entendimiento a medias, ni ningún ser puede actuar sabiamente por imitación; porque en toda circunstancia de la vida hay una especie de individualidad que requiere un ejercicio de juicio para modificar las reglas generales. El ser que puede pensar justamente en un terreno pronto extenderá su imperio intelectual; y la que tiene suficiente juicio para manejar a sus hijos no se someterá, con o sin razón, a su marido, ni pacientemente a las leyes sociales que hacen de una esposa una nulidad.

En los colegios públicos las mujeres, para preservarse de los errores de la ignorancia, deberían ser enseñadas los elementos de la anatomía y la medicina; no solo para capacitarlas a cuidar debidamente de su propia salud, sino para convertirlas en enfermeras racionales de sus hijos, padres y maridos; pues los registros de mortalidad están engrosados por los errores de viejas voluntariosas que administran sus propios remedios caseros sin conocer nada de la anatomía humana. Es igualmente conveniente, en un sentido meramente doméstico, familiarizar a las mujeres con

la anatomía de la mente, permitiendo a los sexos asociarse juntos en todo empeño; y llevándolas a observar el progreso del entendimiento humano en el mejoramiento de las ciencias y las artes; sin olvidar nunca la ciencia de la moral, ni el estudio de la historia política de la humanidad.

Se ha dicho que el hombre es un microcosmos; y cada familia podría también llamarse un Estado. Los Estados, es verdad, han sido gobernados en su mayor parte por artes que deshonran el carácter del hombre; y la falta de una constitución justa y de leyes iguales ha enturbiado tanto las nociones de los mundanamente sabios que más que cuestionan la razonabilidad de defender los derechos de la humanidad. Así la moral, corrompida en el depósito nacional, envía corrientes de vicio para corromper los componentes del cuerpo político; pero si principios más nobles, o más bien más justos, rigieran las leyes —que deberían ser el gobierno de la sociedad, y no de quienes las ejecutan— el deber podría convertirse en la regla de la conducta privada.

Además, mediante el ejercicio de sus cuerpos y mentes, las mujeres adquirirían esa actividad mental tan necesaria en el carácter materno, unida a la entereza que distingue la firmeza de conducta de la obstinada perversidad de la debilidad. Pues es peligroso aconsejar a los indolentes que sean firmes, porque al instante se vuelven rígidos, y para ahorrarse molestias, castigan con severidad las faltas que la paciente entereza de la razón podría haber prevenido. Pero la entereza presupone fortaleza de espíritu, ¿y puede adquirirse la fortaleza de espíritu mediante la aquiescencia indolente? ¿Preguntando consejo en lugar de ejercitar el juicio? ¿Obedeciendo por miedo en lugar de practicar la tolerancia de la que todos necesitamos para nosotros mismos? La conclusión que deseo extraer es obvia: haced de las mujeres criaturas racionales y ciudadanas libres, y rápidamente se convertirán en buenas esposas y madres; es decir, si los hombres no descuidan los deberes de maridos y padres.

Al examinar las ventajas que podría razonablemente esperarse que produjera la combinación de educación pública y privada que he esbozado, me he detenido principalmente en las que son especialmente relativas al mundo femenino, porque creo que el mundo femenino está oprimido; y, sin embargo, la gangrena que los vicios engendrados por la opresión han producido no se limita a la parte enferma, sino que invade la sociedad en su conjunto; de modo que cuando deseo ver a mi sexo convertirse más en agentes morales, mi corazón palpita con la anticipación de la difusión general de ese sublime contentamiento que solo la moralidad puede difundir.

XIII

ALGUNOS EJEMPLOS DE LA NECEDAD QUE GENERA LA IGNORANCIA DE LAS MUJERES; CON REFLEXIONES FINALES SOBRE LA MEJORA MORAL QUE UNA REVOLUCIÓN EN LOS MODALES FEMENINOS PODRÍA NATURALMENTE ESPERARSE QUE PRODUJERA.

Hay muchas necedades, en cierta medida peculiares a las mujeres: pecados contra la razón, tanto de comisión como de omisión; pero al fluir todos de la ignorancia o el prejuicio, solo señalaré los que parecen perjudiciales para su carácter moral. Y al censurarlos, deseo demostrar especialmente que la debilidad de mente y cuerpo que los hombres han procurado por diversos motivos perpetuar les impide cumplir el deber peculiar de su sexo; pues cuando la debilidad del cuerpo no les permite amamantar a sus

hijos, y la debilidad de la mente les hace estropear el temperamento de estos, ¿está la mujer en un estado natural?

SECCIÓN 13.1

Un ejemplo patente de la debilidad que procede de la ignorancia reclama primero la atención y exige una reprensión severa.

En esta metrópolis, un número de sanguijuelas acechantes se ganan infamemente la vida explotando la credulidad de las mujeres y pretendiendo levantar horóscopos, para usar la expresión técnica; y muchas mujeres que, orgullosas de su rango y fortuna, miran a las personas vulgares con soberano desprecio, muestran por esa credulidad que la distinción es arbitraria y que no han cultivado suficientemente sus mentes para elevarse por encima de los prejuicios vulgares. Las mujeres, por no haber sido llevadas a considerar el conocimiento de su deber como lo único necesario de conocer, o a vivir en el momento presente cumpliéndolo, están muy ansiosas por atisbar el futuro, por saber lo que les espera para hacer la vida interesante y llenar el vacío de la ignorancia.

Debo permitirme expostular seriamente con las damas que siguen estas vanas supersticiones; pues las damas, las amas de familia, no se avergüenzan de ir en sus propios carruajes a la puerta del hombre sabio. Y si alguna de ellas leyera esta obra, le ruego que responda a las siguientes preguntas en su propio corazón, sin olvidar que está en presencia de Dios.

¿Creéis que hay un solo Dios, y que es poderoso, sabio y bueno?

¿Creéis que todas las cosas fueron creadas por Él, y que todos los seres dependen de Él?

¿Confiáis en su sabiduría, tan conspicua en sus obras y en vuestra propia constitución, y estáis convencidas de que ha ordenado todas las cosas que no caen bajo la percepción de vuestros sentidos con la misma perfecta armonía para cumplir sus designios?

¿Reconocéis que el poder de mirar al futuro y ver cosas que no son como si fueran es un atributo del Creador? Y si Él, por una impresión en las mentes de sus criaturas, juzgara conveniente comunicarles algún suceso oculto en las sombras del tiempo aún por nacer, ¿a quién sería revelado el secreto por inspiración directa? La opinión de los siglos responderá esta pregunta: a venerables ancianos, a personas distinguidas por su eminente piedad.

Los oráculos de la antigüedad eran así comunicados por sacerdotes consagrados al servicio del Dios que se suponía los inspiraba. El resplandor del boato mundano que rodeaba a estos impostores, y el respeto que les tributaban los hábiles políticos que sabían aprovecharse de este útil instrumento para doblar el cuello de los fuertes bajo el dominio de los astutos, extendía un sagrado y misterioso velo de santidad sobre sus mentiras y abominaciones.

Impresionada por tan solemne aparato devocional, una dama griega o romana podría ser excusada si consultaba al oráculo cuando quería atisbar el futuro o indagar sobre algún suceso dudoso; y sus preguntas, por contrarias a la razón que fueran, no podrían tenerse por impías. Pero ¿pueden los profesos del cristianismo rechazar esa imputación? ¿Puede un cristiano suponer que los favoritos del Altísimo, los muy favorecidos, se verían obligados a ocultarse en el disfraz y a practicar los trucos más deshonestos para estafar a mujeres necias del dinero que los pobres reclaman en vano?

No digáis que semejantes preguntas son un insulto al sentido común; pues es vuestra propia conducta, ¡oh mujeres insensatas!, la que arroja un oprobio sobre vuestro sexo. Y estas reflexiones deberían haceros estremecer por vuestra irreflexión y vuestra devoción irracional; pues no supongo que todas hayáis dejado a un lado vuestra religión —tal como es— al entrar en esas misteriosas moradas. Sin embargo, como a lo largo de todo este libro me he

supuesto hablando con mujeres ignorantes —pues ignorantes sois en el sentido más enfático de la palabra—, sería absurdo razonar con vosotras sobre la desatinada necesidad de desear saber lo que la Suprema Sabiduría ha ocultado.

Probablemente no me comprenderíais si intentara demostrar que sería absolutamente incompatible con el gran propósito de la vida — el de hacer a los seres humanos sabios y virtuosos— y que, si Dios lo sancionara, perturbaría el orden establecido en la creación; y si Dios no lo sanciona, ¿esperáis escuchar la verdad? ¿Pueden preverse sucesos —sucesos que aún no han adoptado cuerpo para convertirse en objeto de inspección mortal— por un vicioso mundano que se engorda a expensas de los necios?

Quizás, sin embargo, creéis devotamente en el diablo, e imagináis, para desviar la cuestión, que puede asistir a sus devotos; pero si realmente respetáis el poder de semejante ser, enemigo del bien y de Dios, ¿podéis ir a la iglesia después de haber quedado bajo semejante obligación con él?

De estas supersticiones a las ilusiones aún más de moda que practica toda la tribu de los magnetizadores, la transición es muy natural. Respecto a ellos, es igualmente conveniente formular a las mujeres algunas preguntas.

¿Sabéis algo de la construcción del cuerpo humano? Si no, es conveniente que se os diga lo que todo niño debería saber: que cuando su admirable economía ha sido perturbada por la intemperancia o la indolencia —no hablo de las enfermedades violentas, sino de las crónicas—, ha de devolverse a un estado saludable por grados lentos; y que si las funciones de la vida no han sido materialmente dañadas, el régimen —otra palabra para la templanza—, el aire, el ejercicio y algunos medicamentos prescritos por personas que han estudiado el cuerpo humano son los únicos medios humanos descubiertos hasta ahora para recobrar ese inapreciable bien, la salud, que soporta la investigación.

¿Creéis entonces que estos magnetizadores, que mediante trucos de prestidigitación pretenden hacer milagros, están delegados por Dios o asistidos por el disolvente de todas estas dificultades: el diablo?

Cuando ponen en fuga —como se dice— enfermedades que han burlado los recursos de la medicina, ¿actúan de acuerdo con la luz de la razón? ¿O efectúan estas curas maravillosas con ayuda sobrenatural?

Mediante la comunicación, podría responder un adepto, con el mundo de los espíritus. Noble privilegio, ha de concederse. Algunos autores de la antigüedad mencionan demonios familiares que protegían a ciertas personas del peligro, intimándoles amablemente —no podemos adivinar de qué modo— cuando se aproximaba algún peligro, o indicándoles lo que debían emprender. Y sin embargo, los hombres que reclamaron este privilegio, fuera del orden de la naturaleza, insistían en que era la recompensa o consecuencia de una piedad y una templanza superiores. Pero los actuales obradores de prodigios no están elevados por encima de sus semejantes por templanza o santidad superiores. No curan por amor a Dios, sino por dinero. Son los sacerdotes del charlatanismo, aunque es verdad que no disponen del cómodo expediente de vender misas por las almas del purgatorio, ni de iglesias donde exponer muletas y modelos de miembros curados por un toque o una palabra.

No estoy familiarizada con los términos técnicos, ni iniciada en los arcanos, de modo que quizás hable impropriamente; pero está claro que los hombres que no quieren ajustarse a la ley de la razón y ganarse el sustento honradamente, por grados, tienen mucha suerte al trabar amistad con espíritus tan serviciales. No puede atribuírseles, en efecto, ni gran sagacidad ni gran bondad; de lo contrario habrían elegido instrumentos más nobles cuando quisieron mostrarse como los benévolos amigos del hombre.

No obstante, pretender semejante poder raya poco menos que en la blasfemia.

De toda la orientación de las dispensaciones de la Providencia, parece evidente para la razón sobria que ciertos vicios producen ciertos efectos; y ¿puede alguien insultar tan groseramente la sabiduría de Dios suponiendo que se permitirá un milagro que perturbe sus leyes generales para restituir la salud a los intemperantes y viciosos, solo para permitirles continuar en el mismo camino con impunidad? «Ve y no peques más», dijo Jesús. ¿Y han de hacer milagros mayores los que no siguen sus pasos —él que sanaba el cuerpo para llegar a la mente?

La mención del nombre de Cristo después de tan viles impostores puede desagradar a algunos de mis lectores; respeto su calor; pero que no olviden que los seguidores de estas ilusiones llevan su nombre y se profesan discípulos de aquel que dijo que por sus obras conoceríamos quiénes eran los hijos de Dios y quiénes los servidores del pecado. Admito que es más fácil tocar el cuerpo de un santo, o ser magnetizado, que refrenar nuestros apetitos o gobernar nuestras pasiones; pero la salud del cuerpo o de la mente solo puede recuperarse por estos medios, o hacemos al Supremo Juez parcial y vengativo.

¿Es un hombre, para que cambie, o castigue por resentimiento? Él —el Padre común— hiere solo para curar, dice la razón; y nuestras irregularidades produciendo ciertas consecuencias, se nos muestra con fuerza la naturaleza del vicio, para que, aprendiendo así a conocer el bien del mal por experiencia, aborrezcamos uno y amemos al otro en proporción a la sabiduría que alcancemos. El veneno contiene el antídoto; y o bien reformamos nuestros hábitos viciosos y dejamos de pecar contra nuestros propios cuerpos —para usar el lenguaje expresivo de la Escritura—, o una muerte prematura, el castigo del pecado, corta el hilo de la vida.

Aquí se pone un solemne freno a nuestras indagaciones. Pero ¿por qué ocultaría mis sentimientos? Considerando los atributos de Dios, creo que cualquier castigo que pueda seguir tenderá, como la angustia de la enfermedad, a mostrar la malignidad del vicio, con el propósito de la reforma. El castigo positivo parece tan contrario a la

naturaleza de Dios, tal como puede descubrirse en todas sus obras y en nuestra propia razón, que antes creería que la Divinidad no presta atención a la conducta de los hombres que que castiga sin el designio benévolo de reformar.

Suponer tan solo que un Ser omnisciente y omnipotente, tan bueno como es grande, haya creado a un ser previendo que, después de cincuenta o sesenta años de existencia febril, sería sumido en una miseria sin fin, es blasfemia. ¿De qué se alimentará el gusano que nunca ha de morir? De necedad, de ignorancia, diréis. Me ruborizo de indignación solo de trazar la conclusión natural, si pudiera insertarla, y quisiera apartarme del amparo de mi Dios. Con semejante suposición —lo digo con reverencia—, sería un fuego consumidor. Desearíamos, aunque en vano, huir de su presencia cuando el temor absorbiese el amor y la oscuridad envolviera todos sus consejos.

Sé que muchas personas devotas se jactan de someterse ciegamente a la Voluntad de Dios como a un cetro o vara arbitrarios, por el mismo principio que los indios adoran al diablo. En otros términos, como la gente en los asuntos comunes de la vida, rinden homenaje al poder y se acurrucan bajo el pie que puede aplastarlos. La religión racional, por el contrario, es una sumisión a la voluntad de un Ser tan perfectamente sabio que todo lo que quiere ha de estar dirigido por el motivo propio —ha de ser razonable.

Y si así respetamos a Dios, ¿podemos dar crédito a las misteriosas insinuaciones que insultan sus leyes? ¿Podemos creer —aunque se nos presentara de frente— que obraría un milagro para autorizar la confusión sancionando un error? Y, sin embargo, o hemos de admitir estas conclusiones impías, o hemos de tratar con desprecio toda promesa de restituir la salud a un cuerpo enfermo por medios sobrenaturales, o de predecir los sucesos que solo Dios puede prever.

SECCIÓN 13.2

Otra muestra de la debilidad femenina de carácter, producida a menudo por una educación estrecha, es un sesgo romántico de la mente que con mucha propiedad se ha llamado sentimental.

Las mujeres, sometidas por la ignorancia a sus sensaciones y enseñadas únicamente a buscar la felicidad en el amor, refinan sobre los sentimientos sensuales y adoptan nociones metafísicas respecto a esa pasión que las llevan vergonzosamente a descuidar los deberes de la vida; y con frecuencia en medio de estos sublimes refinamientos se sumen en el vicio real.

Estas son las mujeres que se entretienen con los delirios de los novelistas estúpidos que, conociendo poco de la naturaleza humana, tejen cuentos trillados y describen escenas meretrices, todo ello servido en una jerga sentimental que igualmente tiende a corromper el gusto y a apartar el corazón de sus deberes cotidianos. No menciono el entendimiento, pues, al no haber sido nunca ejercitado, sus energías adormecidas permanecen inactivas, como las partículas latentes del fuego que se supone impregnan universalmente la materia.

Las mujeres, en efecto, privadas de todos los privilegios políticos y sin existencia civil, en cuanto mujeres casadas, excepto en los asuntos criminales, tienen su atención naturalmente atraída del interés del conjunto de la comunidad al de las partes más pequeñas, aunque el deber privado de cualquier miembro de la sociedad ha de cumplirse muy imperfectamente cuando no está conectado con el bien general. El gran negocio de la vida femenina es agradar; y, restringidas de entrar en asuntos más importantes por la opresión política y civil, los sentimientos se convierten en sucesos, y la reflexión profundiza lo que debería —y habría— borrado, de habersele permitido al entendimiento abarcar un campo más amplio.

Pero confinadas a triviales ocupaciones, asimilan naturalmente las opiniones que el único tipo de lectura calculado para interesar a una mente inocente y frívola inspira. Incapaces de abarcar nada grande, ¿es sorprendente que encuentren la lectura de la historia una tarea muy árida, y las disquisiciones dirigidas al entendimiento intolerablemente tediosas y casi ininteligibles? Así se hacen inevitablemente dependientes del novelista para entretenerse. Y sin embargo, cuando arremeto contra las novelas, lo hago cuando se las compara con esas obras que ejercitan el entendimiento y regulan la imaginación. Pues cualquier clase de lectura me parece mejor que dejar un espacio en blanco todavía en blanco, porque la mente debe recibir cierto grado de ensanchamiento y adquirir algo de vigor con un leve esfuerzo de sus facultades pensadoras; además, incluso las producciones que van dirigidas solo a la imaginación elevan al lector un poco por encima de la grosera gratificación de los apetitos, a los que la mente no ha dado sombra de delicadeza.

Esta observación es fruto de la experiencia; pues he conocido a varias mujeres hacendosas, y a una en particular que era muy buena mujer —tan buena como una mente tan estrecha le permitía ser—, que se cuidaba de que sus hijas (tres en total) no vieran jamás una novela. Como era mujer de fortuna y distinción, tenían varios maestros que las atendían y una especie de institutriz dependiente para vigilar sus pasos. De sus maestros aprendieron cómo se llamaban las mesas, las sillas, etc. en francés y en italiano; pero como los pocos libros que se les ponían delante estaban muy por encima de sus capacidades, o eran de devoción, ni adquirieron ideas ni sentimientos, y pasaban el tiempo, cuando no estaban obligadas a repetir palabras, vistiéndose, riendo entre sí o conversando a escondidas con sus doncellas, hasta que fueron presentadas en sociedad como señoritas casaderas.

Su madre, viuda, estaba entretanto ocupada en mantener sus relaciones —así llamaba a una numerosa lista de conocidos—, no fuera que a sus hijas les faltara una presentación adecuada en el gran mundo. Y estas jóvenes, con mentes vulgares en todos los sentidos de la palabra y temperamentos echados a perder, entraron

en la vida hinchadas de nociones de su propia importancia y mirando con desprecio a quienes no podían competir con ellas en atavío y ostentación.

Respecto al amor, la naturaleza, o sus niñeras, se habían encargado de enseñarles el significado físico de la palabra; y como tenían pocos temas de conversación y menos refinamientos de sentimiento, expresaban sus deseos groseros en frases no muy delicadas cuando hablaban con libertad de matrimonio.

¿Habrían podido perjudicarse estas niñas con la lectura de novelas? Casi olvidé un matiz en el carácter de una de ellas: afectaba una sencillez que rayaba en la estupidez, y con una sonrisa boba pronunciaba los comentarios y preguntas más immodestos, cuyo pleno significado había aprendido mientras estaba recluida del mundo y temerosa de hablar en presencia de su madre, que gobernaba con mano dura; todas habían sido educadas, en lo que ella se enorgullecía, de la manera más ejemplar; y leían sus capítulos y salmos antes del desayuno, sin tocar una novela insensata.

Este es solo un ejemplo; pero recuerdo muchas otras mujeres que, no llevadas gradualmente a los estudios adecuados y no pudiendo elegir por sí mismas, han sido en efecto niñas crecidas; o han obtenido, mezclándose con el mundo, un poco de lo que se llama sentido común; esto es, un modo distinto de ver los sucesos comunes tal como se presentan aislados; pero lo que merece llamarse intelecto —el poder de adquirir ideas generales o abstractas, o incluso intermedias— estaba fuera de cuestión. Sus mentes estaban quiescentes, y cuando no eran estimuladas por objetos sensibles y ocupaciones de esa índole, tenían el ánimo bajo: lloraban o se quedaban dormidas.

Cuando, pues, aconsejo a mi sexo que no lea obras tan ligeras, es para inducirlo a leer algo superior; pues coincidí de opinión con un hombre sagaz que, teniendo una hija y una sobrina bajo su tutela, siguió un plan muy diferente con cada una.

La sobrina, que tenía capacidades considerables, había sido indulgida antes de quedar bajo su tutela en una lectura dispersa. A ella procuró conducirla —y la condujo— a la historia y los ensayos morales; pero a su hija, a quien una madre tierna y débil había malcriado y que, por consiguiente, tenía aversión a todo lo que pareciera aplicación, la dejó leer novelas; y solía justificar su conducta diciendo que si alguna vez adquiría el gusto por la lectura tendría algún fundamento sobre el que trabajar; y que las opiniones erróneas eran mejores que ninguna.

En efecto, la mente femenina ha sido tan totalmente descuidada que el conocimiento solo podía adquirirse de este manantial turbio, hasta que, leyendo novelas, algunas mujeres de talento superior aprendieron a despreciarlas.

El mejor método, creo, que puede adoptarse para corregir la afición a las novelas es ridiculizarlas; no indiscriminadamente, pues así tendría poco efecto; pero si una persona juiciosa, con cierta vena de humor, leyera varias a una joven y señalara —tanto con el tono como con comparaciones apropiadas de incidentes patéticos y caracteres heroicos de la historia— cuánto caricaturizan de modo absurdo y ridículo la naturaleza humana, podrían substituirse opiniones justas por sentimientos románticos.

En un aspecto, sin embargo, la mayoría de ambos sexos se parecen, y revelan igualmente una falta de gusto y de modestia. Las mujeres ignorantes, obligadas a ser castas para preservar su reputación, permiten que su imaginación revolotee por las escenas antinaturales y meretrices esbozadas por los novelistas del día, desechando como insípida la sobria dignidad y la gracia matronal de la historia; mientras que los hombres llevan ese mismo gusto viciado a la vida y buscan diversión en la lasciva, huyendo de los encantos no adulterados de la virtud y de la grave respetabilidad del buen sentido.

Además, la lectura de novelas hace que las mujeres —y particularmente las damas de distinción— sean muy aficionadas a usar expresiones fuertes y superlativos en la conversación; y aunque

la vida disipada y artificiosa que llevan les impide abrigar ninguna pasión fuerte y legítima, el lenguaje de la pasión en tonos afectados resbala perpetuamente de su lengua suelta, y cualquier nimiedad produce esos fulgores fosfóricos que no son sino la imitación en la oscuridad de la llama de la pasión.

SECCIÓN 13.3

La ignorancia y la astucia equivocada que la naturaleza agudiza en las cabezas débiles como principio de autoconservación hacen a las mujeres muy aficionadas al atavío y producen toda la vanidad que semejante afición puede naturalmente esperarse que genere, con exclusión de la emulación y la magnanimidad.

Coincido con Rousseau en que la parte física del arte de agradar consiste en los adornos; y por esa misma razón guardaría a las niñas contra la afición contagiosa al atavío, tan común en las mujeres débiles, para que no se queden en la parte física. Débiles son, sin embargo, las mujeres que imaginan que pueden agradar durante mucho tiempo sin el auxilio de la mente; o, en otros términos, sin el arte moral de agradar. Pero el arte moral —si no es una profanación usar la palabra arte cuando se alude a la gracia que es efecto de la virtud y no el motivo de la acción— nunca puede hallarse con la ignorancia; la espontaneidad de la inocencia, tan agradable a los refinados libertinos de ambos sexos, es en su esencia muy diferente de esta superior gracefulness.

Una fuerte inclinación a los adornos exteriores aparece siempre en los estados bárbaros; solo que son los hombres, no las mujeres, quienes se adornan; pues allí donde se permite a las mujeres estar en cierta medida al mismo nivel que los hombres, la sociedad ha avanzado al menos un paso en la civilización.

La atención al atavío, que se ha considerado una propensión sexual, la creo natural a la humanidad. Pero debo expresarme con más precisión. Cuando la mente no está suficientemente abierta para hallar placer en la reflexión, el cuerpo será adornado con solicitud; y la ambición se manifestará en tatuajes o pinturas.

Hasta tal extremo lleva esta primera inclinación, que incluso el abominable yugo de la esclavitud no puede sofocar el salvaje deseo de admiración que los héroes negros heredan de sus dos padres; pues todos los arduamente ganados ahorros de un esclavo se gastan comúnmente en algún oropel llamativo. Y rara vez he conocido un buen criado o criada que no fuera particularmente aficionado al atavío. Su ropa era su riqueza; y argumento por analogía que la afición al atavío, tan extravagante en las mujeres, procede de la misma causa: la falta de cultivo de la mente. Cuando los hombres se reúnen hablan de negocios, de política o de literatura; pero las mujeres, dice Swift, «¡cuán naturalmente aplican las manos a los encajes y volantes de las otras!». Y muy natural es; pues no tienen ningún negocio que las interese, no tienen gusto por la literatura, y encuentran la política árida porque no han adquirido amor por la humanidad volviendo sus pensamientos hacia los grandes empeños que exaltan a la raza humana y promueven la felicidad general.

Además, hay muchos caminos hacia el poder y la fama que los hombres recorren por accidente o por elección; y aunque se codean entre sí —pues los hombres de la misma profesión rara vez son amigos—, hay sin embargo un número mucho mayor de sus semejantes con quienes nunca colisionan. Pero las mujeres están situadas de manera muy diferente entre sí: son todas rivales.

Antes del matrimonio su negocio es agradar a los hombres; y después, con pocas excepciones, siguen el mismo rastro con toda la tenaz pertinacia del instinto. Incluso las mujeres virtuosas nunca olvidan su sexo en compañía, pues siempre están procurando hacerse agradables. Una belleza femenina y un ingenioso varón parecen igualmente ansiosos por atraer la atención de la compañía

sobre sí mismos; y la animosidad entre ingenios contemporáneos es proverbial.

¿Es entonces sorprendente que cuando la única ambición de la mujer se centra en la belleza, y el interés da a la vanidad impulso adicional, surjan perpetuas rivalidades? Todas corren la misma carrera, y debería superarse la virtud de los mortales si no se miran mutuamente con ojos suspicaces e incluso envidiosos.

Una afición desmesurada al atavío, al placer y al dominio son las pasiones de los salvajes; las pasiones que ocupan a esos seres incivilizados que aún no han extendido el dominio de la mente, ni siquiera han aprendido a pensar con la energía necesaria para concatenar esa cadena abstracta de pensamiento que produce los principios. Y que las mujeres, por su educación y el estado actual de la vida civilizada, se hallan en la misma condición, no creo que pueda controvertirse. Reírse de ellas, pues, o satirizar las necedades de un ser al que nunca se le permite actuar libremente a la luz de su propia razón es tan absurdo como cruel; pues que quienes son enseñados ciegamente a obedecer a la autoridad se esforzarán astutamente en eludirla es lo más natural y cierto.

Sin embargo, que se demuestre que deben obedecer al hombre implícitamente, y al instante admitiré que es deber de la mujer cultivar la afición al atavío para agradar, y la propensión a la astucia para su propia conservación.

Las virtudes, sin embargo, que se apoyan en la ignorancia han de ser siempre vacilantes: la casa edificada sobre arena no podría resistir una tormenta. Es casi innecesario extraer la inferencia. Si las mujeres han de hacerse virtuosas por la autoridad —lo que es una contradicción en los términos—, enciérrenselas en serrallos y vigílenlas con ojo celoso. No temáis que el hierro entre en sus almas, pues las almas que pueden soportar semejante tratamiento están hechas de materiales dúctiles, apenas animados lo suficiente para dar vida al cuerpo.

«Materia demasiado blanda para retener una huella duradera, y que mejor se distingue por negra, castaña o rubia.»

Las heridas más crueles sanarán pronto, por supuesto, y podrán seguir poblando el mundo y vistiéndose para agradar al hombre: todos los propósitos que ciertos escritores célebres les han permitido que fueron creadas para cumplir.

SECCIÓN 13.4

Se supone que las mujeres poseen más sensibilidad, e incluso más humanidad, que los hombres, y sus fuertes apegos y sus instantáneas emociones de compasión se aducen como prueba; pero el afecto aferrador de la ignorancia rara vez tiene nada noble, y puede resolverse en su mayor parte en egoísmo, como el afecto de los niños y los brutos. He conocido a muchas mujeres débiles cuya sensibilidad estaba completamente absorbida por sus maridos; y en cuanto a su humanidad, era muy tenue en efecto; o más bien era solo una emoción pasajera de compasión. «La humanidad no consiste en un oído melindroso», dice un orador eminente. «Pertenece a la mente tanto como a los nervios.»

Pero este tipo de afecto exclusivo, aunque degrada al individuo, no debe presentarse como prueba de la inferioridad del sexo, porque es la consecuencia natural de las miras restringidas: pues incluso las mujeres de superior buen sentido, teniendo su atención vuelta hacia pequeñas ocupaciones y planes privados, raramente se elevan al heroísmo, a menos que las agujonee el amor; y el amor como pasión heroica, como el genio, no aparece sino una vez en una generación. Por tanto coincido con el moralista que afirma «que las mujeres tienen rara vez tanta generosidad como los hombres»; y que sus afectos estrechos, a los que con frecuencia se sacrifican la

justicia y la humanidad, hacen que el sexo parezca inferior — especialmente porque suelen estar inspirados por hombres—; pero sostengo que el corazón se expandiría a medida que el entendimiento ganara fortaleza, si las mujeres no fueran oprimidas desde la cuna.

Sé que una pequeña sensibilidad y una gran debilidad producirán un fuerte apego sexual, y que la razón ha de cimentar la amistad; en consecuencia admito que entre los hombres se encuentra más amistad que entre las mujeres, y que los hombres tienen un sentido más elevado de la justicia. Los afectos exclusivos de las mujeres se parecen, en efecto, al amor más injusto de Catón por su patria. Deseaba aplastar a Cartago, no para salvar a Roma, sino para promover su vana gloria; y en general, a principios similares se sacrifica la humanidad, pues los deberes genuinos se apoyan mutuamente.

Además: ¿cómo pueden las mujeres ser justas o generosas cuando son esclavas de la injusticia?

SECCIÓN 13.5

Como la crianza de los niños —es decir, sentar las bases de una salud sólida, tanto del cuerpo como de la mente, en la generación futura— ha sido justamente señalada como el destino peculiar de la mujer, la ignorancia que las incapacita para ello ha de ser contraria al orden de las cosas. Y sostengo que sus mentes pueden abarcar mucho más —y deben hacerlo—, o nunca llegarán a ser madres sensatas. Muchos hombres atienden a la cría de caballos y vigilan el gobierno de la cuadra, aunque —¡extraña falta de sentido y de sentimiento!— se tendrían por degradados si prestaran atención alguna a la sala de los niños; y, sin embargo, ¡cuántos niños son

literalmente asesinados por la ignorancia de las mujeres! Pero cuando escapan y no son destruidos ni por la negligencia antinatural ni por el cariño ciego, ¡qué pocos son manejados debidamente en cuanto a la mente del infante! De modo que para romper el espíritu —que se ha permitido que se vuelva vicioso en casa— se envía al niño al colegio; y los métodos que allí deben adoptarse para mantener a un número de niños en orden esparcen las semillas de casi todo vicio en el suelo así arrancado a la fuerza.

A veces he comparado las luchas de estos pobres niños —que nunca deberían haber sentido el freno, ni lo habrían sentido de haber sido llevados siempre con mano firme— con los desesperados saltos de una potrica fogosa que he visto desbocarse en una playa; sus pies hundiéndose cada vez más en la arena cada vez que trataba de desmontar al jinete, hasta que al final se sometió con hosca resignación.

Siempre he encontrado a los caballos, animal al que tengo apego, muy dóciles cuando se los trata con humanidad y firmeza; de modo que dudo de si los métodos violentos que se adoptan para domarlos no los perjudican esencialmente; pero sí estoy segura de que un niño nunca debería ser así domado por la fuerza después de que imprudentemente se le haya permitido andar suelto; pues toda violación de la justicia y la razón en el trato de los niños debilita su razón. Y tan pronto adquieren un carácter que la base del carácter moral, la experiencia me lleva a inferir, queda fijada antes de su séptimo año —el período durante el cual se permite a las mujeres la gestión exclusiva de los niños. Después ocurre con demasiada frecuencia que la mitad del trabajo de la educación consiste en corregir —y muy imperfectamente se hace si se hace apresuradamente— los defectos que nunca habrían adquirido si sus madres hubieran tenido más entendimiento.

Una notable muestra de la necedad de las mujeres no debe omitirse. El modo en que tratan a los criados en presencia de los niños, permitiéndoles suponer que deben servirles y aguantar sus caprichos. Un niño debe ser llevado siempre a recibir la asistencia de

un hombre o de una mujer como un favor; y como primera lección de independencia, debería enseñársele prácticamente, con el ejemplo de su madre, a no exigir esa atención personal que es un insulto a la humanidad exigir cuando se está sano; y en lugar de ser llevado a darse aires de importancia, un sentido de su propia debilidad debería hacerle sentir primero la igualdad natural del hombre. Y, sin embargo, ¡con cuánta frecuencia he escuchado con indignación llamar imperiosamente a los criados para acostar a los niños, y enviarlos una y otra vez, porque el señorito o la señorita se aferraban a mamá para quedarse un poco más! Así obligados servilmente a atender al pequeño ídolo, se exhibían todos esos humores de lo más repugnantes que caracterizan a un niño mimado.

En suma: hablando de la mayoría de las madres, abandonan a sus hijos enteramente al cuidado de los criados; o, porque son sus hijos, los tratan como si fueran pequeños semidioses, aunque siempre he observado que las mujeres que así idolatran a sus hijos raramente muestran humanidad ordinaria hacia los criados, ni sienten la menor ternura por ningún niño que no sea el suyo.

Son, sin embargo, estos afectos exclusivos y el modo individual de ver las cosas, producido por la ignorancia, lo que mantiene a las mujeres perpetuamente estancadas en cuanto al mejoramiento y hace que muchas de ellas dediquen sus vidas a sus hijos solo para debilitar sus cuerpos y estropear sus temperamentos, frustrando también cualquier plan de educación que un padre más racional pudiera adoptar; pues a menos que la madre concuerde, el padre que frena será considerado siempre como un tirano.

Pero cumpliendo los deberes de madre, una mujer de sana constitución puede, con todo, mantener su persona escrupulosamente aseada, y ayudar a sostener a su familia si fuera necesario; o mediante la lectura y la conversación con ambos sexos indiscriminadamente puede mejorar su mente. Pues la naturaleza ha ordenado las cosas tan sabiamente que, si las mujeres amamantaran a sus hijos, conservarían su propia salud, y habría tal intervalo entre el nacimiento de cada hijo que rara vez veríamos una casa llena de

bebés. Y si siguieran un plan de conducta y no malgastaran el tiempo siguiendo los caprichosos dictados de la moda en el atavío, el gobierno de su hogar y sus hijos no necesitaría excluirlas de la literatura, ni impedirles entregarse a una ciencia con esa mirada firme que fortalece la mente, o practicar una de las bellas artes que cultivan el gusto.

Pero las visitas para lucir los atavíos, el juego de naipes y los bailes —por no mencionar el ocioso ajetreo de las bagatelas matutinas— apartan a las mujeres de su deber para hacerlas insignificantes, para hacerlas agradables, según la acepción actual de la palabra, a todos los hombres menos a su marido. Pues una ronda de placeres en que no se ejercitan los afectos no puede decirse que mejore el entendimiento, aunque erróneamente se llame ver mundo; sin embargo, el corazón queda frío y adverso al deber por semejante insustancial trato, que se convierte en necesario por la costumbre, incluso cuando ha dejado de divertir.

Pero hasta que no se establezca mayor igualdad en la sociedad, hasta que los rangos se confundan y las mujeres sean liberadas, no veremos esa digna felicidad doméstica cuya sencilla grandeza no puede saborearse con las mentes ignorantes o viciadas; ni la importante tarea de la educación comenzará jamás debidamente hasta que no se prefiera la mente de una mujer a su persona. Pues sería tan sabio esperar trigo de la cizaña o higos de los cardos como que una mujer necia e ignorante sea una buena madre.

SECCIÓN 13.6

No es necesario advertir al sagaz lector, ahora que entro en mis reflexiones finales, que la discusión de este tema consiste meramente en abrir unos pocos principios simples y despejar la

maleza que los oscurecía. Pero, como no todos los lectores son sagaces, debo permitirme añadir algunas observaciones explicativas para llevar el asunto a la razón —a esa razón perezosa que adopta supinamente las opiniones sobre la confianza y las defiende obstinadamente para ahorrarse la molestia de pensar.

Los moralistas han convenido unánimemente en que, a menos que la virtud sea nutrida por la libertad, nunca alcanzará la debida fortaleza; y lo que dicen del hombre yo lo extiendo a la humanidad, insistiendo en que en todos los casos la moral ha de estar fijada sobre principios inmutables, y que no puede llamarse racional ni virtuoso el ser que obedece a ninguna autoridad que no sea la de la razón.

Para hacer de las mujeres miembros verdaderamente útiles de la sociedad, argumento que deben ser conducidas —mediante el cultivo de su entendimiento a gran escala— a adquirir un afecto racional por su país, fundado en el conocimiento, pues es obvio que nos interesa poco lo que no comprendemos. Y para dar al conocimiento general la debida importancia, he procurado demostrar que los deberes privados nunca se cumplen debidamente a menos que el entendimiento ensanche el corazón; y que la virtud pública no es sino el agregado de la privada. Pero las distinciones establecidas en la sociedad minan ambas, batiendo el oro sólido de la virtud hasta que no sea sino el barniz de oropel del vicio; pues mientras la riqueza haga a un hombre más respetable que la virtud, la riqueza se buscará antes que la virtud; y, mientras se acaricia a las mujeres por sus personas cuando una sonrisa infantil muestra ausencia de mente, la mente permanecerá en barbecho. Y, sin embargo, la verdadera voluptuosidad ha de proceder de la mente; pues ¿qué puede igualar las sensaciones producidas por el afecto mutuo apoyado por el respeto mutuo? ¿Qué son las frías o febriles caricias del apetito, sino el pecado abrazando a la muerte, comparadas con los modestos desbordamientos de un corazón puro y una imaginación exaltada? Sí, que lo sepa el libertino de fantasía cuando desprecia el entendimiento en la mujer: ¡la mente que desdeña da vida al afecto entusiasta del que el arrobamiento —efímero como es

— solo puede fluir! Y que sin la virtud un apego sexual ha de extinguirse, como una vela de sebo en su candelero, creando un disgusto intolerable. Para probarlo, no necesito sino observar que los hombres que han malgastado gran parte de su vida con mujeres, y en quienes han buscado el placer con ávida sed, tienen la peor opinión del sexo. ¡Virtud, verdadero refinador del gozo! Si los hombres necios te desterraran de la tierra para dar rienda suelta a todos sus apetitos sin freno, algún sibarita de gusto escalaría el cielo para invitarte de vuelta a dar picante al placer.

Que las mujeres actualmente son hechas necias o viciosas por la ignorancia, creo que no puede disputarse; y que los efectos más saludables tendentes a mejorar a la humanidad podrían esperarse de una revolución en los modales femeninos, parece, al menos, presentarse con apariencia de probabilidad a partir de la observación. Pues como el matrimonio ha sido llamado el padre de esas entrañables afecciones que apartan al hombre del rebaño bruto, el trato corruptor que la riqueza, la ociosidad y la necedad producen entre los sexos es más universalmente perjudicial para la moralidad que todos los demás vicios de la humanidad considerados en conjunto. Al deseo adúltero se sacrifican los deberes más sagrados, porque antes del matrimonio los hombres, mediante una intimidad promiscua con las mujeres, aprendieron a considerar el amor como una gratificación egoísta —aprendieron a separarlo no solo de la estima, sino del afecto que se construye meramente sobre el hábito, que mezcla algo de humanidad en él. La justicia y la amistad son también puestas en entredicho, y se vicia ese refinamiento de gusto que naturalmente llevaría a un hombre a saborear una muestra espontánea de afecto antes que los aires afectados. Pero esa noble sencillez de afecto que se atreve a aparecer sin adorno tiene pocos atractivos para el libertino, aunque sea el encanto que, al cimentar el lazo matrimonial, asegura a las prendas de una pasión más ardiente la atención parental necesaria; pues los niños nunca serán educados debidamente hasta que subsista la amistad entre los padres. La virtud huye de una casa

dividida contra sí misma, y toda una legión de demonios toma allí su residencia.

El afecto de los maridos y las esposas no puede ser puro cuando tienen tan pocos sentimientos en común, y cuando tan poca confianza se establece en el hogar como debe ser el caso cuando sus empeños son tan diferentes. Esa intimidad de la que ha de fluir la ternura no subsistirá, no puede subsistir, entre los viciosos.

Sosteniendo, pues, que la distinción sexual en la que los hombres han insistido tan vehementemente es arbitraria, me he detenido en una observación que varios hombres sensatos, con quienes he conversado sobre el asunto, han admitido que está bien fundada; y es simplemente esta: que la poca castidad que se encuentra entre los hombres y el consiguiente desprecio por la modestia tienden a degradar a ambos sexos; y, además, que la modestia de las mujeres, caracterizada como tal, será con frecuencia solo el velo artificioso de la lascivia, en lugar de ser el reflejo natural de la pureza, hasta que la modestia sea universalmente respetada.

De la tiranía del hombre creo firmemente que procede el mayor número de las necesidades femeninas; y la astucia que, lo admito, forma actualmente parte de su carácter, igualmente me he esforzado repetidamente en demostrar, es producida por la opresión.

¿No se caracterizaba a los disidentes —por ejemplo— con estricta verdad como astutos? ¿Y no puedo hacer algún hincapié en este hecho para demostrar que cuando cualquier poder que no sea la razón coarta el libre espíritu del hombre, se practica la disimulación y naturalmente se recurre a los diversos artificios? La gran atención al decoro, que se llevaba hasta el grado de la escrupulosidad, y toda esa pueril agitación en torno a las trivialidades y la solemne pedantería consecuente, que la caricatura de Butler de un disidente trae ante la imaginación, moldearon sus personas tanto como sus mentes en el molde de la mezquina afectación. Hablo en conjunto, pues sé cuántos ornamentos de la naturaleza humana se han inscrito entre los sectarios; pero afirmo que el mismo estrecho prejuicio a favor de su secta, que las mujeres tienen a favor de sus

familias, prevalecía en la parte disidente de la comunidad, por digna que fuera en otros aspectos; y también que la misma tímida prudencia, o los mismos esfuerzos temerarios, deshonoraban a menudo los empeños de ambos. La opresión formó así muchos de los rasgos de su carácter para que coincidieran perfectamente con los de la mitad oprimida de la humanidad; pues ¿no es notorio que los disidentes eran como las mujeres, aficionados a deliberar juntos y a pedirse consejo unos a otros, hasta que, mediante una complicación de pequeñas maquinaciones, se conseguía algún pequeño fin? Una atención similar a preservar su reputación era conspicua en el mundo disidente y en el femenino, y era producida por una causa similar.

Afirmando los derechos que las mujeres en común con los hombres deben reivindicar, no he intentado atenuar sus defectos; sino demostrar que son la consecuencia natural de su educación y su situación en la sociedad. Si es así, es razonable suponer que cambiarán su carácter y corregirán sus vicios y necesidades cuando se les permita ser libres en sentido físico, moral y civil.

Que la mujer comparta los derechos, y emulará las virtudes del hombre; pues ha de perfeccionarse al ser emancipada, o justificar la autoridad que encadena a tal ser débil a su deber. Si lo último, será conveniente abrir un nuevo comercio con Rusia para importar fustas; regalo que un padre debería hacer siempre a su yerno el día de la boda, para que un marido pueda mantener a toda su familia en orden por el mismo medio; y sin ninguna violación de la justicia, reinar, esgrimiendo ese cetro, como único señor de su casa, porque es el único ser en ella que tiene razón; la soberanía divina, indefectible y terrenal, insuflada en el hombre por el Señor del universo. Admitiéndose esta posición, las mujeres no tienen ningún derecho inherente que reclamar; y por la misma regla sus deberes desaparecen; pues los derechos y los deberes son inseparables.

¡Sed justos entonces, oh hombres de entendimiento!, y no censuréis más severamente lo que hacen mal las mujeres que los vicios del caballo o del asno a los que suministráis pienso; y

conceded a aquella —a quien negáis los derechos de la razón— los privilegios de la ignorancia; o seréis peores que los capataces egipcios, esperando virtud donde la naturaleza no ha dado entendimiento.

NOTAS

[←1]

Un respetable anciano da el siguiente relato sensato del método que siguió al educar a su hija: «Me esforcé en dar tanto a su mente como a su cuerpo un grado de vigor que raramente se encuentra en el sexo femenino. Tan pronto como estuvo suficientemente avanzada en fortaleza para ser capaz de los trabajos más ligeros de la labranza y la jardinería, la empleé como mi constante compañera. Selene —pues así se llamaba— pronto adquirió una destreza en todos estos trabajos rústicos que contemplé con igual placer y admiración. Si las mujeres son en general débiles tanto de cuerpo como de mente, surge menos de la naturaleza que de la educación. Fomentamos una indolencia e inactividad viciosas que falsamente llamamos delicadeza; en lugar de fortalecer sus mentes con los principios más severos de la razón y la filosofía, las criamos para artes inútiles que terminan en vanidad y sensualidad. En la mayoría de los países que había visitado, no se las enseña nada de naturaleza más elevada que unas pocas modulaciones de la voz o posturas inútiles del cuerpo; su tiempo se consume en la pereza o las trivialidades, y las trivialidades se convierten en los únicos empeños capaces de interesarlas. Parece que olvidamos que de las cualidades del sexo femenino dependen nuestras propias comodidades domésticas y la educación de nuestros hijos. ¿Y qué comodidades o qué educación está capacitada

para ofrecer una raza de seres corrompida desde la infancia y sin conocimiento de ninguno de los deberes de la vida? Tocar un instrumento musical con habilidad inútil; exhibir sus gracias naturales o artificiales ante los ojos de hombres jóvenes indolentes y disolutos que dilapidan el patrimonio de sus maridos en gastos ruidosos e innecesarios: estas son las únicas artes cultivadas por las mujeres en la mayoría de las naciones pulidas que había conocido. Y las consecuencias son uniformemente tales como puede esperarse que procedan de fuentes tan corrompidas: la miseria privada y la servidumbre pública. »Pero la educación de Selene estaba regulada por diferentes miras y conducida sobre principios más severos; si puede llamarse severidad la que abre la mente a un sentido de los deberes morales y religiosos y la arma de manera más eficaz contra los males inevitables de la vida.» —Sandford y Merton del señor Day, tomo 3

[←2]

«Me quedo con su cuerpo», dice Ranger.

[←3]

Emilio de Rousseau, tomo 3, página 176.

[←4]

Que las mujeres adquieran una vez el buen sentido y, si merece ese nombre, les enseñará —¿o de qué utilidad sería?— cómo emplearlo.

[←5]

Algunas veces, cuando me ha dado por reírme de los materialistas, me he preguntado si, siendo los efectos más poderosos de la naturaleza aparentemente producidos por fluidos —el magnético, etc.—, las pasiones no podrían ser fluidos sutiles y volátiles que abrazaban la humanidad, manteniendo juntos los elementos más refractarios; o si eran simplemente un fuego líquido que impregnaba los materiales más lentos dándoles vida y calor.

[←6]

«Tal es el susto de la muchacha del campo cuando ve por primera vez un casacón rojo; detrás de la puerta esconde la cara, la próxima vez observa desde lejos el galón: ya puede soportar todos sus terrores, ya no retira la mano de su apretón, juega con confianza en sus brazos, y todo soldado tiene sus encantos; de tienda en tienda difunde su llama; pues la costumbre vence al miedo y a la vergüenza.»

[←7]

La modestia es la serena y graciosa virtud de la madurez; la timidez, el encanto de la juventud viva.

[←8]

Recuerdo haber leído en un libro de educación una frase que me hizo sonreír: «¡No sería necesario advertiros de que no pongáis la mano por azar bajo el pañuelo del cuello; pues una mujer modesta nunca lo haría!»

[←9]

No debe actuarse de esta o aquella manera, aunque uno esté convencido de que tiene razón, porque algunas circunstancias equívocas pueden llevar al mundo a sospechar que se actuó por motivos diferentes. Esto es sacrificar la sustancia por la sombra. Que la gente vigile su propio corazón y actúe rectamente en la medida en que pueda juzgar, y esperará pacientemente hasta que la opinión del mundo cambie de giro. Es mejor guiarse por un motivo simple; pues la justicia se ha sacrificado con demasiada frecuencia al decoro —otra palabra para la conveniencia.

[←10]

Coincidiendo de opinión con la señora Macaulay respecto a muchas ramas de la educación, me remito a su valioso trabajo en lugar de citar sus sentimientos para apoyar los míos.

[\[←11\]](#)

Véase un excelente ensayo sobre este tema de la señora Barbauld en *Miscellaneous Pieces in Prose*.

[\[←12\]](#)

L'amour propre, l'amour de soi même.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB